

LA CULTURA AL PUEBLO

Alonso Aguilar M.

ECONOMIA POLITICA Y LUCHA SOCIAL



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

LA CULTURA AL PUEBLO

Economía Política y Lucha Social

ALONSO AGUILAR M.

México, 1970

Colección: La Cultura al Pueblo

Primera edición, 1970

Derechos reservados conforme a la ley

**© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.
Avenida Universidad 771
Despachos 402 y 403
México 12, D. F.**

**Impreso y hecho en México
*Printed and made in Mexico***

Í N D I C E

Presentación	6
Prólogo	8
Introducción	9
1. Naturaleza y objeto de la Economía	30
Los clásicos: Utópicos y eclécticos; Marx y Engels; la escuela austriaca; los teóricos del equilibrio; los historicistas; el neoclasicismo; Veblen.	
2. Tendencias de la Economía a partir de fines del siglo XIX	72
Los economistas rusos; los teóricos del imperialismo; Schumpeter; la economía del bienestar.	
3. La economía en las últimas décadas	109
Las nuevas teorías del mercado; Kalecki; la revolución keynesiana; Hansen y Steindl; la soberanía del consumidor; los modelos macroeconómicos: Harrod-Do-mar; Kaldor y Sraffa; el neocapitalismo: Galbraith y Strachey; Baran-Sweezy.	
4. Las últimas décadas (continuación)	180
El imperialismo; las teorías de la planificación y del desarrollo; el modelo soviético; el papel de la ley del valor; ¿planificación centralizada o descentralizada? Desarrollo y subdesarrollo.	
5. Los métodos, las técnicas y las responsabilidades del economista	240
Las leyes económicas; los métodos de la Economía; técnicas e instrumentos de análisis; La Economía, ¿una ciencia o una "vaca lechera"?; la alternativa del economista.	

PRESENTACIÓN

En la sociedad moderna nadie escapa a los efectos de los problemas económicos, especialmente los países y las clases sociales más débiles. De ahí que todo mundo tenga nociones de Economía y de un modo u otro emplee en la vida diaria conceptos económicos: riqueza, capital, ingreso, salario, ganancia, gasto, precio, inversión, exportación, importación, impuestos, etc.

Sin embargo, cuando se desea adquirir una noción objetiva y clara —valdría decir científica— de los fundamentos de esta ciencia, los propios estudiantes de Economía se sienten confundidos y perplejos, pues en la mayoría de los libros de que pueden echar mano, las nociones más elementales se vuelven incomprensibles; el tratamiento lógico y directo de los problemas se convierte en un ejercicio torturante por las mixtificaciones habituales en esa literatura —generalmente *importada*—, en la que las realidades del dominio de unos sobre otros y la explotación del trabajo no forman parte del análisis; y los ropajes “científicos” sirven sólo para ocultar intereses bien concretos de las naciones y las clases sociales explotadoras.

El presente libro es todo lo contrario. Sin abandonar el necesario rigor científico y académico recoge, desmenuza y sintetiza los fundamentos de la ciencia económica en su evolución a lo largo de los dos siglos en que ha venido desarrollándose, al través de los exponentes que, como David Ricardo, John Stuart Mill o Carlos Marx, mejor encarnan las etapas, las corrientes de pensamiento y los problemas teóricos y prácticos más importantes para la comprensión del funcionamiento de la sociedad moderna, sus contradicciones y sus tendencias.

Naturalmente existen otros textos que persiguen el mismo fin, pero amén de que suelen ser gruesos y caros volú-

menes, generalmente descriptivos y de difícil acceso, proceden de autores que no conocen los problemas propios de los países subdesarrollados.

La presente obra es una de las pocas escritas por un autor latinoamericano, en la que se examinen, desde la perspectiva de nuestros pueblos, algunos temas que la mayoría de los autores occidentales no toca siquiera, como la teoría y realidad del imperialismo y los muy actuales problemas del desarrollo y la planificación.

A lo largo de todo el breviario se contrasta el pensamiento avanzado y objetivo de quienes conciben esta ciencia como *Economía Política*, con el de aquellos que la consideran como una simple disciplina apologética y un instrumento al servicio de los capitalistas. En igual tenor se pone énfasis en que los economistas, especialmente en los países atrasados y pobres como los de América Latina, sólo del lado de sus pueblos pueden hacer contribuciones valiosas.

Estas son algunas cualidades del trabajo de Aguilar Monteverde por las que lo hemos seleccionado para nuestra colección *La Cultura al Pueblo*, a través de la cual aspiramos a ir forjando una línea de pensamiento que contribuya a su liberación.

Editorial Nuestro Tiempo, S. A.

PRÓLOGO

Este libro nació de un breve ensayo titulado *La Economía y los Economistas*, que a fines de 1967 redacté con el propósito de contribuir a la renovación de concepciones y métodos de enseñanza de una disciplina que, a pesar de su naturaleza e importancia científica, es vista por algunos con desdén y como una mera técnica de optimización o maximización de resultados.

Lo que en él se persigue es examinar con sencillez el objeto y evolución de la economía, sus métodos y técnicas, y las responsabilidades de los economistas, de un modo que permita situar los principales aspectos de la teoría económica en una perspectiva dinámica, o sea como expresión y fruto de un proceso histórico y de una lucha de clases.

Al poner estas páginas a disposición de los jóvenes que ven en la ciencia una palanca para transformar el orden social, espero que el esfuerzo desplegado no haya sido del todo estéril, y que resulten de algún interés tanto para los estudiantes de la licenciatura, como para aquellas personas ajenas a la Economía que deseen conocer algunos de los problemas de que esta ciencia se ocupa.

“La arcilla fundamental de nuestra obra —decía alguna vez el comandante Ernesto “Che” Guevara— es la juventud: en ella depositamos nuestra esperanza y la preparamos para tomar de nuestras manos la bandera.” En muchos jóvenes, en efecto, está en formación el nuevo tipo de hombre que tanto contribuyó a crear el “Che”, cuya vida es un símbolo magnífico de ese hombre nuevo más completo, más libre, más conciente y generoso, que la lucha revolucionaria está haciendo surgir en todas partes.

AAM

INTRODUCCION

Renovación universitaria y lucha social

El tema de la reforma universitaria no es nuevo en América Latina. Empezó a discutirse y aun dio lugar a profundos cambios en los sistemas de estudios superiores desde la década de 1920, a partir del movimiento renovador iniciado dos años antes en la Universidad de Córdoba. Cobró impulso poco tiempo después en Perú y Uruguay, y más tarde en Cuba y México, y hacia principios de los años treinta las consignas de autonomía y libertad de cátedra, democracia universitaria, modernización de los métodos de enseñanza y participación de la juventud en la lucha social, circulaban ya por todo el continente.

La demanda de renovación en los sistemas universitarios no surgió de un movimiento puramente académico. La guerra de 1914-18 hizo aflorar graves contradicciones sociales y abrió paso a nuevas corrientes de ideas. Apenas restablecida la paz, entraron en conflicto las viejas posiciones ideológicas y el pensamiento de quienes veían en dicha guerra una línea divisoria entre un mundo en decadencia, plagado de prejuicios e injusticias y la sociedad más racional, humana y progresista que empezaba precisamente a nacer. Los recintos académicos de América Latina vivían por entonces relativamente aislados de las nuevas doctrinas surgidas en otros países; pero a la postre no escaparon a su influencia, y a ellos llegaron el impacto de la revolución rusa y el prestigio de la reforma educativa iniciada por Lunacharsky, el mensaje humanitario del Grupo "Claridad", encabezado por Anatole France, Romain Rolland y Henri Barbuse, la crisis del positivismo, los nuevos planteamientos que en la Universidad de Lon-

dres hacían los Webb y George Bernard Shaw y, sobre todo, el fragor de las luchas en que millones de obreros reclamaban, a ambos lados del Atlántico, condiciones de vida medianamente dignas tras de cuatro años de privaciones y sacrificios.

Para recordar el rumbo que a partir de entonces tomó la educación superior en nuestros países, sería menester seguir de cerca el desarrollo de la política educativa y reconstruir complejas situaciones que a menudo adoptaron formas diferentes en cada nación. Aun sin intentar tal examen, puede asegurarse que a lo largo de la década de los veinte afloró en Latinoamérica la inquietud de millares de jóvenes deseosos de crear una nueva Universidad. "El objeto de las universidades parecía ser —afirmaba Mariátegui en 1927— principalmente el de proveer doctores o rúbulas a la clase dominante... Las universidades, acaparadas intelectual y materialmente por una casta... desprovista de impulso creador, no podían aspirar siquiera a una función más alta de formación y selección de capacidades. Su burocratización las conducía, de un modo fatal, al empobrecimiento espiritual y científico."¹

Los jóvenes reclamaban nuevos métodos de enseñanza, universidades populares, docencia libre, fin al diletantismo y al retoricismo tradicionales; y como tales demandas se levantaban con frecuencia junto a posiciones avanzadas, inclusive marxistas, la reforma universitaria fue una lucha a la que los defensores del orden de cosas existentes se opusieron con todas las armas a su alcance.

La causa juvenil exhibió a menudo, sin embargo, explicables contradicciones: los nobles ideales de renovación desembocaron frecuentemente en un idealismo conservador: las posturas nacionalistas dieron lugar a diversas formas de chovinismo, y las exigencias de autonomía y libertad de cátedra sirvieron, más de una vez, de baluarte a

¹ José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos sobre la realidad peruana*, La Habana, 1963, p. 112.

quienes rechazaban las nuevas ideas. En 1929, los universitarios mexicanos se lanzaron a la lucha por la autonomía. El movimiento giró, principalmente, en torno a la figura de José Vasconcelos, en aquel momento candidato a la presidencia de la República, y cuyo prestigio de educador, intelectual nacionalista y promotor de una novedosa cruzada cultural había rebasado las fronteras mexicanas. Aunque en las jornadas estudiantiles de 29 participaron muchos jóvenes que seguramente querían romper con el pasado, acabar con el "maximato" callista y librar a los centros de estudios superiores de la severa tutela oficial, el vasconcelismo de esos años fue una postura esencialmente reaccionaria, y la autonomía una bandera de los grupos más conservadores, incluyendo desde luego a la iglesia, que se oponían al gobierno y pretendían reivindicar los viejos fueros que, de hecho, habían tenido en la esfera educativa hasta pocos años antes.

Los movimientos institucionales renovadores de los treinta —acaso, sobre todo, en México y Chile, Argentina, Brasil y Cuba— tuvieron eco en las universidades latinoamericanas. La gran depresión y el fortalecimiento del nazismo exhibieron la incapacidad del sistema para desenvolverse por vías democráticas y medianamente racionales, y los viejos mecanismos autorreguladores, de que hasta entonces se había dependido, fueron de golpe reemplazados por acciones estatales de emergencia y por planteamientos teóricos que, ante un espectáculo dramático de inactividad, desempleo y miseria, empezaron a poner en tela de juicio no pocas ideas que los grupos en el poder postulaban dogmáticamente. En los países latinoamericanos, en particular, el colapso de 29 pondría de relieve la imposibilidad de un desarrollo nacional satisfactorio en el marco de una división internacional del trabajo que, lejos de tener las virtudes que la teoría clásica del comercio le atribuía, en la práctica sólo implicaba ventajas para las naciones ricas y perjuicios para los países atrasados y pobres. Las universidades no podían quedar al margen de

esa problemática, y en sus aulas resonaron las más graves cuestiones de aquellos años: la agresión nazi, la guerra de España, la mutilación de los derechos humanos, la lucha antimperialista, los avances y tropiezos de los frentes populares, el creciente peligro de guerra y la aspiración de vivir en paz.

Cualquiera que haya sido hasta entonces el curso del proceso educativo vivimos hoy, de nuevo, un momento de revisión y de crisis, en el que otra vez aflora la inquietud juvenil y toman cuerpo legítimas demandas de renovación y cambio social.

Las consignas de hace treinta o cuarenta años pierden su vigencia y quedan como meras expresiones, si bien a veces significativas e importantes, de una etapa superada. La nueva generación no se conforma con ser heredera de las glorias de otras: quiere hacer oír su propia voz y reclama, con razón, nuevos enfoques y nuevos métodos científicos. En Lima y Buenos Aires, en México y Montevideo, en Santiago de Chile y Caracas, se reitera la necesidad impostergable de reformar los sistemas de educación superior. Y como ayer, el movimiento no sólo exhibe un carácter académico: vuelve a ser una lucha social y política. Los estímulos son ahora incluso más vigorosos y las posiciones que se adoptan en torno a la reforma, más definidas. El ejemplo de Cuba está a la vista de todos: el que en unos cuantos años haya acabado con el analfabetismo y realizado una profunda reforma en la enseñanza superior, deja ver de lo que son capaces los pueblos pobres cuando se deciden a luchar por su bienestar. Las enormes "inversiones humanas" que se hacen bajo el socialismo, la pujante "revolución cultural" china y el alto nivel educativo de los países ricos de occidente descubren lo que falta por hacer. La revolución tecnológica de las últimas décadas entraña un reto, a la vez que una oportunidad, para los países económicamente atrasados. Y ante las posiciones resueltas de centenares de miles de jóvenes que enarbolan

la bandera de la reforma, hasta los ideólogos de la Alianza para el Progreso y de la OEA subrayan la necesidad de abrir nuevos horizontes a la educación. En la práctica, empero, sólo les interesa diseminar el empleo de ciertas técnicas más o menos novedosas, ganar a los estudiantes a la defensa del orden existente e inclusive recurrir a la violencia apenas se desbordan los estrechos marcos en que se mueve el inocuo reformismo de Washington y las oligarquías latinoamericanas.

La rebelión juvenil no se limita, desde luego, a la América Latina. En ciertos aspectos recoge demandas y consignas de otros países. El movimiento renovador se manifiesta en todas partes: en los países socialistas, en Grecia e Italia, en Japón, en Bélgica y Alemania, en Francia, y aun en Inglaterra y los Estados Unidos. La prosperidad económica lograda en la posguerra no basta para acallar las protestas estudiantiles. Los jóvenes no se conforman con los bienes y servicios, muchos de ellos superfluos, que la sociedad de consumo les brinda. Aparte de bienestar personal quieren otras cosas: libertad para pensar, para vestir y vivir como les plazca; justicia, respeto al derecho ajeno, participación en las decisiones fundamentales de una sociedad alienada que sólo les pide obediencia. La generación nacida bajo el fuego de la guerra más cruenta de la historia no acepta una paz cómoda y sin dignidad. En vez de cabildos y maniobras pide un diálogo franco y abierto. Los viejos ideales de la reforma universitaria vuelven a cobrar vida; pero ahora acompañados de acciones directas, a menudo masivas, en que los estudiantes exigen resueltamente soluciones inmediatas, soluciones para hoy, no para un futuro lejano e incierto.

Un país tras otro se conmueve ante las manifestaciones de muchachos y muchachas dispuestos a *tomar la calle*. La verdad no sólo debe hacerse oír en los claustros académicos: hay que ventilarla, sacarla a la calle, a los sindicatos, a las fábricas, a la plaza pública. Las jornadas asesinas de Hiroshina y Nagasaki, exaltadas por los estrate-

gas de la guerra fría como dos salvadores y sólidos pilares del "mundo libre", son puestas en su sitio por los jóvenes y quedan como dos trágicos testimonios de criminal genocidio.

Y precisamente cuando los teóricos neocapitalistas explican, satisfechos e imperturbables, por qué es innecesario e imposible el cambio revolucionario en la "sociedad opulenta", los jóvenes se hacen portavoces de las masas y exhiben, con la fuerza vibrante de quien ha contenido largamente una emoción, el descontento profundo ante la sociedad de la violencia y la mentira.

La rebelión estalla en Nanterre, el 22 de marzo de 1968, a propósito de una manifestación de apoyo al pueblo de Vietnam. Una vez más se habla de democracia universitaria, de co-gobierno, de la necesidad de crear "comisiones mixtas" de profesores y estudiantes que sustituyan a los cuerpos burocráticos inertes. Las viejas consignas contra el centralismo, el elitismo, las jerarquías, se funden con nuevas y vigorosas exigencias. Las protestas de Nanterre desembocan en las barricadas de París. La "revolución de mayo" desborda el marco de un movimiento meramente estudiantil. El famoso Teatro Odeón abre sus puertas al diálogo de obreros y estudiantes, los que de pasivos espectadores se convierten en protagonistas de un intenso drama humano. Unos y otros desfilan juntos en arrolladoras manifestaciones. Diez millones de trabajadores se lanzan a una huelga que, a diferencia de otras, en sus mejores momentos combina la demanda de prestaciones inmediatas con la de cambios sociales que permitan a la clase obrera tirar por la borda el control patronal de las fábricas. "Esta exigencia de participar activamente en la determinación de los fines y del sentido de la producción . . . —comenta Garaudy— es el denominador común de las aspiraciones de los estudiantes y de los objetivos concientes de la clase obrera."²

² Roger Garaudy, "La rebelión y la revolución", *Pensamiento Crítico*, Números 25 y 26, La Habana, febrero-marzo de 1969.

El pueblo francés desafía al capitalismo opulento. El mecanicismo, el centralismo burocrático, el mezquino utilitarismo de quienes ven en la ciencia una simple técnica de extracción de ganancias y ventajas prácticas inmediatas, la tediosa repetición de mentiras convencionales o, cuando bien de verdades a medias, son sólo algunos de los vicios que lanzan a los jóvenes a exigir cambios de fondo. “Queremos —dicen— una gestión paritaria de la Universidad. No que nos ‘enseñen’ sino ejercer un control real sobre la enseñanza a fin de adquirir una cultura que vaya más allá del comercio o de la especialización. Queremos un nuevo contrato de enseñanza, pruebas de control en vez de exámenes, con participación de estudiantes en el jurado. Queremos instituciones más ligeras, renovables, abiertas y modernas y esto no sólo por razones intrínsecas, sino en beneficio del estudiantado de origen obrero.”³ Pero, con todo y ser muchas y graves, las viejas fallas de la universidad pronto son relegadas a un plano secundario. El contacto con el hombre de la calle vuelve a los estudiantes más concientes de su papel, de sus derechos y sus deberes, y la inesperada ocupación policíaca de la Sorbona, a principios de mayo, les demuestra que la lucha por la reforma universitaria implica el enfrentamiento a la clase en el poder, al aparato estatal e incluso a la represión militar.

Aun los más jóvenes se hacen ciudadanos militantes en unos cuantos días de acción colectiva. Los estudiantes quieren aprender, pero no subordinar sus conocimientos al afán de lucro de los capitalistas. El problema de la técnica no es si debe o no enseñarse, sino si debe o no ponerse al servicio del pueblo. A medida que el movimiento madura, políticamente, sus enemigos le inventan nuevos cargos: “anarquismo”, “subversión”, “conspiración internacional”. Se acusa a los estudiantes de recurrir a la violen-

³ Carlos Fuentes, París, *La Revolución de Mayo*, México, 1968.

cia, pese a que, en realidad, usan la “contraviolencia para defenderse”. “Contraviolencia —como bien dice Sartre—, no solamente ocasional contra los policías que los han provocado... , sino contra una sociedad que los oprime.”⁴ Es el gobierno el que echa mano de la violencia y el que, en las palabras del propio Sartre, “lanza a la base un llamado al asesinato”, cuando pide a la gente: “... agrúpense en sus barrios para moler a golpes a quienes, en su concepto, expresen opiniones subversivas o tengan una conducta peligrosa para el gobierno.”⁵ Pero los estudiantes no retroceden: insisten en sus legítimas demandas; exigen ser tomados en cuenta como seres humanos y no como simples consumidores de una sociedad entregada al desperdicio y al lucro; y frente al autoritarismo inflexible de siempre y a la cada vez mayor represión, responden con entusiasmo juvenil y fe en su causa: “*L'état c'est chacun de nous*”, “*nous sommes le pouvoir.*”

El movimiento estudiantil cunde inclusive en Norteamérica. En Berkeley, en Columbia, en Cornell y otros centros universitarios, se multiplican las protestas contra un sistema cuya inestable prosperidad descansa en la explotación y la guerra. Vietnam es aquí también la chispa que prende la indignación juvenil. Los estudiantes se niegan a morir “gloriosamente” en una guerra absurda y criminal: quieren vivir en paz, sin odios raciales ni anacrónicos apetitos de conquista. En Estados Unidos, también, los jóvenes se enfrentan a quienes defienden el viejo orden de cosas mediante la fuerza y la violencia. Y allí también se registran toda clase de atropellos y el movimiento estudiantil es víctima de la creciente hostilidad de los guardianes del *establishment*.

En México, en particular, la lucha por una reforma educativa es ya vieja, y en ella se entrelazan y chocan los inte-

⁴ Jean Paul Sartre, “El Movimiento Estudiantil: una crítica radical de la sociedad”, *Pensamiento Crítico*, Ob. cit. p. 279.

⁵ *Ibid.*, p. 283.

reses de dos bandos en pugna: el que esencialmente postula que la educación superior debe ser objetiva y científica, y ponerse al servicio del pueblo, y el que, con ciertas variantes, defiende posiciones subjetivas, anticientíficas y fundamentalmente pragmáticas, y concibe la educación como un simple vehículo de adiestramiento de cuadros al servicio de la burguesía y de la burocracia.

En años recientes se aviva la lucha en torno a la renovación de las universidades y otros centros de altos estudios, y la experiencia recogida día a día en esa lucha demuestra que, como ha sucedido en el frente obrero y campesino, cualquier serio intento de modernización y democratización de la vida universitaria tropezará con la decisión de la clase dominante de mantener sus privilegios, con base en la extraña paradoja de que las universidades, a pesar de su nombre, deben fundamentalmente servir intereses particulares.

No podríamos intentar aquí el examen del contexto en que se desenvuelve la lucha estudiantil mexicana. La cuestión es tan importante y el escenario que le ha servido de marco está tan cerca de nosotros, que reclamaría un estudio por separado. Puede en cambio ser útil recordar que, desde los años de la segunda guerra, las fuerzas más conservadoras han venido ejerciendo presión para librar a los centros de estudio de inquietudes peligrosas y de influencias "exóticas", y para encauzar los planes educativos de acuerdo con las doctrinas panamericanas en boga. El proceso de que hablamos tiene su origen en la reforma al artículo 3º constitucional, en los años cuarenta, y en la instauración de la llamada "escuela del amor", que en rigor fue la escuela de la conciliación y el contubernio —y sólo en tal sentido del "amor"— con los sectores más reaccionarios. Viene después otro episodio: la "Operación Politécnico", aquella triste y violenta jornada en la que, en 1956, el gobierno ocupa militarmente el Instituto Politécnico Nacional, denuncia el internado como centro de agitación subversiva y al poco tiempo pone en marcha, con la sos-

pechosa —y a la vez más o menos abierta— participación de “expertos” norteamericanos, una contrarreforma que de hecho liquida la libertad académica y no oculta el propósito de convertir al IPN, de una institución genuinamente nacional, en un tecnológico más, que trabaje conforme a las pautas y en respuesta a los intereses de los empresarios, entre quienes, como todos sabemos, destacan cada vez más los grandes monopolios extranjeros.⁶

En toda la década siguiente se producen con frecuencia conflictos en los centros de educación superior, y no dejan de apreciarse, por un lado, signos que exhiben la creciente toma de conciencia de la juventud respecto a los problemas más graves de la nación, y por el otro demostraciones de la cada vez también mayor hostilidad de parte de las fuerzas en el poder. La situación hace crisis hacia 1966, cuando las principales universidades de la República se convierten en escenario de intensa actividad política y en víctimas a la vez de una violenta respuesta oficial a las demandas estudiantiles.

En unos cuantos meses se extiende la inconformidad en Sinaloa y Tabasco, en Chihuahua y Guerrero, en Puebla, Sonora, Michoacán y el Distrito Federal. Los problemas específicos no son, naturalmente, los mismos; pero el telón de fondo deja ver muchos rasgos comunes. Los casos de Hermosillo y Morelia son especialmente alarmantes pues sus universidades acaban siendo ocupadas por el ejército, el que en una rápida maniobra liquida de golpe, no una supuesta e inexistente extraterritorialidad, sino un régimen de autonomía y libertad que, con todo y ser precario,

⁶ A partir de entonces, comenta Jorge Carrión: “El IPN y todo el sistema técnico de enseñanza dejó de ser la puerta de entrada de obreros y campesinos a la educación superior, para convertirse en el instrumento de la burguesía ávida de técnicos en todos los niveles, y en campo de adiestramiento de la mano de obra calificada y de los cuadros técnicos que requiere [n]... la burguesía mexicana y el imperialismo norteamericano, aliados.” “Contrarrevolución educativa”, *La Educación: historia, obstáculos, perspectivas México*, 1967, p. 181.

había sido hasta entonces un valladar a la arbitrariedad y cierta garantía de respeto a las universidades.

En 1966 las cosas se agravan en la Universidad Nacional. El empeño de las autoridades de poner en marcha una reforma meramente académica, al parecer sólo interesada en elevar los niveles de eficiencia técnico-administrativa; la decisión de imponer esa reforma de arriba abajo, sin la activa participación de estudiantes y profesores; el empleo frecuente de la fuerza por parte de las "porras" y aun de los cuerpos oficiales de vigilancia, y el celo con que se defiende a funcionarios repudiados por los estudiantes, todo ello contribuye a generalizar el malestar. Y el gobierno aprovecha e incluso hábilmente estimula el genuino descontento estudiantil, no porque tenga interés en reforma alguna sino porque decide utilizar el conflicto para eliminar de la rectoría al doctor Ignacio Chávez.

A partir de 1967 las demandas de renovación universitaria se definen con mayor precisión. En una primera fase se revisan y modifican ciertos métodos y planes de estudio; se instaura el sistema semestral y de créditos en busca de mayor flexibilidad académica; se impulsa la preparación de textos y obras de consulta de autores mexicanos y se brinda mayor respaldo a los laboratorios y centros de investigación. Los estudiantes y profesores más concientes de la necesidad impostergable de renovación universitaria no se conforman, desde luego, con tales avances. Insisten en democratizar la Universidad; en abrir las aulas a los jóvenes procedentes de las clases populares; en crear sistemas de becas para quienes carecen de recursos financieros; en cobrar a los ricos colegiaturas más altas; en emplear métodos de enseñanza que acaben con el verbalismo especulativo y a la vez con el tecnocratismo elemental y acartonado y descansen en la participación activa de los estudiantes; en mantener un contacto estrecho entre éstos y los maestros y respetar a las organizaciones de estudiantes, profesores y empleados; en preservar la autonomía y la plena vigencia del principio de libertad

de cátedra e investigación y defender el derecho a discrepar, incluso de la mayoría, y en adoptar sistemas democráticos para elegir a las autoridades universitarias.

El solo planteamiento de tales cuestiones suscita dudas y provoca enconada resistencia. En la Escuela de Economía de la Universidad Nacional de México, concretamente, a lo largo de meses se libra una sorda lucha que aún no concluye. En 1967 y principios de 68, se logran ciertos avances al crearse una Comisión Mixta de profesores y estudiantes, que, en un democrático régimen de representación paritaria incorpora a más de 130 personas a nuevas y prometedoras formas de trabajo colectivo.

En enero de 1968, en el primer balance de la reforma, el Comité Coordinador de la Comisión Mixta declara:

En un momento en que, sobre todo en ciertos círculos académicos anglosajones está en boga divorciar a la Economía de la realidad social y del proceso histórico, sustraerla a los grandes problemas de nuestro tiempo, despojarla de hecho de su carácter científico y convertirla en una técnica supuestamente neutra, que incluso carece de un campo de acción definido, la reforma en la Escuela Nacional de Economía descansa y a la vez se proyecta sobre una noción que concibe a la Economía como Economía Política y no apolítica y menos aún apologética, como "...la ciencia de las leyes que rigen la producción y el intercambio de los medios materiales de vida en la sociedad humana..."; es decir, "como una ciencia que no puede ser la misma para todos los países y para todas las épocas", ya que es "...esencialmente una ciencia histórica..."

"...Por ello puede afirmarse que la Escuela Nacional de Economía ha salido fortalecida del proceso que culmina en la reforma, al subrayar que en su seno deben formarse "...no simples técnicos sino verdaderos economistas, esto es, profesionales con una rigurosa formación teórica, que conozcan a fondo la realidad nacional, que tengan conciencia del marco social en que se desenvuelve el proceso económico y que contribuyan

a un desarrollo independiente de la nación y a elevar el nivel de vida del pueblo...”⁷

El intento de renovar la Escuela Nacional de Economía, y en verdad todo el proceso de la reforma universitaria tropieza hacia fines de julio de 1968, con nuevos, imprevistos y más graves escollos. El día 23, so pretexto de restablecer el orden con motivo de un conflicto sin importancia entre dos escuelas situadas en el centro de la ciudad de México, la policía irrumpe en una de ellas y desata una ola represiva sin precedentes en la vida moderna de la nación. Tres días después se recurre de nuevo a la violencia, cuando millares de policías impiden a los estudiantes protestar contra la represión y solidarizarse, con motivo del 26 de julio, con la revolución cubana. Y a partir de ahí se viven las dramáticas jornadas que, pasando por la ocupación militar de la ciudad universitaria y por otros actos represivos sin precedente culminarán, el 2 de octubre, en la masacre de Tlatelolco.

Sería imposible recordar aquí siquiera los principales capítulos del movimiento estudiantil de 68. Pero hay ciertas cuestiones que es preciso al menos mencionar:

1) La rebelión estudiantil de la ciudad de México fue consecuencia inmediata y directa de la represión oficial, aunque en un sentido más profundo fue la respuesta espontánea de los jóvenes a viejos y graves problemas que están a la vista de todos: el carácter cada vez más antidemocrático de la vida pública nacional, la constante violación a garantías y derechos que las leyes otorgan, el injusto patrón conforme al cual se reparten la riqueza y el ingreso nacionales, la brutal explotación del trabajo de las grandes masas y el bajo nivel de vida de vastos sectores de la pequeña burguesía, la inmoralidad administrativa, el cha-

⁷ Informe del Comité Coordinador de la Comisión Mixta, publicado por la Escuela Nacional de Economía. (folleto) México, 1968.

rrismo sindical, la burocracia, el fraude electoral, la demagogia en torno de la reforma agraria, la inflación, el control monopolístico del poder político ejercido por el partido del gobierno, la represión, el comportamiento arbitrario de numerosas autoridades públicas y en particular de los cuerpos policíacos, la creciente subordinación del gobierno y las empresas privadas al imperialismo norteamericano, todo ello provocó la indignación estudiantil y lanzó a miles de jóvenes y adultos a las calles, en uno de los actos masivos de protesta más genuinos que puedan recordarse.

2) El movimiento estudiantil fue en todo momento eso: un movimiento organizado y dirigido por los estudiantes, quienes con su decisión, la legitimidad de su causa y su entrega entusiasta a ella, ganaron el apoyo de no pocos profesores, la activa y pública solidaridad de decenas de intelectuales y, lo que es más importante y se hizo patente en las grandes manifestaciones de agosto y septiembre, la simpatía del hombre de la calle.

3) El movimiento nunca fue, como dolosamente se han empeñado en hacerlo creer sus enemigos, un movimiento subversivo. Trabajó con banderas desplegadas y levantó desde el primer momento demandas claras, concretas y viables, con las que se puede o no estar de acuerdo, pero cuya legalidad es incuestionable. El pliego de seis puntos, en el que los estudiantes insistieron una y otra vez, fue bien preciso: libertad de los presos políticos, abrogación de los llamados delitos de disolución social, destitución de los principales jefes policíacos del Distrito Federal, supresión del cuerpo de granaderos, indemnización a las víctimas de la represión y deslindamiento de responsabilidades de varios funcionarios públicos.

En círculos oficiales llegó a mencionarse que en el movimiento había agentes provocadores pagados por la CIA, mientras ciertos funcionarios denunciaban, como es costumbre desde hace años, manos comunistas en el conflicto. Después de haberse sorprendido en la embajada de

México en La Habana a un agente de la CIA que operaba desde un año antes a la sombra de la inmunidad diplomática, nadie podría sostener que en un movimiento abierto y espontáneo como el estudiantil, no se hayan infiltrado provocadores extranjeros. Mas el hecho es que, hasta donde estos asuntos son del dominio público, las víctimas de la acción oficial fueron hombres y mujeres de izquierda, no habiéndose sabido de un solo caso —ni siquiera el del espía Carrillo Colón— en que se procediera contra polizontes de la CIA o el FBI. Lo que, a más de un año de distancia de la tragedia de Tlatelolco, sólo puede significar que no pudo comprobarse la presencia de tales agentes o, lo que sería mucho más grave, que no quiso procederse contra ellos y vindicarse la soberanía nacional violada.

4) Aunque en la fase comprendida entre fines de julio y principios de octubre el movimiento estudiantil centró explícitamente su atención en las demandas que la propia realidad imponía como más perentorias, y creó eficaces mecanismos de acción como las brigadas, el afirmar que el movimiento fue exclusivamente político y que no planteó las cuestiones académicas de mayor interés para los estudiantes, implica no entender su naturaleza ni el carácter de las luchas juveniles de nuestros días, en que los propósitos de renovación de los centros de altos estudios se funden, en un solo proceso, con la entrega cada vez más consciente de millares de estudiantes a las causas sociales y políticas más justas y avanzadas.

5) Por último, la violencia empleada por el gobierno contra los estudiantes demostró que, aun no siendo factores productivos directos ni su movimiento una causa que amenazara a las instituciones de la República, la clase en el poder no estaba dispuesta a discutir o a buscar soluciones por vías democráticas. Como años atrás, con motivo del conflicto ferrocarrilero y de las luchas de los trabajadores de la industria petrolera, mineros, maestros y numerosos grupos de campesinos, el aparato represivo

entró en acción. Y como en otras ocasiones también, la prensa, las organizaciones de masas, los diputados y senadores, los dirigentes sindicales —salvo aisladas y honrosas excepciones—, en vez de ser los conductos a través de los cuales pudiera expresarse el descontento popular, o siquiera voces racionales que plantearan la necesidad de deslindar responsabilidades en torno a hechos tan graves como la masacre de Tlatelolco, prefirieron someterse, guardar silencio y justificar la arbitrariedad, el atropello y aun la criminal mutilación de centenares de vidas inocentes.

La lucha por la renovación universitaria no es, y como hemos visto en estas líneas nunca ha sido en ninguna parte un asunto meramente académico. Es un aspecto de la lucha por transformar la sociedad en que vivimos, un capítulo de la lucha revolucionaria. Lo fue así a principios de siglo y lo sigue siendo en nuestros días. Y hoy, como ayer, se vuelve a comprobar que el control de las universidades es tan importante para la burguesía como el tener bajo su dominio los sindicatos obreros, las ligas agrarias y, en general, las organizaciones populares.

La sola iniciación del movimiento universitario y el empleo en grande escala de la violencia para reprimirlo, lo ha puesto de relieve. La necesidad de una pronta, profunda y total renovación, concretamente en el campo de la Economía y de las ciencias sociales, difícilmente puede ponerse en duda. Pero tampoco parece haber base para dudar que, aun una reforma modesta, no podrá llevarse al cabo a hurtadillas, de arriba abajo, desde el gabinete, sin lesionar a nadie, e incluso con la adhesión de quienes defienden el *statu quo*. Pensarlo sería tan pueril como creer que la reforma agraria se realizará con el apoyo entusiasta de los latifundistas y agricultores “nylon”, la reforma fiscal con el respaldo desinteresado de los defraudadores del fisco y la reforma política con la simpatía del monopolio electoral y los líderes “charros” de la CTM.

La experiencia recogida en un plantel como la Escuela de Economía de la UNAM, basta para afirmar la convicción de que el camino de una renovación universitaria es angosto y difícil. En efecto, pese a los alentadores avances iniciales en el proceso de renovación, a la tradición progresista de dicha escuela, y a que no son pocos los estudiantes y profesores dispuestos a defender esa tradición, a poco más de un año del crimen de Tlatelolco y a tres de haberse iniciado la reforma, abundan los signos que dan cuenta de que el intento renovador se ha frustrado en lo esencial e incluso está en marcha una contrarreforma que, de llevarse adelante, en no mucho tiempo podría convertir a la ENE en una híbrida, tecnocrática y anodina *school of economics*, en que el instrumental keynesiano y en general neoclásico, las concepciones subjetivas, el reformismo *a la Alianza para el Progreso*, el burocratismo sin precedente y el propósito oficial de poner los centros de educación superior al servicio de las empresas privadas y del gobierno, acaben por imponerse en definitiva.

Sabemos que la tarea a acometer no es fácil. El solo intento de renovación ha puesto al descubierto —en México y en otros países latinoamericanos— que aun en el marco estrictamente universitario será preciso rebasar escollos de todo orden: escasez de recursos, indiferencia e incomprensión de amplios sectores de la comunidad universitaria, posiciones doctrinales en pugna e intereses encontrados, cuyas divergencias se acentúan entre nosotros con motivo de la campaña presidencial y el deseo de no pocos profesores, e inclusive estudiantes, de acercarse al candidato del PRI y al carro oficial, a fin de asegurar un sexenio estable y próspero. Si antes del 2 de octubre de 1968 era ya difícil la lucha por la renovación de los centros de estudios superiores, ahora se agregan nuevos obstáculos, y a consecuencia de un bajo nivel de organización y de conciencia, las que debieran ser metas precisas e incluso inmediatas en la agenda revolucionaria, son vistas por muchos como algo incierto, lejano y hasta utópico, o en

el mejor de los casos como objetivos a largo plazo, demasiado ambiciosos, que supuestamente chocan con la obstinada "realidad mexicana", que con frecuencia no es más que una expresión de debilidad, vacilaciones, oportunismo y temor de quienes sólo apelan a la realidad cuando tratan de justificar la inacción y la complacencia hacia la clase dominante.

Pero, a la vez, si hace tres años era ya obvia la necesidad del cambio, ahora es todavía más urgente, pues a los viejos problemas se agregan los surgidos de una reforma trunca, que se halla en una fase enteramente inicial.

El consenso respecto a que las escuelas de Economía y en general los centros de estudios superiores debieran ser mejores, no significa, naturalmente, que lo único que falte sea empeñarse en la realización práctica de las actividades concretas que entraña la reforma. Ahora, más que nunca, es menester examinar con objetividad la situación, evaluar lo hecho y definir lo que falta por hacer; recoger con verdadero interés el criterio de estudiantes y profesores, dialogar democráticamente y discutir a fondo los problemas más graves. A estas horas es claro que no basta convenir en ciertas líneas generales, así se adopten los acuerdos respectivos con la mayor formalidad y en reuniones representativas y del más alto nivel. Aparte de que es mucho lo que está por hacerse e incluso lo que ni siquiera se ha planteado todavía, no es difícil advertir que, aun lo poco que ya se ha aprobado, está en peligro.

Si la tarea se acomete empíricamente, sin definir de antemano el tipo de economistas que aspira a formarse en nuestras escuelas, e incluso sin precisar la misión fundamental de la ciencia económica en países como los nuestros, la renovación será, inevitablemente, un cuerpo amorfo, sin líneas ni propósitos claros, y aun podría resultar una reforma reaccionaria y pragmática, del tipo de las recomendadas a menudo por la OEA, que intente alinear aun a aquellas escuelas que en sus orígenes fueron de izquierda, conforme a las concepciones panamericana-

nas hoy de moda en Washington y entre las oligarquías latinoamericanas.

Probablemente no falten quienes piensen que la Economía es una disciplina cuya naturaleza y alcance están bien definidos, y que incluso supongan que, tras de más de dos siglos de desarrollo y de análisis sistemático alrededor de unas ciertas cuestiones básicas, no hay ya diferencias de fondo acerca del objeto, los métodos y las técnicas propias de la ciencia económica. Pero el lector comprobará en las páginas que siguen que la verdad es que no hay tal acuerdo y que en la Economía se reflejan, como en pocas ciencias, el carácter antagónico del capitalismo, la creciente profundidad de la lucha social y el temor de las clases dominantes a que tal disciplina se use, no para defender sus intereses y privilegios sino para examinar el proceso histórico, descubrir la verdad y ayudar a crear un orden social más justo. Es ésta una cuestión de tal envergadura que en los últimos dos años ha podido advertirse con frecuencia, en México y en otros países latinoamericanos, que a los grupos en el poder y a quienes defienden sus posiciones en las universidades les es más fácil aceptar ciertas demandas populares teñidas de radicalismo *político*, que aceptar que la Economía, la Sociología y la Historia se enseñen como ciencias. Lo que es explicable porque la ciencia, y en particular las ciencias sociales, se han convertido en nuestro tiempo en una fuerza potencialmente revolucionaria.

El hecho de que, ante la presión ejercida por estudiantes y profesores se acepte concebir la Economía como "la ciencia de las leyes que rigen la producción y el intercambio de los medios materiales de vida en la sociedad humana...", o el que verbalmente se reconozca que la Economía debe ser *política* y no apologética, no significa que se haya triunfado en la lucha por modernizar la enseñanza. Y menos, todavía, si quienes deseamos contribuir a una profunda renovación universitaria nos cruzamos de brazos cuando más se requiere de la acción.

Los problemas de fondo están sobre la mesa de debates y no derivan de tales o cuales posiciones personales; son producto del intento mismo de llevar al cabo una renovación que, por su naturaleza, desborda los marcos académicos y lesiona intereses de clase. Eso por una parte, y por la otra, si la enseñanza de la Economía ha de responder a la concepción científica antes señalada, sería ingenuo pensar que ello se logrará espontánea y fácilmente, y que estudiantes, profesores y autoridades se acomodarán sin dificultad a las nuevas exigencias. Creer que con recoger lo anterior en una declaración será suficiente para modernizar la enseñanza de la Economía y darle un carácter científico más riguroso, subestimando la necesidad de crear conciencia en torno a las mejores formas de llevar adelante las decisiones mayoritarias, sería como pensar que la lucha por la reforma agraria mexicana debió haberse abandonado desde 1915, porque la ley del 6 de enero de ese año fijaba ya los primeros lineamientos jurídicos para iniciar el reparto de la tierra, o que debería renunciarse a transformar la sociedad en que vivimos porque los voceros de la oligarquía nos aseguran a diario que al capitalismo mexicano sólo interesan la libertad, la democracia y la justicia.

Quienes trabajamos en el campo de las ciencias sociales en América Latina nos enfrentamos a una responsabilidad insoslayable: o actuamos bajo la presión y los intereses del amo nacional y extranjero, y nos convertimos servilmente en defensores de un régimen de privilegios para unos cuantos y explotación y miseria para las mayorías; o, dignamente, nos rebelamos contra tal dictadura. Los extremos de la alternativa son claros y no hay a la vista terceros caminos. La lucha en que los economistas, los sociólogos, los historiadores y en general los investigadores sociales estamos comprometidos es larga y difícil, tan larga y difícil como la que el pueblo libra en todas partes; pero empiezan a multiplicarse los signos que exhi-

ben la cada vez más firme decisión de centenares de trabajadores intelectuales de entregarse con seriedad, independencia y espíritu creador al estudio sistemático de nuestro atraso económico y social.

Estamos, quizá, en el umbral de una etapa histórica en que no sólo podamos rescatar las riquezas materiales de que han despojado a nuestros pueblos las burguesías criollas y el imperialismo extranjero, sino avanzar en el difícil camino de pensar por nosotros mismos, de reinterpretar nuestra historia como condición para descubrir y actuar con éxito ante las fuerzas que hasta hoy nos han mantenido en el atraso y la pobreza. Para avanzar en esta dirección es preciso liberarnos de una vez por todas del neocolonialismo cultural, desenajenarnos de la ciencia burguesa y de su formulismo superficial y mecanicista, ensayar nuestras propias soluciones y abrir nuevas rutas a la ciencia y la investigación, que en vez de que conduzcan a la defensa del *status* y aun a encubrir los peores vicios del régimen imperante, contribuyan a exhibir sus fallas y contradicciones insuperables y a acelerar la transformación profunda, realmente estructural, que reclama el progreso de subcontinente.

NATURALEZA Y OBJETO DE LA ECONOMIA

¿Cuáles son el objeto y el campo de acción de la Economía? ¿Cuáles los métodos de análisis que en ella pueden emplearse con mayor utilidad? Si no empezamos por aclarar estas cuestiones, cuyas respuestas no son, por cierto, sencillas, difícilmente podremos actuar sobre bases firmes, pues si bien la realidad económica es una sola —aunque siempre cambiante—, las posiciones que frente a ella se adoptan, varían con frecuencia en razón de doctrinas que a su vez exhiben intereses sociales y políticos en pugna.

La Economía, ¿una ciencia universal de la conducta?

Podría aceptarse, como dice el profesor Samuelson, que “no hay una teoría económica para los Republicanos y una para los Demócratas...” norteamericanos, pues la verdad es que entre unos y otros no hay mayor diferencia; pero resultaría, en cambio, muy difícil, acompañarlo en la afirmación de que tampoco “hay una para los trabajadores y otra para los patrones”.¹ Sería más cierto decir que desde que la Economía surgió como una ciencia autónoma se han enfrentado dos corrientes teóricas opuestas, que en el fondo expresan el antagonismo y los intereses de dos clases sociales diferentes y en constante lucha.

¹ Paul Samuelson, *Economics, introductory analysis*, Nueva York, 1948, p. 5.

Para los subjetivistas, lo esencial es estudiar relaciones entre medios escasos, susceptibles de empleo alternativo, y ciertos fines que se desea alcanzar. Para los objetivistas, por el contrario, la Economía es una ciencia social que fundamentalmente se preocupa por conocer y aun por influir sobre las leyes que gobiernan el proceso económico.

“Todo acto que requiere tiempo y medios escasos para lograr un fin —escribe el profesor Robbins— supone la renuncia a usarlos para alcanzar otro fin”. “En esto —continúa— estriba... la unidad temática de la Ciencia Económica: las formas que reviste la conducta humana al disponer de medios que son escasos...” Nuestra concepción “...no intenta escoger ciertos tipos de conducta, sino que enfoca su atención a un aspecto particular de ella, el impuesto por la influencia de la escasez.” “La Ciencia Económica —concluye— no tiene más límite que ese.”²

Muchos economistas sostienen hoy, esencialmente, lo que el profesor Robbins. El profesor Hanson, inglés también, señala por ejemplo que “la Economía moderna... se basa en una teoría de la escasez y de la elección...”³ y el economista norteamericano Paul Samuelson hace notar, por su parte, que el “hecho económico básico” consiste en que la *limitación* de recursos disponibles impone la necesidad de una elección.⁴

La posición de los clásicos

¿Es así, podría preguntarse, como tradicionalmente se ha definido el objeto de la ciencia económica? De nin-

² Lionel Robbins, *Naturaleza y significación de la ciencia económica*. México, 1944, pp. 36, 39 y 40.

³ J. L. Hanson, *A textbook of economics*, Londres, 1963, p. 5.

⁴ P. Samuelson, *Ob. cit.*, p. 17.

guna manera. Los economistas clásicos ingleses, cuyo aporte al desarrollo científico de la Economía fue notable, se interesaban por otros problemas. William Petty, a quien Marx consideraba “el fundador de la moderna Economía Política”, se enfrentó desde fines del siglo xvii a la compleja cuestión del valor de las mercancías y aun llegó a postular que tal valor dependía de la “cantidad relativa de trabajo contenido en ellas”. Smith aceptó este principio, y expresa y claramente identificó la Economía Política con el estudio de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones, y el célebre David Ricardo, en una carta a Malthus, escrita en octubre de 1820, decía con singular penetración: “Usted piensa que la Economía Política es una investigación de la naturaleza y el origen de la riqueza. Yo, en cambio, creo que se trata de una investigación de las leyes que determinan el reparto del producto de la actividad económica entre las clases que concurren a su generación.”⁵ Y en el Prefacio a sus *Principios de Economía Política y Tributación*, expresaba: “El determinar las leyes que regulan esta distribución [la distribución del producto entre las diversas clases sociales] es el problema principal de la Economía Política...”

David Ricardo comprende que para descubrir esas leyes no sólo es preciso estudiar el comportamiento de los precios; es necesario ahondar en el proceso de cambio típico de una economía mercantil y examinar los factores que determinan la retribución de los capitalistas, los terratenientes y los asalariados. Y como a Petty y otros economistas tal búsqueda lo lleva... al concepto del valor, el que en adelante será la principal categoría de su análisis teórico. “El valor de una mercancía —declara al abrir el primer capítulo de los *Principios*— o la cantidad de cualquier otra mercancía por la que

⁵ *The Works and correspondence of David Ricardo*, Obra editada por Piero Sraffa, Londres, 1951, Vol. VIII, p. 278 y Vol. I. p. 5.

pueda cambiarse, depende de la cantidad relativa de trabajo necesario para su producción, y no de la mayor o menor retribución que se pague por ese trabajo.”

Se ha dicho a menudo que Ricardo acabó por abandonar la teoría del valor trabajo, y de ser ello cierto se habría alterado sensiblemente toda la base teórica de su sistema y en general del planteamiento de los clásicos. Mas si bien parece haber tenido frecuentes y explicables dudas en torno a ese y otros aspectos importantes de su contribución teórica, el profesor Sraffa ha demostrado, con base en varios documentos y, sobre todo, en una carta escrita a James Mill en 1818 —hasta hace poco tiempo desconocida—, que los cambios hechos a partir de la segunda edición de los *Principios* tendieron a afinar, no a abandonar la teoría antes mencionada. En dicha carta, Ricardo critica a Smith por creer éste que a partir del momento en que la tierra se ha apropiado y la acumulación de capital está en marcha no es ya el trabajo el que determina el valor y por tanto los precios, sino el trabajo, la ganancia y la renta. “En oposición a él —explica Ricardo— yo sostengo... que el valor de cambio varía, en todas las épocas de la historia, no porque se produzca una división entre utilidades y salarios, o porque se acumule capital, sino únicamente debido a dos causas: la mayor o menor cantidad de trabajo que se requiera y la mayor o menor durabilidad del capital, y la primera nunca es invalidada por la segunda, sino solamente modificada por ella.” Y la misma opinión es reiterada por Ricardo, en cartas escritas en 1820 y 1821. En efecto, a punto de concluir la revisión del material para la tercera edición de su principal obra, escribe a Malthus: “Mi primer capítulo [que es el que se refiere al Valor] no será sustancialmente modificado. Pienso, en principio, que propiamente no sufrirá alteraciones.” Y unos meses después declara a McCulloch, con quien en otras ocasiones ha-

bía discutido el problema: “Estoy totalmente convencido de que al establecer que la cantidad de trabajo incorporada en las mercancías es la regla que gobierna su valor relativo [o sea su valor de cambio], estamos en el camino justo...”

Ricardo incurre en diversas fallas y su análisis revela con frecuencia el peso de los intereses de la clase de que él mismo forma parte. Pero lo que sus enemigos no le perdonan es que, aun no habiendo formulado una teoría de la explotación social, como Marx lo haría unos años después, si hubiera reparado en el antagonismo entre la ganancia del capitalista y los salarios de los trabajadores, comprendido que aquélla dependía del trabajo de éstos y anunciado que la tasa de ganancia tendería a reducirse en el futuro.

Por ello no es extraño que un economista de su época expresara:

El sistema de Ricardo es un sistema de discordia... Tiende a sembrar la hostilidad entre las clases y las naciones... Su libro es el verdadero manual de los demagogos que aspiran a conquistar el poder mediante la confiscación de la tierra (agrarianism), mediante la guerra y el saqueo.⁵⁹

El propio Smith, aunque nunca llegó a enunciados tan claros como los de Ricardo, mantuvo una posición definida respecto al carácter político de la ciencia. “La Economía Política —escribió en la introducción al libro IV de su famosa obra—, considerada como una rama de la ciencia de un estadista o legislador, se propone dos objetos dife-

⁵⁹ Carey, *The past, the present and the future*, Filadelfia, 1848, p. 74. Cit por C. Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, México, 1944, Tomo II, p. 11. Para las referencias anteriores véase, además, la introducción de Sraffa a *The works and correspondence...* (sobre todo las páginas xxxii a la xl) y los capítulos I y VI de los *Principios* de Ricardo.

rentes: en primer término, proveer un ingreso suficiente o de subsistencia al pueblo...; y en segundo, proporcionar al estado o la comunidad un ingreso bastante para sostener los servicios públicos. Se propone [en consecuencia] enriquecer tanto al pueblo como al soberano.”⁶

Incluso Malthus, que en muchas cuestiones importantes (como el propio concepto del valor y la teoría de la renta), no ocultó su desacuerdo con Smith y Ricardo, dio a su obra teórica principal el nombre de *Principios de Economía Política*, y fue autor de opiniones como ésta:

La ciencia de la Economía Política se parece más a las ciencias de la moral y la política, que a la ciencia de las matemáticas.⁷

Y en una incisiva crítica a la tendencia a simplificar, a generalizar más allá de lo conveniente en ciertos enfoques teóricos y a manejar conceptos absolutos, destacaba algo que exhibe el carácter dialéctico del proceso económico y que muchos economistas parecen haber olvidado en nuestros días:

Siento cada vez con mayor convicción que hay muchas proposiciones importantes en la Economía Política que sin duda requieren limitaciones y excepciones; y puede decirse con certeza que la frecuente combinación de causas complicadas, la acción y reacción recíproca de causa y efecto, y la necesidad de (tales) limitaciones y excepciones... constituyen las principales dificultades de la ciencia y ocasionan esos frecuentes errores en que, debe reconocerse, se incurre en la predicción de resultados.” “La tendencia a una prematura generalización entre los economistas políticos, ocasiona también una

⁶ Adam Smith, *The wealth of nations*, Vol. I, Londres, 1961, p. 449.

⁷ T. R. Malthus, *Principles of Political Economy*, en *The works and correspondence of David Ricardo*, Vol. II, p. 5.

resistencia a someter sus teorías a la prueba de la experiencia.⁸

Senior y los sacrificios de los capitalistas

Aparentemente, los continuadores inmediatos de Ricardo dieron la impresión de seguir por la brecha que éste había abierto en torno al estudio objetivo del valor y el costo real; pero de hecho, como dice Dobb, el supuesto avance que comúnmente se les atribuye era “un síntoma de decadencia”, pues significaba “pasarse hacia el empirismo y el eclecticismo”. El costo real “se volvió claramente algo psicológico, [y] dado este cambio de contenido, el siguiente paso fue lógicamente la ‘abstinencia’ de Senior”, concepto en virtud del cual la ganancia dejó de ser un excedente.⁹

A partir del mismo Ricardo la Economía se debate entre las exigencias a que debe responder como ciencia y los intereses a que sirve en la práctica, como mera apologética. Y como el antagonismo social y concretamente la lucha de clases se intensifican a principios del siglo XIX, surgen dos corrientes opuestas alrededor del tronco clásico: el socialismo utópico, por un lado, y lo que Marx llamaba la “economía vulgar”, por el otro.

La teoría de la abstinencia, de Senior, como base para explicar la ganancia y las relaciones económicas más im-

⁸ *Ibid.*, pp. 7 y 10.

⁹ Maurice Dobb, *Introducción a la Economía*, México, 1959, pp. 33-34. El propio autor señala: “El costo real era igual a trabajo más abstinencia, El costo nominal y el precio eran iguales a salario más beneficio. Por lo tanto los valores del mercado coincidían con el costo real. El dilema de Ricardo parecía resuelto. Pero la solución no era solución... Quizá una psicología hedonista, que explica la conducta humana como movida por previsiones de placer y dolor, podría llegar a una solución reduciendo ambos —“abstinencia” y “trabajo” a los términos de una sola cantidad: “dolor”, pp. 34-35.

portantes, rompe con el planteamiento clásico. Cuando la explotación del trabajo se vuelve más obvia y despiadada, y la propia realidad se encarga, al margen de las especulaciones teóricas, de mostrar el verdadero origen de las utilidades del capitalista, mientras los socialistas utópicos se empeñan en entrever, a partir de una justa y a menudo severa crítica del orden existente, una sociedad mejor, los defensores de ese orden irracional se pasan sin reservas del lado de la burguesía y ponen definitivamente a su servicio la nueva ciencia.

Un año antes —diría Marx— de que Nassau W. Senior descubriese en Manchester que las *ganancias* (incluyendo los intereses) del capital eran el fruto de la “*última hora —no retribuida— de la jornada de trabajo de doce*”, el mismo autor anunciaba al mundo otro descubrimiento. Yo —decía solemnemente— *sustituyo la palabra capital*, considerado como instrumento de producción, *por la palabra abstinencia* ¡Dechado insuperable de los ‘descubrimientos’ de que es capaz la economía vulgar!

...El mundo sólo vive —agregaba irónicamente Marx— gracias a las mortificaciones que se impone a sí mismo este moderno penitente de Visnú que es el capitalista. No es sólo la acumulación; la simple “conservación de un capital supone un esfuerzo constante para resistir la tentación de devorarlo.”¹⁰

¹⁰ “Al economista vulgar no se le ha ocurrido jamás pensar, con ser bien simple, que todo acto humano puede concebirse como ‘abstracción del acto contrario. El que come se abstiene de ayunar, el que anda se abstiene de estar quieto, el que trabaja se abstiene de holgar, el que huelga se abstiene de trabajar, etc. No estaría de más que esos señores se parasen un poco a meditar sobre el *determinatio est negatio*, de Spinoza.” Carlos Marx, *El Capital*, Tomo I, Vol. II, México, 1946, pp. 674.

Del socialismo utópico al eclecticismo

Al propio tiempo, sin embargo, otros economistas y pensadores sociales advertían que las cosas no eran como las habían anunciado los enciclopedistas, el racionalismo y la revolución francesa. En lugar de libertad, la situación imperante en toda Europa revelaba creciente sujeción del asalariado a un trabajo monótono y agotante, y a veces al desempleo y la miseria generados por el propio proceso capitalista; en vez de igualdad había dramáticos contrastes entre la forma de vida de los ricos y los pobres, y en vez de fraternidad: explotación y trato injusto y discriminatorio para las masas.

Tratábase por eso —escribe Engels— de descubrir un sistema nuevo y más perfecto de orden social, para implantarlo en la sociedad desde fuera, por medio de la propaganda y, a ser posible, con el ejemplo, mediante experimentos que sirviesen de modelo. Estos nuevos sistemas sociales nacían condenados a moverse en el reino de la utopía...¹¹

El carácter fantástico de muchas de las previsiones de los socialistas utópicos no restó mérito ni seriedad a sus aportaciones. “En 1816, Saint-Simon declara que la política es la ciencia de la producción y predice ya la total absorción de la política por la Economía.” “Y si aquí no hace más que aparecer en germen —comenta Engels— la idea de que la situación económica es la base de las instituciones políticas, proclama ya claramente la transformación del gobierno político sobre los hombres en una administración de las cosas y en la dirección de los procesos de producción, que no es sino la idea de la ‘abolición del Es-

¹¹ Federico Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, en Marx y Engels, *Obras escogidas*, Tomo II, pp. 112.

tado'..."¹² Las críticas de Fourier al capitalismo eran aún más despiadadas y no menos penetrantes. Con frecuencia advertía graves contradicciones del sistema, o lo que él llamaba "la civilización", como la de que la pobreza tenga su origen en la propia abundancia, tesis que, de paso, a juicio de Engels demuestra que "... Fourier maneja la dialéctica con la misma maestría que su contemporáneo Hegel..."; en tanto que Owen denuncia la propiedad privada y la religión como dos obstáculos formidables a la reforma social.

Las corrientes señaladas no siempre lograron que sus adeptos se afiliaran totalmente a una u otra. En ciertos casos derivaron en posiciones contradictorias, en las que parecía superarse y a veces chocar la herencia de los clásicos con el reformismo dominante. Tal aconteció, a nuestro juicio, con John Stuart Mill, cuyo concepto de la Economía y de no pocas cuestiones fundamentales fue casi siempre ecléctico y ambiguo.

Mill se inicia en el estudio de la Economía desde muy joven, bajo la influencia de Ricardo y sobre todo de su padre, James Mill. Y aunque en su formación y en su obra se advierte a menudo la huella de esa influencia, en no pocos aspectos rompe con la escuela clásica, y en particular con la teoría ricardiana, y se asocia a ciertas aspiraciones de los socialistas utópicos.

En su concepto de la Economía y en cuanto al papel que le asigna no difiere grandemente de la posición de Smith y en cierto modo aun de la del propio Ricardo:

Quienes escriben sobre economía política —dice— declaran enseñar, o investigar, la naturaleza de la riqueza y las leyes de su producción y distribución, incluyendo, directamente o en forma remota, la actuación de todas las causas por las que la situación de la humanidad... prospera o decae... Ningún tratado de eco-

¹² *Ibid.*, p. 113.

nomía política —añade— puede examinar o aun enumerar todas esas causas; pero pretenderá exponer todo lo que se conoce sobre las leyes y principios por las que se rigen.”¹³

A Stuart Mill le interesaban fundamentalmente dos cuestiones esenciales, que ciertos voceros de la moderna *economics* acostumbran desdeñar: el estudio de las causas, o sea la investigación científica del proceso económico —de las causas no sólo inmediatas o directas sino mediatas y remotas—, y el estudio de las leyes —no de circunstancias fortuitas o aisladas—, “por las que [esas causas] se rigen.” El propio autor, sin embargo, sostiene las opiniones más contradictorias y desconcertantes. A él se debe la absurda teoría del llamado “fondo de salarios”, que los patrones ingleses utilizaron para justificar la explotación del trabajo, y él es también quien, en la séptima edición de sus *Principios*, decide abandonar expresamente esa teoría.¹⁴

El mismo economista que a veces se refiere al capital como una cosa, en otros pasajes lo trata como relación social.¹⁵ El mismo que niega el carácter productivo del capital, y por tanto de la acción del capitalista, “...abandona el principio esencial de Smith y Ricardo de que la ganancia es, simplemente, parte integrante del valor, o sea... parte que el capitalista vende... sin habérsela pagado al obrero... Según Mill, el capitalista obtiene su ganancia a pesar de pagar al obrero la jornada de trabajo en su totalidad.”¹⁶

¹³ John Stuart Mill, *Principios de Economía Política*, México, 1951, p. 29.

¹⁴ *Ibid.*, p. 22. Introducción de W. J. Ashley.

¹⁵ “Si nos fijamos en las cosas —escribe—, vemos que el capital no tiene, en realidad, ninguna fuerza productiva. Lo único que tiene fuerza productiva es el trabajo, combinado, naturalmente, con las herramientas y ejerciendo su acción sobre la materia prima” Citado por C. Marx en *Historia crítica de las teorías de la plusvalía*, México, 1945, Tomo III, p. 204.

¹⁶ *Ibid.*, p. 180.

Y ese mismo autor, de nuevo, es el que con singular honradez nos dice que:

Hoy día, el producto del trabajo se divide en razón inversa al trabajo: la parte mayor va a parar a los que nunca han trabajado, la siguiente a aquellos cuyo trabajo es casi puramente nominal, y así, descendiendo en la escala, la recompensa va haciéndose menor y menor a medida que el trabajo se hace más duro y más desagradable, hasta llegar al trabajo físico más fatigoso y agotador, que a veces no rinde siquiera lo estrictamente necesario para vivir.

Ante esta opinión no es extraño que Marx comente que, pese a todas sus contradicciones, "...sería de todo punto injusto lanzar [a hombres como Mill] al mismo montón... de economistas vulgares y apologéticos."¹⁷

Pero lo que en Stuart Mill se sobrepone y no pocas veces choca, sin llegar a integrarse en un todo armónico, en Marx y Engels se entrelaza, se funde y a la vez se reelabora a la luz del materialismo dialéctico.

La doctrina económica de Marx y Engels

Cuando la ciencia económica empieza definitivamente a apartarse de la búsqueda de la verdad, y cae más y más al servicio de la clase dominante, Marx y Engels la rescatan y la convierten a su vez en una ciencia para el pueblo, en una ciencia para los trabajadores con cuyo esfuerzo se crea la riqueza que tanto interesa a los economistas. Mientras la "economía vulgar" se preocupa cada vez menos por el marco social en que se desenvuelve el proceso económico y, bajo la influencia de un intrascendente y superficial academismo, va divorciando sus rígidos esquemas de una realidad rica y cambiante, la economía marxista

¹⁷ Carlos Marx, *El Capital*, Tomo I, Vol. II, p. 689.

centra su interés en la comprensión del proceso capitalista y de las leyes que gobiernan su desarrollo, así como en la posibilidad de transformar tal sistema en una forma superior de organización social.

El aporte de Marx no sólo consiste en forjar una nueva doctrina económica, y en dar forma a categorías científicas en las que nunca se había reparado, en enfocar el estudio de la historia desde una nueva perspectiva y en contribuir con una metodología que ve los fenómenos socio-económicos no estática ni aisladamente, sino en continuo movimiento y al través de sus relaciones reales.

La tarea que Marx se impone es ambiciosa: es nada menos que “descubrir la ley económica por la que se rige la dinámica de la sociedad moderna.” Para descubrir esa ley, arranca de un profundo análisis de la mercancía y del papel que ésta juega bajo el capitalismo, estudio que le lleva a formular una nueva teoría de la ganancia y de la acumulación de capital. “¿Cómo explicarse —pregunta Engels— que el capitalista obtenga una ganancia, si es verdad [como lo creían, por ejemplo, Stuart Mill y muchos economistas] que al obrero se le retribuye el valor íntegro del trabajo incorporado por él al producto?” “La clave del misterio está en que... el capitalismo encuentra en el mercado una *mercancía* que encierra la peregrina cualidad de que, *al consumirse, engendra, crea nuevo valor*: esta mercancía es la *fuerza de trabajo*”.¹⁸

El concepto de la plusvalía, en consecuencia, abre un nuevo horizonte a la economía teórica, y no sólo enmienda de modo superficial sino que modifica sustancialmente la teoría ricardiana de la cuota de ganancia y, desde luego, el alcance de las leyes económicas, las que para Marx no son como lo postulaban los clásicos, verdades eternas, sino expresiones de fenómenos transitorios, o sea propiamente históricos.

¹⁸ Carlos Marx. *El Capital*, Tomo I, Vol. II, Apéndice, pp. 922-923.

La economía marxista va al fondo de los problemas, "estudia científicamente... , por vez primera, la relación entre el capital y el trabajo, que es el eje en torno al cual gira toda la sociedad moderna..."¹⁹ No se limita al mercado y menos todavía a la teoría de los precios o a especular cómo se forman éstos bajo un régimen de competencia tan perfecta como irreal. Trabaja a un nivel mucho más profundo, y por eso descubre con frecuencia fenómenos subyacentes y explica lo que a menudo sólo se había descrito superficialmente. La economía marxista hace de las relaciones de producción, o sea de los aspectos fundamentales de la estructura socioeconómica misma, el centro de referencia; no se queda en planos superestructurales, y debido a ello constituye el mayor intento teórico de explicación del proceso económico capitalista y del desarrollo histórico de la sociedad en su conjunto.

Frente a las deducciones atrayentes, pero a menudo formalistas y meramente deductivas de los clásicos, Marx descubre, a través del estudio de la propia realidad, leyes que el economista debe estudiar, leyes que afectan el reparto de la riqueza y el régimen de utilización del excedente, el módulo del proceso productivo, la acumulación y la composición de capital, la tasa de ganancia, las crisis, el crecimiento de la población, las relaciones económicas internacionales, etc. Y la comprobación de que esas leyes tienen un carácter histórico, altera la perspectiva social del filósofo, el sociólogo y el economista, y convierte a la Economía en una ciencia histórica, en una disciplina cuyos principios no son universales ni absolutos, sino restringidos a ciertas dimensiones de espacio y tiempo. Desde las primeras líneas de *El Capital*, Marx se encarga de recordarnos tal cosa y de situar su análisis teórico en planos bien definidos:

La riqueza de las sociedades *en que impera el régimen*

¹⁹ *Ibid.*, p. 957.

capitalista de producción (subrayado nuestro) se nos aparece como un 'inmenso arsenal de mercancías' y la mercancía como su forma elemental. Por eso nuestra investigación arranca del análisis de la mercancía.

Es interesante, y aun en cierto modo paradójico, que correspondiera precisamente a Marx desenvolver las doctrinas de los economistas clásicos, a partir de una rigurosa crítica de los mismos. Marx continuó las investigaciones iniciadas por Ricardo en el campo de la teoría del valor trabajo, y utilizando categorías como la mercancía, la fuerza de trabajo y la plusvalía, examinó el contexto histórico en que se desenvuelven las relaciones sociales de producción y explicó el origen de la ganancia y el carácter del proceso de acumulación de capital propios, no de un orden intemporal que, como los clásicos afirmaban, funcionaba conforme a ciertas leyes "naturales", sino de un sistema social concreto, surgido de la evolución de otras formaciones y regido por leyes económicas de alcance históricamente limitado.

La economía adquiere entonces, como nunca antes o después, el carácter de Economía Política, y se convierte en "la ciencia de las leyes que rigen la producción y el intercambio de los medios materiales de vida en la sociedad..." "Producción e intercambio —dice Engels— son dos funciones distintas. La producción puede desarrollarse sin intercambio, mas éste presupone siempre, necesariamente, la producción...", y "al mismo tiempo, ambos se condicionan a cada paso recíprocamente e influyen de tal modo el uno en el otro, que puede decirse que son como la abscisa y la ordenada de la curva económica."²⁰

La aportación de Marx y Engels a la economía teórica no fue, sin embargo, acogida con entusiasmo, ni mucho menos aceptada por todos los economistas. *La contribu-*

²⁰ Federico Engels, *Anti-Dühring*, Ediciones Fuente Cultural, México, p. 152.

ción a la crítica de la Economía Política, aparecida en 1859, fue rodeada de un silencio absoluto y por ende revelador. La publicación del primer tomo de *El Capital*, ocho años más tarde, dio lugar a ciertas críticas, aunque la cortina de silencio persistió. Pero, haciéndose o no referencia expresa a Marx, las principales corrientes teóricas en el campo económico se interesaron, en buena medida, en rechazar el marxismo y su intento de transformar la Economía en una ciencia histórica. Tal fue el caso de la llamada escuela austriaca (Menger, Wieser y Böhm-Bawerk), de la escuela matemática o de Lausana (Walras y Pareto), de la escuela inglesa (Jevons y Marshall) e incluso de los historicistas alemanes (Schmoller, Sombart, Weber y otros).

Los economistas austriacos y la gran contradicción de Marx

Trabajando en la dirección abierta años atrás por Say, Senior, McCulloch y otros economistas postclásicos, los exponentes de la escuela austriaca, también llamada “escuela de Viena”, centraron el análisis del proceso económico en el concepto de la utilidad y en la teoría subjetiva del valor. A diferencia de Marx, para quien la Economía debía consistir esencialmente en el estudio sistemático de relaciones sociales, de las relaciones productivas básicas, los economistas a que nos referimos pusieron al individuo en el centro de la escena; dejaron de lado no pocos de los problemas fundamentales del proceso productivo y dieron la mayor atención a las relaciones existentes entre el consumidor y los satisfactores de sus necesidades, es decir, a la relación entre el hombre, aisladamente considerado, y las cosas. El “. . . valor —sostenía Menger— es la importancia que adquieren para nosotros ciertos bienes concretos al darnos cuenta de que la satisfacción de nuestras necesidades depende de que podamos

disponer de ellos." El valor, por lo tanto, no era un fenómeno objetivo y bien determinado sino una evaluación subjetiva, una mera apreciación del consumidor. Y Menger concluía: "... el valor que tiene para el individuo cualquier porción de la cantidad disponible de bienes es igual a la importancia que se atribuye a la última satisfacción posible, con una sola porción de la cantidad total disponible."²⁰ Era así como la teoría subjetiva del valor, tras de diversos refinamientos, culminaba con Menger, Gossen, Jevons y otros economistas neoclásicos en la teoría psicológica de la utilidad marginal.

Los economistas más comprometidos con la burguesía europea habían rechazado, en realidad, desde hacía varias décadas, la tradición objetiva de los clásicos. Mas a partir de las contribuciones de la escuela austríaca, y en particular de los estudios del profesor Böhm-Bawerk, cobraron nuevo impulso las críticas a la teoría del valor trabajo, y el auge del utilitarismo. Sirvieron de pretexto para ello la aparición del tercer tomo de *El Capital*, en 1894, y la supuesta "gran contradicción" en que Marx había incurrido.

El argumento de Böhm-Bawerk era, en esencia, éste: "Marx sostiene en el primer tomo de *El Capital* que las mercancías se cambian de acuerdo con su valor, o sea en razón de la cantidad de trabajo requerido para su producción." Pero en el tercer tomo, publicado por Engels varios años después de la muerte de su autor, se postula que "... las mercancías no se intercambian realmente en proporción al trabajo que contienen, sino que lo hacen en la proporción variable de trabajo que resulte necesaria para igualar las ganancias del capital." De donde Böhm-Bawerk concluía triunfalmente que: "El tercer volumen de Marx contradice al primero: [pues] la teoría de la tasa me-

^{20a} Cit. por Erich Roll, *Historia de las doctrinas económicas*, México, 1942, Tomo II, pp. 439 y 440.

dia de ganancias y de los precios de producción no puede conciliarse con la teoría del valor.”²¹ Y apoyándose en el pintoresco economista italiano Achille Loria, así como en el autorizado Werner Sombart, censuraba a Marx, en parte por no probar su tesis por medios empíricos o psicológicos, —sino puramente lógicos— y, además, por caer, en realidad, a consecuencia de tan grave contradicción, nada menos que en la teoría de los costos de producción defendida por los, para Marx, “odiados”, “economistas vulgares.”

No podríamos detenernos aquí a examinar en detalle esta cuestión. Pero como la crítica a que aludimos fue por mucho tiempo considerada como demoledora, acogida sin reservas por los economistas neoclásicos y no pocas veces utilizada para justificar el rechazo definitivo de la teoría objetiva del valor y la reorientación de la economía teórica, es preciso, por lo menos, hacer una breve referencia al problema.

Fue el propio Marx, en realidad, quien primero advirtió la “gran contradicción” que sus críticos pretendían haber descubierto. Según él, en una fase del desarrollo, en una larga etapa anterior a la consolidación del capitalismo como sistema, las mercancías se cambian “por sus valores o aproximadamente por sus valores...”; pero cuando el capitalismo se ha desenvuelto apreciablemente, el intercambio se realiza conforme a los precios de producción.

¿A qué obedece esto y en qué medida entraña realmente una contradicción que eche por tierra la ley del valor?

Toda la dificultad —comenta Marx— proviene del hecho de que las mercancías no se cambian simplemente como tales *mercancías*, sino como *productos de capitales* que reclaman una participación proporcionada a su magnitud en la masa total de la plusvalía, o par-

²¹ Eugene von Bāwerk, *Karl Marx and the close of his system*, Nueva York, 1949, pp. 29 y 30.

ticipación igual si su magnitud es igual. Y el precio total de las mercancías producidas por un capital determinado en un determinado plazo de tiempo tiene que satisfacer esta pretensión...²²

Marx, inclusive, critica a Ricardo por no haber comprendido las razones que determinan que los precios se aparten de sus correspondientes valores, y reiteradamente hace notar que, a fin de que dos o más capitales iguales rindan una ganancia igual, es preciso que las mercancías se vendan de acuerdo con sus precios de producción. En tal caso, dice, "necesariamente tiene que haber *detrás de estos valores* [subrayado nuestro] precios de producción distintos". Y la expresión resulta muy esclarecedora, pues al mismo tiempo que subraya la diferencia existente entre valores y precios establece la estrecha relación que hay entre ellos. En otro pasaje, el propio Marx aclara que: "...aun tratándose de capitalistas que emplean exactamente la misma cantidad de trabajo (directo, vivo) anual en la producción de sus mercancías, éstas pueden, sin embargo, tener distinto valor (es decir, precios de producción diferentes de sus valores) por razón de las distintas cantidades de capital fijo o de capital acumulado empleado por ellas."^{22a}

Ello no significa, empero, que la ley del valor se vuelva una mera ficción, una hipótesis improbable o, en el mejor de los casos, un concepto puramente formal y teórico, sin ninguna aplicación real.

²² Carlos Marx, *El Capital*, Tomo III, pp. 223-24. Una explicación muy interesante al respecto la ofrece Rudolf Hilferding, en el segundo capítulo de su ensayo *Böhm-Bawerk's criticism of Marx*, Nueva York, 1949.

^{22a} Carlos Marx, *El Capital*, Tomo III, pp. 223-24. Una explicación muy interesante al respecto la ofrece Rudolf Hilferding, en el segundo capítulo de su ensayo *Böhm-Bawerk's criticism of Marx*, Nueva York, 1949, así como *Historia crítica...*, pp. 27 a 29.

Cualquiera que sea el modo como se fijan o regulen los precios de las distintas mercancías entre sí, su movimiento se halla presidido siempre por la ley del valor...²³ la que, —podría añadirse— no opera, sin embargo, en forma idéntica a lo largo de la historia de la producción mercantil.

En el primer tomo de *El Capital*, Marx “discute las relaciones de cambio como éstas se manifiestan cuando las mercancías se intercambian por sus valores, y solamente conforme a este supuesto, incorporan cantidades equivalentes de trabajo.” “Si ello es así, la ley del valor, aunque modificada en su forma, continúa gobernando el cambio y el curso de los precios. Lo que se requiere es que entendamos que el curso de los precios resulta de cambios en la evolución de los precios preexistentes, evolución que también ha estado sometida al control directo de la ley del valor.”²⁴

Lo que importa, entonces, es comprender que, para Marx, los precios de producción, aun no siendo idénticos a los valores de las mercancías correspondientes, están en última instancia determinados por la ley del valor. O en otras palabras, el que ciertos bienes procedentes de ramas de la producción con una alta composición orgánica de capital se vendan por encima del valor, en tanto que los resultantes de procesos de baja composición orgánica se realicen a precios inferiores a su valor, no implica que la ley del valor deje de operar, como no significa tampoco que tales “precios de producción” equivalgan a los “costos de producción” manejados por la economía tradicional. Los precios de producción de Marx incluyen, como se sabe, costos que representan valores de los insumos productivos, más una tasa de ganancias del capital invertido en la producción. Pero esta propia tasa de ganancias no po-

²³ *Ibid.*, p. 225.

²⁴ R. Hilferding, *Ob. cit.*, p. 156.

dría comprenderse, o siquiera estimarse, sino a través del concepto de la plusvalía como excedente global extraído solamente del trabajo y del proceso de producción.

Como ha dicho algún autor: "...el problema con los críticos de Marx... es que no pueden distinguir entre los elementos individuales y sociales ni ver las cosas en movimiento. Porque la utilidad de un capitalista individual no depende tan solo de la cantidad de plusvalía producida por sus trabajadores, concluyen que la teoría de la plusvalía no explica las ganancias que los capitalistas obtienen bajo el sistema..., y porque el precio de algunas mercancías *puede ser* más o menos permanentemente superior o inferior a su valor, afirman que la ley del valor... es incorrecta... Lo que no pueden ver, en consecuencia, es que el individuo y los casos estáticos, aunque aparentemente se desvíen de las leyes generales en su movimiento, en realidad son *gobernados* por elsls."²⁵

Todo esto revela que, más que una contradicción inzanjable entre dos partes de la obra de Marx, lo que parece estar en juego es una distancia enorme entre la posición de Böhm-Bawerk y la de aquél, una profunda divergencia en cuanto al concepto mismo del valor, a las relaciones de éste con los precios y, sobre todo, al papel de la ley del valor, no en la determinación de los precios exactos de cada mercancía, sino en la comprensión del movimiento general de los mismos y del proceso capitalista en su conjunto.

Y la divergencia entre los dos autores y las dos escuelas a que ambos pertenecieron podría extenderse a la teoría del interés y de la ganancia, a la función e importancia de la utilidad marginal, al período de producción y, en general, a la teoría de la distribución y a la base misma de sus

²⁵ Louis B. Boudin, *The theoretical system of Karl Marx*, Nueva York, 1967, p. 145.

respectivos modelos económicos, pues como indica Schumpeter, Böhm-Bawerk construyó, superando al respecto a Menger y Jevons, todo un esquema global del proceso económico, por lo que debiera reconocérsele como “uno de los grandes arquitectos de la ciencia económica”, y en cierto modo como “un Marx burgués.”²⁶

El intento de Böhm-Bawerk de trabajar con categorías formales de alcance universal, propias de una ciencia que él suponía exacta y no sujeta a etapas históricas ni a formaciones sociales determinadas, fue por los mismos años llevado aún más lejos por León Walras y los economistas de la escuela de Lausana.

La teoría del “equilibrio general”

Bajo la influencia de Cournot, Say y otros economistas franceses, Walras hizo sus principales aportaciones en el campo de la economía teórica —o más bien de la economía “pura”— siendo autor de un modelo de equilibrio general, que pretendía mostrar el funcionamiento del sistema económico a través de una serie de relaciones de interdependencia, susceptibles de expresarse matemáticamente.

En el prefacio a la cuarta edición de su principal obra, Walras expone algunas ideas fundamentales para entender su concepción de la Economía:

La economía pura —escribe— es, en esencia, la teoría de la determinación de los precios bajo un régimen hipotético de competencia perfectamente libre. La suma global de todas las cosas, materiales e inmateriales, sobre las que puede fijarse un precio porque son escasas, —añade—... constituye la *riqueza social*. De ahí que

²⁶ Joseph A. Schumpeter, *History of economic analysis*, Nueva York, 1963, pp. 846 y 847.

la economía pura es también la teoría de la *riqueza social*.²⁷

Toda la teoría —agrega en otro pasaje— es matemática. Aunque puede describirse en lenguaje ordinario, la prueba... debe establecerse matemáticamente..., a partir de la teoría del cambio. Y más adelante señala: “El valor de cambio es... una magnitud medible. Si el objeto de las matemáticas, en general, es estudiar magnitudes de esta clase, la teoría del valor de cambio es realmente una rama de las matemáticas, que los matemáticos han descuidado y dejado de desarrollar hasta ahora.” [Y] “si la teoría pura de la economía... esto es, la teoría de la riqueza social considerada en sí misma, es una ciencia físico-matemática como la mecánica o la hidrodinámica, los economistas no deberían emplear con temor los métodos y el lenguaje de las matemáticas.”²⁸

Walras establecía una diferencia absoluta entre la economía pura y la aplicada, y no ocultaba su preferencia por la primera. El objeto principal de su análisis teórico era el régimen de competencia perfecta y la forma en que en él se logra el equilibrio general, de acuerdo con una teoría del cambio cuyas dos condiciones esenciales son: “...que cada parte... obtenga la máxima utilidad, y que *para todas y cada una* [subrayado nuestro] la cantidad demandada sea igual a la cantidad total ofrecida por todos...”²⁹ Adicionalmente, el equilibrio general establecido por Walras a través de un sistema de ecuaciones simultáneas, suponía el pleno empleo de los recursos productivos, el gasto total del ingreso como condición de la absorción de la oferta, la ausencia de rendimientos crecientes de escala y, desde luego, de monopolios de cualquier índole.

²⁷ Leon Walras, *Elements of pure economics or the theory of social wealth*, Londres, 1954, p. 40.

²⁸ *Ibid.*, pp. 43, 70 y 71.

²⁹ *Ibid.*, p. 43.

No es difícil advertir que el modelo se alejaba grandemente de la realidad. Pero no eran los problemas reales los que preocupaban a Walras. Aun en el campo de lo que él llamaba la "economía aplicada", más que las relaciones sociales le interesaban "...aquellas... entre el hombre y las cosas que tienden a aumentar y transformar la riqueza social..."³⁰

El empeño de dar a las formulaciones económicas un rigor matemático y de situar las relaciones del proceso de cambio en un marco general unitario, fue acaso la principal virtud y también el mayor defecto de Walras, pues si bien la precisión y la universalidad del modelo confiaron a la Economía una exactitud no menor que la de las ciencias naturales, ello sólo pudo lograrse al precio de divorciarla totalmente de la realidad, de una realidad que el autor de que hablamos solamente relacionaba con ciertos aspectos de la "economía aplicada" y "social", los que, en tal virtud, resultaban así compartimientos estancos y expresiones de una metodología formalista y estática, cuya búsqueda de armonía y equilibrio en el sistema económico chocaba con una concepción unilateral de la ciencia, en que la teoría y la práctica no eran dos fases de un mismo proceso, sino dos entidades diferentes y desconectadas entre sí. El esfuerzo de Walras fue, con todo, importante, no sólo porque constituyó un avance en la construcción de una teoría rigurosa de la competencia pura, sino porque, en un momento en que la microeconomía se consolidaba como el campo de mayor interés para el economista convencional, el modelo del equilibrio general respondía a un propósito de integración en que el microanálisis se combinaba con ciertas variables macroeconómicas, y, sobre todo, con una visión de conjunto del sistema económico. Schumpeter llega inclusive a decir que "Walras... es el más rante de los economistas",³¹ en tanto que

³⁰ *Ibid.*, p. 79.

³¹ J. A. Schumpeter, *Ob. cit.* p. 827.

otros autores consideran que él y, en general los economistas matemáticos, omiten el examen de cuestiones fundamentales y concentran su atención en la interdependencia de relaciones funcionales que, en un sentido estricto, no se dan o, por lo menos, no se comportan así en la realidad. “Los economistas de la escuela matemática —observan otros más— tienen de común una misma base teórica, que es la teoría de la ‘utilidad límite’ de la escuela austriaca, . . . ‘teoría vulgar’ a la que lograron dar un aspecto científico . . .”, “gracias al empleo de fórmulas matemáticas complicadas . . .”³²

Una Economía de placeres y penas

La teoría de la utilidad no constituyó, en rigor, un aporte de la escuela austriaca, ni de los economistas neoclásicos ingleses como Jevons, ni menos aún de Walras. Arrancaba, en realidad, de varios de los sucesores de Ricardo, y revivió, —con ciertos refinamientos no hechos hasta entonces—, en los años cincuenta, en la obra del economista alemán Gossen. Fue probablemente William Stanley Jevons, empero, quien a partir de 1862, y sobre todo de la publicación de *The theory of political economy* en 1871, habría de convertirse en uno de los principales voceros del marginalismo, al menos en los años anteriores al largo reinado de Marshall.

Jevons postula que “el valor depende enteramente de la utilidad . . .”,³³ no del trabajo, y “. . . empieza con una teoría del placer y el dolor basada en la obra de Bentham . . . [en la que] . . . se considera al hombre como una máquina de placer . . . [cuya] finalidad es llevar éste al máximo . . .”³⁴

³² Karataev, Rundina, Stepanov y otros, *Historia de las doctrinas económicas*, México, 1964, Volumen primero, p. 580.

³³ S. S. Jevons, *The theory of political economy*, Londres, 1924, p. 1.

³⁴ Erich Roll, *Ob cit.*, p. 430.

Se conviene, generalmente, en que en la década iniciada en 1870 empieza a desenvolverse la fase monopolística del capitalismo. Hacia esos mismos años toma nuevos rumbos la investigación económica, y los desvíos subjetivistas presentes a partir de los tiempos de Ricardo, desembocan en posiciones aún más débiles. “Los economistas —recuerda Dobb— cada vez más obsesionados con la apologética del sistema, tenderían más y más abiertamente a omitir todo examen de las relaciones sociales básicas y a estudiar solamente el aspecto superficial del fenómeno del mercado. . . .”³⁵

La introducción generalizada de la utilidad, y específicamente del concepto de la utilidad marginal, como categoría fundamental en la determinación del valor, empujaría a la Economía Política aún más por la pendiente que, a la postre, debía conducirla a la mera “económica” o “economics”, vocablo cuyo empleo se extendería a partir de la publicación de los *Principios* de Marshall. Para divorciar definitivamente a la Economía del análisis objetivo del proceso económico y asociarla cada vez más a los sentimientos y reacciones psicológicas de un individuo concebido como “. . . un ‘yo’ indistinto y soberano, situado fuera y por encima de la estructura social en la cual vive. . . .”,³⁶ Jevons daría otro paso en la misma dirección, consistente en identificar la utilidad con el placer, y en concebir a la Economía como “un cálculo de placeres y penas”. “El placer y la pena —escribía—

³⁵ Maurice Dobb, *Economía Política y capitalismo*, México, 1945, pp. 134-35. “Aun investigadores honestos —señala el propio autor— se volvieron eclécticos. . . , y así sobrevino un vacuo sincretismo que tiene en John Stuart Mill su mayor representante. . . .” (*Ibid.*, p. 136). Para Stuart Mill, el valor corespondía al “costo de producción”, compuesto a su vez por los salarios y la ganancia. En tal virtud, tal teoría “nada resolvía, pues dejaba sin explicación la determinación del ‘costo de producción’.” *Ibid.*, p. 137.

³⁶ Antonio Pesenti, *Lecciones de Economía Política*, La Habana, 1964, p.

son indudablemente los objetos últimos del cálculo económico...” “*Maximizar el placer*, es el problema de la Economía.”³⁷

Aparentemente, los utilitaristas extendían así el campo de acción de la economía. El sistema económico capitalista dejaba de ser el marco estructural condicionante del proceso económico y, en consecuencia, algo que debiera examinarse en forma seria y sistemática. La Economía se tornaba una ciencia que supuestamente maneja principios universales de valor absoluto, pero que en la práctica sólo conducen a que, “...o se afirmen tautologías desprovistas de significado concreto, o se deban aceptar y considerar inmutables, sin someterlas a la investigación científica...”³⁸

En otras palabras, elegida la utilidad como la base del valor, y los conceptos de “abstinencia”, “esfuerzos y sacrificio”, “placer y pena”, “espera” y “desutilidad” como los fundamentales de la *nueva* Economía, ante las dificultades insuperables para demostrar o por lo menos destacar alguna relación lógica entre la abstinencia, el sacrificio o la espera del capitalista y el volumen de sus ganancias y de sus placeres, los subjetivistas optaron por introducir el concepto de los “incrementos marginales” y por establecer que “...la relación entre esfuerzos y sacrificios y su precio sólo existe *en el margen*...”³⁹

“Todo esto —comenta Huberman— suena muy complicado ¡Y lo es! Pero la idea general que subyace al concepto de la utilidad marginal es realmente muy simple: [consiste, en esencia]... en que la cantidad de satisfacción que uno deriva de un artículo depende de la medida en que ya se disponga de él...” Es decir, “en tanto más se tenga de una cosa, menos se desea tener más de ella”⁴⁰

³⁷ Oscar Lange, *Political Economy*, Londres, 1963, Vol. I, p. 233.

³⁸ A. Pesenti, *Ob. cit.*, p. 20.

³⁹ M. Dobb, *Economía política y capitalismo*... p. 142.

⁴⁰ L. Huberman, *Man's worldly goods*; Nueva York, 1936, p. 248.

Cuando se precisa el sentido de la utilidad marginal, resulta en verdad difícil comprender el énfasis que tantos economistas han puesto en las últimas décadas en ese y otros conceptos como el de desutilidad, sacrificio, pena y costos de oportunidad. Como dice con gracia un autor, "el estudiante... no tiene necesidad de ir a la Universidad para aprender, como todavía se enseña en algunas Universidades, que la quinta cucharada de sopa proporciona una satisfacción menor que la primera cucharada y que al consumir la número cincuenta la utilidad de la sopa cesa, de modo que más allá de este límite, si existiese alguien que trague como los gansos, la utilidad será negativa." Y como, según los marginalistas, el trabajo sólo se da en tanto la desutilidad que entraña sea menor que la utilidad o satisfacción que proporcione "...sería curioso... imaginar... un alumno que estuviera escuchando la clase, y que de pronto se parara y dijese: ¡Profesor!, la pena que sufro al oír su lección iguala en este momento la utilidad que de ella recibo; por lo tanto ¡me salgo del aula!"⁴¹

Historicistas sin teoría de la historia

Mientras ciertos economistas trataban de despojar a la Economía de su carácter histórico y social, universalizando sus principios hasta divorciarlos totalmente de la realidad, hacia la misma época, los historicistas intentaban privar a la Economía de su carácter teórico y reducirla a un empirismo un tanto burdo y elemental.

Desde principios del siglo había aparecido, en Alemania, una corriente historicista que, aun cuando circunscrita por entonces al Derecho, llegó a alcanzar cierto relieve. Postulaba esta escuela, a través de Savigny y Puchta, sus dos principales exponentes, que el origen de la Ley era la costumbre y que su alcance estaba siempre condicionado por situaciones específicas, propias de cada país y

⁴¹ A. Pesenti, *Ob. cit.*, pp. 20 y 21.

lugar. Lo único que hacía el legislador era dar forma a las leyes; pero la fuente de las mismas eran las prácticas imperantes. De ellas surgía la ley en la misma "forma invisible" en que lo hace el lenguaje, y esas prácticas, a su vez, expresaban el "espíritu del pueblo", el que en consecuencia resultaba, conforme a esta concepción idealista, la principal fuente del derecho.

Hacia mediados del siglo surgió la llamada "vieja escuela histórica", ésta sí preocupada esencialmente por las cuestiones económicas, y a la que suelen asociarse los nombres de Hildebrand, Roscher y Knies. Más que de una escuela, tratábase, en realidad, de una tendencia interesada en centrar la investigación en un laborioso recuento de hechos concretos, y a la que antes que los principios y leyes generales, cuya existencia llegaron a negar —salvo tratándose de las "leyes empíricas"—, preocupaban la recopilación de toda clase de datos que pudieran llevar al conocimiento más preciso de ciertas situaciones.

Refiriéndose a ella, Marx escribe:

La forma más perfecta de la economía vulgar es la forma profesoral. Esta procede históricamente, y con una prudente moderación, espigando lo mejor de todas las cosechas; no le importan las contradicciones, lo que le interesa, sobre todo, es ser completa. En ella todos los sistemas pierden lo que les anima y les da vigor y acaban formando un revoltillo sobre la mesa de los compiladores. La pasión del apologista se ve refrenada aquí por la erudición... Esta clase de trabajos comienzan a partir del momento en que la economía política cierra su ciclo como ciencia; son, por tanto, al mismo tiempo, la tumba de la ciencia económica... Uno de los maestros de este género es el profesor Roscher, que se hace pasar modestamente por el Tucídides de la economía política... porque cree seguramente que el historiador griego confunde siempre, como él, la causa con el efecto.⁴²

⁴² Carlos Marx, *Historia crítica...*, Vol. III, p. 413.

Cuando en los círculos académicos europeos dominaban las concepciones marginalistas de los austriacos y los ingleses, apareció, otra vez en Alemania, una nueva corriente historicista, fundamentalmente encabezada por Schmoller, Bucher y Sombart. En varios de sus planteamientos seguía a la vieja escuela histórica, en tanto que en otros se incorporó sin reserva a las posiciones utilitaristas en boga:

La nueva escuela histórica negaba inclusive las leyes empíricas. Consideraba que los datos históricos concretos acumulados eran insuficientes para desarrollar una nueva teoría... [y sus] discípulos afirmaban que la tarea fundamental de la economía política consistía en reunir materiales históricos concretos... En sus monografías se incluían gran número de datos, pero faltaba totalmente el análisis teórico de los mismos...⁴³

Fue Gustav Schmoller, probablemente, el principal representante de esta escuela, a la que esencialmente interesó rechazar ciertas afirmaciones demasiado pragmáticas y burdas de los viejos historicistas, pero sobre todo oponerse a los dogmas clásicos ingleses y al marxismo. No obstante aceptar que la Economía no podía limitarse a hacer recuentos estadísticos y descripciones meramente monográficas, Schmoller mismo daba la impresión de nunca pasar de la fase previa, indispensable a toda investigación, de recopilar y ordenar materiales, a la propiamente científica de explicar los fenómenos a que tales materiales se referían. En el campo económico caía a menudo en el eclecticismo y en materia política en la defensa de las posiciones oficiales incluso más reaccionarias. Y, especialmente tratándose de los estudios sobre la realidad alemana de su tiempo, —la familia, la empresa mercantil, el estado— mientras la investigación causal rigurosa se dejaba de lado por una u otra razón, Schmoller y otros autores adopta-

⁴³ Karataev, Ryndina y otras, *Historia de las doctrinas...*, p. 593.

ban un tono sentencioso y admonitorio y preferían formular recomendaciones de orden moral o simplemente de utilidad práctica.

La posición de Sombart era, en esencia, la misma. Y aunque gustaba hacerse pasar por un continuador y gran admirador de Marx,⁴⁴ estaba tan lejos de éste como los demás historicistas, y nunca pudo enfrentarse a los hechos en la perspectiva liberadora y global que una correcta posición teórica permite. Postulaba, en efecto, que la Economía, como factor determinante, "...pone límites a nuestros conocimientos y a la fuerza creadora que da forma a teorías y sistemas; la abundancia de los hechos inflexibles —concluía en actitud fatalista— dirige inexorablemente nuestro pensamiento por caminos enteramente determinados."⁴⁵ Y al explicar el origen del "engrandecimiento del capitalismo moderno" destacaba, como las tres fuerzas principales: "...el desarrollo de las actividades individuales, ... la objetivación del espíritu capitalista y ... la forma especial de colaboración y acuerdo de persona y cosa..."⁴⁶

Fue tal el empirismo en que con frecuencia cayeron los historicistas, que el profesor Schumpeter recoge dos sim-

⁴⁴ "...Después de la aparición de mi *Proletarischen Sozialismus* —escribía— podría ganar terreno la apariencia de que estoy en todo orden de cosas, en una oposición fundamental con este hombre genial... puedo afirmar que aquella obra no hace otra cosa que continuar, y en un cierto sentido completar, la obra de Marx." Y añadía: "Aunque yo rechazo radicalmente la concepción del mundo de éste... Todo lo que hay de bueno en mi obra lo debo al genio de Marx. Lo que ciertamente no excluye que me aparte de él no sólo en cuestiones particulares... sino también en puntos esenciales de la concepción de conjunto." E. Sombart, *El apogeo del capitalismo*, México, 1946, p. 14.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 16 y en las primeras líneas de su obra, se apartaba aún más del marxismo al decir: "Nos proponemos 'comprender' las conexiones de los hechos históricos basándonos en nuestro conocimiento de la razón y de los instintos humanos, tal como se presentan a nuestra conciencia." *Ibid.*, p. 24.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 55.

páticas e ilustrativas anécdotas. Cuenta que, por entonces, circulaba esta definición de la Economía: “La Economía, ¿qué es eso? Ah, sí, ahora recuerdo... tú eres un economista si mides las viviendas de los trabajadores y dices que son muy pequeñas.” Y que una inteligente alemana comentaba alguna vez que, habiendo decidido proceder conforme a la moda de “estudiar” en una universidad, pero sin tener que trabajar en serio, había escogido la Economía, porque “todo lo que ahí se requería para pasar los exámenes era charlar un poco sobre ética, reformas, control y ese tipo de cosas...”⁴⁷

El desdén de los historicistas hacia la teoría no tardó en provocar vivas reacciones de protesta. Primero, Menger, (1883) y poco después Böhm-Bawerk, (1884) en sendos ensayos sobre el método en la Economía, criticaron a aquellos y replantearon la necesidad e importancia del análisis teórico. Pero sus alegatos dejaron a menudo la impresión de una parcialidad no menor que la que objetaban en sus enemigos, los que, además, pronto verían fortalecidas sus posiciones con la contribución de Max Weber.

Weber hizo hincapié en que las ciencias sociales son fundamentalmente distintas a las físicas, y no sólo insistió —como Schmoller— en la necesidad de lograr un mayor conocimiento de los hechos a través del método histórico y en no aislar el fenómeno económico de otros, sino que, trabajando principalmente en el nuevo campo de la sociología económica, y comprendiendo que las ciencias sociales no pueden limitarse a describir los fenómenos de que se ocupan, formuló su doctrina de los “tipos ideales”, que sin ser leyes económicas propiamente dichas, parecen, como dice Schumpeter, “ideales lógicos”, o sea abstracciones que, según el mismo Weber, expresan esencialmente el espíritu propio de cada época.

Los historicistas, en resumen, concibieron la Economía como una disciplina que, mediante el método histórico,

⁴⁷ J. A. Schumpeter, *History...* p. 803.

debía llevar a un conocimiento riguroso de los hechos, lo que con frecuencia fue convertido en un fin en sí mismo; se limitaron casi siempre al empleo de la inducción y rechazaron las abstracciones puramente deductivas y, desde luego, el método dialéctico, insistiendo, además, en la relatividad de la política económica, la unidad del proceso social, la importancia de la evolución, el carácter orgánico de los fenómenos sociales y el interés de ciertas correlaciones de hechos concretos.⁴⁸ Y aunque reconocían la naturaleza social de la ciencia económica, a la postre la privaron de su rango científico. Las llamadas “leyes empíricas” admitidas por algunos de ellos sólo eran “regularidades que la investigación histórica y estadística detallada podía revelar...”⁴⁹

“El rasgo básico y distintivo de la fe metodológica de la escuela histórica fue señalar que el organismo de la economía científica debería principalmente —en un principio se sostenía que exclusivamente— consistir en el resultado y las generalizaciones que pudieran hacerse a partir de monografías históricas”. Aquí, como en otras apreciaciones análogas, se advierte la “ausencia de una teoría del desarrollo social capaz de constituir la idea organizadora de todo el material histórico reunido”.⁵⁰

Los economistas clásicos, al igual que los neoclásicos, utilizaron en sus esquemas analíticos el principio de la racionalidad económica. Pero el interés de obtener el mayor ingreso monetario con el menor costo fue transformado, por los teóricos de la utilidad marginal —y sobre todo por Jevons y los miembros de la Escuela austriaca en una relación meramente subjetiva entre ventajas y desventajas, que acabó por dar a la Economía un carácter

⁴⁸ Sobre las principales cuestiones planteadas por esta escuela véase: Joseph Schumpeter, *Economic doctrine and method*. Londres, pp. 175 a 180.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 170.

⁵⁰ Joseph A. Schumpeter, *History...* pp. 807 y 276.

fundamentalmente hedonístico y, años más tarde, propiamente praxeológico.

El apogeo del neoclasicismo

Hasta Marshall, con todo, la Economía seguía teniendo un campo propio bien definido: era "...el estudio de las actividades del hombre en los actos corrientes de la vida, y examinaba aquella parte de la acción individual y social que está más íntimamente relacionada con la consecuencia y uso de los requisitos materiales del bienestar..."⁵¹

O sea que, pese a las concesiones decisivas hechas en favor del subjetivismo y el utilitarismo, es significativo que, al preguntar el propio Marshall si era posible solucionar el problema de la pobreza, respondiera: "...la resolución del problema depende, en gran parte, de hechos y decisiones que caen dentro de la esfera de la economía..." Y que inclusive expresara que "...es esta cuestión la que da a los estudios económicos su principal y más elevado interés."⁵² Lo curioso es, sin embargo, que Marshall contribuyó a excluir del campo de estudio de los economistas no pocos de esos "hechos y decisiones" que caen dentro de la esfera de la Economía, y, de esa manera, a limitar las posibilidades de los economistas para ayudar a resolver el problema de la pobreza.

Marshall llegó a la Economía —según Keynes ha relatado—, movido "...por el deseo generoso de contribuir a la ingente tarea de aliviar la miseria y la degradación entre las gentes más pobres de Inglaterra..."⁵³; pero, a diferencia de los clásicos, y sobre todo de Marx, su análisis fue esencialmente subjetivo, aunque, a veces —como

⁵¹ Alfredo Marshall, *Principios de Economía*, Madrid, 1963, p. 3.

⁵² *Ibid.*, p. 5.

⁵³ Cit por J. A. Schumpeter en *Diez grandes economistas: De Marx a Keynes*. Madrid, 1967, p. 139.

por ejemplo en la determinación del precio—, adoptara formas externas eclécticas. Marshall publicó sus *Principios*, que Schumpeter considera “una obra maestra”, en 1890. A partir de entonces ayudó grandemente en el campo teórico a reforzar el subjetivismo y en general las posiciones neoclásicas y, en la esfera de la política económica y de la política en general, a robustecer el reformismo y el antimarxismo.

Contribuyeron a extender la influencia de este autor el rigor de su lógica formal, su prestigio docente, la sencillez de su exposición, su interés por los problemas sociales, su dominio de las matemáticas y el empleo de nuevos conceptos e instrumentos técnicos —tales como el principio de sustitución, el excedente del consumidor, los coeficientes de elasticidad—, las economías internas y externas, el equilibrio parcial, la empresa representativa y diversas escalas de tiempo (corto y largo plazo) para el análisis y restablecimiento del equilibrio en el mercado.

Marshall solía decir que “la Economía... no es un cuerpo de verdades concretas, sino un motor para descubrir verdades concretas.”⁵⁴ Pues bien, entre aquellas que más le interesaba descubrir destaca el modo como se forman los precios en el mercado. Es tal el énfasis que Marshall y en general los economistas neoclásicos ponen en esta cuestión que, en buena medida, convierten a la teoría económica en una teoría de los precios.

El análisis del mercado descansa en el supuesto de que los productores y consumidores actúan racionalmente, movidos por su interés personal y el deseo de maximizar su satisfacción, lo que por sí solo revela un enfoque por una parte psicológico, y por la otra, estático, pues como en toda la economía neoclásica, el mercado no es una categoría histórica.⁵⁵

⁵⁴ Cit. por J. M. Keynes en *Essays in persuasion...* p. 70.

⁵⁵ Para comprobarlo, el lector puede ver el Capítulo Primero, Libro V, de los *Principios*.

Para medir la satisfacción del consumidor, Marshall emplea el concepto de la "utilidad marginal decreciente", basado a su vez en la idea de que tal satisfacción depende, por un lado, del número de unidades a disposición del consumidor, y, por el otro, de que a medida que dichas unidades aumentan, disminuye el grado de satisfacción (la utilidad marginal) que producen. Mientras los consumidores actúan en razón de la utilidad que les proporcionan los bienes que adquieren, los productores lo hacen de acuerdo con las "desutilidades" que sufren, o sea, conforme a los costos y esfuerzos que la producción entraña, y que, en general, tienden a aumentar con los volúmenes de la oferta. Y como las alternativas de combinación de los recursos productivos se suponían casi ilimitadas, los costos resultaban "costos de oportunidad", o sea, se determinaban por el nivel del ingreso que el productor estaba dispuesto a renunciar al elegir una nueva línea de producción, a cambio de abandonar otra.

Marshall, por lo tanto, construye su teoría de los precios mediante la combinación del concepto de la utilidad y el de los costos o gastos de producción; pero la reintroducción de este último factor no significa un retorno al enfoque clásico. Antes al contrario, Marshall se preocupa esencialmente —como ya hemos dicho— por el precio, divorcia a éste del valor y desplaza, en consecuencia, el centro de la investigación teórica del proceso de producción a los mecanismos de distribución.

Al excluir el valor relega a un segundo plano el trabajo, y sobre todo elimina de golpe la plusvalía, y por ende la explotación social, coloca a la Economía por encima y al margen de los antagonismos y luchas de clases, todo lo cual le permite, sin mayor dificultad, sostener apologeticamente que la compensación de los factores de la producción depende de lo que cada uno de ellos aporta, y sustituir el concepto unitario del excedente, herramienta teórica básica de la economía objetiva clásica y moderna, por una noción confusa, múltiple, dispersa y estrictamente subje-

tiva, según la cual el excedente puede ser obtenido tanto por los capitalistas como por los obreros e incluso por los consumidores.⁵⁶

Criticando a Rodbertus y sobre todo a Marx, Marshall sostiene que no es exacto que todo el excedente proceda del trabajo.

No es verdad —dice— que el hilado de algodón en una fábrica, después de descontar el desgaste de la maquinaria, sea el trabajo del producto de los operarios. Es el producto de su trabajo, conjuntamente con el del patrono y los directores subordinados a éste, y del capital empleado, y éste es el producto del trabajo y de la *espera*; y, por consiguiente, el hilado es el producto del trabajo de muchas clases y de la *espera*.

Y en una cautelosa y reveladora reflexión, fundamentalmente encaminada a defender al capitalista, añade:

Si admitimos que sea sólo el producto del trabajo, y no del trabajo y de la *espera*, podemos vernos obligados por inexorable lógica a admitir que no existe justificación alguna para el interés, o sea para la remuneración de la *espera*.⁵⁷

Marshall era, en verdad, un economista victoriano, conservador y a la vez reformista, respetuoso de los valores que la burguesía británica había elevado al más alto rango social. El epígrafe que acompaña al título de su obra principal: *Natura non facit saltum*, da cuenta de su concepción gradualista de la naturaleza, y de su posi-

⁵⁶ “El excedente del consumidor, el del trabajador y el del capitalista —explica Marshall— que toda persona puede derivar de su coyuntura, depende de su carácter individual. Depende, en parte, de su sensibilidad general, a las satisfacciones del trabajo, del consumo y del ahorro, y, en parte también, de la elasticidad de sus sensibilidades...” A. Marshall, *Ob. cit.*, p. 685.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 482.

ción sobre el curso de la sociedad y de la historia. Acaso esa arraigada convicción de que el progreso se iría imponiendo paso a paso, suavemente, sin contratiempos ni graves desajustes, lo llevó con frecuencia al eclecticismo y al empleo del cálculo diferencial. Pero mientras los economistas neoclásicos se preocupaban por medir con precisión pequeños incrementos y decrementos, el tránsito de la fase competitiva a la del monopolio exhibía crisis cada vez más agudas y profundas contradicciones del capitalismo. La crisis de 1873, las luchas obreras norteamericanas de los años ochenta, la rápida expansión imperialista en Latinoamérica, África y el Lejano Oriente, el inesperado desarrollo nacional de Japón, la concentración de la producción en grandes empresas, la multiplicación espectacular de enormes fortunas hechas, no a cambio de una paciente *espera* sino mediante el fraude, el despojo y la explotación brutal del trabajo, fueron sólo unos cuantos testimonios que elocuentemente mostraron hasta dónde se había divorciado la economía académica de la realidad.

Bajo la influencia de Marshall y del pragmatismo de los historicistas, los economistas burgueses acabaron por abandonar todo intento de explicación teórica de la ganancia. Hacia los años de la primera guerra, el sueco Gustavo Cassel, por ejemplo, llegó a la conclusión de que la Economía no requiere de una teoría del valor, sino simplemente del precio:

Los juicios humanos de valor —escribió— son por naturaleza relativos, y los hombres han encontrado siempre prácticamente necesario referirlos a un común denominador, es decir, expresarlos en moneda. . . . De ello resulta . . . que una teoría especial del valor es, por lo menos, completamente inútil para la ciencia económica. Todo intento de establecer una teoría del valor sin un denominador común para los juicios de valor tendrá que chocar con grandes dificultades. Por el contrario, en cuanto se introduzca un tal denominador común, se ha postulado la moneda. Los valores serán entonces

sustituidos por precios; las estimaciones de valor por estimaciones en moneda, y se tendrá una teoría del precio en vez de una teoría del valor...⁵⁸

A partir de tal posición, como bien dice Dobb, “todas las utilidades son igualmente ‘excedentes’ o igualmente ‘gastos necesarios’. La distinción no tiene ya sentido, pues, por hipótesis, todos los factores de producción descansan sobre la misma base. La oferta de todos ellos se supone dada...”,⁵⁹ y el costo es simplemente un “costo de oportunidad”.

El institucionalismo de Thorstein Veblen

Pero no todos los economistas de fines del siglo XIX y principios del XX, cedieron ante la influencia de la escuela neoclásica. Después de la I Internacional, celebrada en 1864, los planteamientos marxistas empezaron a difundirse a escala mundial en el movimiento obrero, encontrando cálida acogida en Estados Unidos, Alemania y especialmente en Rusia, en donde habrían de culminar, en 1916-17, en la teoría leninista del imperialismo y la revolución de octubre. Incluso entre intelectuales ligados a la burguesía y que rechazaban las posiciones marxistas, llegó a generalizarse la crítica del neoclasicismo. Este fue el caso de los institucionalistas norteamericanos y, concretamente, de Thorstein Veblen.

Aunque nunca llegó a situarse en el campo socialista e incluso no ocultó su antimarxismo, para la clase dominante norteamericana fue un iconoclasta. Educado conforme a los principios de la economía neoclásica imperante, de Marshall en Inglaterra y John Bates Clark en

⁵⁸ Gustavo Cassel, *Economía social teórica*, Madrid, 1946, p. 40.

⁵⁹ M. Dobb, *Introducción...* p 64.

Estados Unidos,⁶⁰ Veblen criticó severamente la tendencia de esa escuela a ver el proceso económico como algo “normal” e incluso “natural”, en que todo se ajustaba por un sencillo cálculo hedonístico de placeres y penas; criticó, asimismo, el concepto robinsoniano de un hombre aislado, que trabaja solo, y exhibió la incapacidad de la teoría económica en boga para explicar los procesos de cambio y por tanto el fenómeno del crecimiento económico. Refiriéndose a la obra de Clark y a su supuesta “Economía Dinámica” —aunque el juicio valdría respecto a Marshall y otros— comentaba:

“Todo lo que hay en el campo de la teoría —capítulos XII-XXI— es una disquisición especulativa acerca de cómo es restablecido espontáneamente el equilibrio cuando una o más de las cantidades involucradas aumenta o disminuye. Los cambios no cuantitativos no se advierten... Ni siquiera las causas y el alcance de los cambios cuantitativos que pueden producirse en las variables se aceptan... en el marco de una teoría que, paradójicamente, identifica los rasgos de una economía dinámica ideal con los del modelo estático de que parte.”⁶¹

Veblen señalaba, inclusive, que el equilibrio que según los teóricos neoclásicos debía lograrse en condiciones competitivas, entre utilidades y desutilidades, no podía darse ni tampoco medirse, pues dependía de “dos fenómenos hedonísticos [en rigor de dos reacciones psicológicas], cada uno de los cuales tomaba cuerpo en la conciencia de una persona diferente.”⁶² En fin, consideraba tales teorías como puramente subjetivas, estáticas, reveladoras de un naturalismo “pre-darwiniano”, apriorísticas, e in-

⁶⁰ Autor de *The essentials of economic theory, as applied to modern problems of industry and public policy*, Nueva York, 1907.

⁶¹ T. Veblen, *The place of science in modern civilisation*, Nueva York, 1919, p. 188.

⁶² *Ibid.*, p. 204.

capaces de explicar el movimiento y por tanto las relaciones causales que más debían interesar a la ciencia social.

Sus críticas iban aún más lejos. En su *Teoría de la clase ociosa* (1899), convirtió la paciente —y en cierto modo digna— “espera” del capitalista en que Marshall basaba su teoría del interés, en nada menos que el ocio de una clase parasitaria e improductiva y, unos años más tarde, en la *Teoría de la empresa comercial* (1904), demostró que las grandes empresas que empezaban a dominar la vida económica norteamericana, lo que él llamó los grandes “capitanes de industria”, no sólo no contribuían a estimular la producción sino que su afán de lucro acababa por frenarla y por perjudicar gravemente los intereses del consumidor y de la sociedad. Veblen, sin embargo, cayó en nuevas variantes del subjetivismo, incurrió en graves contradicciones, se mantuvo en el marco de un institucionalismo reformista y superficial y no llegó a ofrecer una alternativa real al capitalismo que tanto censuró.

¿Cuesta más un huevo que una tasa de té?

En resumen, mientras la economía clásica, pese a des cansar con frecuencia en supuestos meramente deductivos y tratar ciertos fenómenos históricos como categorías naturales e inmutables, se interesó por los problemas del desarrollo económico a largo plazo, reparó en las relaciones de producción y no sólo en el proceso de cambio y contribuyó con una teoría objetiva del valor, que acaso fue su principal aporte para desentrañar la dinámica del proceso económico capitalista, las corrientes neoclásicas centraron su atención en el análisis de corto plazo, a veces totalmente estático, y en el comportamiento de los precios en el mercado, pero no en un mercado concebido como categoría histórica sino reducido a planos geométricos y contenido entre nítidas abscisas y ordenadas. En

tal perspectiva el mercado era siempre un mecanismo racional de asignación de recursos, si acaso eventualmente perturbado por leves y transitorias "imperfecciones". El desplazamiento de la problemática teórica del valor —o sea del cauce en que habían trabajado los clásicos y Marx—, hacia la formulación de una simple teoría estática de los precios, tuvo múltiples consecuencias: implicó, como antes hemos dicho, el abandono del estudio del desarrollo económico a largo plazo, dejó totalmente de lado las relaciones entre la estructura social y la distribución de la riqueza y el ingreso, llevó el análisis teórico del campo macroeconómico al de la microeconomía de la empresa y los consumidores aislados, todo lo cual significó, como ha dicho ingeniosamente la señora Robinson, sustituir en la ciencia económica "las grandes cuestiones clásicas del crecimiento y la distribución, por asuntos tan triviales como: por qué cuesta más un huevo que una taza de té."⁶³

⁶³ Joan Robinson, *On re-reading Marx*, Cit. por William J. Barer, *A history of economic thought*, Penguin Books, Inglaterra, 1967, p.

TENDENCIAS DE LA ECONOMIA A PARTIR DE FINES DEL SIGLO XIX

Aun en los años en que el neoclasicismo dominaba los círculos académicos occidentales y sus fórmulas eran mecánicamente repetidas, incluso por numerosos economistas de los países coloniales y semicoloniales, empezaron a aflorar aquí y allá nuevas corrientes económicas, que en vez de girar alrededor de los *Principios* de Marshall o de las doctrinas austriacas, tenían como eje la obra teórica de Marx. Tal fue, por ejemplo, lo ocurrido en Rusia, en donde el movimiento intelectual cobró innegable impulso con la aceleración del desarrollo del capitalismo en la segunda mitad del siglo XIX.

El populismo y el economismo rusos

Desde los años setenta había surgido en Rusia una corriente populista, encabezada principalmente por Miguel Bakunin y Pedro Lavrov, que si bien criticaba al capitalismo, centraba su atención en el examen de las condiciones imperantes en el campo y en la contribución que, para un cambio social profundo, debía provenir de las masas rurales. El populismo tenía su origen en las luchas campesinas anteriores a la reforma agraria iniciada en la década de 1860, y había tomado forma en las exigencias democráticas y antif feudales de autores tan dis-

tinguidos como Herzen y Chernichevski. Poco a poco, no obstante, el populismo de la primera etapa fue perdiendo su acento crítico y en 1880-90 evolucionó hacia posiciones liberales, que en actitud romántica y en el fondo reaccionaria, idealizaron ciertas relaciones anacrónicas —como la vieja comunidad rural— que era preciso destruir.

Consideraban los populistas, a la manera de los modernos “dualistas” a la Boecke, que si bien el capitalismo se extendía de prisa en Europa Occidental, su desarrollo se confinaba en Rusia al pequeño sector manufacturero, mientras la agricultura y la vida toda del campo seguía al margen de ese proceso, con una economía que nada tenía de capitalista y que, en consecuencia, requería de un examen particular, esencialmente distinto al que las teorías marxistas habían hecho en varios países europeos. Entre los ideólogos del populismo liberal destacaron Kablukov, como un precursor, y Vorontsov y Danielson, años más tarde. Entre los economistas sobresalieron, en particular, Pósnikov y Chuprov, caracterizándose ambos por un eclecticismo análogo al de los historicistas alemanes, una posición “dualista” sobre el sistema social imperante en Rusia, una incomprensión manifiesta del proceso de formación del mercado y el papel que en él correspondía a la destrucción de la pequeña economía campesina, y un concepto abstracto, metafísico, intemporal e inespacial de la ciencia económica, según el cual: “la Economía Política deduce una serie de leyes que explican los rasgos fundamentales de la actividad económica en general, aplicables por igual a todos los sectores de la economía y en todos los escalones del desenvolvimiento histórico.”¹

No obstante esta universalidad de la ciencia económica, los populistas, aun aquellos a quienes se suponía más

¹ A. I. Chuprov, *Acercas de la significación actual y de las tareas de la Economía Política*. Cit. por Karataev, Ryndina y otros *Ob. cit.*, p. 681.

cerca del marxismo, consideraban que las leyes descubiertas por Marx, propias del desarrollo capitalista, no serían aplicables a Rusia. Estas posiciones, que por años destacaron como las más autorizadas en los círculos económicos, fueron severamente criticadas hacia fines del siglo, tanto por los llamados "liberal-marxistas", después conocidos como "marxistas legales", como por los más genuinos exponentes del materialismo histórico. Circularon ampliamente, entre los primeros, los escritos de Struve, Tugan-Baranovski y Bulgakov, y entre los segundos, los de Plejanov y Lenin.

Los marxistas legales admitían la presencia dominante y aun la inevitabilidad del capitalismo en el desarrollo ruso de su época, y aunque formalmente aceptaban el marxismo y, por ende, tenían una concepción objetiva de la Economía, subestimaban y en gran medida no comprendían los aspectos positivos, auténticamente populares, del populismo. A diferencia de los populistas, cuya teoría de los mercados era demasiado elemental, Tugan-Baranovski y Bulgakov reconocían el papel del capitalismo en la creación y el desarrollo del mercado interno, pero hacían a Marx diversas críticas que revelaban un profundo desacuerdo con su teoría de la reproducción y de la realización. Struve, por su parte, distinguía artificialmente los aspectos económicos y sociológicos fundamentales en la teoría marxista, lo que, por caminos propios, le llevó a negar la teoría del valor-trabajo en forma análoga a como lo hacían los economistas neoclásicos en otros países, y a atribuir a Marx contradicciones que, como Lenin subrayaría, no eran contradicciones de Marx sino del sistema capitalista.

El fortalecimiento del marxismo legal y la creciente influencia de Bernstein, Kautsky y otros revisionistas europeos, así como el rápido desarrollo del movimiento obrero y, en particular, del sindicalismo, contribuyeron a robustecer una corriente reformista que fundamentalmente proclamaba la posibilidad de una transformación

gradual del capitalismo, y que en Rusia y otros países se conoció como "economismo".

Los bernsteinianos negaban la teoría del valor, de Marx, y también las leyes de la acumulación capitalista y del empobrecimiento del proletariado. Pretendían demostrar que... en la agricultura no tenía lugar la concentración de la propiedad ni el desplazamiento de la pequeña propiedad por la grande, y que en el dominio de la industria y el comercio este proceso se verificaba con gran lentitud, que los cárteles y los *trusts* frenaban la anarquía de la producción y que las contradicciones de clase del capitalismo se atenuaban...²

Las posiciones de que hablamos fueron objeto de demolidoras críticas tanto de Plejanov como de Lenin. Plejanov objetó las tesis populistas sobre el capitalismo y sobre el papel de la clase obrera en la transformación social, subrayando la importancia de la lucha política revolucionaria en la conquista del poder, cuestión que hasta entonces había sido vista como algo secundario por los economistas; y tras defender y popularizar estas y otras tesis igualmente importantes, criticó las posiciones filosóficas en boga en los círculos al servicio de la burguesía y aun en el movimiento populista y realizó una sistemática labor de divulgación de la teoría marxista, de la que, no obstante, acabó por alejarse en los últimos años de su vida.

Lenin, por su parte, mantuvo una larga y abierta lucha contra las tendencias económico-filosóficas antes mencionadas, e hizo aportaciones en el campo de la teoría económica y de las ciencias sociales en general, a las que, sintomáticamente, nunca se alude y menos aún otorga reconocimiento en las historias burguesas de las doctrinas económicas.

² *Ibid.*, pp. 887-88.

Yo distingo el populismo viejo del nuevo —escribía Lenin— en que aquél profesaba, hasta cierto punto, una doctrina congruente, formada en una época en que el capitalismo de Rusia estaba todavía muy poco desarrollado, en que el carácter pequeño-burgués de la economía campesina no se había puesto al desnudo todavía, en que el aspecto práctico de la doctrina era pura utopía, en que los populistas se apartaban abiertamente de la ‘sociedad’ e ‘iban al pueblo’. Ahora es distinto: la vía capitalista de evolución de Rusia no la niega nadie, y la desintegración del campo es un hecho irrefutable. De la incongruente doctrina del populismo, con su confianza pueril en la ‘comunidad’, no han quedado más que harapos.³

Y así como distinguió las dos variantes principales del populismo ruso, Lenin comprendió claramente también los aspectos más positivos y los más negativos de tales tendencias. En su famosa crítica a Struve, en el ensayo antes citado, decía:

Los populistas comprenden y representan infinitamente mejor, *en este sentido*, los intereses de los pequeños productores, y los marxistas, rechazando todos los rasgos reaccionarios de su programa, no sólo deben hacer suyos los puntos democráticos de carácter general, sino también llevarlos más allá, exponiéndolos con mayor precisión y profundidad.⁴

Lenin no solamente apoyó posiciones políticas que consideraba justas, rechazando sin vacilaciones aquellas que creía erróneas y científicamente inaceptables, sino que hizo aportaciones teóricas fundamentales en torno al papel de la reforma agraria, la teoría de los mercados y el desarrollo del capitalismo en Rusia —en muchos as-

³ V. I. Lenin, *El contenido económico del populismo*, Cit. por Karataev, Ryndina y otros, *Ob. cit.* p. 810.

⁴ V. I. Lenin. “El contenido económico del populismo...”, *Obras completas*, T. I., p. 532.

pectos distinto al modelo británico estudiado por Marx—, que culminaron en un diagnóstico especialmente certero de la situación rusa y en una nueva teoría del capitalismo monopolista a escala mundial,⁵ que a su vez servirían de base a la estrategia que hizo posible la revolución de octubre y el advenimiento del primer país socialista en la historia.

Lenin demostró, con singular penetración, que la desintegración del campesinado y de la producción artesanal, así como el empobrecimiento de vastos sectores del pueblo, no eran signos de que existiera en Rusia un mercado para la producción industrial. Por el contrario, tales hechos ponían precisamente de relieve la formación del mercado, o lo que es lo mismo, el desarrollo del modo de producción capitalista. El capitalismo no se circunscribía, en consecuencia, a las fábricas modernas ni a ciertas relaciones comerciales con el exterior: surgía de abajo hacia arriba, del seno mismo de la comunidad rural tradicional, merced a un proceso histórico en que la producción mercantil se convertía en propiamente capitalista. Como Marx lo había señalado años atrás, el nuevo sistema requería de obreros “libres” dispuestos a vender su fuerza de trabajo y de capitalistas interesados en comprarla, y unos y otros podrían surgir de la desposesión masiva de los pequeños productores y de la concentración creciente de los medios de producción en manos de una nueva clase dominante.

El que en un momento dado se rezagara o fuese insuficiente la demanda de bienes de consumo debía traer consigo desequilibrios y aun alterar la continuidad del proceso; pero, aun habiendo una estrecha relación y a la vez una contradicción orgánica profunda entre la producción y el consumo, la reproducción se llevaría adelante

⁵ Véase: “A propósito del llamado problema de los mercados”, *Ibid.*, p. 93 y el primer capítulo de *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, 1950.

gracias a un crecimiento proporcionalmente más rápido del sector de bienes de producción. A partir de su estudio sobre los mercados, publicado en 1893, Lenin insistiría con frecuencia en tales tesis, las que más tarde serían puestas a prueba en un estudio sistemático del desarrollo del capitalismo en Rusia.

En la obra que, con ese nombre, publicó en 1899, volvió sobre los temas anteriores y criticó una vez más las posiciones populistas y en particular la tesis de que la realización de la plusvalía sólo podría lograrse canalizando la producción excedente hacia el mercado exterior. Recogiendo la crítica hecha por Marx especialmente a Smith, por haber éste considerado que el precio de las mercancías, y por consiguiente el producto social, se descomponía en salarios, renta y beneficios, o sea en capital variable y plusvalía, lo que implicaba hacer caso omiso del capital constante, Lenin señalaba que el problema de la realización de la plusvalía sólo podía comprenderse adecuadamente si se le situaba en el marco más amplio de la realización de todo el producto social y se le separaba de la cuestión del mercado exterior. Al hacerlo así y tomar en cuenta el capital constante, por un lado, y los dos sectores en que la producción se reparte: medios de producción y de consumo, por el otro, el problema de la realización no era ya insoluble. En efecto, mientras que en el esquema de la reproducción simple el capital variable y la plusvalía del Sector I (bienes de producción) equivale al capital constante del Sector II (bienes de consumo), cuando hay acumulación de capital, los primeros debían exceder al segundo, pues una parte de la plusvalía obtenida en ambos sectores sirve de base al aumento del capital y de la producción. De aquí, precisamente, Lenin recoge, como la principal deducción de la teoría de la realización de Marx: que "el crecimiento de la producción capitalista y, por consiguiente, del mercado interior no se efectúa tanto a cuenta de los artículos de consumo como

a cuenta de los medios de producción,” o en otras palabras, crecen más los bienes de producción que los de consumo, en virtud de que el capital constante tiende a crecer más de prisa que el variable y la plusvalía, sobre todo en el sector de bienes de producción. Y “justamente esa ampliación de la producción —observa Lenin— sin la adecuada ampliación del consumo corresponde a la misión histórica del capitalismo y a su estructura social específica: la primera estriba en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad; la segunda excluye la utilización de estas conquistas técnicas por la masa de la población.”^{5a}

Las críticas de Lenin a los “marxistas legales” fueron también enérgicas. Una y otra vez exhibió la inconsistencia del profesor Tugan-Baranovsky, a quien consideraba “...un poquito partidario del marxismo, otro poquito del populismo y otro poquito de la teoría de la utilidad límite”, así como el concepto que Struve llegó a elaborar de la Economía, como “...la unidad subjetiva teleológica de la actividad económica racional o de la administración...”. “En realidad —comentaba Lenin— [esta definición de la Economía] no representa sino un juego de palabras de lo más vacío. ¡La economía se define por medio de la administración económica! Albarda sobre albarda... ‘La unidad subjetiva de la administración económica’ puede existir en la imaginación y en una novela fantástica.”⁶

Paso a paso, Lenin demostró que, aun cuando Tugan-Baranovsky creía imposible “la existencia de una economía política única, al margen de las clases”, acabó postulando una ciencia de tal tipo, basada solamente en consideraciones “éticas”, mientras Struve negaba la

^{5a} V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia...*, pp. 32 y 34.

⁶ Karataev, Ryndina y otros, *Ob. cit.*, pp. 966 y 976.

teoría del valor y hacía girar la economía en torno a un concepto subjetivo del precio, y Bulgakov prescindía paladinamente de las teorías de la ganancia y del capital.

Faltaba solamente enfrentarse al "economismo", que más que una corriente teórica fue una versión rusa del reformismo y el oportunismo europeos de esa época; y la crítica no ofreció a Lenin mayores dificultades. Con las divisas de "no negociar con los principios", no hacer "concesiones teóricas", combatir el "culto a la espontaneidad" y deslindar con decisión las posiciones de los grupos en pugna, el dirigente ruso sostuvo que:

La conciencia socialista contemporánea no puede surgir más que a base de un profundo conocimiento científico... La ciencia económica contemporánea representa una condición de la producción socialista lo mismo que... la técnica moderna, y, por mucho que lo desee, el proletariado no podrá crear la una ni la otra; ambas derivan del proceso social contemporáneo...⁷

No puede haber término medio..., en general, en la sociedad desgarrada por las contradicciones de clase nunca puede existir una ideología al margen de las clases... Se habla de espontaneidad. Pero el desarrollo *espontáneo* del movimiento obrero marcha precisamente hacia su subordinación a la ideología burguesa...; el movimiento obrero espontáneo es tradeunionismo... y el tradeunionismo implica la esclavización ideológica de los obreros...⁸

La socialdemocracia dirige la lucha de la clase obrera no sólo para obtener condiciones ventajosas de venta de su fuerza de trabajo, sino para que se suprima el régimen social que obliga a los desposeídos a vender su fuerza de trabajo a los ricos... Los socialdemócratas no sólo no pueden circunscribirse a

⁷ V. I. Lenin. ¿Qué Hacer? *Obras Completas*, tomo I, p. 179.

⁸ *Ibid.*, p. 180.

la lucha económica, sino que ni siquiera pueden admitir que la organización de las denuncias económicas constituya su actividad preferente...⁹

Los teóricos del imperialismo

Mientras los teóricos neoclásicos de Europa Occidental construían sus esquemas en planos estáticos, suponían la vigencia irrestricta de la libre competencia y sólo admitían perturbaciones transitorias y leves, derivadas de supuestas "imperfecciones" del mercado, otros autores se preocupaban crecientemente por estudiar la realidad capitalista y por explicar sus cambios tanto de carácter cíclico como propiamente estructural, y a largo plazo.

Hobson.—En 1894, John A. Hobson publica *La Evolución del capitalismo moderno*, obra que no sólo sitúa el examen del proceso económico en el marco capitalista, sino que, a partir de un cuidadoso examen empírico, intenta destacar los rasgos más característicos del sistema, y en particular los cambios en el régimen de competencia. Desde las primeras líneas deja establecido que el capitalismo, y concretamente la industria capitalista, supone ciertas condiciones esenciales que en la práctica se combinan y entrelazan de múltiples maneras, tales como la existencia de un excedente sobre las necesidades corrientes, "la existencia de un proletariado o clase laborante, desprovisto de los medios para ganarse independientemente el sustento...", cierto grado de desarrollo de las actividades industriales, la existencia de mercados amplios y accesibles, y "el espíritu capitalista, o sea el deseo y la capacidad de aplicar la riqueza acumulada a la obtención de ganancias mediante la organización de empresas industriales."¹⁰

⁹ *Ibid.*, pp. 193 y 194.

¹⁰ J. A. Hobson, *The evolution of modern capitalism*, Décima tercera impresión, Londres, 1965, p. 2.

Hobson era consciente del poder cada vez mayor de los monopolios y de que su presencia había alterado la forma tradicional de funcionamiento del mercado y de la competencia de precios, y aunque su examen de las diversas formas de combinación industrial, del papel de éstas y de la teoría del precio de monopolio (principalmente capítulos VII a IX) exhibía lagunas y fallas que a nuestro juicio resultaban fundamentalmente de no comprender con claridad que el monopolio es un factor que directa y a la vez dialécticamente deriva de la libre competencia, es indudable que la posición de Hobson entrañó un avance frente a las nebulosas especulaciones neoclásicas, en el intento de acercar la teoría económica a la realidad.

Unos años más tarde, en 1902, el propio autor publicó un segundo libro, acaso más importante que el primero, destinado a examinar el fenómeno del imperialismo, convencido de que el solo hecho de que, en el curso de una generación, un pequeño país como Inglaterra hubiera añadido a sus dominios territorios con cerca de 4.8 millones de millas cuadradas y 88 millones de habitantes, constituía “un hecho histórico de gran significación.”¹¹

Ahora bien, pese a haber estudiado previamente la economía del monopolio, y haber reparado, incluso por primera vez, en ciertos aspectos del imperialismo, Hobson no comprendió el verdadero alcance de éste. Criticando a los defensores de una política “imperial”, declaraba con énfasis:

No es el progreso industrial lo que reclama la apertura de nuevos mercados y áreas de inversión, sino la mala distribución del poder de consumo, lo que impide absorber tanto las mercancías como el capital

¹¹ J. A. Hobson, *Imperialism*, Cuarta impresión, Londres, 1948, p. 18.

dentro del país. El ahorro excesivo, que es la raíz económica del imperialismo... consiste en rentas, utilidades de monopolio y otros no ganados o desmedidos elementos del ingreso, que (por ello)... no tienen una legítima *raison d'être*.

Y unas líneas más adelante:

No es inherente a la naturaleza de las cosas que debamos gastar nuestros recursos naturales en el militarismo, la guerra y una diplomacia riesgosa y sin escrúpulos, a fin de hallar mercados...¹²

El autor, obviamente, no advertía las contradicciones más profundas del capitalismo, y atribuía las crisis cíclicas cada vez más severas sufridas concretamente por Inglaterra, al "exceso de ahorro" o al "divorcio entre el deseo y la capacidad de consumo" de la mayoría de la población. Y a consecuencia de ello no podría apreciar, en su teoría del imperialismo, por qué éste era una necesidad y un signo de cambios profundos en la estructura de la producción capitalista, no simplemente una política caprichosa, que atribuyera al comercio exterior o a la inversión de capitales una importancia exagerada, en respuesta a los intereses de "ciertas clases."

Su incomprensión de los problemas de fondo lo condujo inclusive a sostener que el imperialismo era "...el supremo peligro para los modernos estados industriales..." y que las "fuerzas imperialistas" sólo podrían derrocarse mediante "el establecimiento de una genuina democracia...", la que, a su vez, sólo podría convertirse en "realidad política y económica", no por una revolución sino mediante la "educación de una inteligencia nacional y una voluntad nacional..."¹³

Hilferding.—Las limitaciones de Hobson fueron pronto superadas. En 1910, el profesor alemán Rudolf Hil-

¹² *Ibid.*, pp. 85 y 86.

¹³ *Ibid.*, pp. 360 a 362.

ferding publicó un nuevo e importante ensayo en el que postulaba que:

“... la característica del capitalismo ‘moderno’ la constituyen aquellos procesos de concentración que se manifiestan, por una parte, en la ‘abolición de la libre competencia mediante la formación de cárteles y trusts, y, por otra, en una relación cada vez más estrecha entre el capital bancario y el industrial. Esta relación, precisamente, es la causa de que el capital... tome la forma de capital financiero, que constituye su manifestación más abstracta y suprema.”¹⁴

La introducción de esta nueva categoría analítica fue sumamente útil para comprender aspectos fundamentales del proceso económico en la época en que Hilferding escribió su famosa obra. El autor enriqueció el estudio de las combinaciones monopolísticas, y en particular de la teoría del monopolio, y aportó nuevos elementos para situar el fenómeno imperialista, precisamente cuando la exportación de capitales era ya el principal instrumento de penetración y extensión del capitalismo a escala mundial.

El análisis de Hilferding, no obstante, pecó de unilateralidad en diversos sentidos: más que los cambios en el proceso productivo estudió la esfera de la circulación y más que los fenómenos físicos fundamentales, ciertos aspectos financieros que sin dejar de ser importantes eran, en última instancia, secundarios. Acaso por ello su concepto del capital financiero resultó insuficiente, y parcial su apreciación de las relaciones entre la industria y la banca.

“Llamo *capital financiero* —decía— al *capital bancario*, esto es, *capital en forma de dinero*, que de este modo se transforma realmente en *capital indus-*

¹⁴ R. Hilferding, *El Capital financiero*, Madrid, 1963, p. 9.

trial...” Y unas líneas más adelante, añadía: “Una parte cada vez mayor del capital empleado en la industria es capital financiero, capital a disposición de los bancos y utilizado por los industriales.”¹⁵

La expansión industrial de fines del siglo XIX y principios del XX, sobre todo en Alemania y Estados Unidos, generó una creciente demanda de recursos que pronto rebasó las posibilidades de financiamiento a partir de las fuentes internas tradicionales. Fue precisamente entonces cuando la banca “de inversión” cobró mayor impulso, y en ambos países, por diversos caminos, como años atrás se había impuesto la protección nacional sobre el librecambismo que dogmáticamente trataban de imponer los ingleses en nombre de la ciencia económica, se modificaron las prácticas bancarias y aun los conservadores estatutos que hasta entonces habían regido el funcionamiento de la banca comercial, a fin de que ésta apoyara directamente el desarrollo de la industria. Pero tal proceso, contra lo que Hilferding pensaba, no se originó ni tuvo como consecuencia el dominio definitivo de la banca sobre la industria. En verdad, fueron los propios grandes industriales, los cada vez más poderosos consorcios internacionales, los que en cierto modo penetraron en la banca para utilizar los fondos que ésta manejaba en su beneficio. Y aunque, a la vez, los bancos más importantes adquirieron una fuerza enorme, nunca estuvieron en realidad desvinculados de los principales negocios mercantiles e industriales.

En otras palabras, los bancos no fueron los “dominadores” de la industria, ni ésta llegó a depender permanentemente de ellos.¹⁵ Como dice Sweezy: “La domi-

¹⁵ *Ibid.*, pp. 253-54.

¹⁶ Una y otra vez, Hilferding supone tal reacción, lo que sin duda revela cierta incomprensión de la naturaleza real, mucho más compleja, de la formación del capital monopolista. En un pasaje, por ejemplo, dice: “La movilización del capital y la ex-

nación del capital bancario es una fase transitoria del desarrollo capitalista, que coincide aproximadamente con la transición del capitalismo de competencia al monopolista." La tesis de un supuesto "dominio financiero" fue grave —comenta el propio autor— porque impedía comprender "el carácter del proceso de acumulación, particularmente el desarrollo del financiamiento corporativo interno", y porque "conduce a grandes ilusiones respecto de la naturaleza y las dificultades de... la realización de una sociedad socialista."¹⁷

Hilferding, en efecto, simplificaba, y aun caía en formulaciones mecanicistas respecto al tránsito hacia una economía socialista. Pero, si bien en los últimos años de su vida se afilió al revisionismo, advirtió la agudización de las crisis, se dio cuenta de que los monopolios contribuirían a ahondar el desequilibrio, comprendió que el retorno a la fase premonopolista era una divisa utópica y reaccionaria,¹⁸ y que el imperialismo es un fenómeno integrador del capitalismo, que rápidamente incorpora a nuevos territorios al sistema, a la vez que genera "nuevas contradicciones y conflictos entre los... estados capitalistas desarrollados."¹⁹

pansión... del crédito van cambiando completamente la posición de los capitalistas monetarios. Crece el poder de los bancos, se convierten en fundadores y, finalmente, en dominadores de la industria, apoderándose de los beneficios como capital financiero...)" "Con el desarrollo del capitalismo y su organización crediticia —afirma unas líneas atrás— aumenta... la dependencia, de la industria respecto de los bancos..." *Ibid.*, pp. 255 y 253.

¹⁷ P. M. Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista*, México, 1945, p. 327.

¹⁸ "El objetivo de la política proletaria —escribe— no puede ser ahora el ideal reaccionario de la restauración de la libre competencia, sino del capitalismo." *El capital financiero...*, p. 416.

¹⁹ "La exportación de capital, especialmente de ese que tiene lugar en forma de capital industrial y financiero, ha acelerado enormemente la subversión de todas las viejas relaciones

R. Luxemburgo.—Tres años después de Hilferding, Rosa Luxemburgo se lanzaría también al estudio teórico de las contradicciones del capitalismo y del imperialismo, en una obra que, no obstante su importancia, pasó un tanto inadvertida entre los economistas europeos. Lo que más preocupó a esta autora fue el problema de la realización, y concretamente las condiciones en que se realiza la plusvalía, pues de ella depende la continuidad del proceso de acumulación de capital.

Rosa Luxemburgo partió en su análisis del reconocimiento de que el carácter anárquico de la producción capitalista determina que ésta se desenvuelva entre constantes interrupciones, es decir, en un movimiento cíclico que la lleva del auge a la crisis y la depresión. Mas si bien señaló que tal comportamiento cíclico es esencial para comprender el problema de la reproducción capitalista, consideraba que al margen de él debía haber otros elementos que explicaran que el proceso de reproducción siguiera adelante pese a sus constantes tropiezos.

En el esquema de la reproducción simple, consideraba, el problema de la realización del producto social se resuelve prácticamente de manera automática. “Pero la reproducción simple, sobre una base capitalista —añadía— es, después de todo, una magnitud imaginaria en la teoría económica: no más ni menos legítima y en el fondo tan inevitable como la $\sqrt{-1}$ en las matemáticas. Lo que es peor, no puede ofrecer ayuda alguna para resolver el problema de la realización de la plusvalía en la vida real, esto es, el relacionado con la producción ampliada o la acumulación.” Y este era, a su juicio, el problema a resolver: “de dónde viene el dinero que permite realizar la plusvalía si hay acumulación, es decir,

sociales y la difusión del capitalismo por todo el globo.” “...las viejas estructuras sociales se subvierten por completo; se rompe la milenaria vinculación agrícola de las “naciones sin historia” y se las sumerge... en el remolino capitalista.” *Ibid.*, pp. 363 y 362.

no consumo, sino capitalización de parte de ella...”²⁰ Tal problema, en su opinión, no había sido resuelto en la teoría económica ni siquiera por Marx, ya que el segundo tomo de *El Capital* “...no es un todo acabado sino un manuscrito que apenas si llega a la mitad...” y la sección tercera, en particular, sobre la reproducción del capital total, “...es solamente una colección de fragmentos que el propio Marx consideraba que ‘debían ser especialmente revisados’.”²¹

Tras un largo recorrido en que examinó las principales posiciones teóricas en torno al problema de la realización de la plusvalía, desde las sostenidas por Smith, Ricardo y Sismondi hasta las propuestas por Bulgakov y Tugan-Baranovsky, Luxemburgo llegó a la conclusión de que estos últimos, en particular, al no apreciar debidamente las relaciones entre la producción y el consumo, cayeron en el error de suponer que el propio proceso de acumulación, del que surge el problema de la realización, era el vehículo que se encargaba de resolverlo. La solución no consiste, diría Bulgakov, en el mercado exterior, —como Simondi y otros lo habían pensado— sino en la “autosuficiencia de la acumulación capitalista”.

Partiendo del reconocimiento de que la producción de bienes de producción juega un papel muy importante, sobre todo en ciertos momentos, en la formación del mercado interno, pero divorciando indebidamente tal hecho del comportamiento del consumo, Tugan-Baranovsky iría más lejos, hasta superar en su automatismo incluso la famosa ley de los mercados de Say. Empeñados en demostrar, en su lucha contra los populistas, que el capitalismo habría de desenvolverse en Rusia, caerían en el extremo opuesto de suponer que el sistema podría desarrollarse indefinidamente. Como decía Rosa Luxem-

²⁰ Rosa Luxemburgo, *The accumulation of capital*, Londres, 1951, p. 162.

²¹ *Ibid.*, pp. 166 y 169.

burgo, tratando de probar que “el capitalismo era posible . . . , desenlazaron en una posición según la cual el socialismo es imposible . . . ”²²

¿Y cuál era, en esencia, la tesis de esta autora? Reconociendo que Marx había estudiado diversos aspectos básicos del tránsito del precapitalismo al capitalismo consideraba que tal estudio se había asociado solamente al proceso de “acumulación originaria”, es decir, al nacimiento del capital y del capitalismo como modo de producción, que a partir de cierto momento fue considerado por Marx como un sistema universal y dominante. Para ella, en cambio, aun el capitalismo maduro seguía dependiendo de “estratos y organizaciones sociales precapitalistas . . .”; aun entonces, el capital seguía requiriendo, para poder expandirse, de medios de producción y de fuerza de trabajo que, en buena parte, se localizaban en una órbita precapitalista, que por un lado podía ser más fácilmente explotada, y por el otro, ofrecía nada menos que la solución al problema de cómo realizar la plusvalía destinada a la acumulación. En otras palabras, ésta sólo podía ser absorbida por “compradores no capitalistas”, por un mercado “externo” complementario cuyo significado era distinto al que solía asignarse al comercio “exterior”, pues más que una entidad geográfica diferente era otra economía social, un medio precapitalista que, a manera de periferia del sistema, condicionaba su desarrollo. “El capitalismo —sostenía— necesita de estratos sociales no capitalistas que sirvan de mercado para su plusvalía, de fuentes de abastecimiento de sus medios de producción y de reserva de fuerza de trabajo para su sistema de trabajo asalariado.”²³ Tal mercado se obtiene a lo largo de un proceso que implica la lucha contra la economía natural; la lucha, más tarde, contra la economía mercantil simple, y finalmente, la creciente riva-

²² *Ibid.*, p. 325.

²³ *Ibid.*, p. 368.

lidad de los capitalistas en el escenario internacional, en busca del control de las últimas posibilidades de acumulación. De aquí surge, precisamente, el imperialismo, que para Rosa Luxemburgo es "...la expresión política de la acumulación de capital en su lucha por apoderarse de lo que todavía queda abierto del medio no capitalista."²⁴

Muchas son las críticas que se han hecho a estas teorías. Sweezy considera que su mayor error consiste en que, "...discutiendo la reproducción ampliada, conserva implícitamente las suposiciones de la reproducción simple...; [es decir]: el dogma... de que el consumo de los obreros no puede realizar ninguna plusvalía, implica que el monto total del capital variable y, por lo mismo, también el consumo de los obreros debe permanecer siempre fijo y constante como en la reproducción simple..."²⁵

A nuestro juicio, la argumentación central de la autora parece adolecer de otras fallas. En efecto: no ahondó en el examen de las diversas posibilidades de realización de la plusvalía en un contexto propiamente capitalista; sugirió un peculiar dualismo que, paradójicamente, sólo desaparecería cuando el capitalismo acabara por apoderarse del mercado "externo", o sea en vísperas de que el propio capitalismo llegara históricamente a su fin; consideró precapitalistas numerosas situaciones y relaciones de producción que sin duda eran ya fundamentalmente capitalistas en la época en que se escribió *La Acumulación de capital*; confundió el precapitalismo con el atraso y la explotación de que eran víctimas los países coloniales y semicoloniales, y limitó el alcance histórico del imperialismo a una mera "expresión política" del proceso de acumulación de capital, sin reparar, como lo haría Lenin en esos propios años, en que era un fenómeno mucho más

²⁴ *Ibid.*, p. 446.

²⁵ P. M. Sweezy, *Ob. cit.*, p. 251.

profundo y complejo, que afectaba la estructura misma del sistema.

Lenin y Bujarin

Lenin fue forjando, en realidad, su teoría del imperialismo, probablemente desde el año 1900. En varios estudios posteriores a esa época hay frecuentes alusiones a temas que, años más tarde, serían objeto de un análisis global mucho más sistemático. En un ensayo publicado hacia fines de 1914, se refiere a la primera guerra como una guerra "imperialista", provocada esencialmente por "la agudización extrema de la lucha por los mercados...", en lo que ya expresamente designa como "...la última fase, imperialista, del desarrollo del capitalismo..." Y, aludiendo al contenido y significación de la guerra, declara que lo esencial es "la conquista de tierras y el sojuzgamiento de naciones extranjeras, la ruina de la nación competidora, el saqueo de sus riquezas, el desvío de la atención de las masas trabajadoras... junto con la división y el embaucamiento de los obreros con la propaganda nacionalista y el exterminio de su vanguardia..."²⁶

En un artículo publicado unas semanas después, afirma:

El imperialismo significa que el capital ha rebasado el marco de los estados nacionales, y significa asimismo la ampliación y la intensificación del yugo nacional sobre una nueva base histórica...²⁷

Un año más tarde, en diciembre de 1915, en el prólogo a un ensayo de Bujarin, expresaba que "el problema del imperialismo... es el más importante en la esfera de la

²⁶ V. I. Lenin, "La guerra y la social democracia en Rusia, *Obras Completas*, T. 21, p. 21.

²⁷ *Ibid.*, p. 142.

ciencia económica que estudia el cambio de las formas del capitalismo en los tiempos modernos...”, y señalaba que “el valor científico del trabajo de N. J. Bujarin reside, en especial, en que examina los hechos fundamentales de la economía mundial relativos al imperialismo como un todo integral, como una etapa determinada de desarrollo del capitalismo más altamente evolucionado.”²⁸

Vale la pena que, en un breve paréntesis, recordemos algunas de las cuestiones planteadas por Bujarin, pues su obra constituye una contribución teórica importante al análisis del imperialismo.

Bujarin parte de un examen de la economía mundial y de sus cambios fundamentales; pero a diferencia de otros economistas no se queda en la superficie de las relaciones mercantiles, sino que, siguiendo el método empleado por Marx en el análisis de la mercancía, descubre los factores de fondo que condicionan el desarrollo económico a escala mundial. “. . . La división mundial del trabajo y el cambio internacional presuponen —observa— la existencia de un *mercado mundial y de precios mundiales*.”²⁹ De un mercado en el que no sólo se intercambian mercancías sino también capitales en forma monetaria, y cuya magnitud depende, entre otras cosas, de cierto grado de desarrollo de la producción y de los transportes, que haga posible el intercambio. La estructura del comercio internacional, empero, no solamente expresa ciertas relaciones de cambio sino un patrón de división internacional del trabajo que, a su vez, descansa en un complejo de relaciones de producción que corresponden a un desarrollo desigual de las fuerzas productivas, que, más que las desigualdades naturales, es lo que determina los contrastes existentes entre las regiones agrarias e industriales del mundo. “La economía mundial [en consecuencia]. . . —dice sintéticamente Bujarin—,

²⁸ V. I. Lenin, *Obras completas*, Tomo 22, pp. 109 y 110.

²⁹ N. I. Bujarin, *Imperialism and world economy*, Nueva York, 1929, p. 23.

es un sistema de relaciones de producción y de sus correspondientes relaciones de cambio a escala mundial...³⁰

Esa economía, naturalmente, no es estacionaria. Crece extensiva e intensivamente, según las conexiones internacionales se desenvuelvan hacia zonas antes no cubiertas por el capitalismo o impliquen una profundización de las relaciones capitalistas. Y tal crecimiento, que sigue siendo esencialmente anárquico, porque se realiza espontáneamente a través del mercado y del proceso de cambio, trae consigo nuevas formas de organización y de combinación de la producción como los cárteles, sindicatos y trusts, y nuevas formas y métodos de competencia que incluyen, desde la adopción de altas tarifas proteccionistas, hasta las más violentas guerras.

La modificación del régimen de competencia es todo, menos casual. Su origen debe buscarse "...en primer término, en los cambios internos que han tenido lugar en la estructura de los 'capitalismos nacionales', y 'que han traído consigo una revolución en sus relaciones mutuas'." O en otras palabras, "el proceso de formación de los monopolios capitalistas es, lógica e históricamente, una continuación del proceso de concentración y centralización del capital."³¹

Entre la concentración y la centralización hay una relación estrecha y recíproca: "Una gran concentración del capital acelera la absorción de empresas pequeñas por las grandes; y a la vez, la centralización [horizontal y vertical] estimula el crecimiento de las unidades de capital individual y de este modo acelera el proceso de concentración."³²

Bajo ese impulso combinado las grandes empresas devienen con frecuencia monopolios de Estado, lo que agudiza los conflictos y rivalidades nacionales, agrava las

³⁰ *Ibid.*, pp. 25-26.

³¹ *Ibid.*, pp. 52, 53, 65 y 64.

³² *Ibid.*, p. 117 y 120.

crisis económicas, subordina al gobierno a los intereses monopolistas y genera un creciente militarismo, que demuestra que "...el dominio del capital financiero implica tanto el imperialismo como el militarismo...", pues éste no es "un fenómeno menos típico que el capital financiero mismo...". Mas no es simplemente el espíritu de conquista lo que caracteriza al imperialismo. "...La fórmula 'política de conquista' —advierte Bujarin— nada define, en tanto que la fórmula 'política de conquista del capital financiero', sí caracteriza al imperialismo como una entidad histórica específica". Y "para que una fase del desarrollo sea teóricamente comprendida —añade— es preciso entenderla con todas sus peculiaridades, sus tendencias distintivas, sus características especiales, que no comparte con ninguna otra..."³³

El que el imperialismo resulte de ciertas condiciones históricas no lleva a Bujarin, como a Kautsky, a posiciones derrotistas. La sola presencia de la política imperialista indica ya la madurez de ciertas condiciones objetivas para una nueva forma de organización socioeconómica. "Por consiguiente —dice— hablar de la 'necesidad' del imperialismo como un límite a la acción o sea como algo imposible de superarse es liberalismo, es por sí solo semi-imperialismo. La existencia futura del capitalismo y el imperialismo —concluye— no es ni más ni menos que un problema de interrelación de fuerzas de clase que luchan entre sí."³⁴

En los mismos meses en que Bujarin preparaba su ensayo, Lenin trabajaba, por su parte, en la redacción de *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, obra de gran importancia teórica y cuyas claras formulaciones, además, pronto se incorporarían y enriquecerían la estrategia política de los partidos y agrupaciones revolucionarias en múltiples países.

³³ *Ibid.*, pp. 127 160 y 113.

³⁴ *Ibid.*, pp. 133 y sigts.

Lenin sitúa el nacimiento del imperialismo, o más bien la transformación del capitalismo en imperialismo, hacia fines del siglo XIX y primeros años del XX, o sea en la que él considera la tercera etapa en el desarrollo de los monopolios.

Lo que hay de fundamental en este proceso —explica— es la sustitución de la libre concurrencia capitalista por los monopolios capitalistas...; el monopolio se halla en oposición directa con la libre concurrencia, pero esta última se ha convertido ante nuestros ojos en monopolio... llevando la concentración de la producción y del capital hasta tal punto que de su seno surge el monopolio...

El imperialismo es [por consiguiente] —en la definición más breve que del mismo puede darse—... la etapa monopolista del capitalismo.³⁵

En esta etapa del capitalismo se pasa de la “dominación del capital en general a la dominación del capital financiero”, cuyo origen y contenido están ligados a la concentración de la producción y los monopolios que resultan de la misma, a la especulación y a la fusión o ensamble de los bancos con la industria. Lo típico del imperialismo no es ya la exportación de mercancías: es la exportación de capitales que el propio desarrollo del capitalismo hace posible y a la vez necesaria. La exportación de capital acelera el desarrollo del capitalismo, y lejos de corregir o siquiera atenuar la desigualdad que le es característica, la intensifica grandemente.

El desarrollo desigual, a saltos de las empresas y de las distintas ramas de la industria es el rasgo distintivo, característico del capitalismo.³⁶

³⁵ V. I. Lenin, *El Imperialismo, etapa superior del capitalismo*, México, 1936, pp. 137 y 138.

³⁶ *Ibid.*, pp. 70 a 72 y 95 a 100.

¿Y cuáles son las principales manifestaciones del capitalismo monopolista? Lenin subraya que la libre concurrencia engendra la concentración y que ésta lleva, a partir de una fase avanzada de su desarrollo, al monopolio, hecho que constituye una ley económica fundamental del capitalismo moderno. Los monopolios tienden a apoderarse de las fuentes de materias primas básicas, y, lo que es más importante, propagan rápidamente las relaciones capitalistas.³⁷ El crecimiento de los bancos y la aparición del capital financiero, por otra parte, así como el desarrollo de la política colonial, estimulan la expansión monopolista. En resumen:

El monopolio, la oligarquía, la tendencia a la dominación... , la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por un puñado de ricos o de naciones fuertes, todo esto ha engendrado los rasgos distintivos del imperialismo que obligan a caracterizarlo como capitalismo parasitario o en estado de descomposición...

Mas "...sería un error creer que esta tendencia a la descomposición excluye el rápido desenvolvimiento del capitalismo. ...En su conjunto, el capitalismo crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes, pero este crecimiento es cada vez más desigual..."³⁸, y con frecuencia exhibe una tendencia a frenar el avance técnico.

Lenin critica la opinión de Kautsky, según la cual el imperialismo tiende a "...anexionarse o a subordinar todas las grandes regiones agrarias...", porque considera que "lo característico del imperialismo consiste precisamente en la tendencia a la anexión *no sólo* de las regiones agra-

³⁷ "El monopolio, una vez constituido y al empezar a manejar miles de millones, penetra inevitablemente en *todos* los aspectos de la vida social, haciendo abstracción del régimen político y de cualquier otra 'particularidad'." *Ibid.* p. 90.

³⁸ *Ibid.*, pp. 195-96.

rias, sino también de las más industriales...; censura, asimismo, el que tal autor sólo vea en el imperialismo una "política preferida" por el capital financiero y no una fase histórica de transición entre el capitalismo de libre concurrencia y el socialismo, y por último, rechaza la tesis Kautskiana del "ultra-imperialismo", insistiendo en que bajo el régimen de los monopolios se agudizan las contradicciones del sistema y, concretamente, la rivalidad entre las grandes potencias.

Subraya, finalmente, que la obtención de superganancias por los capitalistas de los países más poderosos, abre la posibilidad de corromper a ciertos grupos obreros y de ganarlos a posiciones oportunistas de apoyo a la clase dominante, lo que se traduce en una simbiosis del imperialismo y el oportunismo, que determina que la lucha contra aquél, cuando no va estrechamente acompañada de una lucha contra el oportunismo, sea "una frase vacía y falsa".

Schumpeter

El interés en torno al fenómeno del imperialismo no se circunscribe, en las primeras décadas del siglo, a los teóricos marxistas. Incluso un distinguido discípulo de la Escuela de Viena, el profesor Schumpeter, desde 1919 trabaja en la elaboración de varios ensayos sobre el mismo tema, aunque desde una perspectiva diferente.

Schumpeter concibe el imperialismo como la "...disposición 'infundamentada' de un Estado hacia la expansión violenta y sin limitaciones".³⁹ Es decir, como algo bien distinto del fenómeno estudiado por Bujarin y Lenin, por lo que no es extraño que considere como "nuestros más recientes ejemplos de inequívoco y neto imperialismo a las monarquías absolutas del siglo XVIII".⁴⁰

³⁹ Joseph A Schumpeter, *Imperialismo y clases sociales*, Madrid, 1965, p. 38.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 100.

Schumpeter conocía y en cierto sentido respetaba la interpretación “neo-marxista” del imperialismo, de la que llegó a decir que “...sin duda alguna es, con mucho, la más seria contribución a la solución de este problema...”⁴¹ Pero, lejos de asociar el imperialismo al desarrollo del capitalismo, lo suponía un fenómeno de “carácter atávico”, llamado a desaparecer dentro de una estructura en la que ya no tenía cabida. O sea que, en vez de pensar que el imperialismo haría posible una lucha revolucionaria que acabaría por liquidar al capitalismo, creía que éste traería consigo la desaparición del imperialismo.

“Es una falacia —decía— describir al imperialismo como una fase necesaria del capitalismo, o hablar de la evolución del capitalismo hacia el imperialismo.” Enfáticamente negaba que la propia dinámica del sistema, las leyes de su desarrollo, pudieran llevarlo a su desaparición, y aun llegó a afirmar que “en un mundo fundamentalmente capitalista no puede haber terreno abonado para impulsos imperialistas...”⁴²

Podría decirse, en consecuencia, que en el esquema teórico de Schumpeter es la falta de desarrollo del capitalismo, más que el desenvolvimiento de éste, la razón o por lo menos el contexto en que es posible descubrir “las causas históricas y sociológicas del imperialismo moderno.

El imperialismo... es una herencia del estado autocrático, de sus elementos estructurales, de sus formas de organización, de sus alineamientos de intereses y actitudes humanas; el resultado de fuerzas precapitalistas que el estado autocrático ha reorganizado, en parte con los métodos del primitivo capitalismo. El imperialismo nunca podría haber sido involucrado por la ‘lógica interna’ del capitalismo, y esto es cierto incluso del mero monopolismo de exportación...⁴³

⁴¹ *Ibid.*, p. 39.

⁴² *Ibid.*, pp. 99, 127, 119 y 104.

⁴³ *Ibid.* p. 135.

Concebido el imperialismo como supervivencia precapitalista, no es sorprendente que Schumpeter lo considerara ajeno a la 'lógica interna' del sistema, y que, pese al sugestivo nombre de su obra, sólo examinara en ella los conflictos de clase y, en particular, el comportamiento de las fuerzas sociales dominantes como un dato más en favor de la tesis de un imperialismo precapitalista; todo ello dentro de un enfoque esencialmente subjetivo, conforme al cual "el fundamento último sobre el que se apoya el fenómeno de las clases es la diferencia en la aptitud de los individuos..."⁴⁴

La "destrucción creadora" y el desarrollo cíclico del capitalismo

Resultaría muy difícil entender el curso de la historia contemporánea, y concretamente el desarrollo del complejo industrial-militarista de Estados Unidos —no digamos la estrategia del Pentágono y la guerra de Vietnam— apoyándose en tales ideas. Y, por otro lado, si a ellas se limitara el aporte teórico de Schumpeter, probablemente sólo sería recordado en nuestros días por uno que otro economista empeñado en defender el *status* imperante desde las posiciones más endebles. Pero la obra del prestigiado economista austríaco, que durante muchos años se asoció a su trabajo en la Universidad de Harvard, fue mucho más importante de lo que pudiera pensarse con base en lo dicho hasta aquí. En efecto, cuando el estatismo neoclásico dominaba los círculos académicos de Europa Occidental, y Marshall hacía caso omiso de las fluctuaciones cíclicas del proceso económico, o tendía a darles una explicación monetarista y circunstancial, Schumpeter publicó lo que habría de ser el punto de partida de varios trabajos teóricos importantes en torno al desarrollo y a los ciclos económicos.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 138.

Su oportuno alegato no podía pasar inadvertido. Aunque, como hemos visto, en círculos marxistas o cercanos al marxismo, los problemas del desarrollo a largo plazo ocupaban un lugar central en el análisis económico, su replanteamiento en las universidades de occidente tendría gran significación.

Partiendo del análisis de un estado de equilibrio, o sea de las condiciones de la "corriente circular", Schumpeter subrayaba la necesidad de enriquecer la teoría económica para poder explicar con éxito el fenómeno del desenvolvimiento, entendido como un proceso de cambios cualitativos y no sólo cuantitativos.

El desenvolvimiento, en nuestro sentido —escribía—, es un fenómeno característico, totalmente extraño a lo que puede ser observado en la corriente circular, o en la tendencia al equilibrio. Es un cambio espontáneo y discontinuo en los cauces de la corriente, alteraciones del equilibrio que desplazan siempre el estado de equilibrio existente con anterioridad...⁴⁵

Schumpeter situaba tales alteraciones "en la esfera de la vida industrial y comercial y no ... de los consumidores de productos acabados", lo que lo llevó a sostener que, en el análisis del proceso de cambio, las necesidades de los consumidores no podían considerarse como "independientes". Distinguió, además, el crecimiento, o sea una situación en que una nueva combinación de los factores productivos surge gradualmente "... de la anterior, por el ajuste constante a pasos pequeños...", del desenvolvimiento propiamente dicho, en que las nuevas combinaciones resultan de factores tales como la introducción de un nuevo bien o de una nueva calidad, un nuevo método de producción, nuevos mercados o fuentes de

⁴⁵ J. A. Schumpeter, *Teoría del desenvolvimiento económico*, México, 1944, p. 105 (La primera edición en alemán se publicó en 1911).

aprovisionamiento de materias primas, o nuevas formas de organización de la producción.⁴⁶

Esas nuevas combinaciones, que el autor identificó con la innovación, son el factor decisivo del cambio, aquellas que determinan el desequilibrio y rompen la "corriente circular". La innovación supone una alteración en la forma de las funciones de producción prevalecientes, o sea una combinación de los factores que implica "el establecimiento de una nueva función de producción", que incesantemente afecta las curvas de costos existentes.⁴⁷

En cuanto al *modus operandi* de la innovación, el autor partía del supuesto de que ésta entrañara nuevas inversiones en planta y equipo, estuviera relacionada con la creación de nuevas empresas e implicara el ascenso de nuevos empresarios, capaces de superar las viejas rutinas.

Schumpeter consideraba limitado el alcance de la doctrina tradicional de la formación de capital, que "se refiere solamente al ahorro y a la inversión del pequeño aumento anual que éste provoca", dejando de lado la influencia que ejercen "los distintos métodos de empleo, no de ahorro", y subrayaba la importancia que en el financiamiento de las "nuevas combinaciones" tienen los recursos procedentes, no del ahorro, o sea, "en su sentido estricto... de la abstención del consumo...", sino de fondos resultantes de "innovaciones hechas con éxito...".

¿Y cómo se efectúan estas innovaciones? Schumpeter reconoce, en primer término, que el desarrollo capitalista—cuya explicación es en el fondo su principal objetivo—, tiene un carácter cíclico.

Destacando su acuerdo con Spiethoff, señala que ambos, siguiendo a Juglar, sostienen que "... las situaciones alternativas de expansión y contracción son las

⁴⁶ Véase: *Ibid.*, pp. 106 a 108.

⁴⁷ Véase: J. A. Schumpeter, *Business Cycles*, secciones A y B del Capítulo III, Nueva York, 1939.

formas que adopta el desenvolvimiento económico en la era del capitalismo...”, y que lo más importante es explicar “la fluctuación en forma de ola de los negocios, más que la propia crisis...”

...“Es un hecho que el sistema económico —añade— no se mueve sin tropiezos y en forma continua. Ocurren retrocesos, movimientos contrarios e incidentes de todas clases que obstruyen el camino del desenvolvimiento...”, y son “tan frecuentes que parecen manifestar algo así como una periodicidad fatal...”⁴⁸

Las fluctuaciones económicas son efecto de “la aparición de nuevas empresas sobre las condiciones de las existentes anteriormente”, empresas que “no surgen de las antiguas, sino aparecen a su lado y las eliminan en la competencia...”, y se incorporan al proceso económico en masa o en grupos, y “no se distribuyen en forma regular en el tiempo...”⁴⁹ “Este proceso de destrucción creadora —comenta el autor en otra de sus obras— es el hecho esencial del capitalismo.”⁵⁰

Ahora bien:

¿Por qué no aparecen continuamente los empresarios —en cuyo caso no habría auges ni depresiones—, o individualmente, en cada intervalo escogido..., sino en grupos? Exclusivamente por el hecho de que la aparición de uno o más empresarios facilita la de otros, y la de éstos a su vez la de nuevos grupos, cada vez en mayor número.⁵¹

Y, además, porque tal forma de aparición permite a los empresarios pioneros tomar la iniciativa en lo que resulta, así, una más fácil empresa, a la vez que una fuente más

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 308 y 311.

⁴⁹ ¿...?

⁵⁰ J. A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, Buenos Aires, 1946, pp. 103-104.

⁵¹ *Ibid.*, p. 326.

eficaz de estímulo, de demanda de bienes de capital y de elevación del poder de compra y del nivel de precios que acompaña al auge. Pero éste, a su vez, conduce a la depresión. Algunas empresas sufren pérdidas, el crédito se contrae, disminuyen las inversiones de capital, desciende la demanda de artículos básicos y declinan los precios y los tipos de interés, configurándose así las depresiones periódicas, como "... la lucha del sistema económico por alcanzar una nueva posición de equilibrio, o su adaptación a los datos alterados por la perturbación producida por la expansión."⁵²

"El modo en que aparecen las innovaciones y en que son absorbidas por el sistema económico es [en consecuencia] suficiente para explicar las continuas revoluciones económicas que son la característica principal de la historia..." El profesor Schumpeter no acepta que tales oscilaciones sean típicas del capitalismo. Por el contrario, sostiene que "... no es cierto en forma alguna que correspondan a la naturaleza del sistema económico..." y aun expresa con optimismo que "las crisis desaparecerán más pronto que el sistema capitalista, que es quien las ha creado...", afirmación ésta que parece contradecir la anterior.⁵³

Pero lo más significativo es que Schumpeter aporta nuevos elementos para una teoría del desarrollo, y considera, con razón, que "esos cambios son más importantes desde el punto de vista teórico y práctico, económico y cultural, que la estabilidad económica sobre la cual se ha concentrado por tanto tiempo la atención analítica."⁵⁴

Sweezy hace notar que la teoría del profesor Schumpeter parece más adecuada para explicar el comportamiento del sistema en su fase competitiva que en la etapa monopolista, ya que en ésta la innovación tecnológica se

⁵² *Ibid.*, p. 330.

⁵³ *Ibid.*, pp. 312 y 362.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 363.

institucionaliza y son pocas las nuevas firmas y los nuevos hombres que emergen en el proceso económico. Critica, por otra parte, el rango de motor principal del cambio que se asigna al empresario, al que arbitrariamente se sustrae de la estructura social que en el fondo determina su acción y, en particular, la búsqueda de ganancias, las que, más que resultar de la innovación exhiben la naturaleza del capitalismo.⁵⁵

La economía del bienestar

Mientras Schumpeter, Spiethoff, Wicksell, Aftalion, Mitchell y otros economistas estudiaban desde diversos ángulos el fenómeno del ciclo, divorciando casi siempre las fluctuaciones económicas a corto plazo del contexto estructural y del análisis a largo plazo, renacían o se afirmaban en occidente —sobre todo en Inglaterra y Estados Unidos— las posiciones teóricas tradicionales.

La divisa era ahora la “economía del bienestar”. La agudización de las crisis, el impacto de la primera guerra mundial, el triunfo de la revolución de octubre en Rusia, la creciente agitación obrera en Norteamérica y Francia, los violentos desequilibrios de la economía europea, sobre todo en los países derrotados en 1918, plantean la necesidad de nuevos intentos de racionalización en el campo de las ciencias sociales. “La continuación indefinida del sistema... —diría el profesor Bernal— tiene que justificarse... conforme a la tradición liberal que le dio origen; o bien... por la fuerza, empleando sanciones mitológicas o religiosas, con las que se niegan realmente los valores en que se pretende sustentarlo.”⁵⁶

⁵⁵ Véase: Paul M. Sweezy, *The present as history*, Nueva York, 1953, pp. 281 y 282.

⁵⁶ J. D. Bernal, *Science in history*.

¿Para qué hablar de los problemas reales, a menudo tan difíciles de resolver? ¿Por qué no responder a las aspiraciones populares de paz, progreso y prosperidad, no con una cruenta lucha sino con una teoría económica y política que las diera por satisfechas, que creara la ilusión de que esas metas se habían alcanzado ya, o que, en una fácil y plácida vertiente reformista hiciera pensar que su logro era viable dentro del sistema?

La economía del bienestar no era, en rigor, estrictamente nueva; se había manifestado en diversas formas bajo el viejo liberalismo individualista y no había dejado de estar presente en la economía marshalliana, y aun en las doctrinas de John Stuart Mill. Pero la reivindicación del utilitarismo se expresaría en adelante de nuevas maneras, a veces aparentemente encontradas. En Inglaterra, por ejemplo, tuvo una variante conservadora, representada por el profesor Pigou, y una liberal que tocó encabezar a los fabianos. La primera arrancaba esencialmente de Marshall, y la segunda parecía una versión inglesa del historicismo.

Entre ambas posiciones había, probablemente, mayor proximidad doctrinal de lo que muchos creían. Los fabianos —entre quienes sobresalieron los Webb, Shaw, Tawney, Laski y otros— eran reformistas e intervencionistas, comprendían que el *laissez-faire* sólo tenía vigencia en los discursos de viejo cuño liberal, abogaban por la lucha parlamentaria, confiaban en el desarrollo de la democracia política bajo el capitalismo y en la posibilidad de lograr un mejor reparto de la riqueza por vías legislativas y por medio de la persuasión. El fabianismo desenlazó en el laborismo y en el oportunismo del “estado benefactor”, no sin antes sufrir dos costosísimas bajas cuando nada menos que Sidney y Beatrice Webb, acaso sus más distinguidos exponentes, tras de mantener posiciones antimarxistas a lo largo de medio siglo, renunciaron a la ilusión de enderezar el sistema a través de ciertas reformas institucionales, y hacia el final de su vida

adoptaron —según ella lo ha relatado dramáticamente—, “la teoría marxista del desarrollo histórico del capitalismo . . .”⁵⁷

La variante conservadora de la economía del bienestar tuvo quizá su principal representante en Inglaterra en el profesor Pigou. Consideraba éste a la Economía —a la manera de Marshall— como “el estudio de la humanidad en el negocio ordinario de la vida”; la tenía por una ciencia positiva, no normativa, y creía que la economía pura y la aplicada o “realista”, debían combinarse para escapar tanto a la especulación intrascendente como a la mera descripción de los hechos. Reconocía la existencia de leyes económicas y pensaba que el bienestar económico, o sea una parte del bienestar total, era el objeto principal de la economía. Admitía la dificultad para trazar una línea divisoria entre el bienestar económico y otras formas del mismo, y proponía, como la mejor frontera, la “accesibilidad a una medida monetaria.”⁵⁸

Asociaba el concepto del bienestar a ciertas satisfacciones e insatisfacciones, esto es, a aquellas susceptibles de una estimación monetaria, y veía en el precio pagado por el comprador la medida de su deseo y, en general, de su satisfacción, en tanto las cantidades de dinero ofrecidas por dos bienes diferentes exhibieran “una *ratio* entre las intensidades del deseo respecto de ambos, igual a la *ratio* existente entre los volúmenes de satisfacción que su posesión le produjera.”⁵⁹

Bien se pusiera el énfasis en el “deseo”, bien en la “satisfacción”, la teoría de Pigou, como todo el pensamiento neoclásico y la economía del bienestar posterior a los años treinta, suponía al consumidor como una entidad soberana cuyas decisiones, tendientes siempre a maximizar

⁵⁷ Véase: Beatrice Webb, *Our Partnership*, Londres, 1948, pp. 489-91.

⁵⁸ Véase: A. C. Pigou, *The Economics of welfare*, Londres, 1932, pp. 4 a 11.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 24 y 23.

el bienestar, eran la principal variable independiente en el proceso económico. Mucho tiempo después de que los monopolios se habían convertido en el factor dominante en el mercado y todo el mecanismo de formación de los precios se había alterado drásticamente, el análisis teórico se desenvolvía en medio de una armonía irreal, sin que se reparara en las múltiples formas "en que la voluntad individual, lejos de ser autónoma e independiente, se halla modelada continuamente por las complejas relaciones sociales y económicas en que interviene."⁶⁰

Conforme a esa idílica concepción del capitalismo, en que el óptimo social se lograría a través de medidas más o menos inocuas que supuestamente llevarían a un justo reparto del "dividendo nacional", se sostuvo que los ciclos económicos eran fluctuaciones accidentales debidas a factores casi siempre psicológicos, y que el desempleo era un desequilibrio pasajero, una perturbación secundaria resultante de la acción perjudicial de los sindicatos obreros y de los monopolios, que interferían con la libre determinación de los niveles de salarios y de los precios de ciertos bienes.

Divorciada la teoría a tal extremo de la realidad no fue extraño que aun los más profundos desajustes de la economía mundial pasaran inadvertidos para los economistas y que uno de ellos, el profesor Irving Fisher, en los momentos mismos en que se gestaba el *crash* de 1929, anunciara desde la Universidad de Yale una larga etapa de estabilidad y prosperidad. La economía se había vuelto del todo incapaz para explicar los fenómenos económicos reales, al ponerse al servicio de los intereses de la clase dominante y abandonar la línea de un análisis objetivo y científico, que pudiera llevar a la comprensión de las leyes económicas fundamentales. El conocimiento de la ley del valor y de sus formas de operación bajo el capi-

⁶⁰ Maurice Dobb, *Economía Política y capitalismo...*, p. 159.

talismo monopolista, y, desde luego, el examen riguroso de lo que ocurría en la realidad, habría ayudado grandemente para prever la crisis de 29; pero los economistas ya no sólo desdeñaban los hechos y prescindían del concepto del valor, limitándose a teorizar superficialmente en torno al precio, sino que incluso hacían depender aquél de éste. “En la explicación que sigue —diría por ejemplo el profesor Fisher en su tratado de economía—, “el concepto del valor se hace depender del de precio...”⁶¹ Así era como pretendía descorrer el velo de “misterio” que había rodeado a la noción del valor.

⁶¹ Irving Fisher, *Elementary principles of economy*, Nueva York, 1912, p. 13.

LA ECONOMÍA EN LAS ÚLTIMAS DECADAS

La crisis de 1929 y la depresión sin precedente que siguió a la bancarrota financiera de octubre de ese año, hicieron reparar a muchos economistas ortodoxos en la necesidad de acercarse a la realidad, una realidad cada vez más inestable y cuyos profundos desequilibrios se expresaban en un dramático desperdicio de recursos materiales y energía humana. La severidad de la depresión volvió imposible seguir atribuyendo al sistema una tendencia al pleno empleo de los recursos productivos, y tocó a Keynes, distinguido discípulo de Marshall —y hasta entonces, y aun después, un economista neoclásico— romper con la llamada Ley de Say y negar el postulado —por cierto criticado enérgicamente por Marx más de cincuenta años atrás—, de que “la oferta crea su propia demanda, en el sentido de que el precio de la demanda global es igual al precio de la oferta global para cualquier nivel de producción y de ocupación.”¹

Las nuevas teorías del mercado.

Desde antes del colapso de 29 y de que Lord Keynes expusiera su *Teoría General*, otros economistas habían advertido que el sistema se alejaba cada vez más del mo-

¹ J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México, 1943, p. 34.

delo clásico y subrayaban la creciente importancia de los monopolios en la determinación de los precios. En un interesante artículo publicado en 1926, Sraffa hizo ver que las empresas no concurrían a un mercado homogéneo, abierto, impersonal, en que cada una de ellas aceptara el precio a que debía vender, sino que las firmas más poderosas contaban con "mercados privados" en los que ejercían especial influencia, lo que derivaba en una situación bien distinta a la contemplada en el esquema del equilibrio walrasiano. Partiendo en cierto modo de esa formulación Joan Robinson y E. H. Chamberlin contribuyeron, unos años más tarde, con sendas investigaciones destinadas a cuestionar el fundamento de la teoría ortodoxa de los precios, al advertir que, en la realidad del mercado, las empresas no eran propiamente competitivas, en el sentido clásico, ni totalmente monopolistas, como en ciertas simplificaciones teóricas se las consideraba.² La presencia del oligopolio creaba una situación nueva, digamos intermedia, de competencia "imperfecta" o "monopolística", que necesariamente afectaba el proceso de formación de los precios, el monto y el origen de la ganancia y la asignación y el empleo de los recursos productivos. Y aunque este análisis no llegó a desenlazar directamente en nuevas formulaciones teóricas de alcance macroeconómico, aportó nuevos elementos para el estudio más riguroso de las prácticas monopolistas y de su influencia sobre el mercado e implicó una crítica a los planteos neoclásicos tradicionales, "... porque, tan pronto como se admite la posibilidad de que las elecciones de los consumidores sean determinadas por la acción de los vendedores, se aclara completamente que la teoría subjetiva del valor es incapaz de darnos un punto de

² Véase: Joan Robinson, *Teoría de la competencia imperfecta* y E. H. Chamberlin, *Teoría de la competencia monopolística*. El artículo del profesor Sraffa a que antes se alude: "Las leyes de los rendimientos en condiciones de competencia", se recogió en el número 34 de *El Trimestre Económico*, de México.

apoyo estable que permita establecer principios bien determinados acerca del sistema en su conjunto.”³

La teoría de Kalecki

En una dirección similar habían trabajado Wicksell y, años más tarde, el profesor Kalecki. El primero se anticipó a Keynes en la crítica a la Ley de los mercados de Say, el análisis del ciclo económico, el reconocimiento de la importancia que los desajustes entre el ahorro y la inversión tienen para una teoría del empleo y la necesidad de actuar sobre la tasa de interés, a fin de aprovechar en la mayor medida posible el ahorro. Por su parte Kalecki hizo nuevas aportaciones para llevar el análisis del mercado de un plano estático y microeconómico a uno dinámico y macroeconómico, introdujo el “grado de monopolio” en un nuevo modelo teórico y “descubrió independientemente —como ha dicho la señora Robinson— la *Teoría General*” (cuando el propio Keynes trabajaba en ella), aunque para desembocar en conclusiones diferentes y menos entusiastas que las keynesianas. Fue Keynes, sin embargo, quien a lo largo de la década de los treinta y aun ya entrada la siguiente, atrajo la mayor atención de los economistas y de no pocos funcionarios gubernamentales.

¿Cuáles son los factores que, a juicio del profesor Kalecki, determinan el volumen de producción y el nivel de empleo? Fundamentalmente, la forma en que se reparten las ganancias y los sueldos y salarios, es decir, el ingreso de los trabajadores. ¿De qué dependen éstos, a su vez? De la acción conjunta de ciertas decisiones y de los llamados “factores de distribución”, o sea aquellos que determinan el reparto del ingreso. Separándose de la posición tradicional, Kalecki sostiene que “las decisiones sobre

³ M. Dobb, *Economía Política y capitalismo...*, p. 194.

inversión y consumo determinan las ganancias, y no a la inversa. . .”, y que el ingreso de los trabajadores está condicionado por los “factores de distribución”, entre los que destaca el “grado de monopolio”. “El papel de los ‘factores de distribución’ —señala en otro pasaje— es, pues, el de determinar el ingreso o el producto sobre la base de las ganancias, que a su vez son determinadas por la inversión. . .”

El grado de monopolio depende, esencialmente, de la fuerza relativa de las grandes empresas en el mercado. A este respecto el autor adopta una posición análoga a la de otros críticos de la teoría ortodoxa de los precios. La gran corporación —dice— “. . . puede fijar su precio a un nivel superior al que prevalecería si las condiciones fueran distintas. El resto de las grandes empresas se comporta de la misma manera y en consecuencia el grado de monopolio aumenta sustancialmente. . .” Y a la influencia que ejerce la política de precios seguida por empresas que actúan como líderes, se agregan los acuerdos tácitos para protegerse mutuamente, las prácticas de cártel, la publicidad masiva y la promoción sistemática de las ventas. Frente a todo ello operan como fuerzas contrarrestantes la acción de los sindicatos y el descenso en la relación entre los precios de las materias primas y los salarios. Las variaciones del grado de monopolio, el que a largo plazo tiende a acentuarse, afectan no sólo la distribución del ingreso entre utilidades y salarios sino el reparto del mismo entre los propios capitalistas.

La inversión es el factor más dinámico en el proceso y aquel que, en el curso del ciclo, sube o baja con mayor intensidad. El ahorro, al menos como fuente de financiamiento, y la tasa de interés, son factores secundarios. El autor supone que la propia inversión “provee automáticamente el ahorro necesario para financiarla. . .”, y por lo que hace a la tasa de interés, considera que, vista a largo plazo, su papel es de segundo orden y muy pequeñas las fluctuaciones cíclicas que exhibe.

Kalecki rechaza la imagen liberal y seudodemocrática del empresario “puro” por ser “poco realista” y advierte que “el requisito más importante para convertirse en empresario *es ser propietario de capital*”, lo que, naturalmente, debe por fuerza influir en la teoría de la inversión.

¿Y cuáles son los factores que gobiernan la tasa conforme a la cual se decide invertir en capital fijo? “Como primera aproximación —responde— [dicha tasa es] función creciente del ahorro bruto [de las empresas] y de la tasa de variación de las ganancias totales..., y función decreciente de la tasa de variación del acervo de equipo de capital...” O en otros términos: la acumulación de ahorros en poder de las empresas y el aumento de las ganancias de las mismas amplían las posibilidades de inversión y de financiamiento “interno”, en tanto que la expansión del capital y, por ende, de la capacidad productiva, puede afectar desfavorablemente la tasa de ganancias e inhibir el crecimiento de la inversión.

A largo plazo, considera Kalecki que el dinamismo del sistema depende en gran medida de las innovaciones y otros “factores del desarrollo”, sin los cuales “la economía capitalista permanecería estática,” con sólo ciertas fluctuaciones cíclicas. Las innovaciones impulsan de inmediato la inversión “por arriba del nivel que resulta de los determinantes básicos”, sobre todo en tanto más grande sea el volumen de equipo de capital. Bajo el capitalismo, sin embargo, la intensidad de las innovaciones parece declinar a consecuencia, principalmente, de la menor importancia de abrir nuevas fuentes de materias primas, de la obstrucción de ciertos avances técnicos que resulta del creciente grado de monopolio y de que muchas de las grandes industrias de bienes duraderos de consumo suponen esencialmente procesos de ensamble que “no requieren una inversión cuantiosa”.

Al debilitamiento de las innovaciones suele sumarse el crecimiento del “ahorro de los rentistas”, el que, cuando tiende a aumentar más rápidamente que el capital, opera

también como factor retardador del desarrollo. Y por último, el crecimiento demográfico puede ser un elemento de estímulo, aunque su papel es más complejo de lo que a menudo se supone, ya que puede incluso deprimir y afectar desfavorablemente, a largo plazo, el ritmo del desarrollo. Lo que importa, en realidad, "no es el aumento de la población sino el incremento del poder de compra."

Si se reduce la intensidad de las innovaciones en las etapas posteriores del desarrollo capitalista, —concluye Kalecki— se origina un retraso en el crecimiento del capital y la producción... (Y) si la tasa de aumento de la producción desciende por abajo de la tasa combinada de incremento de la productividad del trabajo y de la población, la desocupación acusará un aumento a largo plazo...^{3a}

La revolución keynesiana

Al igual que el de sus antecesores neoclásicos, el instrumental analítico de Keynes siguió siendo estático,⁴ o en la expresión del profesor Ragnar Frische: "macroestático". Pero el reparar en ciertas variables macroeconómicas esenciales: ingreso, ocupación, consumo e inversión; el interrelacionar tales variables en un sistema formalmente lógico, sencillo, sugerente y novedoso; el subrayar especialmente la importancia de la función consumo; el abandonar la tesis tradicional sobre el ahorro y sus supuestas virtudes; el trabajar alrededor del concepto de equilibrio propio de una situación de subempleo de los factores y, acaso sobre todo, el enfrentarse a graves problemas prácticos y ofrecer una salida que, según él, tenía a su alcance el Estado —en un momento en que los economistas parecían incapaces de hacerlo—, hizo que la doctrina keyne-

³ M. Kalecki, *Teoría de la dinámica económica*, México, 1956, pp. 47, 63, 18-19, 31, 65, 52, 158, 96, 99-100, 154 y 160-164.

siana produjera fuerte impacto en los círculos académicos y aun al margen de ellos.

El enfoque propuesto por Lord Keynes implicaba cambios significativos respecto a la ortodoxia tradicional; y por tal razón logró interesar de nuevo a muchos economistas en la problemática global del sistema y, en cierto modo, sirvió de puente y estímulo a planteamientos que buscarían enfoques parcialmente dinámicos, como los de Joan Robinson, Harrod, Domar y otros, posteriores a 1936. El autor de la *Teoría General*, no obstante, limitó su análisis al corto plazo y a las variaciones propiamente cíclicas del ingreso y el nivel de empleo, excluyendo el avance técnico y los cambios estructurales de su sistema, o, como ha dicho Schumpeter, los fenómenos que más afectan el proceso económico,⁴ y limitándose a considerar algunos de los elementos más importantes para la formulación de una teoría del ingreso.

Partiendo de una mejor comprensión de la función del dinero, Keynes abandonó la teoría monetaria marshaliana, pero no la supuesta justificación del interés, el que en vez de asociarse a la espera del capitalista se vinculó a la "preferencia por la liquidez" y a la aceptación de éste de no atesorar.⁵ Y, al comprender que el equilibrio ahorro-inversión no podría ni siquiera a un nivel inferior al de la ocupación plena, lograrse espontáneamente, Keynes aconsejó actuar sobre la tasa de interés, manteniéndola lo más baja posible durante la depresión, y estimulando la demanda de inversiones y el gasto público, incluso improductivo, en tanto no hubiese "posibilidad [que ciertamente no la había entonces o era muy estrecha] de hacer inversiones productivas con una buena perspectiva de lucro."⁶

⁴ Véase: J. A. Schumpeter, *Diez grandes economistas...*, pp. 381 y 391.

⁵ "...El interés ha sido usualmente considerado como una recompensa por no gastar, cuando en realidad es una recompensa por no atesorar." J. M. Keynes, *Teoría General...*, Cap. 13.

⁶ J. Robinson, *Economic philosophy...*, p. 96.

Pocos economistas han sido tan debatidos como Keynes. Mientras algunos lo critican y niegan importancia a su teoría, otros caen en el ditirambo y exaltan sin medida el alcance de ésta, equiparándola a una verdadera revolución. Aun la señora Robinson, cuya obra da muestras a menudo de una objetividad poco común, llega a decir que Keynes convirtió “viejas virtudes privadas” en “vicios públicos”, que acabó con “la justificación de la desigualdad del ingreso como fuente de acumulación...”, que “la *Teoría General* volvió a unir la historia y la teoría...” y que, con ella, “la *Economics* devino, una vez más, Economía Política...”⁷

Lo cierto es que Keynes no rompió radicalmente con los neoclásicos, encontró nuevas formas de justificar la desigualdad social, y si bien no pudo soslayar o evadir la realidad —y concretamente el desempleo— al extremo de sus predecesores, tampoco se interesó por estudiarla objetivamente, como fase de un proceso histórico, ni menos por restablecer la unidad de la historia y la teoría, en un análisis digno de una genuina Economía Política. La estática económica no fue para Keynes un mero punto de partida sino un marco de referencia constante, y aunque alguna vez dijo que “el economista debe estudiar el presente a la luz del pasado, pero pensando en el porvenir” y, en otra ocasión anunció que al cumplir setenta años se dedicaría a estudiar historia económica,⁸ probablemente lo que más faltó en su análisis fue una perspectiva histórica, o como ha dicho Sweezy, comprender “el presente como Historia.”

El pensamiento keynesiano no penetró en el análisis del proceso económico real, concebido como un proceso histórico; se limitó a estudiar el fenómeno del ciclo y postuló que el volumen de ocupación y de ingreso son

⁷ *Ibid.*, pp. 75 a 78.

⁸ *Ibid.*, p. 77, y Robert L. Heilbroner, *Vida y doctrinas de grandes economistas...*, p. 279.

funciones, o sea variables dependientes, de otras tres a las que asignó el rango de variables independientes, a saber: la propensión a consumir, la eficacia marginal del capital y la tasa de interés,⁹ a las que el propio Keynes atribuyó el rango de “leyes psicológicas”; esto es, entidades fundamentalmente subjetivas.

Keynes desdeñaba el análisis propiamente histórico y pensaba que el largo plazo era una dimensión que debía reservarse a los “estudiantes de la licenciatura”. “A largo plazo —decía— todos habremos muerto”, sin reparar en que, como ha hecho notar la señora Robinson, no todos lo haremos “al mismo tiempo”. “En el fondo Keynes era conservador y no trataba de disimularlo...” Refiriéndose al socialismo, escribía en 1931: “¿Cómo puedo aceptar la doctrina que establece como Biblia propia, por encima y más allá de toda crítica, un libro de texto anticuado, que a mí me consta que no sólo es científicamente erróneo, sino que, además, carece de interés y de aplicación en el mundo moderno?”¹⁰

Keynes nunca intentó, por otro lado, un examen y menos todavía una crítica seria del capitalismo. Lo que estaba mal era la teoría tradicional de los mercados, no el funcionamiento del sistema económico:

Hay valiosas actividades humanas —expresaba— cuyo desarrollo exige la existencia del estímulo de hacer dinero y la atmósfera de la propiedad privada de la riqueza... [Y conforme a la extraña idea de que el hacer dinero suele librar al hombre de ciertos peligrosos instintos y tendencias a la crueldad] —agregaba—: “Es preferible que un hombre tiranice su saldo en el banco que a sus conciudadanos; y aunque se dice algunas veces que lo primero conduce a lo segundo, en ocasiones, por lo menos, es una alternativa...”¹¹

⁹ J. M. Keynes, *Ob. cit.*, p. 235.

¹⁰ R. Heilbroner, *Vida y doctrina...*, p. 273.

¹¹ J. M. Keynes, *Teoría general...*, pp. 358-59.

Algunos autores piensan que el keynesismo no fue apologético; incluso el profesor Mandel hace notar que, con él, la economía se convirtió de apologética en pragmática,¹² al parecer sin advertir que si bien cayó, en efecto, en un obvio y superficial pragmatismo, no por ello dejó de ser franca, y a veces hipócrita, ecléctica y aun cínicamente apologética. Al respecto es sintomática la opinión del autor, contenida en un artículo escrito con anterioridad a la aparición de la *Teoría General*, en que decía que el capitalismo

no es racional, no es bello, no es justo, no es satisfactorio... No puede decirse que lo amemos. Pero no sabríamos con qué reemplazarlo...¹³

Y acaso por no saber con qué reemplazarlo, la principal preocupación de Keynes fue preservar el capitalismo y servir a los capitalistas y, más que atacar los problemas de fondo del sistema, ayudarlo a superar un momento crítico, de verdadera emergencia. En la práctica, empero, lo que permitió superar la depresión y la tendencia al estancamiento fue, más que la estrategia keynesiana, la propia dinámica del capitalismo monopolista de estado, con su dramática secuela de desperdicio, gastos improductivos e irracionales, creciente armamentismo, agudización del subdesarrollo en los países del llamado tercer mundo, agresiones injustificadas y guerras grandes y pequeñas, sobre todo en Asia y el Lejano Oriente.

Si fue o no Keynes a quien se debe el mérito de haber "resuelto" los más graves problemas del capitalismo por esos caminos, o sólo la tarea más modesta de racionalizarlos en una teoría general, es por otra parte del todo secundario. A estas horas, lo que importa no es siquiera

¹² E. Mandel, *Tratado de economía marxista*, México, 1969. T. II, p. 321.

¹³ I. Trachtenberg, "Keynes, la ocupación plena y la economía política burguesa", en *Keynes, economista vulgar*, México, 1950, p. 18.

subrayar que por fin se ha logrado el nivel de empleo que hace unas décadas parecía imposible, sino responder serenamente a la cuestión de si los caminos que conducen a la dilapidación de la riqueza social y aun a la muerte, son la única salida que se puede ofrecer a la humanidad para asegurar a los pueblos de los países ricos un precario bienestar. Con una estrategia en el fondo keynesiana, la Alemania nazi logró, hace treinta años, dejar atrás la depresión y el desempleo; pero ¿quién podría afirmar que el nazismo y la cadena de criminales agresiones desatada por éste, entre 1935 y 1945, fueron menos graves que el retroceso económico sufrido en 1929-33, tan solo porque contribuyeron decisivamente a aumentar el nivel de empleo?

La convicción de Lord Keynes de que bajo el régimen de monopolio —régimen, por cierto, a cuyo estudio no dedicó mayor atención— no podría lograrse, y menos aún espontáneamente, la ocupación plena, lo llevó a entrever una perspectiva en que el equilibrio del sistema se estableciera a un nivel inferior. Correspondió, sin embargo, a Alvin H. Hansen, sistematizar tal análisis en una teoría del estancamiento, que sin duda constituyó una antítesis de las formulaciones neoclásicas dominantes.

*Tendencia del sistema al estancamiento:
Hansen y Steindl*

Para alcanzar el pleno empleo de los recursos productivos y el equilibrio resultante de tal situación, era preciso, entre otras cosas, lograr un nivel de inversión no sólo alto, sino creciente. Pues bien, durante el siglo XIX ello había sido posible, concretamente en la economía norteamericana, merced a una constelación de factores favorables; pero en la cuarta década del siglo XX las cosas eran diferentes. Al margen de las fluctuaciones cíclicas, el profesor Hansen pensó que, “casi seguramente”,

surgiría un “problema de desempleo estructural o secular”, debido a la conjugación de cuatro fuerzas que condicionarían desfavorablemente el crecimiento de la inversión, a saber: el aumento del ahorro individual y corporativo, la disminución del crecimiento de la población, la reducción y aun desaparición de nuevos territorios y campos de acción y la tendencia de muchos avances técnicos a absorber comparativamente menos capital que en el pasado.¹⁴

El sugestivo análisis de Hansen, en vez de derivar en una nueva y más profunda vertiente que buscara la explicación de los factores determinantes de la formación de capital en un contexto estructural, desenlazó a la postre en una estrategia superficialmente reformista y en un extemporáneo y convencional llamado a revivir las virtudes del capitalismo premonopolista.

La tendencia natural al subempleo de los recursos siguió presente a su vez y su análisis fue llevado adelante, en Estados Unidos, por autores como Steindl, Sweezy, Baran y otros. Partiendo de la tesis de que la estructura misma del capitalismo genera una tendencia al subconsumo, el economista austríaco Steindl sostuvo que el crecimiento del oligopolio tiende a aumentar la tasa de explotación o plusvalía. Pero en seguida, recordando a Marx, señaló que uno es el problema de producir esa plusvalía y otro distinto el realizarla, lo que depende de la existencia de “un mercado suficiente”.

En otras palabras, la realización es posible en tanto haya “un aumento correspondiente del volumen de la inversión y el consumo de los capitalistas. Si ese volumen no au-

¹⁴ Véase: A. H. Hansen, *Full recovery or stagnation?* Nueva York, 1938. pp. 30-31 y 310 y sigs. Aunque atribuyendo tal fenómeno a otras causas, el profesor Schumpeter expresó, por entonces, una idea muy similar, al hablar de que las “imperfecciones” del mercado podrían traducirse en “recursos no utilizados independientemente de la evolución del proceso cíclico...” *Business cycles*, Vol. I, p. 16.

menta, el incremento en la tasa de plusvalía *producida* no conducirá a expandir la plusvalía *realizada*, sino solamente a una mayor capacidad ociosa".¹⁵ Y cuando ello es así, más que una transferencia del sector de salarios al de utilidades, lo que se produce es "una conversión de ingreso potencial de los trabajadores en desperdicio, representado éste por el exceso de capacidad productiva no aprovechada..." Cuando tal exceso de capacidad se mantiene, "...ejerce una influencia depresiva sobre las decisiones de inversión de los capitalistas y se reduce la tasa de expansión del capital."¹⁵

Sweezy hace notar que no deja de ser revelador que "la primera fusión total de... la teoría de los mercados no competitivos al nivel microeconómico y la teoría del ingreso y de la ocupación en el nivel macroeconómico...", se recibiera por los economistas con un "silencio total", y aun afirma que "...en toda la historia del pensamiento económico no hay ningún otro ejemplo de que un trabajo tan importante sea tan completamente descuidado." Ello lo atribuye a que el profesor Steindl dio a conocer su teoría en los años de auge de la guerra de Corea, cuando nadie tenía a una nueva depresión, y sobre todo, a que su trabajo...

es básicamente un intento de elaborar una teoría de la evolución del capitalismo avanzado (monopolístico)..., totalmente ajena a toda la tradición ortodoxa, y esto a pesar del hecho de que la estructura conceptual de Steindl, como la de Kalecki, está acuñada en términos que popularizaron los keynesianos... y los teóricos de los mercados no competitivos... La verdad es que los economistas ortodoxos, incluyendo a los keynesianos, no estaban equipados para comprender lo que Steindl trataba de hacer y no tenían patrones por los cuales juzgarlo.¹⁶

¹⁵ J. Steindl, *Maturity and stagnation in the american economy*, Oxford, 1952, Capítulo XIV.

¹⁶ Paul M. Sweezy, "El primer cuarto de siglo", en *Teoría*

Expresiones recientes del pensamiento económico

Sería imposible, en un breviario como el presente, aun examinar de prisa las corrientes teóricas contemporáneas de mayor importancia en el campo económico. Nos limitaremos, por lo tanto, a señalar la dirección principal de algunas de ellas, con el propósito de recordar los cauces que la ciencia económica parece haber tomado en el último cuarto de siglo.

Con el neoclasicismo marshalliano llegó a su fin una larga etapa en que, frente a contados disidentes, el grueso del pensamiento académico de los economistas burgueses se desarrolló en un marco unitario y armónico. Lo único que no exhibía armonía alguna era la realidad; pero la realidad, como hemos visto, poco o nada interesaba a la economía ortodoxa. A partir de Keynes, y sobre todo en los años posteriores a la aparición de la *Teoría General*, la unidad empezó visiblemente a quebrantarse ante el impacto de profundos desequilibrios, nuevas y legítimas aspiraciones de cambio social y hechos tan espectaculares como el triunfo del socialismo y el rápido desarrollo económico en la URSS, la creciente hegemonía de los monopolios y la afirmación del capitalismo de estado en el "mundo libre", la devastación sin precedentes ocasionada por el nazifascismo y la segunda guerra mundial y el impulso de los movimientos de liberación nacional en Latinoamérica, Asia y África. El equilibrio económico dejó de darse por supuesto como algo inherente al sistema, y la preocupación ante una perspectiva de estancamiento invitó a replantear problemas fundamentales y aun a abandonar viejos dogmas. La depresión de los años treinta había desgarrado de tal modo al sistema que en todas partes se sentía la necesidad de explicar lo acontecido, y sobre todo de evitar su repetición, de garantizar un desarrollo satisfactorio e inclu-

general de Keynes. Informes de tres décadas, compilados por Robert Lekachman, México, 1967, pp. 320 y 321.

so de convencer a millones de seres de que los sacrificios y las privaciones impuestos por la segunda guerra mundial no habían sido estériles.

¿Hacia dónde llevar el análisis económico, a partir del momento en que los hechos exhibieron de manera irrefutable la inconsistencia de la teoría? ¿Debía buscarse la solución de los nuevos problemas tratando de restaurar las condiciones vigentes en una etapa anterior? ¿Cómo lograr los altos y aun crecientes niveles de inversión necesarios para evitar el estancamiento? ¿Sería conveniente o aun indispensable recurrir a la planificación económica? Frente a éstas y otras interrogantes comenzaron a tomar cuerpo diversas posiciones que, de manera tosca y esquemática, recordaremos en las páginas que siguen.

Retorno al liberalismo y al neoclasicismo

Una posición consistió en sugerir que si las cosas se habían apartado del viejo modelo surgido en la fase propiamente competitiva del capitalismo, más que ajustar el modelo a las nuevas realidades debíase modificar éstas y hacerlas funcionar como lo habían hecho en el pasado, aunque ciertos autores optaron por un retorno, no al liberalismo individualista sino al neoclasicismo tradicional y otros se condujeron como si, en rigor, nada hubiera cambiado. El eje común de tales posiciones consistía en dos entidades íntimamente ligadas entre sí: el mercado libre y la acción soberana del consumidor. Si el capitalismo occidental lograba afirmarlas, restablecería también los mecanismos automáticos de ajuste que tan eficientemente habían operado a lo largo del siglo XIX. ¿Y qué decir de la planificación, de la que algunos empezaban a hablar con entusiasmo? ¿Era realmente una alternativa frente a las soluciones ortodoxas? Los economistas ultraliberales, que sin duda fueron a la vez los más conservadores, no lo creían así.

Ludwig Von Mises fue el primer economista europeo que, con un empeño digno en verdad de mejor causa, descargó sus prejuicios contra la planificación económica. A partir de la justa idea de que el socialismo significaría la liquidación del mercado y del mecanismo tradicional de los precios, desde 1920 sostuvo que bajo una economía planificada sería imposible tomar decisiones económicas racionales, pues no pudiendo hacerse un cálculo, tampoco podría determinarse qué producir, en qué cantidades, a través de qué métodos, etc. Asociando indisolublemente y de manera irracional la noción misma de racionalidad al capitalismo competitivo, Von Mises, expresaba:

Cada paso que nos separa de la propiedad privada de los medios de producción y del uso del dinero, nos aleja también de la economía racional... Y en seguida añadía: Sin cálculo económico no hay economía. Por consiguiente, en un estado socialista en el que es imposible efectuar cálculos económicos no puede haber conforme al sentido que nosotros le damos al término—ninguna economía... Lo único que puede hacerse [bajo el socialismo] es andar a tientas en la oscuridad. El socialismo significa la abolición de la economía racional'.¹⁷

Años más tarde, cuando la experiencia soviética demostró que la "imposibilidad" señalada por Von Mises sólo exhibía su incapacidad personal para comprender el funcionamiento de una nueva estructura económica, el profesor Von Hayek y otros economistas llevaron la crítica a un plano parcialmente distinto: en teoría, admitían, planificar era posible; pero en la práctica nunca podría tal sistema funcionar en forma adecuada, porque a fin de que los consumidores dispusieran libremente de su ingreso las autoridades económicas centrales —en ausencia del mer-

¹⁷ Cit. por Alonso Aguilar M. en *Apuntes de teoría y técnica de la planificación económica*, Edic. en mimeógrafo. Escuela Nacional de Economía, México, 1965.

cado— tendrían que hacer centenares de miles de operaciones, ya que "...a cada momento, cada decisión tendría que basarse en la solución de un número igual de ecuaciones diferenciales simultáneas, y esta sola tarea, con cualesquiera de los medios conocidos..., no podría acometerse en el curso de toda una vida..."¹⁸

Tal razonamiento, como se encargarían de demostrarlo los profesores Barone, Taylor, Lange, Landauer y otros,¹⁹ tampoco era válido, pero se utilizaría para reivindicar la teoría de la libre empresa, y para soslayar la realidad del capitalismo monopolista y crear la ilusión de que era posible volver al reino abstracto del equilibrio perfecto, si tan solo se dejaba al mercado y a los consumidores actuar espontáneamente y sin interferencia alguna. "En el mercado de una sociedad capitalista —sostenía Von Mises— el hombre común es el consumidor soberano cuyas compras o abstención de comprar determinan, en última instancia, qué producir, en qué cantidad y de qué calidad..." Concebido así el mecanismo de los precios, la propiedad privada y el control de los medios de producción resultaban una útil "función social"; y el capitalismo un sistema en que la explotación desaparecía como por encanto, hasta volverse un medio para "...proveer al hombre común de la oportunidad de gozar de los frutos del esfuerzo de otros..." "Lo que da a los individuos —creía firmemente el autor— tanta libertad como es compatible con la vida en sociedad es el funcionamiento de una economía de mercado. Las constituciones y las declaraciones de derechos no crean la libertad. Simplemente protegen aquella que el sistema económico competitivo otorga..."²⁰

¹⁸ Cit por el autor de este breviario en *Apuntes de teoría y técnica de planificación económica*. (edición. Cap. X.)

¹⁹ Véase: F. Von Hayek y otros, *Collectivist economic planning*. Taylor y Lange, *On the economic theory of socialism* y F. Landauer, *Teoría de la planificación económica*.

²⁰ L. Von Mises, *The anti-capitalist mentality*, Londres, 1956, pp. 40 y 99-100.

Quienes intentaban restaurar las condiciones de los viejos, buenos tiempos del capitalismo de libre competencia, no sólo pretendían detener el proceso histórico sino revertirlo; trataban, estérilmente, de hacer retroceder al sistema por lo menos un siglo, sin reparar en los factores, en el fondo estructurales, que habían determinado el curso de las cosas.

¡Muera la economía política! ¡Viva la soberanía del consumidor!

A partir de los años de la segunda guerra mundial, las posiciones neoliberales tendieron —en una nueva variante de la *welfare economics*— a lograr el máximo bienestar social; pero en vez de que ello se tradujera al menos en discusiones serias en torno a cómo lograr un mejor reparto de la riqueza social, derivó en un formalismo abstracto y en un retorno al neoclasicismo y el subjetivismo especulativo, que elevó las decisiones del consumidor al rango de un principio rector inviolable y soberano. “El consumidor, es, por así decirlo —expresaría el profesor Samuelson—, el rey... cada uno es un elector que usa sus votos para conseguir aquello que quiere que se haga...”²¹

Y el profesor inglés Hicks, siguiendo en parte a Samuelson, afirmaríala:

... Marshall sigue siendo un clásico; casi todo lo que él dice en su Libro III mantiene su validez... ‘Si el objetivo general del sistema económico es la satisfacción de las necesidades individuales y si la satisfacción de las necesidades individuales se concibe como la maximización de la utilidad, ¿no puede concebirse el objetivo del sistema como la maximización de la utilidad, de la utilidad universal, como la llamó Edgeworth?’²²

²¹ Paul A. Samuelson, *Economics*, Cit. por J. K. Galbraith, en *The new industrial state*, Nueva York, 1967, p. 221.

²² J. R. Hicks, *Revisión de la teoría de la demanda*, México, 1958, pp. 13 y 18.

Tal formulación, en realidad, que, como dice Dobb puede considerarse una “prima cercana” de la teoría subjetiva del valor, pretende ser aplicable a cualquier sistema económico, aunque sus principales teoremas no van “más allá del reino de la tautología.” Sus enunciados —que al igual que en otros esquemas neoclásicos exhiben una lógica interna cuya única falla consiste en que no tiene relación alguna con la realidad— son sencillos: lo que interesa maximizar es el bienestar social, el que se identifica a la suma de las satisfacciones de los deseos de cada consumidor; el deseo de éstos se expresa a través del mercado y del mecanismo de los precios, lo que asegura que los consumidores puedan decidir y expresar “libremente” lo que prefieren adquirir y, en consecuencia, la forma en que deban utilizarse y combinarse los recursos productivos para lograr una producción que permita satisfacer la demanda.

La democracia “económica” que esta doctrina postula, no tiene mayor realidad que la democracia “política” que suele asociarse al funcionamiento de los regímenes electorales tradicionales. En ambos casos el sufragio es un derecho de *clase*; se *vota* con dinero, o lo que es lo mismo, *se compran* los votos, —lo que no es, por cierto, ni democrático, ni justo; y al margen de la influencia que en las decisiones de los consumidores ejercen los diferentes niveles de precios y sobre todo el abismo que separa los ingresos de ricos y pobres, la doctrina que examinamos da por supuesto un régimen de competencia perfecta que la teoría moderna ha postergado y que en la práctica nunca existió.

Recordando una vieja y justa crítica, Barbara Wooton señala que “. . . en la urna del mercado se permite votar varias veces. . .”; y lo que es más grave: —cabría añadir— mientras unos votan tantas veces como quieren, otros no pueden siquiera concurrir a la casilla a ejercer su función de “elector” o sólo ofrecen, a cambio de su derecho a votar, una parte de lo que los “electores” más prósperos pueden pagar. Parecería que, más que tratarse de un mecanismo democrático, la “elección” de que se nos habla

se asemeja a un sorteo en que todos tienen el “mismo” derecho a participar, pero en donde las desigualdades económicas determinan, en última instancia, que muchos no puedan siquiera comprar el billete y por tanto aspirar al premio, pues por “democrática” que una lotería sea, nadie obtiene en ella un premio sin comprar billete. Precisamente por eso los críticos de la teoría de referencia advierten “...que... la demanda monetaria de un artículo [es] un índice muy inseguro de la intensidad con que éste se desea, [y] desechan a menudo con sarcasmo la primera premisa de la teoría de la soberanía del consumidor.”²³

Podrían hacerse otras muchas y no menos fundadas objeciones a tal teoría: desde recordar que en una economía de monopolios y oligopolios la soberanía se desplaza del consumidor al productor, o sea del comprador al vendedor, hasta subrayar que el mercado, el mercado que conocemos, no el que han idealizado los economistas ortodoxos anteriores y posteriores a Keynes, más que ser un mecanismo que asegure máxima racionalidad al proceso económico es una expresión de creciente irracionalidad, como dramáticamente lo comprueban el subdesarrollo, y el volumen enorme del desperdicio, la publicidad, el desempleo y la militarización de la economía en los países capitalistas.²⁴

²³ Barbara Wooton, *Libertad con planificación*, México, 1946, p. 80.

²⁴ M. Dobb destaca, entre otras limitaciones, que la teoría se desenvuelve en un marco estático, interesándose sobre todo en “la elección óptima entre distintas posiciones de desequilibrio”, sin reparar en los problemas fundamentales que plantea el proceso de desarrollo. Cuando el debate se traslada a un marco dinámico, surgen tres diferencias principales: a) Las interdependencias de rama o sector, que en la teoría del equilibrio asumen la forma de “economías externas”, adquieren gran importancia en la teoría del desarrollo, ya que el cambio en un sector de la economía depende de cambios simultáneos en otros; b) el curso mismo de sus perspectivas, y c) ciertos elementos que figuran como datos *dados* en la teoría del equilibrio, se tornan variables —e incluso variables dependientes— en la teoría del desarrollo. Véase M. Dobb.

En resumen, en las más recientes versiones de la “economía del bienestar,” la Economía pierde su carácter de ciencia social; acaba por divorciarse totalmente del proceso económico; deja de referirse a relaciones e interrelaciones humanas, y se convierte, como ya vimos en la definición del profesor Robbins, en una disciplina “de la conducta”, preocupada esencialmente por las “preferencias de los consumidores” y por la eficacia en el logro de ciertos fines, sin que importe la naturaleza ni el alcance de éstos. Conforme a tal concepción no es extraño que Von Mises escriba: “De la Economía Política de la escuela clásica emerge la teoría general de la acción humana... , la Economía deviene así una parte, aunque hasta ahora la más elaborada de una ciencia universal: la praxeología.” O, dicho en las palabras del profesor Lange: “...la Economía Política deja de ser una ciencia empírica que se ocupa de fenómenos reales y se convierte en una ‘lógica de la elección’ formal, en la que el único criterio para establecer la verdad es el acuerdo entre los teoremas y los axiomas adoptados.” “El estudio de las leyes económicas que operan en la realidad objetiva es reemplazado por la formulación de principios praxeológicos de conducta”,²⁵ que aseguren la obtención de la máxima utilidad.

Con razón dice el propio autor que “la transformación de la economía subjetiva en una rama de la praxeología —transformación que para algunos marca el momento en que la Economía llega a su mayoría de edad— es el último paso en el proceso de liquidación de la Economía Política.”²⁶

Lord Keynes, como hemos visto, llega a la conclusión de que, dejado a su suerte, el capitalismo puede no ser

Economic growth and planning, Cambridge, 1959. Los estudiantes que tengan interés en el tema, pueden encontrar una breve referencia al mismo en mis *Apuntes de teoría y técnica de la planificación económica*, Capítulo X.

²⁵ Oscar Lange, pp. 239 y 240.

²⁶ *Ibid.*, p. 247.

capaz de utilizar plenamente los recursos productivos. Hansen va un poco más lejos, y al comprobar que no están ya presentes las condiciones que en otras épocas actuaron como estímulo a la inversión, afina la teoría del estancamiento y trata de encontrar las formas prácticas, la política económica a que deba recurrirse para mantener un alto nivel de ocupación. Los liberales ortodoxos se aferran a la ilusión de que sólo revirtiendo el proceso, o sea reviviendo los ya lejanos días del *laissez-faire* será posible escapar a la inestabilidad, las crisis y el estancamiento, y los praxeólogos del "bienestar", en vez de empeñarse laboriosamente en desatar el nudo gordiano de la Economía, optan por cortarlo, pues a ello equivale romper todo vínculo con la realidad. Y en lugar de avanzar hacia el futuro, encarar con decisión los problemas presentes o siquiera retroceder y buscar soluciones en el pasado resuelven evadir los hechos, olvidarse de ellos y hacer de la economía teórica una dimensión imaginaria, un juego abstracto y esotérico de números y fórmulas, cuya supuesta universalidad no impide servir los muy concretos y con frecuencia no menos mezquinos intereses de la clase en el poder.

Mientras los economistas del "bienestar" toman ese extraño camino en el que nadie debe inquirir de dónde se viene o a dónde se va, en el que el origen y el fin de la acción, y aun las causas que determinan y las leyes que rigen los fenómenos sociales se dejan de lado, para reparar únicamente en los medios, en medios que irónicamente se suponen escasos aunque en la realidad sean objeto de crónico y dramático subempleo, otra corriente, más cercana al keynesismo, reintroduce al análisis sistemático ciertos problemas del crecimiento económico a largo plazo.

El modelo macroeconómico de Harrod - Domar

La corriente de que hablamos toma cuerpo, principalmente, en la obra de Roy F. Harrod y Evsey D. Domar, y

adopta la forma de un modelo de crecimiento, no de una teoría del desarrollo.

Lo que importa a estos autores no es cómo expandir las fuerzas productivas y modificar el cuadro estructural o siquiera institucional propio de un país económicamente atrasado, sino determinar cuáles son las condiciones necesarias para mantener, a largo plazo, un alto nivel de empleo.²⁷ El modelo parte, en consecuencia, de que la ocupación plena existe, y aun supone como constantes, relaciones tan importantes como la tasa de ahorros y el coeficiente de capital.

Tanto Harrod como Domar subrayan el doble papel de la inversión en el proceso económico: generar ingreso y estimular la demanda, por un lado, y por el otro expandir la capacidad productiva y la oferta. Ambos autores son concientes, además, de que, dada esa doble influencia ejercida por la inversión, el equilibrio "dinámico" del sistema sólo puede lograrse en tanto el crecimiento del ingreso corresponda a la ampliación de la capacidad productiva, pues de no ser así, las relaciones entre el ahorro y la inversión sufrirán desajustes que se traducirán unas veces en fuertes presiones inflacionarias y otras en descensos de la producción y el nivel de empleo.

Planteado así el problema los autores de referencia formulan dos ecuaciones que, si bien difieren en los símbolos que emplean y en ciertos aspectos secundarios, responden en el fondo a la idea común —a la que, a propósito, arribaron casi simultáneamente y con independencia uno del otro—, de que, supuestas una tasa deter-

²⁷ En las palabras del profesor Domar: "Nuestro problema puede... formularse así; suponiendo, como punto de partida, que la producción y la capacidad de producción se hallen en equilibrio, ¿Bajo qué condiciones podrá preservarse a lo largo del tiempo ese equilibrio?" O en otras palabras: ¿a qué tasa debieran ambos crecer para evitar tanto la inflación como el desempleo? E. D. Domar, *Essays in the theory of economic growth*, Oxford University Press, 1957, p. 19.

minada de ahorro o inversión (s) y un coeficiente de capital (Cr), o relación capital-producto, el ingreso debe aumentar a un ritmo que asegure la utilización de la creciente capacidad de producción, es decir, a una tasa que, en la expresión de Harrod, (*warranted rate of growth*) "garantice" el pleno empleo de esa capacidad.²⁸ De donde resulta la ecuación del "crecimiento equilibrado", o sea: $Gw Cr = s$.²⁹ En el modelo del profesor Domar la ecuación correspondiente toma otra forma, aunque expresa

$$\text{en realidad el mismo proceso: } \frac{\Delta}{I} = \alpha \sigma$$

Lo que aquí se supone es un sistema de relaciones en que el incremento anual de la capacidad de producción crece al mismo ritmo que el ingreso; es decir: la tasa de inversión aumenta al ritmo que lo hace la tasa de crecimiento del ingreso, pues éste es un múltiplo de aquélla. De donde se deduce que "...el mantenimiento de un estado continuo de plena ocupación requiere *que la inversión y el ingreso crezcan a una tasa anual relativa (a interés compuesto)* igual al producto de la propensión

²⁸ R. F. Harrod, *Towards a dynamic economics*, Londres, 1948 p. 81.

²⁹ Cabe hacer notar que Cr denota el coeficiente de capital que se requiere para garantizar el equilibrio, o sea la relación resultante de dividir el capital necesario entre el incremento de producción que con él se espera lograr. Este concepto "descansa en la idea de que la producción existente puede sostenerse en el capital existente, en tanto que, para sostener una producción adicional se requiere un capital adicional." De acuerdo con ello: " Cr es, naturalmente, una noción marginal", que puede no ser igual al coeficiente medio de capital. Y, sin embargo, agrega Harrod, siendo Cr una condición del crecimiento estable, "tenemos que suponer que... no cambia al incrementarse el ingreso..." *Ibid.*, pp. 82 a 84.

* Aquí $\frac{\Delta}{I}$, o sea la tasa de crecimiento del ingreso, es igual al producto de la tasa de inversión (α) y la relación producto capital, o sea σ .

a ahorrar y la productividad media de la inversión",³⁰ o sea la relación producto-capital.

El logro de esta tasa de crecimiento, necesaria para mantener el equilibrio, no es sencillo. Requiere un proceso acumulativo en que —como señala Domar— la economía se expande continuamente. Harrod reconoce, por su parte, que tal proceso es inestable, ya que ciertas "fuerzas centrífugas" actúan para alejar al sistema de la tasa que garantiza el equilibrio (Gw), y hacer que ésta no coincida con la tasa real (G), o con la "natural" de crecimiento (Gn), o sea aquella permitida por el "incremento de la población y el progreso técnico...", es decir, de la producción per cápita,³¹ lo que trae consigo continuos desajustes.

Ambos admiten a la vez, sin embargo, que el crecimiento equilibrado es posible, aun en casos en que ciertos factores —Domar alude concretamente a los monopolios— impidan emplear debidamente el capital o la mano de obra disponibles, gracias al efecto combinado y compensador del multiplicador y el principio de aceleración, o sea lo que Hansen llama: "*leverage effect*", proceso en el que una inversión primaria o autónoma incrementa el nivel de empleo y de ingreso, y a la vez determina un aumento del ingreso y una expansión "inducida" o "derivada" de la inversión.

Pese a la aparente armonía del modelo que examinamos, su estructura interna ha suscitado múltiples y serias dudas. Al margen de que, como dice el propio Domar, se trata de un modelo "simbólico y altamente simplificado", que obviamente no incluye factores esenciales en el proceso de desarrollo —y que debiera por tanto ser visto como solamente uno de los extremos de "... un puente, cuya construcción nos llevará algún día a una teoría razonable del crecimiento"³²—, los elemen-

³⁰ E. D. Domar, *Ob. cit.*, pp. 90-92.

³¹ R. F. Harrod, *Ob. cit.* pp. 86 a 87.

³² E. D. Domar, *Ob. cit.*, pp. 18-19.

tos mismos del modelo no son, ni mucho menos, irrefutables.

Los teóricos del crecimiento —señala, por ejemplo, uno de sus críticos— deberían demostrar por qué Cr y s son constantes e invariables... Mientras esto no sea explicado las conclusiones evidentes, aunque expresadas de un modo complejo que producen una gran impresión, con el empleo de terminología especial, con la traducción del álgebra al idioma inglés y a la inversa, permanecen sólo como declaraciones no comprobadas.³³

Desde un enfoque similar podría objetarse alguno otro de los supuestos en que descansa el modelo, y, acaso especialmente, la suposición de que la inversión opera en forma automática, sin rezagos debidos a ajustes necesarios y aun a desajustes inevitables. En ese y otros aspectos prevalece un mecanicismo, por desgracia frecuente en ciertos análisis económicos, que en buena medida condiciona sus resultados. A. Fainisky considera que “la conclusión más importante... consiste en que el ritmo garantizado del crecimiento es una magnitud constante (ya que s y Cr son, a su vez, también constantes), lo que significa que el desarrollo estable que asegura el empleo total es posible —según la teoría del profesor Harrod— únicamente en el caso de que el ingreso crezca en una progresión geométrica...” o sea a un ritmo cada vez más rápido.³⁴ El mismo autor, tras de recordar que, como se ha señalado a menudo, el modelo es demasiado general, añade que al propio tiempo tiene un alcance limitado, particular, ya que “refleja sólo una parte del problema de la realización social, o sea, el... de la parte de la

³³ J. C. Jauger, *American Economic Review*, marzo de 1954, p. 59. Cit. por A. Fainisky, en *Crítica de las teorías neoclásicas y keynesiana* (Ediciones Historia y Sociedad), México, 1967, p. 70.

³⁴ *Ibid.*, p. 66.

plusvalía que se acumula...”⁸⁵ A lo que podría agregarse que, al margen de su alcance, el modelo sugiere que todo el proceso de reproducción y de formación del capital se desenvuelve en un marco de relaciones uniformes que no se da en la realidad y que resulta inadecuado en un análisis que pretende ser dinámico. La incomprensión de las relaciones reales existentes entre las variables de que se hace depender el equilibrio, es probablemente el origen de las fallas principales: de la rigidez y el formalismo del modelo, de que el progreso técnico se divorcie de la acumulación de capital y se convierta artificialmente en un factor autónomo del crecimiento, de que el incremento de la producción se asocie a la acción aislada de ciertos coeficientes marginales y de que la compleja, cambiante, contradictoria interinfluencia de la inversión y el ingreso o la producción y el consumo, se sustituya por indicadores fijos, pretenciosamente exactos, que sólo una mágica combinación del multiplicador y el acelerador podría producir.

No obstante la fe de sus autores en la capacidad del sistema para crecer indefinidamente en el futuro, es tal la distancia que separa la anarquía capitalista real de las condiciones ideales del “equilibrio dinámico”, que más bien podría pensarse en que el modelo Harrod-Domar demuestra la imposibilidad del sistema de lograr un equilibrio a largo, o incluso a corto plazo, que suponga un nivel de ocupación plena. A este respecto es interesante la opinión de la señora Robinson, cuando señala que la diferencia observada por Harrod entre la tasa actual de crecimiento y la tasa “natural”, podría servir de base a un fructuoso análisis de la tendencia al estancamiento de la economía norteamericana, como posible consecuencia “de la incapacidad de la industria para expandir la oferta de empleos al ritmo al que crece la fuerza de trabajo.”⁸⁶

⁸⁵ *Ibid.*, p. 68.

⁸⁶ J. Robinson, *Economic philosophy...*, pp. 108-109.

Pero el seguir esta vertiente probablemente conduciría no sólo a rutas que “se alejan alarmantemente del trillado camino del análisis del equilibrio”, sino incluso al campo de la teoría marxista de la acumulación del capital, pues es al través de ésta como puede entenderse por qué la industria capitalista es incapaz de garantizar la ocupación plena aun en las fases de prosperidad.

Algunos autores sostienen que el análisis de Harrod-Domar, precisamente por ser dinámico, resulta especialmente útil para los países subdesarrollados. Así, el profesor Higgins comenta que el ensayo de Harrod, *Towards a Dynamic Economics*, “contiene los atributos principales de una teoría realmente dinámica”, pues explica tendencias seculares, o sea aquello que constituye la “característica distintiva de una economía dinámica.”³⁷ Si bien las adiciones del economista inglés y del profesor Domar —sobre todo en torno a la capacidad productiva y a la influencia de sus cambios sobre el crecimiento del ingreso— implicaron una adaptación del instrumental keynesiano a ciertos problemas del desarrollo, los más importantes, o sea los de carácter propiamente estructural, quedan casi totalmente al margen del “crecimiento equilibrado”. En efecto, en ningún momento se repara en los cambios cualitativos de las relaciones de producción, en la estructura de clases, en la dependencia y menos aún en su interinfluencia o en la forma en que, conjunta y separadamente, influyen sobre la dinámica global y sectorial del proceso económico en un país en desarrollo, como tampoco se examina la composición de la inversión ni los desplazamientos de recursos reales que supone el logro del “equilibrio dinámico” y los serios problemas que tal desplazamiento plantea.³⁸ Esto no sólo es claro para

³⁷ Benjamín Higgins, *Economic development*, Nueva York, 1959, p. 145.

³⁸ Una crítica interesante en torno a esos problemas es la de Adolph Lowe: “Structural analysis of real capital formation”, en, *Capital formation and economic growth*. Princeton University Press, 1955.

muchos economistas del tercer mundo, sino que es también reconocido en las naciones industriales, por los investigadores más objetivos:

Los modelos agregados —indica el profesor Perroux, refiriéndose precisamente a los de Harrod, Domar y Hicks— que no prestan ya grandes servicios a la política económica de los países desarrollados, son completamente inadecuados para los países subdesarrollados... Es conveniente criticar esos modelos en forma explícita y analítica porque están demasiado difundidos..., [y] son peligrosos para las economías mal articuladas, dependientes y que sufren ese injustificable desperdicio de fuerzas humanas que resulta provechoso para las clases dominantes.

La liberación completa de estas economías necesita no sólo de energía política; exige también herramientas intelectuales apropiadas, que sólo podrán ser forjadas por los mismos interesados.³⁹

Si bien tal afirmación es incontrovertible, parece igualmente innegable que el sistema de análisis Harrod-Domar ha ejercido bastante influencia, sobre todo en los planteamientos oficiales en boga en no pocos países subdesarrollados, derivando a menudo en inaceptables y tendenciosas simplificaciones, que a la postre sólo han servido para justificar la dependencia tecnológica y financiera respecto al exterior, y la incapacidad de la clase dominante para movilizar y utilizar mejor los recursos disponibles. La influencia de que hablamos se ha producido a veces directamente y, acaso en mayor medida, al través de planteamientos teóricos y recomendaciones prácticas que no sería difícil encontrar en los trabajos de economistas como Arthur Lewis, Nurkse, Rosenstein-Rodan, Mandelbaum, Leibenstein, Kindleberger, y aun Tinbergen, Prebisch, Singer, Myrdal y otros.

³⁹ *Los modelos matemáticos del crecimiento*. Cit. por Jorge Bravo Bresani en *Desarrollo y subdesarrollo*, Lima, 1967, p. 112.

Incluso no han faltado quienes, atraídos probablemente por la simplicidad del modelo, pretendan utilizarlo con fines de planificación, como si las transformaciones estructurales que ésta supone pudieran escamotearse y sustituirse con sencillas combinaciones aritméticas y un buen equipo de computadoras electrónicas.

Los modelos de Kaldor y Sraffa.

No podríamos detenernos, en este pequeño libro, a examinar los supuestos en que descansan y el *modus operandi* de otros modelos macroeconómicos formulados en años recientes; nos limitaremos a hacer una breve referencia a dos de ellos, a saber: los elaborados por los profesores Nicholas Kaldor y Piero Sraffa.

Kaldor parte del señalamiento de que el análisis teórico del crecimiento económico no debe limitarse a tomar como parámetros la propensión al ahorro, la corriente de innovaciones y el aumento de la población, y a establecer las relaciones que supuestamente deban darse entre ellos para hacer posible una tasa sostenida de desarrollo global. Hoy se conoce que tales parámetros no son variables independientes respecto a la tasa de crecimiento de la producción, sino que ésta es el fruto de "la interacción recíproca de fuerzas que sólo pueden representarse adecuadamente en forma de simples relaciones funcionales, más que a través de relaciones constantes." Con base en algunas de esas relaciones funcionales —que de ser posible deben comprobarse empíricamente—, el profesor Kaldor construye un modelo en el que la tasa de crecimiento del ingreso real del sistema depende, cuando la ocupación es constante, de los cambios en el nivel de productividad, y cuando es variable, de la acción combinada de dicho factor y de la proporción en que se modifique el volumen de la población económicamente activa.

El modelo de Kaldor puede considerarse similar al de Harrod-Domar, aunque en ciertos aspectos exhibe moda-

lidades propias que lo apartan de él, y en general de la corriente keynesiana. El propio autor señala como rasgos específicos, a la vez que supuestos importantes de su análisis, los siguientes:

1) Que en una economía en expansión, el factor que en un momento dado limita el nivel general de producción es la disponibilidad de recursos y no la demanda efectiva; lo qué implica considerar que, en un modelo de crecimiento a largo plazo, no puede trabajarse sobre la hipótesis del equilibrio keynesiano, en que hay subempleo de recursos.

2) El modelo no distingue entre los cambios en la técnica y en el nivel de productividad que puedan resultar de alteraciones en la relación capital-trabajo, de aquellos que procedan de ciertas innovaciones. Supone una estrecha relación entre la acumulación y el avance técnico y un estado de cosas en que la lentitud o rapidez de tal avance expresa, respectivamente, una baja o una alta tasa de formación de capital.^{39a}

3) El motor principal del proceso económico es "la aptitud para absorber el avance técnico, combinada con la decisión de invertir capital en los negocios". Para que la producción crezca —señala Kaldor— es preciso que lo haga también la capacidad de producción, lo que a su vez supone cierta confianza en que el mercado se ensanche. O en otras palabras, el crecimiento sostenido requie-

^{39a} A diferencia de otros autores, que asignan al avance tecnológico el carácter de una variable independiente que opera al margen y aun por encima de la acumulación de capital, el profesor Kaldor califica tal posición de "arbitraria y superficial" y expresa: "...en vez de suponer que una tasa dada de incremento de la productividad se atribuya a un progreso técnico que, por así decir, se superpone al crecimiento de productividad resultante de la acumulación de capital, postularemos una sola relación entre el crecimiento del capital y de la productividad que incorpora la influencia de ambos factores". N. Kaldor, "A model of economic growth", *The Economic Journal*, Londres, diciembre de 1957. (Casi todas nuestras referencias al modelo del profesor Kaldor se basan en el examen de este ensayo, del que, a la vez, proceden las citas textuales que hacemos de opiniones del autor).

re que la producción aumente a consecuencia de la inversión y que ésta lo haga, a su vez, en respuesta al incremento de la producción, lo que en realidad exhibe la interacción de las dos funciones esenciales del modelo, es decir: la de progreso técnico y la de inversión. Esta última descansa también en ciertos supuestos que, en resumen, "implican... que la inversión de cualquier período sea función, por un lado del cambio habido en la producción en el período previo, y por el otro, del cambio en la tasa de ganancias del capital invertido..."

4) La política monetaria juega un papel "puramente pasivo", en el sentido de que la tasa de interés se mueve, a largo plazo, de acuerdo con la tasa de ganancia, y, por último,

5) El modelo no considera los desplazamientos en la selección de técnicas que puedan resultar de cambios en la importancia relativa de las utilidades y los salarios y de alteraciones en la tasa de ganancias, o específicamente, en la tasa de interés.

La aplicación del modelo a la realidad capitalista permite, según el profesor Kaldor, observar que el sistema ha recorrido dos fases cuyas características difieren apreciablemente entre sí. En la primera de ellas se opera un gran incremento de productividad, elevándose en forma "dramática la función de progreso técnico" y con ella el ahorro, la inversión, la relación capital-producto y la tasa de crecimiento demográfico, en tanto que los salarios reales quedan a la zaga del aumento de productividad y de las ganancias.

Mas a partir del momento en que el capital alcanza el nivel "deseado", el comportamiento del sistema cambia sustancialmente: aquí ya no son las ganancias un excedente sobre los salarios sino más bien éstos los que se convierten en un residuo, o sea en la diferencia entre la producción y la tasa de ganancias que resulte, "a la manera keynesiana, de las propensiones a invertir y ahorrar." En adelante, los salarios aumentarán, "automáticamente", al ritmo a que lo haga la productividad; y como el sistema

“tenderá a una posición de equilibrio, en que la tasa de crecimiento del capital sea igual a la de crecimiento del ingreso, la relación capital-producto y la tasa de ganancias tenderán también a ser constantes...”

Todo lo cual demuestra, a juicio del profesor Kaldor, que la concentración de la producción no tiene como contrapartida un aumento en la tasa de ganancias (respecto al ingreso), y que su participación ha inclusive disminuido en décadas recientes y es menor que a fines del siglo XIX. “Y pese a la extraordinaria severidad y duración de la depresión de los años treinta, el problema de ‘realización de la plusvalía’ no parece ser hoy más crónico que en tiempos de Marx.”

Más adelante volveremos sobre esta importante cuestión. Aquí sólo señalaré que, como han dicho Baran y Sweezy, la conclusión del profesor Kaldor parece indicar cierta “confusión conceptual” de su parte, pues toma la ganancia de los capitalistas en una acepción muy restringida y no como análoga al excedente, y por el otro, basa su juicio en estadísticas que excluyen de las ganancias la parte de éstas que no se invierte ni se consume, pero “cuyas huellas en los registros estadísticos se expresan paradójicamente en el desempleo y el exceso de capacidad productiva.”^{39b}

El modelo del profesor Sraffa es diferente del anterior y, en general, de los del tipo Harrod-Domar, y en vez de desenvolverse en el marco de la teoría marginalista vuelve, en cierto modo, a algunos de los planteamientos fundamentales de la escuela clásica. En efecto, repara en aquellas modalidades del proceso económico que “no dependen de cambios en la escala de producción o en las proporciones en que se combinan los ‘factores’,”^{39c} y

^{39b} Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly capital*, Nueva York, 1966, pp. 75 a 76.

^{39c} Las citas que en este apartado hacemos de la teoría de Sraffa proceden de su ensayo *Production of commodities by means of commodities*, Cambridge University, 1960.

aunque en él no se discute “la teoría marginalista del valor y la distribución”, su autor considera que “puede servir de base para una crítica de tal teoría”.

Sraffa elabora, en primer término, un modelo de reproducción simple muy sencillo, en el que sólo se producen e intercambian dos bienes que juegan a la vez el papel de medios de producción y de sostenimiento de quienes los producen, y cuyos valores de cambio dependen de las relaciones de producción existentes entre los mismos.

En segundo término, el autor formula una hipótesis en que la producción al final del proceso es mayor que al principio, o sea en la que hay un excedente, y en la que los precios se fijan conforme a nuevas relaciones de cambio que permitan la reposición de los insumos —materias primas, salarios, etc.— así como una tasa de ganancias proporcional a los medios de producción, o sea el capital invertido en cada actividad. Los precios o valores de cambio de los productos “básicos” (que para el autor son aquellos que directa o indirectamente intervienen en la producción de *todas* las mercancías), “. . . dependen tanto del *uso* que se haga de ellos en la producción de otros productos básicos, como de la medida en que tales mercancías entren en su propia producción”.

Sraffa supone que el ingreso nacional o producto neto consiste en un conjunto de mercancías o en una “mercancía compuesta” que equivale a la unidad y que se reparte en salarios y ganancias que, a su vez, oscilan entre 1 y 0. Cuando los salarios son iguales a 1, ello significa que absorben todo el ingreso y que, por tanto, no hay utilidades. En tal caso los valores de las mercancías dependen de las cantidades de trabajo que, directa e indirectamente, se emplean para producirlas. Pero ante cualquier descenso relativo de los salarios surgen las utilidades y se alteran las relaciones previas, debido a “las diferentes proporciones en que se utilizan trabajo y medios de producción en las diversas actividades”, explicación que, por cierto, coincide fundamentalmente con la dada por Marx al introducir el concepto de “precios de producción”.

Si tales proporciones no cambiaran, los precios relativos permanecerían al nivel original; mas apenas se modifican, la escala previa resulta digamos “deficitaria” para ciertas actividades y “superavitaria” para otras. Lo primero ocurre a aquellas en que la proporción de salarios a medios de producción es más baja y lo segundo a aquellas en que, por el contrario, dicha proporción es más alta. Entre unas y otras hay una especie de línea fronteriza de equilibrio, en la que la proporción de salarios a medios de producción es la que permite que “el producto de la reducción de salarios provea exactamente lo que se requiere para cubrir las utilidades a la tasa general prevaleciente”.

De haber alguna actividad —prosigue el autor—: 1) que empleara trabajo y medios de producción en esa proporción, de modo que un descenso de los salarios —a los precios iniciales— produjera el equilibrio entre salarios y ganancias, 2) suponiendo, además, que el conjunto de los medios de producción empleados en ella fueran a su vez producidos por trabajo y medios de producción repartidos en la misma proporción, y 3) por último, que éstos se obtuvieran de la misma manera, y así en cada uno de los bienes precedentes, el valor de la mercancía obtenida en tal actividad no se alteraría a consecuencia de un alza o baja de los salarios.

¿Existe en la realidad una mercancía semejante? Sraffa considera que, individualmente, no la hay; pero que una “mercancía compuesta” —cuya construcción parece viable— podría hacer sus veces y aun resultar más flexible y adecuada. Para ello tendría que determinarse, a través de un sistema de ecuaciones simultáneas, una relación o proporción entre las diversas mercancías que resultara igual para la composición del producto y de los medios de producción.^{39d} Tal relación o *ratio* es clave en

^{39d} Refiriéndose a un sistema de tres productos, el profesor Sraffa da como ejemplo el caso en que la relación de cambio fuera: 1 unidad de hierro: 1.5 de carbón : 2 de trigo, y en que, por consiguiente, tales productos participaran respectivamente con 180: 270: 360 en la producción y con 150: 225 y 300 en la

el sistema *tipo* de que hablamos, pues una vez establecida en términos físicos a cierto nivel (digamos 1:2 o 1:4), las variaciones de precios o de salarios no la harían cambiar. ¿Pero cuál es —pregunta el profesor Meek— "...el mecanismo mágico que nos ha permitido obtener este sorprendente resultado? Este se ha logrado porque las fracciones elegidas como multiplicadores del sistema fueron astutamente seleccionadas, para que en el nuevo sistema resultante la proporción en que las dos mercancías se producen (20:500), fuera la misma a aquella en que ambos bienes integraban los medios de producción (16:400)."^{39e} O como dice el autor del modelo: "los multiplicadores deben ser tales que las cantidades que resulten de las diversas mercancías exhiban en el lado derecho de las ecuaciones (esto es, como productos) las mismas relaciones que en los agregados de la izquierda (o sea como medios de producción)."^{39f}

Ahora bien, ¿cómo se dividiría el producto neto entre salarios y utilidades y cómo se determinaría la tasa de éstas? De acuerdo, nos dice el profesor Sraffa, con la proporción en que tales utilidades concurrían en dicho producto, ya que esa misma proporción se mantendría respecto a la relación *tipo* (*standard ratio*), o sea la existente entre el producto neto y los medios de producción. Es decir, si esta relación fuese de 20% y las ganancias absorbieran la cuarta parte del producto neto, la tasa correspondiente sería de 5%; en caso de participar con la mitad sería del 10% y, así, sucesivamente. Lo que demuestra, aquí también, que la tasa de ganancias es una relación de cantidades de mercancías que fácilmente puede establecerse si se conoce la magnitud de la relación *tipo* y de los salarios y que entre ellas y éstas hay una

composición de los medios de producción. Véase, *ob. cit.*, pp. 19 a 21.

^{39e} Véase el interesante artículo de Ronald L. Meek: "La rehabilitación de la economía clásica realizada por Sraffa", *Investigación Económica*, Méico, enero-marzo de 1969, p. 17.

^{39f} *Ibid.*, pp. 24-25.

relación inversa que, diríamos nosotros, exhibe el irreducible antagonismo entre los capitalistas que perciben ganancias y quienes trabajan a cambios de salarios.

Tales relaciones no son exclusivas del sistema ideal o *tipo* elegido para la explicación del modelo. Existen básicamente en la realidad del sistema económico, aunque con proporciones o valores diferentes. Convencido de ello Sraffa se entrega a la no fácil tarea de demostrarlo y a comprobar que hay siempre una manera, y nunca más de una, de transformar un sistema económico dado en un sistema *tipo*: en otras palabras, que siempre hay ... un juego de multiplicadores que, si se aplican a las varias ecuaciones o actividades que componen el sistema lograrán modificarlas de tal modo que las relaciones existentes entre las mercancías que integran el conjunto de medios de producción y el producto total sean idénticas”.

¿Cuáles son el alcance teórico y la mejor manera de ubicar el modelo examinado en estas líneas? Las opiniones al respecto no son uniformes. Harrod, por ejemplo, observa cierta semejanza entre la primera parte de tal análisis y el esquema marxista de la reproducción simple; y aunque califica la publicación de la obra de Sraffa como un “notable acontecimiento” y como un trabajo de “gran originalidad”, con muchos pasajes de “hermosa elegancia”, repetidamente critica a su autor por no prestar atención al estudio de la “composición de la demanda de los consumidores” y al análisis de “la productividad marginal”. Piensa, inclusive, que en vez de llevar adelante su crítica a la economía marginalista, debería Sraffa acercar su análisis al de la teoría tradicional, en algo así como un régimen de coexistencia pacífica.^{39g}

Napoleoni, por su parte, al mismo tiempo que reconoce que “el gran interés teórico de este análisis... consiste en el retorno explícito a la tradición clásica —en

^{39g} Véase el comentario de Roy F. Harrod a *Production of Commodities...* aparecido en *Economic Journal*, Londres, diciembre de 1961.

sus aspectos ricardiano-marxistas—...”, comenta que el sentido en que Sraffa emplea conceptos tales como el de beneficio, salario, consumo y otros es diferente, y aun sostiene que, para salvar las contradicciones en que incurrieron los clásicos, el autor “... lleva su análisis completamente fuera de la teoría del valor-trabajo... en la que, como parece más evidente en Marx, se encontraba el origen de las dificultades formales de la teoría clásica”.^{39h}

El hecho, empero, es que el análisis de Sraffa implica un retorno a la tradición objetiva: al estudio de la mercancía, de la producción como el centro del proceso económico y de las relaciones de trabajo como relaciones sociales. El beneficio deja de ser la “justa” retribución de la “abstinencia” o la “espera” del capitalista y reaparece como un excedente, como una parte del valor creado por el trabajo. Y a partir de ese momento, aunque el razonamiento lógico de Sraffa no se acompaña de una fundamentación histórica semejante a la ofrecida por Marx, el fenómeno de la explotación entra de nuevo al escenario teórico de la economía y obliga a dar una explicación racional de la ganancia.

Es bien sabido que, en una economía capitalista, los precios se desvían de los valores correspondientes debido al efecto que ejerce la tasa de ganancia. Pues bien, “... si puede demostrarse —señala Meek— que la tasa promedio de utilidades está determinada por ...razones de trabajo..., podemos concluir... que las desviaciones de las razones [o relaciones] de los precios de equilibrio respecto a las razones del trabajo incorporado, son a su vez una función de cantidades de ‘trabajo incorporado’... “Sraffa postula precisamente la misma relación entre la tasa promedio de utilidades y *las condiciones productivas de su sector estándar (o tipo)* que Marx a su vez postula entre la tasa promedio de utilidades y *las condiciones producti-*

^{39h} Claudio Napoleoni, *El pensamiento económico en el siglo xx*, Barcelona, 1964, p. 178.

vas en el sector de 'composición orgánica de capital promedio'. En realidad, lo que ambos economistas tratan de demostrar es que, dados los salarios, la tasa promedio de utilidades, y por lo tanto las desviaciones entre las razones de precios y las de trabajo incorporado, están determinadas por la razón de trabajo directo a trabajo indirecto en el sector cuyas condiciones de producción representan una especie de 'promedio' de las prevalecientes en el conjunto de la economía." ⁸⁹¹

*De la vieja anarquía a una nueva
armonía económica.*

Otra corriente que en los últimos años ha atraído la atención de los círculos académicos occidentales es la que ha servido de cauce a las teorías del "neocapitalismo".

La idea central en torno a la que giran estas teorías es la de que el capitalismo no es ya el viejo sistema que estudiaron los clásicos, o incluso Marx o los teóricos del imperialismo. Es un sistema nuevo, eficiente, vigoroso, en el que si bien el mercado ya no cumple la función reguladora tradicional, el Estado ha encontrado la manera de "regular", "impulsar" y "coordinar" el sistema, logrando eliminar o al menos suavizar las fluctuaciones cíclicas que en otros tiempos provocaron enormes desperdicios de recursos. El capitalismo se ha transformado: ha desaparecido el imperialismo expoliador; se han creado nuevos instrumentos estabilizadores y logrado mantener un alto nivel de empleo; se ha racionalizado la política de los monopolios y la vieja anarquía asociada a la libre competencia ha tenido que ceder ante las exigencias de la planificación "flexible" o "indicativa".

Los teóricos del neocapitalismo niegan la posibilidad de volver atrás. Ridiculizan a los liberales ortodoxos —y también a los neoliberales de la "economía social mercan-

⁸⁹¹ *Ibid.*, pp. 20 y 22.

til"— que viven añorando el pasado. Denuncian sus posiciones como infundadas y románticas, y aun aquellos que, como Strachey, critican a los monopolios, admiten que las corporaciones han llegado a convertirse en el centro del escenario económico y en un rasgo permanente del sistema. Habiendo alcanzado la corporación "...proporciones tremendas, puede decirse que de ella ha surgido un 'sistema corporativo' —como alguna vez hubo un sistema feudal—... cuyo grado de importancia le da derecho a ser considerada como una institución social de primer orden."⁴⁰

Aunque aceptan que el poder de las grandes corporaciones es enorme, las teorías dominantes sobre el "neocapitalismo" sostienen, en general, que no obstante la concentración sin precedentes que se observa en los países capitalistas más industrializados, el viejo mecanismo de la competencia ha sido sustituido, a menudo con ventaja, por otros que permiten que el mercado siga actuando sobre el proceso económico.

El profesor de la Universidad de Columbia, J. M. Clark considera, por ejemplo, que a pesar de los monopolios existe una competencia "razonable" (*workable competition*), que a la vez que facilita la asignación de los recursos permite a los monopolios contribuir al logro de una "producción óptima". En efecto: 1) el desarrollo científico y tecnológico implica la continua aparición de productos sucedáneos que con frecuencia desplazan y aun relegan a planos secundarios a los viejos monopolios; 2) las corporaciones no se interesan por obtener ganancias desmedidas porque saben que, a la larga, ello alentaría la competencia de otras grandes empresas, y 3) las prácticas monopolistas no son totalmente negativas, e incluso entrañan ventajosas formas de protección y estabilización tanto para las empresas como para la economía en su

⁴⁰ Adolph A. Berle y Gardiner C. Means, *The modern corporation and private property*, Nueva York, 1944, p. 1.

conjunto.⁴¹ Una variante de esta teoría es la de la “nueva competencia”, que, si bien reconoce que el papel que hoy juega la competencia de precios es mínimo, subraya que es en cambio muy importante la de calidades, servicio, nuevos productos y, sobre todo, nuevos métodos de producción.

Berle y Means, entre otros, sostienen por su parte que mientras las viejas empresas carecían de escrúpulos, eran agresivas y egoístas y sólo las movía el propósito de obtener ganancias a costa de sus trabajadores y de sus clientes, las corporaciones modernas son, en realidad, fiduciarias de la comunidad, empresas “con alma”, con “conciencia”, a las que fundamentalmente interesa servir a la sociedad mediante una producción que cuantitativa y cualitativamente satisfaga sus necesidades.

El nuevo carácter de las empresas se asocia, en general, a la idea de que el neocapitalismo supone un profundo cambio en la estructura social que conduce al desplazamiento de los capitalistas como clase dominante. Probablemente es Burnham —junto con Berle y Means— el economista que primero esgrime esta tesis, que reaparece con ligeras variantes en los escritos de otros autores.

La teoría de la “revolución administrativa” (*managerial revolution*) postula que el capitalismo ha sido históricamente superado, como siglos atrás lo fue el feudalismo. La burguesía ha perdido la fe en su propia ideología y caído en un estado de impotencia que en los años treinta se manifestó en la política de apaciguamiento seguida por Inglaterra y otros países frente al nazismo. Incapacitada la vieja clase dominante para responder a la necesidad de una rápida transformación, la sociedad ha tenido que evolucionar hacia un nuevo régimen, en que el poder pasará a manos de otro grupo o clase: los *managers*, una vez que la fase de transición se realice y que el Estado detente los principales instrumentos de producción. En

⁴¹ Véase: Labor Research Association, *Apologists for monopoly*, Nueva York, 1955. (Sobre todo el capítulo 2).

esa nueva sociedad los derechos individuales de propiedad quedarán relegados a un plano secundario y subordinados al poder público, pero éste a su vez, será "propiedad" de los *managers*. ¿Y quiénes, exactamente, son éstos? Principalmente aquellos funcionarios privados y públicos que tienen a su cargo la dirección técnica y la coordinación del proceso de producción, es decir, que no siendo esenciales para la empresa tradicional, lo son en cambio en la nueva corporación, y que ascienden a la dirección de ésta precisamente en el momento en que la burguesía, hasta entonces dueña y señora de los más florecientes negocios, reconoce su incapacidad para seguirlos manejando.⁴²

En la obra intitulada *El poder sin propiedad*, el economista A. Burley, recoge y desenvuelve la misma tesis, sosteniendo que la propiedad colectiva ha reemplazado a la privada y que, a consecuencia de ello, ha surgido un nuevo sistema: la "democracia económica" o el "capilismo popular". Dos de los teóricos anglosajones que en forma más sistemática se han ocupado de estudiar el neocapitalismo son el profesor John Kenneth Galbraith y John Strachey.

La teoría de Galbraith.—Galbraith formula sus planteamientos teóricos principales, a partir de una crítica a lo que él denomina la "sabiduría convencional". Es ésta —dice— una especie de "...rito religioso, un acto de afirmación como leer las Escrituras o ir a la Iglesia. Convencional fue por mucho tiempo defender el *laissez-faire* o el equilibrio presupuestal, como lo es hoy el keynesismo, "cuya obsolescencia se halla en nuestros días bien avanzada..."⁴³

En seguida ataca los "baluartes" de esa sabiduría, objetando especialmente su teoría de los precios competitivos,

⁴² James Burnham, *The managerial revolution*, Nueva York, 1941, pp. 29, 36-37, 71, 72, 74, 80, 81 y 82.

⁴³ J. K. Galbraith, *The affluent society*, Boston, 1958, pp. 7 a 13 y 18.

lo que podríamos llamar el “fetichismo” de la producción y la burda tendencia a identificar la producción con el bienestar —sin reparar en qué se produzca o en cómo se distribuya lo producido—, y la teoría de la demanda del consumidor ya examinada en páginas previas. Sin mayor dificultad, Galbraith demuestra que el oligopolio ha sustituido al viejo régimen de la libre concurrencia, que el reparto del producto social debe ser fundamental en la economía del bienestar, y que hoy día “...no se puede postular que la producción satisface las necesidades si éstas son, precisamente, creadas por tal producción.”⁴⁴ Y tal es lo que acontece en la “sociedad opulenta”: “...las necesidades son crecientemente creadas por el proceso a través del cual se satisfacen...”; dependen cada vez más de los productos mismos, lo que determina un peculiar “efecto dependencia”. En otras palabras, el comportamiento del consumidor está de tal manera sometido a presiones externas (publicidad, promoción de ventas, créditos “atados”, etc.) que su conducta, más que expresar sus propias necesidades, exhibe “las preferencias del Instructor”,⁴⁵ o sea del propio vendedor.

Ahora bien, la economía moderna se caracteriza por el cambio. En ella nada es estático; y el elemento decisivo de su transformación es la tecnología. “Los imperativos de la tecnología y la organización, no el reflejo de la ideología, son los factores determinantes de la forma que asume la sociedad económica”. Esa misma exigencia, junto a la necesidad de planificar el proceso económico, obliga a la gran empresa a “buscar la ayuda y la protección del Estado” y a optar por una gran magnitud de planta. “El enemigo del mercado —en consecuencia— no es una ideología determinada sino el ingeniero”,⁴⁶ o sea la tecnología moderna.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 152-53.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 160 y *The new industrial state*, Nueva York, p. 224.

⁴⁶ *The new industrial state*, pp. 19, 32 y 44.

El poder de las corporaciones que integran “el nuevo estado industrial” es enorme, pero, por fortuna para la comunidad, “...se ha desplazado crecientemente de los propietarios a los directores”, o sea a un “nuevo factor de producción...” Este nuevo factor dominante es la “tecnestructura”, un equipo de dinámicos e inteligentes administradores y técnicos que operan autónoma y colectivamente.⁴⁷

Lo que interesa a la “tecnestructura” no es ya la ganancia —como ocurría con los viejos capitalistas— sino la “identificación” y la “adaptación”. Lo que ahora se busca es seguridad, autonomía, estabilidad y progreso técnico, objetivos a cuyo logro contribuye grandemente el Estado, a través de sus programas de gastos civiles y militares. El creciente gasto público, empero, al propio tiempo que estimula la demanda, genera una severa presión inflacionaria y determina el empleo improductivo de buena parte de los recursos disponibles. ¿Cómo modificar este estado de cosas y abrir nuevos derroteros al “sistema industrial”, que no entrañen la proliferación de las armas atómicas y el peligro cada vez mayor de una guerra termonuclear? El profesor Galbraith considera que la iniciativa no vendrá de los empresarios ni de los trabajadores, porque unos y otros derivan significativas ventajas de la situación imperante. Piensa, en cambio, que “el futuro de... la sociedad moderna depende de la voluntad y efectividad con que la comunidad intelectual... y en particular el sector educativo y científico, asuman las responsabilidades de la acción y la dirección políticas.”⁴⁸

Galbraith admite sin reservas que el grueso de la producción norteamericana procede de 500 gigantescas corporaciones. Pero en vez de situar la aparición y el desarrollo de los monopolios en el contexto histórico del capitalismo, nos los presenta cómo el corolario inevitable del avance técnico y de una planificación inexistente.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 60 y 61, 65-70.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 387 y 388.

En obras anteriores, el señor Galbraith sostenía que la declinación de la competencia de precios y el desarrollo mismo de las grandes empresas habían hecho surgir nuevos mecanismos reguladores y en particular ciertas fuerzas "contrarrestantes" o "compensadoras", como los sindicatos obreros, las asociaciones de proveedores, las tiendas en cadena, las organizaciones agrícolas y aun diversas agencias destinadas a proteger a los consumidores frente al poder de las corporaciones.⁴⁹ En sus trabajos más recientes olvida o acaso da por supuestos tales mecanismos, y pone el mayor acento en la planificación, confundiendo ésta con las formas tradicionales de integración monopolística y con la limitada, unilateral y puramente mercantil programación que, en busca de mayores ganancias, realizan las grandes empresas norteamericanas.

Sin llevar su análisis a un plano suficientemente objetivo y riguroso, el profesor Galbraith da por supuesto que la "clase ociosa" ha desaparecido y que su lugar ha sido ocupado por la tecnoestructura, es decir, por una "nueva clase" más amplia y eficiente, a la que ya no interesa el lucro sino el bienestar de la comunidad, concluyendo de aquí que el marxismo ha dejado de tener vigencia en nuestros días, ante una situación de afluencia económica en la que el cambio social se ha impuesto a través de una política presupuestal deficitaria y no de una revolución.

El capitalismo sin capitalistas que nos propone la teoría que examinamos es, sin duda, un régimen mejor que el capitalismo tradicional. Mas lo paradójico es que los capitalistas sólo están ausentes en los alegatos de sus defensores, ya que en la realidad son todavía la clase dominante. Las "grandes familias" siguen siendo los amos de las grandes empresas;⁵⁰ el creciente poder del Estado no altera el carácter fundamental de las relaciones de producción ni debilita a los capitalistas como clase; antes,

⁴⁹ Véase, especialmente, *El capitalismo americano*, Barcelona, 1956.

⁵⁰ C. Wright Mills, *The power elite*, Nueva York, 1959, pp. 133-37.

al contrario, los fortalece y pone fundamentalmente a su servicio una compleja maquinaria burocrática y un aparato económico, tecnológico y militar cada vez más poderoso. Y esta estrecha asociación no es casual: es nada menos que un hecho histórico, una nueva fase en el desarrollo del capitalismo en la que a diferencia de la etapa competitiva en que el Estado debía limitarse a vigilar pasivamente el proceso económico, los empresarios reclaman su creciente y a menudo directa intervención para garantizar la seguridad, la estabilidad y el alto nivel de producción y empleo, a su vez necesarios para asegurar al gran capital un nivel de ganancias no inferior.

Ni la tecnoestructura, pues, ha desplazado del poder a los capitalistas, ni éstos han dejado de actuar en respuesta al móvil de lucro.⁵¹ “El estrato directivo [de las empresas] es la porción más activa e influyente de la clase propietaria...”; “los directores figuran entre los grandes accionistas, y debido a las posiciones estratégicas que ocupan, actúan como protectores y voceros de los grandes propietarios. Lejos de ser una clase separada, “constituyen en realidad el principal estrato de la clase dominante.”⁵² Y del mismo modo podría afirmarse que la base de la tecnoestructura: los técnicos modestos, los empleados de “cuello blanco” y los obreros altamente calificados en las mil tareas impuestas por la nueva tecnología, tampoco constituye una clase diferente; son miembros del proletariado propio del capitalismo industrial monopolista, es decir, de un sistema irracional que requiere de una burocracia cada vez más pesada en el sector de servicios y cuya creciente capacidad productiva sólo puede absorberse a una escala satisfactoria en la

⁵¹ Véase: *Who rules America?*, de G. William Domhoff, Nueva Jersey, 1967; profesor Edward S. Mason: “The apologetics of ‘managerialism’,” en *The Journal of Business*, de enero de 1958, y “Corporations and the cold war”, de David Horowitz, en *Monthly Review*, de noviembre de 1969.

⁵² Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly capital*, Nueva York, 1966, pp. 34-35.

medida en que, irónicamente, se la emplee como potencial destructivo en defensa del "mundo libre", y se lance contra los pueblos que se atreven a rechazar la protección del imperialismo "benefactor".

Pero son tan graves los problemas y tan profundas las contradicciones del capitalismo corporativo, que el profesor Galbraith admite que el sistema está lejos de poder utilizar por vías normales los recursos disponibles. Pese a que desde hace más de treinta años no ha dejado de cebarse la bomba del gasto a la manera sugerida por Keynes, a fin de mantener un alto nivel de demanda efectiva; a que el estímulo de ésta se realiza no sólo por vías indirectas y macroeconómicas sino mediante mecanismos de promoción y financiamiento que elevan directamente el poder de compra del consumidor, y a que una porción sustancial del gasto público y privado se desperdicia, y aun se destina a destruir sistemáticamente la riqueza existente, persiste lo que el profesor Galbraith denomina la "paradoja del ahorro", o sea una situación en la que la producción —por mucho que sea objeto de toda clase de estímulos artificiales— no logra absorber la capacidad productiva disponible, no obstante que ésta crece con lentitud.

Lo que demuestra que el gran problema del capitalismo, y en particular del capitalismo monopolista, sigue siendo el de cómo absorber el excedente. El alegato keynesiano contra las falsas virtudes del ahorro y aun el culto al desperdicio y a la destrucción al que sin el menor escrúpulo se han entregado muchos economistas, no han sido suficientes para que el sistema se libere de ese viejo mal del exceso de ahorro. "Y como el potencial de inversión se realiza en buena medida por vías totalmente improductivas y a menudo inflacionarias, surge de aquí la paradoja adicional de que, aun trabajando el sistema bien abajo del pleno empleo de sus recursos y manteniéndose concretamente la inversión a un nivel inferior al del ahorro, el alza de los precios es ininterrumpida,

la inflación se generaliza y el remedio sólo contribuye, en última instancia, a acentuar los profundos desajustes del "sistema industrial."⁵³

El capitalismo democrático de John Strachey. El análisis de Strachey coincide, en no pocos puntos, con el del profesor Galbraith, aunque a lo largo del mismo se advierte el propósito de situar los problemas examinados en una perspectiva histórica. Para comprender mejor esta proyección debe recordarse que durante los años treinta Strachey fue un marxista convicto y confeso, que las obras que entonces escribió fueron sin duda importantes y que, al margen de la gran difusión que lograron, deben haber ejercido particular influencia en su formación intelectual.⁵⁴

Strachey parte del reconocimiento de que el capitalismo recorre una nueva fase de su desarrollo, en la que no son plenamente aplicables las leyes de la etapa competitiva. Los factores o razones que han modificado sustancialmente la naturaleza del sistema son:

- 1) La metamorfosis de la competencia, o sea el hecho de que los precios no son ya establecidos a través del libre juego del mercado. Ahora los vendedores, y especialmente las grandes corporaciones, influyen directa e indirectamente sobre ellos;
- 2) A consecuencia del proceso de concentración, la desigualdad interna del desarrollo se ha acentuado entre las empresas y ramas de la producción y de unas regiones a otras en cada país;
- 3) A escala internacional, o sea en el plano externo, también se ha vuelto más profunda la desigualdad entre los países industriales y aquellos que hoy forman el mundo del subdesarrollo;

⁵³ Alonso Aguilar M., "El capitalismo opulento de John Kenneth Galbraith", *Problemas del Desarrollo*, México, 1969, núm. 1.

⁵⁴ Cuatro de esas obras fueron: *Teoría y práctica del socialismo*, *La próxima lucha por el poder*, *La naturaleza de las crisis capitalistas* y *Literatura y materialismo dialéctico*.

- 4) La asociación de las grandes empresas con el Estado es cada vez más estrecha, y el poder público no es ya un pasivo árbitro, un mero regulador del proceso económico, sino un actor al que evidentemente interesan la estabilidad y el ritmo de ese proceso;
- 5) La acumulación de capital y las relaciones entre ésta y el progreso técnico han cambiado en el seno de la corporación, y aquélla ha adquirido un carácter "nuevo y semicolectivo". Las principales fuentes del ahorro son institucionales, ya no individuales, y las grandes empresas recurren cada vez menos al mercado de capitales debido a que su capacidad financiera va en aumento;
- 6) El manejo de las empresas más importantes dentro del sistema se ha separado de la propiedad de las mismas, acentuándose así un proceso cuyo origen no es reciente;
- 7) Debido a ciertas nuevas tendencias teóricas y prácticas entre las que habría que destacar el papel de las cuentas nacionales, se ha vuelto más fácil estimar estadísticamente, cuantificar y aun controlar ciertos aspectos de la economía moderna.⁵⁵

La primera de esas razones, o sea la transformación en el régimen de competencia, es para Strachey la fundamental. A ella obedece, esencialmente, que el capitalismo haya dejado de ser un sistema autorregulable, que la intervención del Estado sea creciente y que en nuestros días se agudice la lucha por el poder. En cuanto al lugar que corresponde a la nueva fase del capitalismo, el autor expresa que se trata de "la última" etapa, del tramo final de un camino que desembocará en un "socialismo democrático".

¿Y no es ésta, preguntará quizá algún lector, una po-

⁵⁵ Véase: J. Strachey, *Contemporary capitalism*, Londres, 1956 (principalmente el capítulo II).

sición que en esencia corresponde a la de Marx y Lenin, aunque en ella no se designe al sistema como “capitalismo monopolista” o “imperialismo”? De ninguna manera. Strachey piensa que la previsión de Marx según la cual “los asalariados se hundirían más y más en la miseria...” no ha resultado cierta, y por lo que se refiere al imperialismo, cree inclusive que en los últimos años y especialmente en la década 1945-55, el sistema se orienta hacia lo que bien podría denominarse: “desimperailismo”.

Para demostrar la validez de su tesis examina lo acontecido en Inglaterra en un período de aproximadamente un siglo, y con base en ciertas estadísticas oficiales y en dos o tres estudios sobre el tema llega a la conclusión de que, hata 1939, la distribución social del ingreso no cambió sensiblemente; en el siguiente decenio la participación de la mayoría —sobre todo de los recipientes de sueldos más que de salarios— mejoró, y a partir de entonces, y especialmente desde 1951, volvió a advertirse una tendencia en favor de los sectores de más alto ingreso que en parte anuló la redistribución, tan penosamente conseguida en la década previa. Todo lo cual demuestra, a juicio del autor, que “el capitalismo tiende, en efecto, a una extrema y creciente desigualdad”, y que de no haber sido por “el vasto movimiento de reforma social del último siglo” habría provocado la extrema “polarización” prevista por Marx. El error de éste, sin embargo, consistió en que en vez de ver en el empeoramiento de la masa de los trabajadores una “tendencia innata” del sistema, pensó que era el fruto de una “ley irreversible...⁵⁶

A reserva de comentar las cifras en que Strachey apoya su tesis conviene recordar, en primer término, lo que Marx decía sobre el tema de que hablamos, pues parece haber una grave confusión al respecto. Cuando Marx afirmó —señala Strachey— que:

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 150, 151 y 148.

... los asalariados se hundirían en una cada vez mayor miseria; que la suma total de "la pobreza, la opresión, el esclavizamiento, la degeneración y la explotación masivas" crecería en forma continua, indudablemente anticipó un estado de cosas en que el volumen real, actual de mercancías que los trabajadores recibieran sería incluso más pequeño que el obtenido en la etapa de hambre de los años cuarenta. Y aquí él estaba totalmente equivocado.⁵⁷

En buena parte de la copiosa literatura destinada a refutar al autor de *El Capital* se insiste en que sus profecías han demostrado ser erróneas. No deja de ser curioso que, en vez de reconocerse que el proceso capitalista —es decir, la concentración de la producción y del capital, el tránsito hacia el capitalismo monopolista, las crisis económicas, el nacimiento del socialismo, etc.—, se ha desenvuelto en general conforme a las extraordinarias previsiones de Marx y en un sentido más amplio del socialismo científico, más de un economista se solaza en subrayar que en tal o cual aspecto concreto las previsiones marxistas han resultado falsas. Desde luego solamente con una actitud anticientífica y dogmática podría pretenderse que todo lo que Marx escribió sea intocable y que sus juicios sobre lo que ocurriría 50 ó 100 años después de su muerte debieran prevalecer sobre la realidad misma. Mas lo que resulta muy sospechoso es que los críticos de Marx tengan que tergiversar a menudo lo dicho por éste para demostrar que son ellos los que tienen la razón. Y esto es, lamentablemente, lo que hace el señor Strachey.

En el párrafo antes transcrito nos asegura él que Marx "estaba totalmente equivocado", al suponer que los trabajadores debieran recibir en nuestros días incluso menos que en los años de hambre del siglo pasado; lo que —se apresura a concluir— obviamente, no ha sido así. Mas si se relee el párrafo en cuestión se advierte que no fue

⁵⁷ *Ibid.*, p. 129.

Marx quien expresara tal cosa sino que es el señor Strachey quien supone que aquél “indudablemente anticipó” tan grave situación. Si ésta fuese una cuestión secundaria o meramente incidental no se justificaría detenerse a examinarla, sobre todo en un pequeño libro como el presente. Pero como muchas de las críticas que se hacen a Marx giran alrededor del alegato de que la condición de los trabajadores no ha empeorado, y este asunto es de innegable importancia en la teoría marxista y en la teoría económica en general, vale la pena que lo examinemos brevemente.

Marx nunca sostuvo que la situación del obrero debiera fatalmente, a consecuencia de una “ley irreversible”, empeorar en sentido absoluto, o sea que la retribución de los trabajadores hubiera de ser cada vez menor. Que nosotros sepamos, ni siquiera afirmó que la participación conjunta de los asalariados en el producto total debía reducirse necesariamente. Lo que sostenía es que “...la parte correspondiente a la clase obrera (calculándola por persona), sólo aumenta muy lentamente y en proporciones insignificantes, cuando no se estanca o incluso disminuye como acontece en algunas circunstancias.”⁵⁸

Como los economistas clásicos Marx consideraba que la relación entre la ganancia y los salarios es inversa y que, en consecuencia, aquélla sólo podía crecer a costa de éstos, es decir, si los salarios relativos descendían. “El salario relativo —decía— puede disminuir *aunque aumente el salario real* simultáneamente con el salario nominal, con el valor en dinero del trabajo, *siempre que éstos no suban en la misma proporción que la ganancia.*”⁵⁹ (Subrayado nuestro). De lo que queda claro: primero, que la parte del producto que corresponde a la clase obrera, “calculándola —como subrayaba Engels— por persona”, o sea para ca-

⁵⁸ F. Engels, en la Introducción a “Trabajado asalariado y capital”, Marx y Engels, *Obras escogidas*, Moscú, 1951, tomo I, p. 64.

⁵⁹ C. Marx, *ibid.*, p. 83.

da obrero, crece muy lentamente y a veces se estanca e incluso puede disminuir; y segundo, que la reducción relativa del salario supone, no una declinación de éste, sino una situación en la que incluso aumentando, el incremento resulte inferior al de las ganancias de los capitalistas.

La teoría marxista del salario fue ampliada y enriquecida en los veinte años siguientes a la aparición de *Trabajo Asalariado y Capital*, e integrada en la teoría de la acumulación en términos del todo diferentes a los sugeridos por Strachey.

Marx pensaba que “la producción, la fabricación de ganancia, es la ley absoluta...” del capitalismo. Es decir, que el obrero siempre vende su fuerza de trabajo en una jornada que no solamente reclama el esfuerzo necesario para devengar lo que se le paga sino uno adicional, que excede al tiempo necesario de producción, y que a su vez se requiere para producir el excedente o plusvalía que retiene el capitalista. “. . . El salario supone siempre, por naturaleza —expresaba por esa razón— la entrega por el obrero de una cierta cantidad de trabajo no retribuido. . .” “El aumento del salario sólo supone, en el mejor de los casos, *La reducción cuantitativa del trabajo no retribuido. . .* pero esta reducción jamás puede rebasar, ni alcanzar siquiera, el límite a partir del cual supondría una amenaza para el sistema.”⁶⁰

Aceptaba, por tanto, que los salarios podían subir y que de hecho lo hacían con frecuencia debido a la presión de los mismos trabajadores. Pero subrayaba también algo fundamental, a saber, que

La ley de la acumulación capitalista, que se pretende mixtificar convirtiéndola en una ley natural, no expresa, por tanto, más que una cosa: que su *naturaleza* excluye toda reducción del grado de explotación del trabajo o toda alza del precio de éste que pueda hacer peli-

⁶⁰ C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. II, p. 698.

grar seriamente la reproducción constante del régimen capitalista...⁶¹

En otras palabras, el mismo proceso de acumulación que en ciertas condiciones influye en la elevación de los salarios, en forma más permanente los mantiene a un bajo nivel relativo en virtud de los cambios que sufre la composición del capital. En efecto, la acumulación de capital impulsa y al propio tiempo recibe el estímulo del aumento de la productividad del trabajo, lo que en uno y otro caso se manifiesta en una masa creciente de medios de producción respecto a la fuerza de trabajo que los opera, o sea en un aumento de la composición técnica (relación entre el capital constante y el variable) y por consiguiente orgánica, del capital. La interacción del desarrollo capitalista y la acumulación de capital —que supone una creciente concentración y centralización de la producción y del propio capital— determinan, pues, que el capital variable se reduzca a medida que aumenta el constante, y que por ello disminuya también la demanda relativa de mano de obra y, podría decirse, el volumen de ocupación por unidad de capital; de donde Marx deriva la importantísima conclusión de que:

...la acumulación capitalista, produce constantemente, en proporción a su intensidad y a su extensión, una población obrera excesiva para las necesidades medias de explotación del capital, es decir, una población obrera remanente o sobrante.⁶² La superpoblación relativa es, por tanto, el fondo sobre el cual se mueve la ley de la oferta y la demanda de trabajo. Gracias a ella, el radio de acción de esta ley se encierra dentro de los límites que convienen en absoluto a la codicia y la despotismo del capital.⁶³

En síntesis, las mismas fuerzas —que en realidad no son otras que la dinámica del proceso capitalista— que

⁶¹ *Ibid.*, p. 700.

⁶² *Ibid.*, p. 711.

⁶³ *Ibid.*, p. 721.

determinan el aumento de la demanda de trabajo son las que hacen que la oferta siempre tienda a exceder a esa demanda, que los salarios sufran la presión del exceso de oferta y que, "a medida que se acumule el capital tiene necesariamente que empeorarse la situación del obrero, *cualquiera que sea su retribución*, sea alta o baja..." En cuanto a si esta ley es "irreversible" Marx declara escuetamente que, "como todas las demás, es modificada en su aplicación por un serie de circunstancias..."⁶⁴ lo que demuestra que la concibe como una ley histórica y no como algo que deba imponerse fatalmente, a la manera de la ley de bronce de los salarios de Lassalle.

El lector habrá comprobado que el planteamiento hecho por Marx es bien distinto al que extrañamente le atribuye Strachey, y que, por ende, el que la participación de los sueldos y salarios en el producto total de algún país permanezca constante o inclusive aumente, en nada invalida el análisis marxista.

Ahora bien, las cifras con las que se pretende demostrar que en Inglaterra y los Estados Unidos ha habido una "revolución democrática en la distribución del ingreso" son cifras globales, suelen tomar como base periodos demasiado cortos, incluyen indiscriminadamente salarios bajos y sueldos altísimos que, en realidad, son más bien utilidades disfrazadas, omiten o subestiman conceptos importantes cuya consideración alteraría sensiblemente los resultados y, en todo caso, aun los cálculos más favorables a las tesis neocapitalistas exhiben una increíble concentración de riqueza e ingresos en poder de una insignificante minoría.

Se estima, por ejemplo, que en 1946-47, casi el 52% del capital de Inglaterra y Gales se concentraba en el 1.3% de la población, en tanto que, en el otro extremo de la escala, el 88.4% de los habitantes poseía únicamente el 15% de dicho capital. El economista Dudley Seers ha

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 727 y 728.

calculado que la participación del 1% de las personas con ingresos más altos, incluyendo utilidades no distribuidas, entre 1938 y 1947 se redujo del 20% al 19%, y la correspondiente al 5% de la población bajó, a su vez, del 35% al 31% del ingreso nacional.⁶⁵ Si se repara específicamente en los sueldos, y sobre todo en los salarios, se observa que la proporción de los mismos ha sido relativamente estable y que aun ha disminuido en los estratos inferiores, incluso en períodos en que se registran aumentos sustanciales de productividad.⁶⁶

Lo que acontece en Estados Unidos tiene especial interés debido a que a menudo se presenta a este país como el prototipo de la afluencia económica, y a que más de un autor ha tratado de demostrar que el reparto de la riqueza y del ingreso es allí cada vez más justo.

El profesor Kuznets estima que en 1919-29 el 1% de la población norteamericana percibió el 13.4% del ingreso personal, mientras que dos décadas después, o sea en el decenio 1939-48, solamente recibió el 9.9%. Aun de haberse producido este descenso sería del todo desmedido considerarlo "revolucionario", especialmente si se recuerda —como lo hace el economista Víctor Perlo— que oficialmente se reconoce que, entre 1939 y 1947-51, la participación del 20% de los trabajadores que reciben los sueldos y salarios más bajos se redujo del 3.4% al 2.7%. Si a las propias cifras propuestas por el Dr. Kuznets se añaden las utilidades no distribuidas por las empresas y se hacen otros ajustes por ingresos no reportados al fisco y por ganancias de capital, resulta que, entre 1929 y 1948, el 1% de la población participó con alrededor de la sexta

⁶⁵ Cifras citadas por M. Dobb en *Capitalism yesterday & today*, Londres, 1961, pp. 12 a 14.

⁶⁶ Entre 1954 y 1959, cuando la productividad se incrementó en 24.6%, en Francia, los salarios reales decrecieron 10%. Y en los propios Estados Unidos, entre 1880 y 1952, la participación de los salarios en el valor agregado por la industria manufacturera declinó de 48% a 35%. Véase: Roger Garaudy, *Karl Marx: The evolution of his thought*, Nueva York, 1967, p. 156.

parte del ingreso nacional, en tanto que el 5% retuvo aproximadamente un tercio del ingreso total,⁶⁷ lo que significaría que el ingreso de esta pequeña minoría (el 5%) fue en 1948 comparable al obtenido por todos los trabajadores que ganaban menos de 4,650 dólares al año, o sea aproximadamente el 78% del total de asalariados.

Si el análisis se lleva del plano individual al de clase resulta aún más fácil comprobar que la decantada revolución en el reparto del ingreso no ha pasado de ser un vistoso expediente con el que se pretende demostrar que la explotación y el empobrecimiento de las masas han dejado de existir bajo el capitalismo. De acuerdo con cifras publicadas por el *Survey of Current Business*, el propio Perlo estima que entre 1929-40 y 1941-52 los sueldos y salarios obtenidos en empresas privadas aumentaron 2.9 veces mientras las utilidades de las sociedades anónimas lo hicieron nada menos que 7.6 veces. A consecuencia de ello el ingreso de los propietarios aumentó con respecto al de los trabajadores y la posición relativa de éstos, o sea el ingreso real por trabajador (comparado con su productividad) se redujo, entre 1939 y 1952, de 100.0 a 73.4, lo que plenamente confirma las previsiones de Marx respecto al impacto de la acumulación de capital sobre el empobrecimiento relativo de los asalariados.⁶⁸

Y lo más grave no es, probablemente, que el salario de quienes trabajan nunca alcance y menos todavía supere las ganancias de los capitalistas, sino que, aun en aquellos casos en que el pueblo obtiene cierta mejoría ésta se logre al precio de una creciente enajenación, de "la *supeditación* al propio *producto* de su trabajo, personificado en el

⁶⁷ Véase, Víctor Perlo, *The income revolution*, Nueva York, 1954, pp. 9 y 47. Kuznets estima la participación del 5% de personas con ingresos más altos en 17.63%, en tanto que Perlo la hace llegar, para el propio año de 1948, a 32.6%. Los profesores de la Universidad de Harvard, J. K. Butters, L. E. Thomson, L. L. Bollinger (*Effects of taxation: investment by individuals*, Cambridge, 1953) la calculan en poco más de 28%. *Ibid.*, p. 49.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 45, 51, 52 y 55.

capitalista,"⁶⁹ y a través de medios que "...mutilan al obrero convirtiéndolo en un hombre fragmentario (y) le rebajan a la categoría de apéndice de la máquina..."⁷⁰ En este sentido hay incluso un empobrecimiento absoluto: mientras más produce el trabajador en beneficio del capitalista más se aleja, dentro del marco del sistema, de la posibilidad de vivir como hombre, con libertad y responsabilidad para hacer lo que más convenga a la sociedad. La explotación de clase convierte al asalariado en un individuo incompleto, deforme, mutilado, al parecer impotente para enfrentarse a lo que él mismo crea. Pero esa explotación agudiza los antagonismos de clase, obliga al trabajador a organizarse, le permite cobrar conciencia de sus intereses y, mediante la propia lucha de clases, lo impulsa a una transformación revolucionaria que lo libera de la alienación y le devuelve su poder creador.

Strachey y los teóricos del neocapitalismo hacen caso omiso de todas esas realidades. Y limitando unas veces sus observaciones a los países capitalistas más prósperos, e imputando otras a Marx y a Lenin lo que éstos nunca dijeron, postulan que el capitalismo se ha convertido en un sistema justo y que el imperialismo prácticamente ha desaparecido.

...hay un cálculo equivocado —afirma Strachey— en el centro mismo de la estructura teórica de Lenin. Y es, simplemente, que la predicción marxista original de la pobreza constantemente creciente dentro de los capitalismo avanzados, [predicción que, como hemos visto, nunca hizo Marx] ha resultado estar equivocada. Lenin estaba convencido —añade— de que los oligopolios gigantescos habrían de ejercer una aplastante superioridad de negociación frente a los asalariados y los agricultores. No tomó en cuenta la posibilidad de que las instituciones democráticas pudiesen convertir esta superioridad en su contrario, de modo que los asala-

⁶⁹ C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. I, p. 694.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 728.

riados y agricultores se tornaran constantemente no más pobres, sino más ricos...⁷¹

...Lenin —prosigue— consideró el descenso inevitable del nivel de vida de los asalariados y de los agricultores como la razón que habría de hacer inevitable el proceso imperialista entero... como Marx antes que él, no tomó en cuenta las consecuencias económicas de la democracia... En su calidad de ruso, no tenía experiencia de la misma; no estaba realmente interesado en su funcionamiento, y no poseía la menor fe en ella como instrumento que las masas... podrían utilizar para elevar su nivel de vida y, de tal modo, modificar el equilibrio y el carácter de la economía capitalista. Lo que Lenin... no supo ver es que había una salida, que no fuese el imperialismo, que consistía en la elevación adecuada y sostenida del consumo de las nueve décimas partes no capitalistas de la población.

Los capitalismo de la última etapa han demostrado ser mucho más flexibles y capaces de adaptarse a la presión política de sus asalariados de lo que creyó Lenin... Y por ello, también, la anexión y la dominación general de los países subdesarrollados devino menos rígida e inexorable de lo que se podía haber esperado, conforme a la teoría de Lenin de que se invirtiera en ellos el capital excedente de los países desarrollados.

En resumen, la teoría del imperialismo de Hobson y Lenin... tiene validez sólo por lo que respecta al periodo posterior a 1870... Aun en 1939 —según Strachey— el imperialismo, en cuanto sistema mundial, todavía se mantenía como la forma principal cobrada por la relación entre las partes desarrolladas y subdesarrolladas del mundo... Lo que puso en retirada finalmente al imperialismo fue la catástrofe de la segunda guerra mundial...⁷²

Es incuestionable que, en los últimos veinticinco años, los pueblos han logrado enormes avances en la lucha por su liberación del imperialismo y el capitalismo. Pero entre

⁷¹ J. Strachey, *El fin del imperio*, México, 1962, p. 124.

⁷² *Ibid*, pp. 125, 127, 133, 134, 139 y 154.

reconocer este hecho y aceptar que el imperialismo ha desaparecido debido a la pujanza de las instituciones democráticas del sistema en su fase monopolista, hay un abismo inzanjable. Strachey tiene razón cuando afirma que el viejo tipo de imperio se está extinguiendo, aunque él mismo reconoce que “es verdad que otras formas de imperialismo, menos directas que el colonialismo, han existido y existen todavía...” Pero su argumentación se torna enteramente unilateral y mecanicista cuando observa que “el colonialismo es el meollo del imperialismo y el colonialismo está desapareciendo de la faz de la tierra”.⁷³ El silogismo en que el razonamiento se desenvuelve no deja de ser impresionante: si el meollo del imperialismo es el colonialismo y éste está desapareciendo, parece indudable que el imperialismo está también extinguiéndose. Pero el “meollo” del problema consiste, precisamente, en determinar —y no simplemente en darlo por supuesto— si el viejo tipo del colonialismo es realmente lo esencial al imperialismo; y es obvio que, tanto en la teoría leninista como en la realidad del fenómeno, ello no es así.

A riesgo de repetir algo ya dicho en el capítulo anterior, conviene subrayar que lo esencial es que el imperialismo constituye una fase del desarrollo capitalista, aquella en que la concentración, que a su vez resulta de la libre concurrencia, desemboca en el monopolio. Este hecho tiene tal importancia que Lenin considera “el engendramiento del monopolio... (como) una ley general y fundamental de la etapa presente de la evolución del capitalismo.”⁷⁴

Bajo el imperialismo se produce “un gigantesco progreso en la socialización de la producción...” “La producción se convierte en social, pero la apropiación continua siendo particular...” o privada. La tendencia a la concentración y el monopolio se acentúan a consecuencia de las crisis, sobre todo económicas, y “el monopolio... pe-

⁷³ V. I. Lenin, *El imperialismo...*, p. 28.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 37.

netra inevitablemente en *todos* los aspectos de la vida social, haciendo abstracción del régimen político y de cualquiera otra 'particularidad'."75 Bajo el capitalismo monopolista se agudiza asimismo la desigualdad en el proceso de desarrollo y se crea un "exceso' inmenso de capital en los países avanzados. . ."; se crea, además, el capital financiero (fusión del capital bancario con el industrial), se generaliza la exportación de capital en grande escala, aparecen las alianzas monopolísticas internacionales y se realiza "el reparto definitivo de los territorios entre las potencias capitalistas más importantes."76

Todo lo cual demuestra que la modificación de los viejos imperios no implica, ni mucho menos, la liquidación del imperialismo; y que en todo caso es un factor que altera el último rasgo que Lenin le atribuye, o sea el "reparto de territorios entre las potencias capitalistas más importantes."

Ahora bien, Lenin sostiene, en efecto, que:

Mientras el capitalismo es capitalismo, el exceso de capital [que se agudiza a consecuencia del propio proceso de acumulación] no se consagra a la elevación del nivel de vida de las masas en cada país, pues esto significaría la disminución de los beneficios de los capitalistas, sino al acrecentamiento de estos beneficios mediante la exportación de capital. . . a los países atrasados [en donde] el beneficio es extraordinariamente elevado. . .77

Este pasaje, en cierta manera —comenta Strachey— es el más importante del libro de Lenin. Ya que un incremento constante del nivel de vida de las masas y un rápido desarrollo de la agricultura es lo que *ha* ocurrido precisamente, por ejemplo, en Inglaterra y los Estados Unidos. . .78

Ya vimos en qué ha consistido la "revolución en el re-

75 *Ibid.*, p. 90.

76 *Ibid.*, pp. 96 a 139.

77 V. I. Lenin, *El imperialismo*....., pp. 96-97.

78 *Ibid.*, p. 126.

parto del ingreso" entre los pobres y los ricos, por lo que sería ocioso insistir en que, en el mejor de los casos, se trata de una "revolución" comparable a la de los *managers*, de que nos ocupamos páginas atrás. Pero lo que no debe pasarse por alto es que, al igual que en su crítica a Marx, en la que hace Strachey a Lenin vuelve a incurrir en un grave error al atribuirle, por una parte, la opinión de que el nivel de vida de los asalariados debía abatirse de manera inevitable, y por la otra, la de que, por tal motivo, ello haría igualmente necesario el proceso imperialista. Lo que Lenin afirmaba es que, bajo el imperialismo, lejos de facilitarse la absorción del excedente, o en sus palabras, del "exceso de capital" mediante la elevación del nivel de vida de las masas y la consiguiente disminución de las ganancias de los capitalistas, se dificultaría aún más esa absorción y a consecuencia de ello se tornaría más inestable e irracional el funcionamiento del sistema.

El problema no consiste, en tal virtud, en determinar si puede o no aumentar el ingreso de los trabajadores sino en algo mucho más complejo, a saber: si aun produciéndose tal incremento puede éste ser de tal magnitud que permita absorber el excedente, incluso a costa de los propios capitalistas. Y en este punto, lo que hizo Lenin fue aplicar la teoría marxista de la acumulación de capital a las condiciones del capital monopolista.

Y tampoco parece tener razón Strachey al sostener que, conforme a la teoría leninista, era de esperarse una sujeción más rígida de los países atrasados, pues a ellos debía destinarse el capital excedente. Fue Lenin quien criticó severamente a Kautsky por "colocar en primer término... a las regiones agrarias", y por no advertir que lo característico del imperialismo "...consiste precisamente en la tendencia a la anexión *no sólo* de las regiones agrarias, sino también de las más industriales... ", y en segundo lugar, en que "para el imperialismo es sustancial la rivalidad de varios grupos de potencias en la tendencia a la hegemonía, esto es, a apoderarse de tierras *no tanto directamen-*

te para sí (subrayado nuestro) cuanto para el debilitamiento del adversario y el quebrantamiento de su hegemonía.”⁷⁹ Pero ninguna de estas dos características del imperialismo fueron tomadas en cuenta por el señor Strachey.

Más adelante veremos que el “desimperialismo” que éste autor atribuye al sistema exhibe más bien la creciente “imperialización” de que él fue víctima en los últimos años de su vida. Lo que debemos aclarar por ahora, es si persiste o no la tendencia a acumular por encima de las posibilidades inmediatas de absorber el excedente o si, por el contrario, tal tendencia ha sido contrarrestada especialmente por la elevación del nivel de vida de las masas.

*La tendencia del excedente a crecer:
Baran-Sweezy*

Los teóricos del neocapitalismo aceptan, en general, como hemos visto, que las grandes corporaciones, o sea un puñado de monopolios y oligopolios, constituyen hoy la fuerza más característica y poderosa en el mercado. Pues bien, ¿qué influencia ejerce tal hecho sobre el excedente económico? El examen de este problema, que en mayor o menor medida ha preocupado a los economistas, tiene enorme importancia para comprender la naturaleza y el alcance de los cambios que se han producido recientemente bajo el capitalismo, para saber si ha desaparecido o no la razón de ser del imperialismo y para evaluar las perspectivas del sistema en su conjunto.

Partiendo del hecho, ampliamente reconocido, de que la competencia de precios ha dejado propiamente de existir y de que la gran empresa no es ya un *price taker* sino un *price maker*, Baran y Sweezy señalan que el oligopolio tiende a operar en una situación que le permite vender a los precios más altos y producir a los costos más bajos posibles. Podría decirse, en tal virtud, que bajo el

⁷⁹ *Ibid.*, p. 143.

capitalismo monopolista la competencia de precios tradicional deviene o se reduce a una competencia de costos, mas no para trasladar la creciente productividad al consumidor, sino para afirmarse ante los competidores y asegurarse las mayores ganancias. "La motivación total de la reducción de costos es incrementar las utilidades, y la estructura monopolística de los mercados permite a las corporaciones apropiarse de la parte del león de los frutos de la creciente productividad en forma de ganancias más altas." ⁸⁰

Las ganancias no sólo tienden a aumentar en términos absolutos sino relativos, esto es, en relación al producto nacional. Y si se toman como una magnitud representativa del excedente, se advierte que éste tiende a crecer y que incluso es una "ley del capitalismo monopolista que el excedente tienda a aumentar tanto absoluta como relativamente, a medida que el sistema se desenvuelve." ⁸¹ ¿En qué sentido se habla aquí del excedente? Como "...la diferencia —nos dicen los autores antes citados— entre la producción total y los costos socialmente necesarios para obtener esa producción", ⁸² o sea como un concepto más cercano a la noción de plusvalía de Marx que los términos "excedente real" y "potencial" empleados por Baran en una obra anterior. ⁸³

Las demandas de aumento de salarios y aun la elevación de éstos debido a la presión de los grandes sindicatos obreros no modifican esencialmente, como cree Strachey, el patrón conforme al cual se reparten la riqueza y el ingreso, ni entrañan un obstáculo insuperable que

⁸⁰ Baran y Sweezy, *ob. cit.*, pp. 69 y 71.

⁸¹ *Ibid.*, p. 72.

⁸² *Ibid.*, p. 76. Los costos socialmente necesarios, a su vez, son "aquellos gastos indispensables para la producción y entrega de un producto útil, dados el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y la correspondiente productividad del trabajo", *Ibid.*, p. 132.

⁸³ Véase, P. Baran, *La economía política del crecimiento.....*, pp. 39 y 40.

frene la tendencia del excedente a crecer. "Bajo el capitalismo monopolista los patrones pueden y en la práctica trasladan los aumentos de salarios en forma de precios más altos,"⁸⁴ pues son los monopolios más que las organizaciones laborales, quienes influyen decisivamente en la distribución social del ingreso.

En la etapa monopolista del capitalismo, por consiguiente, el problema de la realización de la plusvalía se agrava cada vez más. Las grandes empresas retienen una proporción creciente de las ganancias, y no habiendo la posibilidad —pese a todos los estímulos artificiales de la demanda— de expandir la inversión con suficiente celeridad, el sector principal de la economía tiende al subempleo crónico de la capacidad productiva existente, salvo en ciertas coyunturas en que una guerra o algún otro fenómeno especial determina una situación más o menos efímera de auge.

El solo hecho de que el excedente tienda a crecer implica que el problema de su realización se agrave. Mas, ¿no son los propios capitalistas quienes contribuyen en buena parte a resolverlo gracias a su consumo cada vez mayor? Baran y Sweezy son concientes, desde luego, de que si al aumentar el excedente en relación al ingreso total se diera una situación en que el consumo de los capitalistas también aumentara, tanto en forma absoluta como relativa, el problema sería, en efecto, menos complejo y muy diferente de lo que es. Sin embargo, al propio tiempo, aun suponiendo que todas las utilidades distribuidas por las empresas —cuya tasa parece ser más o menos constante— se destinaran al consumo, podría demostrarse que "incluso en tal caso, el consumo de los capitalistas no tiende a aumentar en proporción al excedente."⁸⁵ La verdad es que tiende inclusive a disminuir, lo que en otros términos significa que lo que más crece no es siquiera el excedente sino la parte de éste disponible para in-

⁸⁴ Baran y Sweezy, *ob. cit.*, p. 77.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 80.

versión de los capitalistas. Los autores reparan, asimismo, en que si bien en principio podría pensarse en hacer frente a tal situación con una política de crecimiento acelerado del ingreso, en que la inversión absorbiera una parte creciente de ese ingreso, de ser eso posible en la práctica agravaría las cosas y crearía un profundo desequilibrio entre el rápido crecimiento de la producción de bienes de producción y el rezago inevitable de los bienes de consumo. Y, considerando irrealizable tal fórmula de crecimiento, Baran y Sweezy concluyen que la expansión de la parte invertible del excedente significa, a la postre, que la capacidad productiva crezca más de prisa que la producción, lo que a su vez acentúa las altibajas del proceso económico y los desequilibrios cíclicos del sistema.

Si la inversión "endógena", señalan nuestros autores en su análisis, o sea la inversión, digamos, normal del sistema, aquella que surge en respuesta a los mecanismos internos del mismo, fuera la única existente, el capitalismo se mantendría en un estado de "depresión permanente"; pero hay además inversiones "exógenas", o sea aquellas que "surgen con independencia de los factores de demanda generados por el funcionamiento normal del sistema...",⁸⁶ y entre las que usualmente se consideran las que responden a un aumento de la población, a la introducción de nuevos métodos y nuevos productos y la inversión extranjera. ¿En qué medida son estas inversiones capaces de absorber el excedente? Aun aceptando Baran y Sweezy que el aumento de la población norteamericana, a partir de 1940, debe haber contribuido a elevar la demanda de bienes de producción, piensan que tal factor es una variable dependiente en el proceso económico, que en el caso de Estados Unidos fue en parte la consecuencia de la guerra y de la prosperidad asociada a ella, y que, de mantenerse en el futuro una tasa relativamente alta de crecimiento demográfico y

⁸⁶ *Ibid.*, p. 89.

no haber otras posibilidades de inversión, ello podría resultar "en un creciente nivel de desempleo, antes que en un auge sostenido de la inversión."⁸⁷

Tampoco parece que una alta tasa de desarrollo tecnológico pueda ser la base de una solución satisfactoria del problema. Bajo el capitalismo monopolista las innovaciones dejan de producirse del modo espontáneo propio de la fase competitiva y al ritmo impuesto por la competencia de precios. El monopolista evita normalmente, en particular, "la introducción de nuevas técnicas que incrementen la capacidad productiva...", de lo que resulta que "la tasa conforme a la cual las viejas técnicas son sustituidas por las nuevas sea más lenta de lo que la teoría económica tradicional nos haría suponer,"⁸⁸ entre otras cosas porque los cambios tecnológicos afectan la *forma*, más que el volumen de la inversión.⁸⁹

Más aún: como las grandes empresas mantienen una "generosa" política de depreciación, sucede con frecuencia —hacen notar Baran y Sweezy— que las innovaciones se financian, no destinando a ellas una parte del excedente, o sea de la diferencia entre el costo socialmente necesario y el precio, sino afectando reservas de depreciación que, al menos contablemente, forman parte del costo. Los propios autores dan cifras conforme a las cuales, entre 1958 y 1962, las reservas de depreciación representan del 75% al 85% de las inversiones anuales en planta y equipo de las empresas no financieras de Estados Unidos.⁹⁰ Lo mismo podría decirse de las crecientes partidas para gastos de investigación, ya que éstas tampoco se financian con cargo a las utilidades brutas de las empresas. "En la práctica comercial... se consideran como costos de producción y afectan los ingresos

⁸⁷ *Ibid.*, pp. 99-91.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 95

⁸⁹ Véase, *Ibid.*, p. 97

⁹⁰ Véase, *Ibid.*, p. 103.

por ventas antes de que las utilidades brutas se calculen".⁹¹

En cuanto a las inversiones en el exterior, lo que esencialmente debe verse en ellas es "un método para extraer el excedente de las áreas subdesarrolladas y no un conducto a través del cual se canalice [el de los países monopolistas] hacia estas áreas". Para demostrarlo, los autores recuerdan que entre 1870 y 1913 Inglaterra realizó exportaciones netas de capital por 2.4 billones de libras, en tanto que los ingresos provenientes de sus inversiones en el extranjero le dejaron 4.1 billones; y que, entre 1950 y 1963, los Estados Unidos invirtieron en el exterior 17,382 millones de dólares, habiendo obtenido de esa fuente un ingreso de 29,416 millones.

Disponemos, pues, ahora, de nuevos y mejores elementos que nos permiten concluir que las inversiones "exógenas" en su conjunto tampoco ofrecen una solución al problema de cómo absorber un excedente o potencial de inversión que, debido a la dinámica del propio sistema tiende a crecer cada vez más, y que nos dan asimismo una sólida base para confirmar que, cualquiera que haya sido el alza de los salarios en las últimas décadas, Lenin tenía razón al pensar que el problema del "exceso" de capital se agravaría en la fase monopolista del capitalismo.

¿Qué hacer, en estas condiciones? ¿Cómo corregir esta extraña aptitud del sistema para crear, a la manera del legendario Rey Midas, una riqueza creciente que en gran medida no puede utilizarse? Al llegar aquí Baran y Sweezy señalan que las posibilidades de acción que el sistema tiene a su alcance son bien limitadas: reducir la oferta podría ser de momento un remedio, pero que pronto resultaría peor que la enfermedad; bajar los precios y aumentar de inmediato el poder de compra de los consumidores sería, desde luego, una mejor forma

⁹¹ *Ibid.*, p. 104.

de atacar el problema, pero tal camino no parece viable en un sistema como el actual, "en el que la determinación de los precios es una prerrogativa celosamente reservada a las corporaciones gigantescas." Por lo que sólo queda la posibilidad de estimular la demanda, y más concretamente, aquellos tipos de demanda compatibles con la naturaleza del sistema y los intereses del capital monopolista.

Por lo dicho hasta aquí y porque la tendencia creciente del excedente reemplaza además —a juicio de nuestros autores—, a la tendencia decreciente de la tasa de ganancias que fue típica de la fase competitiva del capitalismo,⁹² el estimular la demanda, sobre todo a través de gastos improductivos, se convierte en la principal preocupación del sistema. Es así como surge, o más bien adquiere la enorme importancia que hoy tiene, el "esfuerzo por vender", o sea lo que Marx llamaba "gastos de circulación", rubro bajo el cual caen actividades como la publicidad, la exhibición, los constantes cambios de presentación y estilo de numerosos artículos, las facilidades de crédito a los consumidores y, en general, la promoción de ventas por los más diversos canales. Formalmente hablando, lo que de manera genérica podría considerarse "publicidad" o "promoción de ventas", parecería no ser un gasto capaz de absorber el excedente, por formar parte de los costos ordinarios de las empresas; no obstante, Baran y Sweezy consideran que son de tal modo innecesarios muchos de esos gastos que, al margen del efecto que ejerzan sobre la inversión, el consumo, el ingreso o el nivel de empleo, deben verse en rigor como una forma de absorción del excedente, y piensan que esto podría hacerse extensivo a una alta proporción de los gastos en que incurren los bancos, las compañías de seguros y las dedicadas a la compra-venta de bienes raíces, sector que en 1960 absorbió en

⁹² Véase, *Ibid.*, pp. 72 y 114.

Estados Unidos nada menos que 42,300 millones de dólares. Que esos gastos, con frecuencia del todo ociosos e improductivos, son necesarios bajo el capitalismo monopolista, está fuera de duda. “Tan fuera de duda —observan Baran y Sweezy— como que un sistema económico en el que *tales* costos son socialmente necesarios ha dejado de ser, desde hace mucho tiempo, un sistema económico socialmente necesario.”⁹³

Pero, más importante aún que el gasto improductivo de las empresas privadas es la acción del gobierno tendiente a mantener un alto nivel de demanda, la que por cierto asume formas que en nada se asemejan a las propuestas por algunos “economistas del bienestar”. “La influencia del gobierno sobre el nivel de la demanda efectiva es función tanto de la magnitud del déficit como del nivel absoluto del gasto gubernamental...” En Estados Unidos, concretamente, ha sido este último factor el decisivo, pues mientras el gasto sólo ascendió del 7.4% al 9.8% del producto nacional bruto entre 1903 y 1929, de este último año a 1961 pasó a ser del orden del 28.8%,⁹⁴ debido fundamentalmente al fuerte incremento de los gastos militares, los que entre 1929 y 1957 se elevaron del 0.7% al 10.3% del gasto del gobierno —o sea alrededor de 15 veces— respondiendo de las dos terceras partes del aumento total en el período. Tan solo entre 1947 y 1963 los gastos militares se incrementaron de 11.4 a 55.2 billones de dólares, lo que hace comentar a Baran y Sweezy que “nunca, desde los mejores años de la era de los ferrocarriles, la economía norteamericana había sido objeto de estímulos más poderosos en tiempos de paz.”⁹⁵ Y pese a todo ello y a las crecientes inversiones en el extranjero, donde habitualmente las tasas de ganancia exceden con mucho a las que se obtienen en la metrópoli imperialista, ésta no

⁹³ *Ibid.*, pp. 140 y 141.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 146.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 246.

ha logrado utilizar plenamente su capacidad productiva ni reducir un desempleo crónico cuyo nivel de 5% a 7% de la fuerza de trabajo ha llegado, en los últimos años, a reputarse como "normal".

Ante tal perspectiva de desperdicio y destrucción —que visto el sistema en su conjunto contrasta dramáticamente con la pobreza, el atraso y el abandono de millones de seres humanos— ¿cómo aceptar que, según nos dicen sus defensores, estemos frente a un neocapitalismo que, a diferencia del viejo sistema, sea cada vez más racional, eficiente y armonioso? "La cada vez mayor perfección para fabricar armas destructivas —como observan Baran y Sreezy— no torna racional su producción. La irracionalidad del fin supera el perfeccionamiento de los medios. La racionalidad misma se vuelve irracional. Hemos llegado a un punto en el que la única verdadera racionalidad consiste en la acción para derrocar un sistema incurablemente irracional".⁹⁶

⁹⁶ *Ibid.*, p. 363.

LAS ÚLTIMAS DECADAS

Continuación

El Imperialismo no ha desaparecido.

¿Y qué decir del “desimperialismo”, de que con tanto entusiasmo nos habla el señor Strachey? ¿Será cierto que Lenin incurrió en “el grave error” de creer que el imperialismo acompañaría inevitablemente al capitalismo en su fase monopolista? Nadie podría, desde luego, sostener que el imperialismo de hoy sea idéntico al de hace medio siglo, pues se trata de un fenómeno histórico y por tanto siempre cambiante. Pero tan grave como ignorar ciertos cambios es exagerar su alcance y no advertir que el imperialismo “no es un asunto de elección para una sociedad capitalista, (sino) el modo de vida de tal sociedad”⁹⁷

Sería imposible examinar aquí los rasgos más salientes y a la vez los cambios que han afectado la estructura del imperialismo. El sólo intentarlo nos enfrentaría a una vasta y compleja problemática cuyo examen reclama un espacio y un tiempo de los que carecemos. Nos limitaremos, por ello, a destacar y comentar brevemente algunas opiniones sobre el tema, así como a recordar ciertos hechos que nos parecen importantes.

⁹⁷ Harry Magdoff, *La era del imperialismo*. México, 1969, p. 29.

Ya vimos que Strachey critica severamente la teoría leninista del imperialismo y propone una bien diferente para explicar el fenómeno. Su tesis, en esencia, consiste en postular que desde épocas remotas ha habido imperios de una u otra clase y que lo nuevo y decisivo en la historia del imperialismo consiste en la desaparición del colonialismo tradicional. La liquidación de los viejos imperios y el que sean los países recién independizados políticamente los que ahora ejercen la "soberanía efectiva", son dos hechos —nos dice— que exhiben los cambios de fondo, no únicamente de forma que se han producido en la estructura internacional del capitalismo. Sostiene, además, que el tránsito del imperialismo directo (el viejo régimen colonial) al indirecto, implica una transformación fundamental, y que si bien "... puede y debe censurarse a las potencias occidentales por no haber ayudado de todo corazón; [sic] con dinero suficiente, al desarrollo del mundo preindustrial...; después de todo, por primera vez en la historia, los países ricos han dado gran cantidad de dinero a los países pobres con el propósito expreso de desarrollo..."

"... El problema —concluye— es mucho más complejo de lo que están dispuestos a admitir los autores marxistas y comunistas. Es muy cierto que la disolución de la soberanía imperial sobre la mayor parte del mundo subdesarrollado no es prueba de que haya cesado su explotación en beneficio de los países altamente desarrollados. Pero sí es una condición previa para que llegue a desaparecer..."⁹⁸

¿Y cómo ha de desaparecer esa explotación? Librando a los países atrasados —responde Strachey, siguiendo al profesor Myrdal— del "juego de las fuerzas del mercado", ya que éstas, a través de un rígido y peculiar proceso de causación circular acumulativa los mantendrían indefinidamente en la pobreza. "Los países subdesarrollados —agrega, de nuevo con base en la opinión del

⁹⁸ J. Strachey, *El fin del imperio*....., pp. 227-28.

economista sueco—, utilizando su condición recientemente alcanzada de países independientes, pueden, mediante intervenciones políticas deliberadas, modificar considerablemente la dirección de los procesos del mercado por cuya influencia han permanecido hasta ahora atrasados.” “...La independencia política... les otorga la libertad de organizar su propia vida de acuerdo con sus propios intereses...” Lo que necesitan es planificar el desarrollo y tal “planificación consciente —puntualiza Strachey— no requiere ni métodos comunistas, ni fines comunistas...”⁹⁹

Más adelante haremos alguna reflexión en torno a la tesis de Strachey y Myrdal sobre el desarrollo y la planificación; antes, conviene precisar de qué orden han sido los principales cambios sufridos recientemente por el imperialismo.

Es indudable, en primer término, que el viejo sistema colonial está a punto de desmoronarse a consecuencia de las luchas de los pueblos afroasiáticos por su emancipación nacional, y que ello ha afectado sensiblemente el funcionamiento del imperialismo. Es cierto, también, que se han producido otros cambios del tipo de los señalados por Strachey —a los que ya hicimos referencia en un apartado anterior. Pero si queremos comprender mejor el fenómeno imperialista, debemos recordar qué es lo que ha venido ocurriendo al propio capitalismo, ya que éste es el marco estructural en que aquél se desenvuelve.

Shigeto Tsuru hace notar que, quienes destacan la prolongada prosperidad del capitalismo —y en particular de la economía norteamericana— como el nuevo rasgo dominante del sistema, sostienen que los factores que han hecho posible tal situación son las grandes innovaciones tecnológicas, la política estatal en favor del pleno empleo y ciertos cambios institucionales como la

⁹⁹ *Ibid.*, p. 229 a 231.

reducción del carácter anárquico de la producción capitalista y la mejor distribución de la renta nacional. Otros, en cambio, piensan que la relativa estabilidad ha obedecido a que, no obstante el bajo nivel de inversión privada, los gastos civiles y militares del gobierno han crecido enormemente, a que a través de diversos mecanismos se ha estimulado el consumo de múltiples artículos y transferídose unilateralmente fondos hacia el exterior, y por último, a que se ha “institucionalizado el despilfarro”, alentándose la demanda en grande escala mediante expedientes como la publicidad, la promoción de ventas y la aceleración de las tasas de obsolescencia.

Para comprender si el capitalismo ha sufrido o no cambios de fondo —añade Tsuru— se requiere saber quién controla el excedente y qué formas institucionales asume éste. Y cuando se emprende tal examen se comprueba que el móvil de lucro “... sigue siendo el núcleo central de la acción empresarial...”; que el capital privado controla, directa o indirectamente, gran parte del excedente y que la política intervencionista del gobierno no perjudica a las grandes empresas sino, al contrario, promueve el “empleo” a través del móvil de ganancias. Y como el beneficio sólo se realiza mediante la venta, “la ‘presión por vender’... se ha intensificado, antes que atenuarse para el conjunto de productos industriales”. Todo lo cual lo lleva a concluir que:

... Si bien se pueden observar algunas tendencias nuevas... lo esencial permanece igual. Se puede todavía afirmar... que al menos en el caso de Estados Unidos, los elementos característicos del capitalismo como modo específico de producción están todos presentes...¹⁰⁰

Maurice Dobb llega a una conclusión análoga cuando, tras de reconocer que es innegable que se han producido

¹⁰⁰ S. Tsuru y otros *¿Adónde va el capitalismo?* Barcelona, 1967, pp. 47 a 58 y 153 a 162.

cambios como la creciente intervención del Estado en la economía, la nacionalización de ciertas actividades, el aumento de los presupuestos militares, la renovación del avance tecnológico, la importancia cada vez mayor del autofinanciamiento de las grandes empresas y otros que es menester estudiar con cuidado, comenta que, al propio tiempo, no juzga tal hecho "tan fundamental como para justificar los discursos en torno a un nuevo 'estadio' y, menos aún, una perspectiva de atenuación de las contradicciones y de desarrollo, sin crisis y sin lucha, hacia el socialismo."¹⁰¹

Y el profesor Bettelheim observa inclusive que:

el capitalismo ha agotado su papel progresivo y creador [y] constituye una formación históricamente superada que juega un papel esencialmente parasitario... El sobreproducto arrancado a la fatiga de los asalariados sirve cada vez menos para acelerar el desarrollo de las fuerzas productivas y se derrocha cada vez más... "La forma más importante y también la más significativa de este despilfarro, la constituyen los gastos militares, que pasan a ser... una de las 'salidas' esenciales del sobreproducto."¹⁰²

Por lo que hace, concretamente, a la dinámica del imperialismo, Harry Magdoff señala que dos cambios importantes han consistido en que el poder industrial se ha desplazado de Inglaterra hacia Estados Unidos, Alemania, Francia y Japón, y que, en cada país, el poder económico se concentra en un pequeño número de "grandes empresas industriales y financieras integradas". El "imperialismo de hoy" tiene rasgos inconfundibles como el creciente interés en "impedir la contracción del sistema imperialista", "el nuevo rol de Estados Unidos como organizador y líder del sistema... [y] el surgi-

¹⁰¹ *Ibid.*, pp. 103 a 108 y *Capitalism yesterday and today...* pp. 52 y sigs.

¹⁰² C. Bettelheim, "Comentario a las tesis de Tsuru", *Ob. Cit.* pp. 87 y 88.

miento de una tecnología cuyo carácter es internacional".¹⁰³

Baran y Sweezy, por su parte, consideran que el sector dominante de la burguesía no es ya el formado por las grandes empresas industriales o por los grandes bancos, sino las corporaciones gigantescas, las llamadas corporaciones "multinacionales", que a través de una vasta red de filiales y subsidiarias se extienden por todo el mundo capitalista, dentro de un sistema de creciente descentralización que, sin poner en peligro el control imperialista, desplaza la capacidad de decisión de la metrópoli hacia ciertos puntos estratégicos en la periferia subdesarrollada y dependiente.

No puede decirse que la gigantesca empresa multinacional de hoy se interese primordialmente, como el industrial del siglo XIX, en la exportación de mercancías; o, como el banquero, de principios del siglo XX, en la exportación de capital...

Las empresas multinacionales tienen con frecuencia intereses encontrados por lo que se refiere a tarifas, subsidios a la exportación, inversiones extranjeras, etc. Pero están absolutamente unidas en dos cosas: primero, quieren que el mundo... en que puedan operar sea lo más amplio posible, y segundo, que las leyes e instituciones sean favorables al irrestricto desarrollo de la empresa privada capitalista...¹⁰⁴

Podrían señalarse otros rasgos característicos, así como otros cambios en la mecánica del imperialismo. Mandel anota que, "la creciente exportación de equipo hacia los países subdesarrollados marca una tendencia hacia una nueva división internacional del trabajo en la que [tales países]... comenzarían a aparecer como exportadores masivos de ciertos productos de la industria ligera...".

¹⁰³ H. Magdoff, *La era del imperialismo...* pp. 30 y 48.

¹⁰⁴ Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, "Notes on the theory of imperialism", *Monthly Review*, Nueva York, marzo de 1966, pp. 25 y 29.

de acuerdo con la estrategia capitalista tradicional. Aunque a la vez advierte que: "...incluso esta forma moderada de industrialización —que mantendría los lazos de dependencia y de explotación entre los países semicoloniales y los imperialistas— choca con obstáculos infranqueables, sobre todo dada la estructura social inadecuada de los países semicolonialistas."¹⁰⁵

Con frecuencia se señala que uno de los aspectos en que se han producido cambios importantes es el que se refiere a la exportación de capital. El economista paquistaní Hamsa Alavi, hace notar que "...la adquisición de inversiones en el extranjero no es, en modo alguno, la única o... incluso la principal forma de penetración del capital monopolista... en otras economías de mercado". "La preocupación marxista en torno a la exportación de capital —dice— ha sido responsable de que se subestime la nueva significación de otros métodos..." "El nuevo, prometedor campo de explotación está en el creciente mercado interno de los países subdesarrollados..." "La parte más lucrativa... [del negocio] consiste en establecer un mercado para las manufacturas del país metropolitano y en poner en movimiento una corriente de pagos por regalías, cuotas por 'servicios técnicos', uso de patentes y marcas, etc."¹⁰⁶ Por todo lo cual concluye que el énfasis puesto por Lenin en la exportación de capital hacia los países subdesarrollados es hoy excesivo e invigente ya que "...el capital monopolista... prefiere ampliar la capacidad productiva interna, toda vez que ello es más seguro y económicamente ventajoso..."; "extender su influencia en el exterior a fin de disponer de mercados cautivos..." y obstaculizar la industrialización de aquellos países, a fin de garanti-

¹⁰⁵ Ernest Mandel, *Tratado de economía marxista...*, Tomo II, p. 99.

¹⁰⁶ H. Alavi, "Imperialism old and new", *The Socialist Register*, Londres, 1964, pp. 116, 117 y 119.

zar la explotación de sus mercados,¹⁰⁷ o participar en el esfuerzo industrial cuando éste resulte inevitable.

La misma opinión se encuentra en Jallée, quien, siguiendo de cerca a Alavi, expresa: "En el estadio del imperialismo, según Lenin, la exportación de capitales adquiere una importancia particular, ante todo la exportación de capitales hacia los 'países atrasados'..." "En nuestros días, al contrario de lo que Lenin constataba en su tiempo, los intercambios de mercancías con el tercer mundo parecen interesar más al imperialismo que las inversiones de capital en los países subdesarrollados."¹⁰⁸ Aun Baran y Sweezy, al evaluar el impacto que sobre la exportación de capital ejercen las grandes corporaciones multinacionales de Estados Unidos, señalan que, al hacer un balance, resultan "importadoras masivas, no exportadoras de capital..."¹⁰⁹

Es indudable que las formas que adopta y los mecanismos a través de los cuales se canaliza internacionalmente el capital han cambiado, e igualmente cierto que los países imperialistas, en vez de financiar a las naciones subdesarrolladas mediante la exportación neta de capital, son importadores que sustraen de ellas una buena porción de su escaso excedente. Si ello es así, resulta también incuestionable que dicha exportación no es —como ya lo comprobamos en un apartado anterior respecto a Estados Unidos— una actividad capaz de absorber una parte sustancial del exceso de capital de los países imperialistas. O más bien, aunque en su primera fase, o sea cuando se realiza la afluencia de capital hacia el exterior es un mecanismo eficaz de absorción del excedente, a partir de la segunda, en que los rendimientos del capital empiezan a cubrirse y a trasladarse al país inver-

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 121.

¹⁰⁸ Pierre Jallée, *El saqueo del tercer mundo*, La Habana, 1967, pp. 100 y 102.

¹⁰⁹ Baran y Sweezy, "Notes on the theory of imperialism...", p. 26.

sor, se produce el efecto contrario. Lo que revela que, bajo el imperialismo, tal proceso es profundamente contradictorio y habitualmente desenlaza en problemas más graves que aquellos que pretenden resolverse.

Ahora bien, junto a la inversión privada directa, de tipo tradicional, y en ciertos casos, probablemente, en lugar de ella, han cobrado en efecto creciente importancia los créditos, la asociación en empresas mixtas, las transferencias unilaterales y diversas formas de "ayuda técnica". Pero aun así, y sin pretender, desde luego, que las formulaciones leninistas deban aplicarse mecánica y menos aún, dogmáticamente, a los problemas de hoy, creemos que es discutible sostener que la exportación de capital haya dejado de tener importancia en nuestros días o que el menor peso relativo de la que específicamente se destina a los países atrasados invalide un aspecto fundamental de la teoría de Lenin.

Este, como vimos ya en otra parte de nuestro estudio, no consideraba, en primer término, que la expansión del imperialismo debiera orientarse de preferencia hacia las zonas atrasadas o "agrarias", ni concebía, por otro lado, la exportación de capital como algo divorciado del comercio de mercancías. Si bien es cierto que al hablar de las ventajas de la inversión de capital en el exterior, alude concretamente (Capítulo Cuarto) a los países atrasados, éstos, a nuestro juicio, más que como una condición *sine qua non* del fenómeno, se mencionan como símbolo de un negocio especialmente jugoso. El elemento central del análisis, aquel que subyace a todo el estudio, es más bien el de que en la fase imperialista el crecimiento de las fuerzas productivas se desenvuelve rápidamente y en forma cada vez más desigual. Y a consecuencia de una ley del desarrollo capitalista y no de factores circunstanciales, tal hecho permite y a la vez impone el desplazamiento de una parte del "exceso de capital", tanto de unas áreas a otras de la actividad interna de un país, como de las naciones más "maduras"

hacia aquellas que —al margen de su grado de desarrollo— y trátase de Italia, Canadá o la Conchinchina, ofrezcan, en un momento dado, más amplias posibilidades de inversión y tasas de ganancias más atractivas.¹¹⁰

Si se tiene presente lo anterior resulta más fácil comprender por qué, al agudizarse a escala mundial tanto la desigualdad en el desarrollo del sistema como su contradicción fundamental (producción social y apropiación privada), se agrava el problema de la absorción del excedente y se intensifica la búsqueda de oportunidades de inversión de capital en el propio pequeño grupo de naciones privilegiadas. Esto se aprecia con claridad en el movimiento de los capitales norteamericanos, los que, sin perjuicio de canalizarse hacia el tercer mundo buscan a la vez acomodo en Canadá, Europa Occidental y Japón. Y en menor medida, pero con idéntica dirección, el fenómeno se observa tratándose de los capitales alemanes, japoneses, ingleses o franceses. Lo que puede servir de base para sugerir que, a medida que geográfica, económica y políticamente se restringe el mercado capitalista y se acentúa la falta de uniformidad en su desarrollo, la exportación de capital, más que verse relegada a un plano secundario, adquiere nuevas formas y sufre desplazamientos que corresponden a ciertos cambios en la estructura del sistema así como al surgimiento de oportunidades de inversión antes inexistentes, como ha ocurrido, por ejemplo, con la necesidad de renovar y reconstruir el viejo y dañado aparato productivo de una Europa sumida por largos años en la depresión y la guerra. Pero, destí-

¹¹⁰ "La difundida noción de que la teoría del imperialismo debe relacionarse fundamentalmente con la inversión en países subdesarrollados, como bien señala Magdoff, es lisa y llanamente incorrecta..." En realidad, "... las oportunidades de inversión lucrativa en tales países están limitadas por las propias condiciones impuestas por las operaciones del imperialismo..." "El antagonismo entre centros industriales que se desarrollan desigualmente constituye el eje de la rueda del imperialismo." H. Magdoff, *Ob. Cit.* pp. 44 y 18.

nese más o menos capital hacia los países atrasados, el sistema se sigue rigiendo esencialmente por la ley de la ganancia, y el exceso de capacidad productiva tiende genéricamente a "exportarse" y a la vez a desperdiciarse y aun a destruirse de un modo u otro.

Por eso nos parece improcedente la afirmación de Alavi, de que "el capital monopolista... prefiere [hoy] ampliar la capacidad productiva interna, toda vez que ello es más seguro y económicamente ventajoso...", e irrelevante lo expresado por Jalée cuando dice que, a diferencia de lo que ocurría en los días de Lenin, al imperialismo interesa hoy más exportar mercancías que invertir capitales en el Tercer Mundo. Si con lo primero se quiere subrayar que la inversión interna de los grandes países industriales es mayor que la que se hace en el extranjero, se está en lo justo; pero a tal declaración habría que agregar que ello siempre ha sido así, incluso en los mejores tiempos de la exportación de capital. Si se quiere poner énfasis en que ésta, y en particular la que se hace a los países atrasados, no son capaces de absorber una parte sustancial del excedente de capital, sino que incluso éste crece a consecuencia de las ganancias que se acumulan en favor de los exportadores, también se está en lo justo. Pero, entonces, debiera recordarse que, desde los ya lejanos días del colonialismo español, la exportación de capital ha sido un mecanismo a través del cual los exportadores, a cambio con frecuencia de inversiones insignificantes, sustrajeron masas enormes de productos y recursos creados por los países hoy subdesarrollados.

La exportación de mercancías y la de capitales no son excluyentes: ambas interesan a los grandes monopolios. Cuando Lenin hizo hincapié en que "lo típico" del capitalismo monopolista es la exportación de capitales no pretendió, en nuestro concepto, en modo alguno, restar importancia al comercio de mercancías. Por el contrario, expresamente indica que "...la exportación de capital

al extranjero se convierte en un medio para estimular la exportación de mercaderías... ”¹¹¹

Y lo mismo podría decirse de los créditos, de los programas de “ayuda técnica”, de la multiplicación de filiales y subsidiarias en el exterior, e incluso de la política que los países imperialistas mantienen en el campo educativo, diplomático o militar. Bajo el imperialismo “hay una interrelación genérica entre comercio y bandera...”, una “subyacente unidad entre la economía interna, la actividad económica externa de la industria y las finanzas, los militares y la diplomacia internacional”.¹¹² Y si el flujo real de recursos financieros que se envían al exterior, y específicamente a los países atrasados, no es mayor, ello no obedece a que la exportación de capital haya perdido importancia, sino más bien a que se han agudizado a tal punto la explotación y el parasitismo, que el capital monopolista puede ejercer un creciente control de la economía internacional y en particular del aparato productivo de los países atrasados, mediante la reinversión de las jugosas ganancias que obtiene casi sin necesidad de inversiones nuevas y con base esencialmente en los recursos productivos y en particular financieros del país receptor.

Pero tan importantes son las inversiones al exterior —cualquiera que sea la forma que asuman— que se estima, por ejemplo, que los ingresos derivados de las mismas, que en 1950 representaron el 10% de las ganancias totales de las empresas no financieras de Estados Unidos, en 1964 constituían ya el 22%. En el mismo lapso, mientras las exportaciones norteamericanas aumentaron de 10 a 25 billones (miles de millones) de dólares, las ventas realizadas desde otros países por empresas controladas total o parcialmente por el capital yanqui se elevaron espectacularmente, de 44 a 143 billones. Y no

¹¹¹ V. I. Lenin, *Ibid.*, p. 101.

¹¹² H. Magdoff, *Ob. Cit.* p. 197.

se piense que el aumento de las inversiones directas hizo innecesario endeudarse a través de diversas clases de préstamos. Tan solo entre 1956 y 1967, el saldo de la deuda externa a mediano y largo plazo de los países subdesarrollados pasó de 9.7 a 41.5 billones de dólares, lo que ha traído consigo que una alta proporción de los nuevos créditos tenga que destinarse anualmente a cubrir el servicio de las viejas deudas y no a fomentar el desarrollo.¹¹³

En resumen, en la fase histórica del imperialismo se producen cambios de diversa naturaleza y alcance en el funcionamiento del sistema, el que, no obstante, continúa desenvolviéndose conforme a leyes propias de la formación capitalista, cuya forma de operación se modifica en ciertos casos. Como hemos visto, se insiste a menudo en que el imperialismo propiamente colonial cede su lugar a un imperialismo indirecto y menos opresivo, cuya acción se desenvuelve con arreglo a patrones distintos a los tradicionales, e incluso no faltan quienes sugieran que el imperialismo prácticamente desaparece. Otros, en cambio, expresan que "en la época de descolonización política, la explotación imperialista de los países del tercer mundo no sólo prosigue, sino que se acentúa."¹¹⁴

Sin restar importancia a la descolonización, quienes más se interesan en ella incurren con frecuencia, a nuestro juicio, en el error de no apreciarla en su justa dimensión histórica. Sus opiniones se limitan a los países afroasiáticos que en años recientes conquistaron su independencia política, y a menudo parecen identificar el neocolonialismo con el imperialismo, olvidando que éste tiene su propia dinámica en el contexto del desarrollo capitalista y que en Latinoamérica, en particular, siempre ha sido de carácter indirecto, aunque no por ello menos expoliador. El colonialismo y el neocolonialismo son fases de un mismo proceso histórico, entre las que

¹¹³ *Ibid.*, pp. 109, 205 y 178.

¹¹⁴ P. Jalée, *Ob. Cit.* p. 99.

hay una secuencia bien definida; pero aquél se gestó en una etapa muy anterior y en la mayor parte de los países de América Latina, hubo un lapso largo entre el momento en que se obtuvo la emancipación política y la época en que, con mayor propiedad, podría situarse el nacimiento del imperialismo, como capitalismo monopolista.

El imperialismo, debemos tenerlo presente, no conduce al estancamiento crónico. Su papel es mucho más complejo y dinámico: surge a consecuencia del desarrollo capitalista y, dialécticamente, condiciona ese desarrollo en su última fase histórica, volviéndolo cada vez más desigual, inestable y contradictorio, tanto porque las fuerzas productivas crecen con cierta rapidez y sin uniformidad —y mucho menos armonía o equilibrio—, como porque la explotación de las grandes masas de trabajadores en la metrópoli, y sobre todo en el mundo del subdesarrollo —inherente a un régimen de propiedad privada de los medios de producción—, opera a la postre como freno al crecimiento y a la vez como fuente de graves desajustes estructurales.

El imperialismo no sólo entraña, para los países económicamente atrasados, una constante succión de su potencial de desarrollo a través del comercio, los servicios y el movimiento de capitales. Al margen del hecho de que tales países pagan un oneroso e injusto tributo al vender barato y comprar caro a las potencias imperialistas, y de que la inversión extranjera, pese a todo lo que de ella gustan decir sus defensores, es también un sutil y engañoso mecanismo de explotación de los pueblos dependientes, el imperialismo es un complejo de condiciones históricas que agudizan el atraso y vuelven imposible superarlo, sin una gran transformación social.

Bajo su influencia decisiva se configura una estructura de clases, y a partir de ésta un patrón socioeconómico (reparto de la riqueza y el ingreso, formación y utilización del excedente, proyección sectorial y regional

del proceso económico, eficiencia del sistema y posibilidad de emplear productivamente los recursos disponibles, etc.) que, no obstante descansar en la explotación masiva del trabajo y, en consecuencia, en la creación de un excedente susceptible de impulsar el desarrollo, conduce a la concentración de la riqueza y el ingreso en manos de una burguesía parasitaria y dependiente, incapaz de trazar una estrategia económica genuinamente nacional, y que en parte consume improductivamente, y en parte envía al exterior o pasivamente deja que se fugue una riqueza potencial que, a la postre, sólo sirve para hacer más ricos a los ricos nacionales y extranjeros.

De esa estructura socioeconómica resultan y, recíprocamente, sobre ella ejercen influencia, las situaciones más características del subdesarrollo, como son la profunda desigualdad y el crónico deterioro en la relación de intercambio, la dependencia respecto a la producción y exportación de productos primarios y a la importación de manufacturas, el cada vez mayor dominio de la industria por parte de grandes monopolios extranjeros, que irrumpen en la economía subdesarrollada como un factor extraño que desgarrar y aun subvierte múltiples relaciones; la dependencia tecnológica; el crónico subempleo de los recursos productivos y en particular de la fuerza de trabajo, y la tendencia a financiar el precario desarrollo, no mediante la utilización del ahorro que se acumula en las clases altas o que a virtud de la dependencia se fuga hacia el exterior, sino a través de medios inflacionarios que empobrecen más al pueblo o de inversiones y préstamos extranjeros que acaban por hipotecar a las naciones que los reciben.

Y así como las diversas formas de la dependencia se entrelazan, y a la vez sufren continuos cambios en sus relaciones mutuas, así también se modifica el carácter interno de cada una de ellas, lo que expresa, y al propio tiempo determina ciertos cambios en la estructura económica. Si se repara, por ejemplo, en la inversión extran-

jera en los países subdesarrollados y se examina su comportamiento a lo largo de algunos decenios, se observa que las formas que asume, las actividades a las cuales se destina y las relaciones que hace surgir entre los capitalistas extranjeros y los locales, varían en razón de los cambios que sufre el país en que se hace la inversión, los que a su vez resultan, en buena medida, de los que se producen en la metrópoli imperialista y en el patrón dominante de las relaciones económicas internacionales. A ello obedece, en nuestro concepto, que las inversiones extranjeras, lejos de inmovilizarse en una área determinada, se desplacen de unos campos a otros en busca de las mayores ventajas económicas y políticas. En algunos países subdesarrollados se advierte claramente que el capital extranjero, que en los primeros años del desarrollo de los monopolios se interesó, digamos, por controlar los ferrocarriles y otros medios de transporte, después se incline hacia la minería o la agricultura, más tarde hacia los servicios públicos y, en una fase más reciente, empiece a desplazarse en forma masiva hacia el comercio y la industria de transformación. Tal movilidad revela que el capital extranjero no se confina en los países atrasados, como suele sugerirse en algunos burdos esquemas, a la explotación de materias primas, ni se contrae a una alianza política con los latifundistas o, en general, con las fuerzas más conservadoras.

Quienes subrayan que el capitalismo parece haber resuelto sus más graves problemas; quienes se entusiasman ante la prosperidad económica lograda en años recientes, sin preocuparse por investigar cuáles han sido los medios, a veces realmente criminales, mediante los que se ha conseguido esa prosperidad; quienes creen que el desarrollo capitalista se ha librado de su carácter cíclico, porque en las últimas décadas no han estado presentes las dramáticas escenas de postración y desempleo, estancamiento, miseria y aun destrucción física de enormes riquezas que acompañaron a la depresión de los años treinta, eluden en nuestro concepto lo que debiera ser el centro de su atención.

El capitalismo supone, y en buena medida consiste en un proceso de concentración de la producción y del capital que, visto el sistema en su conjunto, como entidad global y unitaria, tiene como contrapartida el empobrecimiento de grandes masas de trabajadores.¹¹⁵ La tendencia a la concentración se agudiza notablemente en la fase monopolista, en que las grandes empresas, digamos tradicionales o típicas de los primeros años del imperialismo, se convierten en un puñado de gigantescas corporaciones "multinacionales", que al propio tiempo que expresan la socialización creciente de la producción, llevan ésta a niveles más altos y se funden con el gobierno en lo que propiamente es el capitalismo monopolista de estado.¹¹⁶

Debido a la acción de una ley del desarrollo de la historia (la ley del desenvolvimiento progresivo de las fuerzas productivas), que bajo el capitalismo opera con mayor intensidad que en todas las formaciones previas, y simultáneamente, a consecuencia de las contradicciones propias del sistema,¹¹⁷ las fuerzas productivas tienden a expandirse, y aunque el ritmo a que lo hacen es inferior al que en otro marco estructural sería posible lograr, generalmente rebasa el nivel de una demanda crónica-

¹¹⁵ Sobre la influencia del imperialismo en el subdesarrollo latinoamericano, hay algunas apreciaciones menos esquemáticas que éstas en mi libro *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, México, 1967. (especialmente en las páginas 91 a 121).

¹¹⁶ "La esencia del capitalismo monopolista de Estado —señala Varga— consiste en la unión de las fuerzas de los monopolios y del Estado burgués para lograr dos objetivos: 1) la conservación del régimen capitalista en la lucha contra el movimiento revolucionario dentro del país y en la lucha contra el... socialismo, y 2) la redistribución por medio del Estado de la renta nacional en provecho del capital monopolista. El cumplimiento de estos objetivos implica grandes dificultades y contradicciones." E. Varga, *El capitalismo del siglo xx*, Moscú, 1960, p. 121.

¹¹⁷ Como, por ejemplo, el estímulo artificial de la demanda y la "presión por vender"; las guerras y la tremenda destrucción que éstas traen consigo, y a la vez la rápida movilización de recursos que reclaman; las oscilaciones cíclicas de la acti-

mente insuficiente, que en última instancia es frenada por la desintegración del capitalismo como sistema, por el bajo nivel de vida de las masas y en particular por el atraso y la miseria dominante en los países subdesarrollados.¹¹⁸

Quienes detentan el poder tratan, naturalmente, y a veces con cierto éxito, de mitigar las contradicciones más graves del sistema. Y por su lado, el descontento de los trabajadores toma cuerpo a menudo en acciones que derivan en mejores salarios o en ajustes que, de uno u otro modo, contrarrestan también los desequilibrios.

Las contradicciones cada vez más profundas del capitalismo no llevan, empero, fatalmente, a la autodestrucción o el derrumbe espontáneo. Tales contradicciones son fenómenos históricos, o sea situaciones en las que siempre interviene la acción humana. Cuando se dice que el imperialismo es la última fase del capitalismo no se hace, en tal virtud, una afirmación absoluta y dogmática, carente de fundamentación objetiva. Se alude a un hecho histórico, a un momento del desarrollo de la sociedad en que, mientras el capitalismo demuestra ser definitivamente incapaz de resolver aun los problemas más apremiantes de millones de seres humanos, éstos adquieren, por su parte, la capacidad para comprender el origen de su pobreza, para organizarse, para unirse y transformar el orden social a través de una lucha revolucionaria. Que vivimos, precisamente, ese momento,

vidad económica y los costosos, antisociales mecanismos a través de los cuales se restablece el equilibrio; el proceso de "destrucción creadora" mediante el cual se producen las innovaciones técnicas; la existencia de una competencia de costos, aún después de que desaparece la competencia de precios; la rivalidad entre las potencias interimperialistas y el deseo de no quedar atrás de las realizaciones de los países socialistas.

¹¹⁸ Bertrand Russell dice al respecto que: "en la presente fase de la historia el imperialismo norteamericano ha llegado a ser la principal fuente de explotación y opresión en el mundo...", así como la "causa básica del deplorable nivel de vida que prevalece en cerca de las dos terceras partes de la población mundial." *Monthly Review*, marzo de 1966, p. 31.

en que los pueblos toman conciencia de sus intereses y se rebelan en busca de nuevos caminos lo comprueba, a nuestro juicio, el avance incontenible del socialismo y la inquebrantable, heroica decisión de un pequeño pueblo como el de Vietnam, de enfrentarse al imperialismo hasta vencer o morir.

Las teorías de la planificación y del desarrollo

¿Pero no son, precisamente, la planificación, la integración y el desarrollo los nuevos caminos que el capitalismo ofrece a los pueblos que viven en su órbita, para librarse de la anarquía y el atraso? ¿Acaso no se acepta que el mecanismo del mercado no es ya un agente histórico capaz de asegurar por sí solo el crecimiento y la mejor utilización de los recursos productivos, y que el Estado debe intervenir permanentemente en el proceso económico, ya que el desarrollo sólo es viable si se produce en respuesta a planes previos y decisiones deliberadas.

Durante mucho tiempo se consideró, en los círculos académicos burgueses, que la planificación era del todo inaceptable. Algunos economistas —como vimos ya en el caso del profesor Von Mises— la creían incluso imposible y aseguraban que el solo intento de emplearla provocaría irremediablemente el caos económico y el retroceso de la sociedad. Pero los avances del socialismo, la convicción de que la pobreza no es inevitable y el temor de que los pueblos explotados rechacen las vías capitalistas tradicionales y opten por el socialismo, todo ello hizo que en años recientes empezara a hablarse en el mundo “libre” de la planificación y el desarrollo, y que aun en los centros académicos más conservadores se diera cabida al estudio sistemático de tales fenómenos.

El término “planificación” se usó con frecuencia en los años de la guerra de 1914-18, y aun desde la primera

década del siglo. Fue, sin embargo, en los veintes, después del triunfo del socialismo en Rusia, cuando comenzó a surgir lo que, en un sentido estricto, podría considerarse la teoría de la planificación.

El modelo soviético del desarrollo

En 1918 y 1919, bajo el llamado “comunismo de guerra”, la URSS vivió un período anormal, propiamente de emergencia, en que lo esencial era retener el poder recién conquistado y enfrentarse con éxito a los enemigos de dentro y de fuera. En un pequeño libro escrito con fines de divulgación, en 1919, Bujarin expresaba:

El sistema de producción comunista no presupone la producción para el mercado. Se produce para satisfacer las necesidades de la sociedad. Por tanto no existen *mercancías*, sino sólo *productos*. Estos productos... no son ni vendidos ni comprados... En tal sistema —agregaba— el dinero será cosa superflua...

Unas páginas más adelante, decía:

Bajo la dictadura del proletariado... los medios de producción son transitoriamente monopolizados por la clase trabajadora... Por tanto, todavía no pueden existir relaciones de producción verdaderamente comunistas...¹¹⁹

El nuevo orden económico, surgido de una transformación estructural de la sociedad, plantearía problemas nunca antes considerados y respecto a los cuales sólo se contaba con breves y aisladas referencias doctrinales en algunos escritos de Marx y Engels¹²⁰ En tales condicio-

¹¹⁹ N. Bujarin, *El ABC del comunismo*, México, 1963, pp. 75 y 84 [Escrito con la colaboración de E. Preobrazhensky].

¹²⁰ Por ejemplo, la *Crítica del programa de Gotha*, el tomo III de *El Capital*, el *Manifiesto*, y el *Anti Duhring*.

nes, la práctica y la teoría de la planificación tuvieron que forjarse sobre la marcha, a partir de los problemas diarios y de las discusiones a que tales problemas daban lugar. Hacia fines de 1920, en el marco de la "nueva política económica" (NEP), se expidió el Plan GOELRO, que aun cuando fue conocido como un plan de electrificación, tuvo en realidad un alcance más amplio e intentó impulsar el proceso de modernización, que empezaba a ser un asunto de vida o muerte para la Unión Soviética.

Entre 1921 y 1922 los problemas del "período de transición", y en particular las relaciones entre el plan y el mercado fueron ya objeto de una mayor consideración, que reflejaba el profundo convencimiento de que "...la economía socialista es una economía planificada centralmente..., y de que el mecanismo del mercado constituye un elemento extraño... que puede ser tolerado por necesidad, durante un cierto tiempo, pero que debe ser eliminado lo más rápidamente posible..."¹²¹

En 1922 se fundó el Gosplan, organismo que debería formular un "plan unificado" para toda la economía; pero que sólo pudo elaborar programas seccionales que resultaba difícil coordinar, y en 1923-24 se realizó el primer balance de la economía nacional, el que dio a conocerse en 1925, con las primeras "cifras de control". El balance, a partir del cual trabajaría el economista W. Leontieff en la elaboración de sus famosas matrices de insumo-producto, tuvo gran importancia. El propio Leontieff comentaría al respecto:

La principal característica de este balance es la de que, a diferencia de investigaciones estadístico-económicas como los censos norteamericanos e ingleses, constituye un intento de representación numérica no solamente de la producción sino también de la distribución del producto social, a fin de obtener una imagen general de

¹²¹ W. Brus, *El funcionamiento de la economía socialista*, Barcelona, 1969, p. 42.

todo el proceso de reproducción en la forma de un *Tableau Économique*.¹²²

En 1927 y 28 se trabajó en la reestimación de las cifras de control, que en un principio se habían establecido a partir de ciertas relaciones que se suponían constantes. En 1928-29 se lanzó el primer plan quinquenal, y en 1930 se generalizó y perfeccionó grandemente el método de balances de materiales, en los que con base en ciertos coeficientes técnicos derivados de la práctica misma, y no de "generalizaciones estadísticas", se establecieron las principales interrelaciones económicas a fin de evitar desajustes en la marcha del plan y de lograr su mayor coherencia interna. "Los balances —observa Dobb— no intentaban definir una estructura global de relaciones a la que todos los planes debieran sujetarse..." "Constituían un sistema mucho más flexible de eslabones concretos y derivaban del conocimiento real de los requerimientos del proceso productivo..."¹²³

En la etapa inmediata anterior a la formulación del primer plan se examinaron, además, problemas teóricos fundamentales, por lo que el desarrollo de la planificación no fue simplemente empírico. La Unión Soviética era entonces un país de escaso desarrollo industrial, con una agricultura atrasada y de muy baja productividad, y que si bien acababa de vencer a sus enemigos más enconados, estaba aun semidestruida, cercada por los más fuertes países capitalistas y ante la impostergable necesidad de fortalecer sin demora su economía. Para ello debía trazar y llevar a la práctica una estrategia de desarrollo que sirviera de base y de guía a la planificación. Pero, ¿qué camino tomar?, ¿debían utilizarse en alguna medida las fórmulas tradicionales o era necesario abrir nuevas rutas? Shanin, Bazarov, y poco después Bujarin y Rykov, en lo

¹²² Cit. por M. Dobb en *Capitalism, development and planning*, Nueva York, 1967, p. 129.

¹²³ M. Dobb, *Soviet economic development since 1917*, Nueva York, 1948, p. 331.

que llegó a conocerse como la “oposición de derecha” a la Dirección del Partido, se pronunciaron en favor de una estrategia en el fondo cercana al viejo patrón del desarrollo capitalista y que aconsejaba impulsar primero la agricultura, después la industria ligera y por último la industria pesada. Preobrazhensky y, en general, los “opositores de izquierda”, se inclinaban en favor de un rápido desarrollo que centrara el esfuerzo en la industria, posición que de hecho había sido sugerida por el propio Lenin y que, a la postre, acabó por imponerse en la dirección de la política económica soviética. Las discusiones en torno a la estrategia a seguir no se confinaron, empero, a los problemas de política económica: derivaron en nuevas formulaciones teóricas, en las que fue tomando cuerpo un modelo de desarrollo planificado.

Entre 1924 y 1926, Preobrazhensky lanzó una tesis sugestiva, polémica y llena de implicaciones prácticas. Sostenía, esencialmente, que para actuar con éxito en la etapa inicial de la edificación socialista era preciso determinar, mediante un análisis teórico riguroso, qué leyes fundamentales actuaban en aquel momento y de qué manera específica lo harían en la economía soviética en el período de transición. Para lograr tal cosa debía previamente elegirse un método adecuado, cuestión que, a su juicio, no podría resolverse trasladando en forma mecánica los principios y el instrumental de la Economía Política marxista clásica, cuya principal misión consistía, como el propio Marx había expresado alguna vez a Kugelmann, en “explicar cómo opera la ley del valor.” Para examinar la economía soviética debía repararse en la presencia de un nuevo tipo de relaciones de producción: las relaciones socialistas, que al modificar el proceso económico mismo obligaban en cierto modo a desplazarse de la Economía Política a un campo científico diferente, de transición entre ella y una nueva tecnología social.¹²⁴

Trabajando desde esa perspectiva, Preobrazhensky pos-

¹²⁴ Véase: E. Preobrazhensky, *Ob. Cit.* p. 63.

tuló que la economía soviética era un sistema "socialista mercantil" en el que conjunta, y a la vez contradictoriamente, operaban la ley de la acumulación socialista y la ley del valor, como expresión de dos formaciones sociales diferentes y aun antagónicas.¹²⁵

El autor designó a la primera de ellas la "ley de la acumulación primitiva socialista", término que, parafraseando a Marx, se hacía corresponder a un período anterior al socialismo propiamente dicho, en el que a consecuencia de la acción de tal ley se crearían las condiciones necesarias para la edificación socialista y aun para alcanzar y superar a los países capitalistas técnicamente "mas avanzados. Entre los elementos principales de la ley se consideraban las fuerzas "concientes y semi-espontáneas en la economía estatal", que impulsan la "expansión y consolidación de la organización colectiva del trabajo...", con base en la necesidad de: 1) distribuir las fuerzas productivas (en forma distinta a la que habría resultado de la ley del valor), a fin de lograr una acumulación óptima en las condiciones existentes, y una máxima capacidad defensiva del nuevo sistema frente a la producción capitalista, y 2) determinar las proporciones de recursos materiales que, a fin de garantizar el desarrollo equilibrado de la economía socialista, debían destinarse a la acumulación, especialmente a expensas de la economía privada. Consideraba Preobrazhensky que, en el período de transición, la ley general de distribución del trabajo social (*labour-expenditure*), necesaria en todo sistema productivo, tomaría concreta e inevitablemente la forma de la ley de la acumulación primitiva socialista, la que a su vez se desenvolvería en continuo conflicto con la ley del valor.¹²⁶

Tal planteamiento teórico no fue una simple abstracción sin consecuencias prácticas. Suponía, por un lado, que para acelerar el proceso de desarrollo debía darse

¹²⁵ Véase: *Ibid.*, p. 138.

¹²⁶ Véase: *Ibid.*, pp. 146, 24 y 34.

atención preferente a la expansión y modernización de la industria, y por el otro, que para financiar ese desarrollo debía trasladarse una gran parte del excedente generado por la agricultura y, en general por la economía privada, hacia el sector estatal o socialista, ya que éste, por sí solo, sería incapaz de aportar los recursos necesarios.

Fue Bujarin, probablemente, quien con mayor severidad criticó la teoría de que hablamos, sosteniendo a su vez que la economía soviética descansaba en relaciones fundamentalmente mercantiles, que su funcionamiento no podía estar regido por “dos reguladores”, y que la llamaba “ley de la acumulación primitiva socialista” era, en todo caso, un aspecto de la política estatal que no tenía el carácter de ley, como en una “burda” comparación lo había pretendido su autor. Y en cuanto a las implicaciones prácticas de la teoría señaló, entre otras cosas, que el énfasis sobre la industria traería consigo inconvenientes desequilibrios, que sin duda afectarían el proceso de desarrollo, sobre todo si éste se hacía descansar en la sustracción y movilización del excedente rural, en un momento en que las condiciones de los campesinos eran ya muy precarias.

Tras de largos debates en los que con frecuencia se hizo gala de un alto nivel intelectual, pero en los que también afloraron a menudo sordas rivalidades políticas que volvían muy difícil llegar a un entendimiento, hacia 1928 el gobierno soviético tenía ya una estrategia bien clara:

En los países capitalistas —diría por entonces Stalin— la industrialización se efectuó, por lo general, a cuenta, principalmente, del saqueo de otros países...

Nuestro país se distingue, precisamente, de los países capitalistas en que no puede y no debe saquear... a otros... Y además, "...no dispone tampoco y no quiere disponer de empréstitos extranjeros en condiciones leoninas...

¿Qué camino nos queda, en tal caso?... Uno sólo:

desarrollar la industria, industrializar al país a cuenta de la acumulación *interior*...

Pero, ¿cuáles son las fuentes principales de esa acumulación?... Son dos: en primer lugar, la clase obrera... (y) en segundo lugar, el campesinado...¹²⁷

Unos meses más tarde, Stalin volvería sobre el tema: Nuestras tesis arrancan de que el rápido ritmo del desarrollo de la industria en general, y de la producción de medios de producción en particular, es el principio fundamental y la clave de la industrialización del país...

...¿Qué significa un ritmo rápido del desarrollo de la industria?... más inversiones capitales en ella... y cifras de control... que se fijan y cumplen bajo el signo de una gran tensión de fuerzas... (¿) Necesitamos en general que los planes sean tan duros (?) ...¿Acaso no se puede trabajar a un ritmo más lento, en un ambiente de mayor 'tranquilidad'?¹²⁸

Y, recordando el lema leninista de "perecer o avanzar a todo vapor", Stalin concluía que tal era el único camino para superar las contradicciones internas, "elevar la base técnica" de toda la economía, impedir la restauración del capitalismo y defenderse eficazmente del enemigo externo.

El énfasis en la producción de bienes de capital como requisito de un rápido desarrollo, no sólo se advertía en los alegatos políticos. Basándose en los esquemas marxistas de la reproducción, el economista G. A. Feldman llegó a construir un modelo macroeconómico —acaso el primero en su género—,¹²⁹ cuya ecuación de crecimiento —idéntica, según Dobb, a la que años más tarde formularía Harrod— sólo se distinguía de la de éste en que "...la

¹²⁷ J. Stalin, *Obras*, Moscú, 1949, T. II, pp. 165 a 167.

¹²⁸ *Ibid.*, pp. 261 y sigs.

¹²⁹ Domar reconoce la importancia de los análisis soviéticos hechos en los años veinte, y es autor de un ensayo que explica el funcionamiento del modelo de Feldman. Véase: *Essays in the theory of economic growth*... Cap. IX.

tasa de crecimiento era igual a la capacidad productiva del sector de bienes de capital —tomada como una proporción de la capacidad productiva total— multiplicada por la eficiencia del capital”, [o sea] la inversa de la relación capital-producto.”¹³⁰

El modelo de Feldman suponía un escaso grado de desarrollo, sobre todo en el sector de bienes de capital, así como la posibilidad de un rápido aumento de la fuerza de trabajo, especialmente en la industria; y su autor comprendía que, a partir de cierto nivel, la tasa de inversión en dicho sector tendría que estabilizarse o incluso reducirse en favor del sector de bienes de consumo. En otras palabras, correspondía a una estrategia de desarrollo acelerado en que la inversión crecería más de prisa que el ingreso, y sobre todo que el fondo de consumo, hasta el momento en que la escasez de mano de obra u otros factores limitantes obligaran, por una parte a aumentar la proporción del ingreso destinada al consumo, y por la otra, a hacer depender el incremento del ingreso principalmente de una mayor productividad y ya no de un rápido aumento de la ocupación.

La estrategia de una industrialización acelerada no sólo supuso un gran impulso a la industria pesada, sino una profunda transformación de la agricultura, cuya colectivización fue deliberadamente impuesta desde abajo y desde arriba, como condición económica para hacer posible la creciente producción y el aprovisionamiento de mano de obra que la industrialización requería, y, políticamente, para afianzar al nuevo régimen en su lucha contra los no pocos pequeños y medianos propietarios rurales, que habían convertido sus haciendas en baluartes antirrevolucionarios.

La rápida colectivización del campo —cuya significación había pasado casi inadvertida tanto para los opositores de derecha como de izquierda— y la rígida centrali-

¹³⁰ M. Dobb, *Capitalism, development and planning...*, pp. 109 y sigs.

zación en la ejecución de los primeros planes, que más que obedecer a ciertas concepciones doctrinales fue el fruto de exigencias impuestas por la realidad imperante, contribuyeron a que, en unas cuantas décadas, la Unión Soviética superara un atraso de siglos y sentara las bases de una economía moderna, sin la cual habría sido imposible enfrentarse con éxito a la mayor ofensiva lanzada por el nazismo contra nación alguna.

La ley del valor en una economía planificada

En parte por la necesidad de acometer tareas prácticas inaplazables —y sobre todo, de entregarse a la lucha diaria contra un enemigo que no desaprovechaba oportunidades para atacar— y en parte porque la severa centralización trajo consigo crecientes restricciones y acabó por crear un clima poco o nada propicio a la discusión académica, durante los años treinta y cuarenta se produjo un notable descenso en el nivel y aun en la frecuencia de los debates teóricos sobre la planificación y el desarrollo en la URSS. Paradójicamente, fue más bien en los países capitalistas en donde, ante la severidad de la depresión posterior a 1929 y las primeras experiencias de la planificación soviética, se hicieron incursiones teóricas más o menos especulativas, como las ya citadas de los profesores Von Mises, Von Hayek y Robbins, y el interesante ensayo de Taylor y Lange: *Sobre la teoría económica del socialismo*. En la Unión Soviética, fue hasta después de la segunda guerra cuando, a partir de algunos trabajos de Strumilin,¹³¹ de ciertas opiniones de Stalin, y, probablemente en mayor medida, de una nueva realidad que empezaba a abrirse paso, volvieron a plantearse cuestiones teóricas de gran interés.

En 1952, en un folleto titulado *Problemas Económicos*

¹³¹ En particular, su conocido artículo de 1946 sobre "El factor tiempo en la planificación de las inversiones de capital".

del Socialismo en la URSS, Stalin sostuvo que si bien la ley del valor no tiene "una función reguladora en nuestra producción socialista", de todos modos influye en dicha producción, sobre todo tratándose del sector de bienes de consumo, que se producen y realizan como mercancías, bajo la acción de dicha ley. Tanto esta declaración como ciertos conceptos sobre la Economía Política y su papel en un régimen socialista, en que el examen teórico de las relaciones de producción parecía divorciarse de los problemas en torno a la política de precios, provocaron explicables dudas e invitaron a nuevas discusiones. Hacia fines de los años cincuenta varios economistas plantearon la necesidad de acercar los precios de los bienes de producción a sus respectivos valores, y, mientras otros objetaban enérgicamente tal posición, el académico Nemchinov recordaba a los economistas su "obligación de crear una teoría de los precios en una economía planificada".

La preocupación en los organismos de planificación por utilizar mejor los recursos en todo el sistema y la tendencia, en cierto modo, a identificar la racionalidad socialista con la eficiencia de la inversión, se tradujeron en el empleo de métodos cuantitativos de medición y análisis que, si bien fueron frecuentemente criticados por su excesivo formalismo y aun por aproximarse a ciertos planteamientos burgueses sobre la "productividad del capital",¹³² acabaron por incorporarse a las nuevas técnicas de planificación y dieron lugar a interesantes debates sobre el régimen de precios en una economía socialista y sus relaciones con la ley del valor.

Durante mucho tiempo se creyó, de acuerdo con algunas opiniones de Marx y Engels, que la ley del valor dejaría de operar en una economía planificada en la que desapareciera la propiedad privada de los medios de producción. Se pensaba que tal ley era típica de una formación socioeconómica anterior, y aun quienes la asociaban, en

¹³² Véase: M. Dobb, *Capitalism, development and planning...* pp. 143,

general, a los sistemas de producción mercantil, subestimaban la importancia de estas formas de producción en las primeras fases del desarrollo de una economía planificada.

En el otro extremo ciertos teóricos consideraban que, aun en ese tipo de economía, la ley del valor operaría en forma análoga a como lo hacía en una economía de mercado. O sea que la concebían como una ley general —que en efecto lo es— y sin prestar mayor atención a los nuevos mecanismos reguladores de una economía socialista, exageraban la importancia de las áreas de producción mercantil y no apreciaban las contradicciones propias de la fase de transición, ni la creciente influencia de la planificación sobre las decisiones económicas fundamentales.

En años recientes se ha profundizado en el análisis del problema, y algunos economistas como Lange, Minc, Dobb y otros, parecen coincidir en apreciaciones como éstas:

- La ley del valor opera en donde hay producción mercantil. Es, por consiguiente, una ley general que si bien alcanza su mayor desarrollo bajo el capitalismo, es anterior y posterior a tal sistema.
- En una economía planificada, la ley de que hablamos no actúa de manera irrestricta: lo hace en escala limitada y dentro de un nuevo marco estructural e institucional. A consecuencia de ello deja de operar en la forma antagonística propia del capitalismo.
- La presencia de la producción mercantil, y por ende del dinero, del cambio, el crédito, etc., en una economía planificada, tiene un alcance del todo diferente al que es propio del capitalismo, debido a que bajo el socialismo no hay un mercado propiamente dicho, no hay competencia, no hay empresarios capitalistas ni monopolios. El contenido concreto de las relaciones entre el valor y el precio en una economía planificada no lo determina, por tanto, exclusivamente, el hecho de que subsista la producción mercantil. La acción misma de la ley del valor está condicionada por nue-

vas relaciones de producción, por la propiedad colectiva de los medios de producción, por la participación permanente del Estado en la economía y por la existencia de un plan que influye de manera decisiva en la asignación de los recursos disponibles y, por tanto, en el ritmo y la dirección del proceso económico.

—Ahora bien, como los consumidores disponen libremente de su ingreso en la adquisición de bienes de consumo, puede decirse que es en el radio de la circulación de estas mercancías donde ejerce mayor influencia la ley del valor. Aun así, el plan influye grandemente también sobre el monto y la composición de la demanda de los propios consumidores, toda vez que a través de él se determinan el volumen y la estructura de la producción, el nivel de inversión, y por ende del fondo de consumo, así como los precios de múltiples productos.¹³³

En un interesante ensayo sobre estos temas, y en particular sobre el papel de la ley del valor en la determinación de las decisiones de inversión, el economista polaco W. Brus plantea, por su parte, lo siguiente:

—Cuando se producen una concentración y un grado de control de los recursos productivos como los que existen en una economía socialista, que permiten ejercer una influencia decisiva en el proceso económico, la mera existencia de categorías monetarias no puede identificarse con la ley del valor, ya que en tal caso “las relaciones de precios difieren de las de valor, no accidental y temporalmente, sino a consecuencia de una política conciente”.

—La determinación de las proporciones económicas esenciales en una economía socialista depende de una ley

¹³³ Tres interesantes ensayos sobre estas cuestiones, de los que hemos tomado algunas apreciaciones son: “Political Economy of Socialism” del Dr. Lange y “Economic Choice in Planning and the Price Problem”, del profesor B. Minc, ambos contenidos en *Problems of Political Economy of socialism*, Varsovia, 1959, así como el último capítulo de la obra de M. Dobb, *Economía Política y capitalismo*.

fundamental, como es la ley del desarrollo planificado. El papel regulador de la ley del valor significa, por consiguiente, que la estructura de la producción de bienes de consumo se ajusta a la demanda bajo ciertas condiciones de producción y a determinados niveles de ingreso. Y aun dentro de tales condiciones, la estructura del consumo puede ser modificada a través de una política de precios, que aleje el nivel de los mismos del de sus correspondientes valores.

- De acuerdo con la ley del valor, la inversión debería distribuirse con miras a lograr la igualación de la tasa de ganancias, y destinarse en primer término a donde los rendimientos fuesen más altos. Este criterio sería del todo inadecuado para formular una política de inversión a largo plazo en una economía planificada, en la que, más que actuarse en razón de “condiciones dadas”, se trata de modificar éstas en un proceso de desarrollo equilibrado, que en la mayor medida posible responda a las necesidades sociales.
- En síntesis, la ley del valor actúa dentro del marco determinado por las decisiones de la autoridad central. Y en cuanto al papel del “mecanismo del mercado”, Brus considera que teóricamente puede ser un instrumento de “dirección planificada”, sin que esto implique que a través de él deban tomarse las decisiones de mayor importancia, las que es preciso centralizar y adoptar directamente.

El mecanismo conforme al cual funcione una economía planificada, concluye el profesor Brus, ... debe ser perfectamente capaz de formar las proporciones de producción e intercambio conforme a las exigencias de un rápido crecimiento a largo plazo y... de garantizar la óptima asignación de los recursos... y de mantener un crecimiento equilibrado en la medida en que esto no comprometa los objetivos a muy largo plazo. En otras palabras, debe... traspasar los límites de la ley del valor y, al mismo tiempo, realizar de la manera más completa posible las exigencias de esta ley dentro

de los límites en los cuales conserva los rasgos de una ley económica objetiva...¹³⁴

Es indudable que el problema a que nos referimos es teóricamente complejo, a la vez que de gran interés práctica, y que a menudo ha sido objeto de opiniones encontradas. Cuando empezaba a organizarse la planificación en Cuba, por ejemplo, el profesor Bettelheim escribió un artículo que fue criticado por el comandante Ernesto "Che" Guevara, por entonces Ministro de Industria cubano.

Bettelheim consideraba, esencialmente, que:

El alcance y la forma de organización de la planificación dependen del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, y no de la "buena voluntad" que, en un momento dado, exista para crear ciertas instituciones.

La presencia, bajo el socialismo, de formas de producción individual como las que a menudo existen en la agricultura, obliga al mantenimiento de categorías como la "mercancía" y la "moneda", a la vez que a cierta libertad en el intercambio de determinados productos, el que no obstante debe subordinarse a los intereses generales de la sociedad. Incluso en las sociedades socialistas más avanzadas "... el proceso de apropiación no es todavía un proceso único, enteramente dominado por la sociedad, sino un proceso multiforme, fragmentado, dividido en cierto número de centros de actividad, de procesos elementales de apropiación, que comienzan solamente a ser coordinados..." por la planificación.

Aunque el mercado no es, desde luego, igual al del sistema capitalista, sino que se ha transformado profundamente, aun juega un papel importante, si bien subordinado al plan.

En las etapas iniciales de la planificación es necesario combinar el empleo de mecanismos de regulación a

¹³⁴ W. Brus, *Ob. Cit.*, Capítulo IV.

priori y a posteriori, así como dar a las unidades de producción cierta libertad para atender necesidades no previstas en el plan, pues si ello no se hace las leyes económicas se encargan de tal cosa, actuando al margen de la planificación.¹³⁵

Guevara, por su parte, expresaba que:

El concepto de la correspondencia entre las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas no debe trasladarse en forma mecánica, de un plano global al "microcosmos" de aspectos concretos de un país determinado, en su fase de transición, para extraer "conclusiones apologeticas... sobre el llamado Cálculo Económico".

"...Los defensores del cálculo económico nunca han explicado correctamente cómo se sostiene en su esencia el concepto de mercancía en el sector estatal, o cómo se hace uso 'inteligente' de la ley del valor en el sector socialista con mercados distorsionados..."

"...Negamos la posibilidad del uso conciente de la ley del valor, basados en la no existencia de un mercado libre que exprese automáticamente la contradicción entre productores y consumidores..." "La ley del valor y el plan son dos términos ligados por una contradicción y su solución..." "...La planificación centralizada es el modo de ser de la sociedad socialista..."¹³⁶

Desde los días del XX Congreso del Partido Comunista Soviético, en el que se hicieron severas críticas al régimen de Stalin, el debate en torno a las cuestiones antes mencionadas y, en general, alrededor de los problemas teóricos del desarrollo del socialismo se reanimó dentro y fuera de la URSS. En 1962-63, el profesor E. Liberman y otros economistas recomendaron conceder una creciente autonomía a las empresas y prestar mayor aten-

¹³⁵ Véase: Charles Bettelheim, "Formas y métodos de la planificación socialista y nivel de desarrollo de las fuerzas productivas", *Cuba Socialista*, No. 32, La Habana, abril de 1964.

¹³⁶ Ernesto "Che" Guevara, "La planificación socialista, su significado". *Cuba Socialista*, No. 34, La Habana, junio de 1964.

ción al criterio de rentabilidad, proponiendo emplear el volumen de utilidades como el principal indicador del funcionamiento de las empresas y autorizar a éstas para destinar una parte de sus utilidades al otorgamiento de premios y estímulos.¹³⁷

En 1965, tras de reconocer los dirigentes soviéticos que en los años inmediatos anteriores se habían observado ciertos descensos y fallas que era preciso corregir cuanto antes, anunciaron un programa de reformas que, en cierto modo, sería el punto de partida de una nueva estrategia económica, ahora principalmente interesada en elevar los niveles de consumo y en adoptar mejores formas de organización y más eficaces sistemas de incentivos. En el Informe de A. Kosiguin al Comité Central del Partido se señalaban como objetivos esenciales de la reforma: “elevar el nivel científico de la planificación, afirmar “la autonomía de las empresas y trusts, a fin de elevar el papel de la empresa como célula económica básica...”, y “fortalecer y desarrollar la autonomía económica (y) el estímulo de la producción mediante... el precio, el beneficio, el premio, el crédito...”, interesando así a las empresas a aumentar la producción.

El propio funcionario subrayaba la necesidad de “...dejar a las empresas más recursos procedentes de sus beneficios, a fin de que puedan desarrollar la producción, perfeccionar la técnica, estimular materialmente a los trabajadores y mejorar las condiciones... de los obreros y empleados, “fortalecer el principio de autonomía económica...” y, sobre la base de esa autonomía “...interesar materialmente a toda la colectividad... en que mejoren los resultados del trabajo de la empresa”.¹³⁸

Como causa principal de la reforma y de los desajustes que con ella pretendían corregirse se aludió a que los vie-

¹³⁷ Véase, E. Liberman y otros, *Plan y beneficio en la economía soviética*, Barcelona, 1968.

¹³⁸ *Reformas en la dirección de la economía soviética*, Moscú, 1965 (folleto), pp. 7, 14, 15, 19 y 20.

jos métodos de planificación, que esencialmente descansaban en decisiones administrativas, eran ya insuficientes y aun perjudiciales para dirigir una economía cada vez más diversificada y compleja. Había que estudiar más a fondo las leyes económicas y sus efectos sobre el proceso productivo, a fin de no caer en el "subjetivismo" y el "voluntarismo", y el fundamento teórico de la reforma lo daría el economista y académico Anatoli Pashkov, al expresar que las categorías mercantiles, la rentabilidad y los sistemas de estímulo material son necesarios bajo el socialismo, y "...aun en todo el período de la primera fase de la sociedad comunista".

Al haber negado largo tiempo la existencia de la producción mercantil y de la ley del valor bajo el socialismo y, posteriormente, al haber restringido de manera considerable su campo de acción, los economistas soviéticos —diría Pashkov— coadyuvaron a minimizar en la práctica el alcance que reviste el interés material de los trabajadores y los métodos del principio del rendimiento económico, frenando así la lucha por elevar la efectividad de la producción socialista.¹³⁹

La tendencia a superar las limitaciones y excesos de una planificación centralizada parecía plenamente razonable; el interés por conocer con mayor precisión y oportunidad la demanda de los consumidores, sobre todo en un momento en que iba a darse en gran impulso precisamente a la producción de bienes de consumo, era también lógico y comprensible. Incluso es explicable que aun ciertas cuestiones de fondo quedaran relegadas ante vistosas técnicas que, a manera de nuevos y atrayentes juguetes, debían, según algunos, resolver mágicamente los problemas que habían dado lugar a la reforma. Lo más grave, a nuestro juicio, consistió en hacer del interés material y la rentabilidad de las empresas el motor que impulsaría a la economía soviética a un más alto nivel de desarrollo "La introducción en una economía socialista de motivacio-

¹³⁹ *Ibid.*, p. 49.

nes ajenas a ella—escribe el profesor Bettelheim— si se las deja jugar un papel importante acabarán por impedir el progreso mismo del sistema socialista.” “Una vez que... la compensación de los trabajadores y de los directores [de las empresas] —comentan a su vez Huberman y Sweezy— se correlacionan estrechamente con las utilidades, aunque ello pueda no ser la intención de nadie se siembran las semillas de la desintegración socialista y de la restauración del capitalismo...”¹⁴⁰

Aun descartando esta última posibilidad, parece evidente que la planificación socialista se enfrenta a serios problemas, que seguramente no se resolverán con formulaciones tan simplistas, absolutas y a veces meramente apologéticas como las de algunos de los defensores de las últimas reformas soviéticas. Uno de los hechos que sin duda complica las cosas es que no hay suficiente claridad y menos aún acuerdo sobre lo que ocurre siquiera en un país socialista. Mientras algunos sostienen, por ejemplo, que la Unión Soviética cuenta ya con un sistema socialista maduro, que con frecuencia se asocia inclusive a la primera fase del comunismo, otros la suponen todavía apenas en el camino hacia el socialismo.

De hecho —escribe Mandel— la economía soviética se caracteriza *por la combinación contradictoria de un modo de producción no capitalista y de un modo de reparto todavía fundamentalmente burgués...* Es ... un sistema que ha superado ya el capitalismo, pero que todavía no ha alcanzado el socialismo... que atraviesa un *período de transición...*

¿Qué es lo característico de este período y cuáles son sus principales contradicciones? “La contradicción entre el modo de producción no capitalista y las normas de distribución burguesa —señala el propio autor—, es la ... fundamental de toda sociedad de transición entre el

¹⁴⁰ Véase: Ch. Bettelheim, “Planning and the market”, en *Monthly Review*, abril de 1965.

capitalismo y el socialismo...” Pero a ella se vinculan estrechamente otras que, a la vez, expresan el alto grado de “burocratización” imperante. Tales son las contradicciones “que resultan del desarrollo desproporcionado entre la industria y la agricultura...”, y en particular entre la industria pesada y la que produce bienes de consumo, “las ...que resultan del empleo de estímulos materiales en una economía regentada por la burocracia... y en donde “el interés material de los burócratas se convierte en el motor esencial para el cumplimiento y la superación del plan...”, y las “que resultan de las técnicas de la gestión burocrática misma...” Todas ellas “se combinan con la *coexistencia antagónica del plan y del mercado...*”¹⁴¹

La contradicción entre la planificación y la burocracia —prosigue el mismo autor—, agudiza el desequilibrio entre “el alto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y la penuria de bienes de consumo...”, así como “entre las necesidades de una planificación integral y las nefastas consecuencias de la hipercentralización burocrática”¹⁴² Todo lo cual origina, en su opinión, desperdicios innecesarios, irregularidades, abusos y un alto grado de estratificación social.

Mientras haya escasez, mientras falten valores de uso que satisfagan las necesidades sociales, se prolongará —dice Mandel— “la vida del valor de cambio”. “La producción de mercancías no puede suprimirse artificialmente”. “En una sociedad socialista, los productos del trabajo humano poseen un carácter directamente social y no tienen, por consiguiente, valor. No son mercancías, sino valores de uso...” “La existencia de las ‘categorías económicas’ en la URSS indica claramente que este país no es todavía una sociedad socialista”.¹⁴³

Al margen de ciertas apreciaciones sobre hechos concre-

¹⁴¹ Ernest Mandel, *Ob. Cit.* pp. 185 y 186.

¹⁴² *Ibid.*, p. 202.

¹⁴³ *Ibid.*, p. 179.

tos, que sería menester examinar en forma detallada, la posición de Mandel no deja de ser, a nuestro juicio, un tanto semántica y dogmática. Lo que a él le parece tan obvio, o sea que la URSS no es una sociedad socialista porque en ella existen “categorías económicas”, no es, en el fondo, sino una afirmación que descansa en otra previa: la de que bajo el socialismo no hay valores de cambio, puesto que no hay mercancías ni categorías propiamente mercantiles. Con la formulación de este juicio el autor liquida de un plumazo la posibilidad de ver en el socialismo una fase histórica de tránsito del capitalismo al comunismo; identifica, en rigor, a aquel con éste, y atribuye todas las contradicciones de lo que, según nosotros es la fase socialista, simplemente a que en ella no hay todavía socialismo.

Admitiendo que bajo el socialismo persisten ciertas desigualdades en el reparto de la riqueza y el ingreso, no creemos —fundamentalmente por lo ya dicho acerca de las condiciones en que en una economía planificada opera la ley del valor— que pueda afirmarse que las normas conforme a las cuales se realiza ese reparto sean “burguesas”; no lo creemos porque en ese régimen no existe ya la propiedad privada de los medios de producción, porque en él no hay una burguesía propiamente dicha; porque el móvil de lucro no es ya el motor de la actividad económica, porque es el plan y no el mercado el que determina el monto y la forma en que debe distribuirse el ingreso, y porque, aun aceptando que en la aplicación del principio: “de cada quien según su capacidad y a cada quien según su trabajo” puedan cometerse errores y aun abusos injustificables en la sustracción y utilización del excedente, es obvio que el destino de éste no es ya enriquecer a una pequeña minoría de explotadores. Tampoco creemos que pueda negarse la existencia del socialismo en la URSS porque subsistan ciertas relaciones mercantiles. En primer término éstas no son estricta y menos exclusivamente burguesas y, en segundo lugar, parece mucho más objetivo y fundado basar un juicio en

los hechos que en otro juicio. Y lo que muestran los hechos es que bajo el socialismo sobreviven ciertas formas mercantiles, aunque cambian, desde luego, su alcance o radio de influencia y las condiciones en que actúan.

El que tales formas estén presentes en una fase más larga de lo que en otro momento pudo haberse pensado, no es a nuestro juicio lo grave. Lo que importa es que exista la decisión de enfrentarse resueltamente a ellas —ya que en el fondo son residuos de formaciones previas y obstáculos al pleno desarrollo del socialismo— a fin de poder superar con éxito las contradicciones y conflictos que generan. Bettelheim tiene razón cuando expresa:

“...la idea de una abolición ‘directa’ e ‘inmediata’ de las relaciones mercantiles es tan utópica y peligrosa como la noción de la ‘abolición inmediata’ del Estado...” “Lo que caracteriza al socialismo, como sistema contrapuesto al capitalismo, no es la existencia o inexistencia de las relaciones mercantiles, sino la existencia de la dominación del proletariado, de la dictadura del proletariado. Es a través del ejercicio de esta dictadura en todas las áreas —económicas, políticas, ideológicas— como las relaciones mercantiles pueden ser progresivamente eliminadas mediante medidas *concretas* que correspondan a *situaciones y coyunturas concretas*”.

Y lo que no deja de ser alarmante es que el propio autor, al explicar que la contradicción plan-mercado revela contradicciones ideológicas y de clase más profundas, indique que lo que acontece hoy en la URSS no podría entenderse “...a menos que se reconozca que el proletariado no está ya en el poder...”¹⁴⁴ Aun sin llegar tan lejos, lo que parece evidente es que, tanto en la Unión Soviética como en otros países socialistas, la etapa de la dictadura del proletariado y las luchas por el poder

¹⁴⁴ Ch. Bettelheim, “On the transition between capitalism and socialism”, *Monthly Review*, marzo de 1969, p. 2.

que la acompañan aún no ha concluido; de allí que la política del Estado tienda a reflejar los cambios y desplazamientos que afectan la constelación de las fuerzas en pugna; y que un debilitamiento frente a los enemigos de esa dictadura pueda ser todavía muy riesgoso.

Parece igualmente claro que la actitud que se adopte frente a ciertas categorías mercantiles influirá, de un modo u otro, en el curso de la política económica y del desarrollo del socialismo, y que en torno a tal cuestión hay sin duda posiciones divergentes: de un lado, la de quienes, como hemos visto, piensan incluso que la utilización de esas categorías impulsará el socialismo hacia adelante, y del otro, la de observadores tan respetables como Bettelheim Baran, Huberman, Sweezy y otros, que subrayan el peligro que puede entrañar una política que estimule y refuerce esas categorías.¹⁴⁵

¿Planificación centralizada o descentralizada?

Otro es el problema de si la planificación socialista, y en particular la soviética, deba o no descentralizarse crecientemente,

En la teoría de la planificación suele examinarse el problema centralización-descentralización, como si se tratara de una alternativa en la que un país pudiera elegir libremente el camino a seguir. En ciertas versiones teñidas de anticomunismo, incluso se acostumbra identificar los términos descentralización y democracia, por un lado, y centralización y dictadura, por el otro, a lo que "ino-

¹⁴⁵ "la producción con fines de ganancia —escribían Huberman y Sweezy en 1964— debe sistemáticamente desestimularse y reducirse sin demora tanto como sea posible, y las relaciones mercantiles deben supervisarse y controlarse estrictamente, pues de no ser así se multiplicarán como las metástasis de un cáncer y fatalmente minarán la salud del cuerpo político socialista". *Monthly Review*, Marzo de 1964, p. 588.

centemente" se agrega que tales métodos de planificación corresponden, respectivamente, al capitalismo y al socialismo. En un sentido diferente, y desde luego mucho más respetable, algunos autores han tratado de bosquejar ciertos esquemas o "modelos" de planificación descentralizada que, sin embargo, no se han aplicado en la práctica en ningún país.¹⁴⁶ Han sido los métodos de planificación central los predominantes en las economías socialistas.

Con frecuencia se elogian o censuran estos métodos, sin repararse en los factores que, objetivamente, condicionan su desarrollo. Y mientras sus defensores sólo ven en ellos virtudes económicas y políticas, sus críticos los identifican con la burocracia y los señalan como la causa de profundos desequilibrios. El problema es, en verdad, mucho más complejo de lo que tales opiniones sugieren.

La centralización y la descentralización, más que dos extremos de una simple alternativa en la que fácilmente pueda optarse por uno de ellos, son, en realidad, fases sucesivas de un proceso histórico. La idea según la cual la planificación puede iniciarse con laxitud, a través de medidas indirectas y de alcance limitado, para desenvolverse gradual y suavemente hacia formas de control más estrictas, idea que a menudo se presenta en los países subdesarrollados como un mejor camino que la planificación central, es enteramente especulativa y utópica. Si hemos de atenernos a la experiencia de la planificación, observaremos que la secuela real es más bien la inversa.

Lange, Dobb y otros autores han contribuido grandemente, en nuestro concepto, a que se comprenda mejor este problema, al hacer ver que la determinación del grado de centralización no es un asunto académico, ni una cuestión por la que pueda o no optarse en las primeras

¹⁴⁶ Tal fue el caso, por ejemplo, del sistema propuesto por Taylor y Lange a fines de los años treinta (*On the economic theory of socialism*), y del sugerido por A. P. Lerner, unos años después, en su obra *Economía del control*.

fases de un proceso planificador. El alto grado de centralización es económica y políticamente indispensable: no es siquiera un acierto o un error: es una necesidad. La centralización es necesaria para mantenerse en el poder frente a la clase social que lo ha perdido, pero que no se da por vencida de inmediato; es necesaria para concentrar los escasos recursos productivos disponibles, para hacer funcionar los nuevos mecanismos de dirección y regulación que sustituyen al mercado y al sistema de precios, y para imprimirle a la industrialización un ritmo suficientemente rápido. Lo es incluso para defenderse militarmente de la agresión externa y para suplir las fallas y compensar la inmadurez e inexperiencia de la clase que toma el poder.

La planificación central es, naturalmente, difícil y riesgosa. El concentrar las principales decisiones económicas en un cuerpo de alto nivel ofrece múltiples ventajas y facilita la coordinación de la política económica; pero a la vez suele ser fuente de tensiones excesivas, de burocratismo y de frecuentes fallas en la ejecución. Y cuando la centralización se lleva a extremos innecesarios y no descansa en una participación directa y democrática de amplios sectores del pueblo, es innegable que crea graves problemas, y que en su empeño por sujetar al plan general hasta las decisiones más modestas, paradójicamente contribuye a hacer que muchas actividades se desenvuelvan, a la postre, espontáneamente y, por ende, al margen del plan.

La planificación central no excluye, sin embargo, un grado apreciable de libertad y de iniciativa de los múltiples órganos que directamente intervienen en el proceso productivo. Aparte de que siempre hay mecanismos a través de los cuales se puede revisar o modificar ciertas decisiones, el actuar conforme a los lineamientos del plan no supone obedecer sumisa y ciegamente. Las empresas deben tener capacidad de autogestión y autonomía en

la realización de múltiples tareas que un plan general no puede prever ni menos todavía resolver.

Y por rígida que llegue a ser la centralización, hay un momento en que la propia dinámica de una economía planificada crea las condiciones para una cada vez mayor descentralización. Ello se aprecia claramente en la Unión Soviética, en donde la expansión de la capacidad productiva, el alto grado de diversificación de la industria, la mayor eficiencia de los mecanismos de planificación, la multiplicación de los tipos y volúmenes de bienes de consumo que pueden ofrecerse a la población, la posibilidad de sustituir los viejos sistemas de instrucciones administrativas directas por formas más flexibles y eficaces, e incluso, seguramente, la necesidad de emplear medios más democráticos, de superar la burocracia y de atender mejor la demanda de los consumidores, han hecho posible y aun necesario el tránsito hacia un sistema que, sin dejar de ser de planificación central, incorpora y utiliza numerosos mecanismos —aunque algunos de ellos, como hemos visto, peligrosos— que aseguran un grado creciente de descentralización.

En otro sentido, y cualquiera que sea el *modus operandi* de la planificación, es obvio que ésta no puede concebirse tan solo como una técnica, o siquiera como un proceso de expansión de las fuerzas productivas en que la producción se vuelva un nuevo fetiche. Por encima de los fines propiamente económicos, hay objetivos humanos que el socialismo no puede ignorar. Cuando los procesos técnicos y sus formas de operación no se ajustan a la “razón humana”, a las exigencias y aspiraciones del hombre, éste “...salta, no del reino de la necesidad al reino de la libertad, según las palabras de Engels, sino del reino de una necesidad al reino de otra necesidad...” “...Una planificación donde reina la razón técnica no puede conducir hacia la liberación del ser humano, hacia la realización de la tarea más importante, por no decir la única, de la planificación. La razón técnica, al ser

colocada fuera del hombre, degenera en razón parcial y reproduce, no al hombre, sino al hombre mutilado.”¹⁴⁷

¿Y qué decir de la “planificación descentralizada” o indicativa, de que tanto se habla hoy día en algunos países capitalistas? Si estas páginas tuvieran por objeto examinar esencialmente aspectos de política económica, seguramente habría que escribir algo sobre ella. Pero en un plano propiamente teórico es poco lo que puede decirse, tanto porque tal planificación carece de una teoría como porque, en un sentido estricto, no es planificación.

Abundan los testimonios que lo comprueban:

Refiriéndose a ella el economista W. Arthur Lewis escribe: “...la planeación difiere fundamentalmente del *laissez-faire*, no porque rechaza la economía de mercado controlada por la demanda, sino porque sostiene que la demanda en sí misma no es sagrada sino algo que debiera ser controlado por el Estado...”, a través de la combinación de medidas monetarias, fiscales y de comercio exterior. Y en un libro más reciente, el propio autor nos dice que “a la previsión macroeconómica que se hace con este propósito (el de ‘crear confianza entre los inversionistas’), suele llamársele ‘planeación indicativa’.”¹⁴⁸

El profesor Timbergen tampoco deja lugar a dudas sobre lo que es la llamada “programación” capitalista, cuando después de ubicarla en el contexto de una política general que ofrezca “un mínimo de seguridad y estabilidad”, mantenga el orden y proteja “la seguridad física de las personas y la propiedad”, facilite y estimule la inversión privada y tienda a “corregir las desigualdades más extremas en el ingreso, señala que “la finalidad de

¹⁴⁷ Héctor Silva Michelena y Heinz Rudolf Sonntag, *Capitalismo, burocracia & planificación*, Caracas, Venezuela, 1969, p. 47.

¹⁴⁸ W. A. Lewis, *La planeación económica*, México, 1957, p. 24 y *Teoría de la planificación económica*, México, 1968, p. 15.

la programación general consiste en llegar a un cuadro general o a una serie de cifras que sirva de armazón al desarrollo posible de una economía."¹⁴⁹

Y Jorge Ahumada la define como "una técnica para la selección de medios y fines de conformidad con una norma", una "técnica neutra" que, para ser eficaz, requiere que los fines sean realistas, los medios adecuados, y unos y otros compatibles entre sí. Conforme a esta concepción, la programación no interviene en la determinación de los fines, y "parte de la base de que el criterio principal de la asignación de recursos lo proveen los consumidores, al expresar libremente sus preferencias en el mercado..."¹⁵⁰

Lo que, de paso, nos muestra que la programación capitalista no es, en el fondo, sino la vieja anarquía de siempre con un nuevo y más vistoso nombre. Pero sería un error creer que la programación de que hablamos es un expediente extraño, ajeno al sistema, y que éste, en una imitación extralógica, ha tomado artificialmente de la experiencia socialista. Así como la planificación es necesaria bajo el socialismo, la programación lo es en la última fase del desarrollo capitalista. En ésta, en efecto, como hemos visto, los grandes monopolios y oligopolios dominan el proceso económico, la producción adquiere un carácter social cada vez más definido, y el fenómeno de concentración convierte al Estado en la principal empresa capitalista. El poder público ya no sólo interviene en la economía esporádicamente y en campos secundarios, ni se limita al empleo de medidas de tipo keynesiano. Ahora es el centro mismo de la economía y el factor del que en gran parte dependen el ritmo y la orientación del sistema. O sea que la ya vieja intervención estatal asume un nuevo carácter y adopta la forma de "planificación" o "programación".

¹⁴⁹ J. Tinbergen, *La planeación del desarrollo*, México, 1959, pp. 8, 9, 11 y 15.

¹⁵⁰ Jorge Ahumada, *Teoría y programación del desarrollo económico*, CEPAL, versión en mimeógrafo.

El gobierno hace ahora proyecciones a largo plazo, interviene con frecuencia directamente en el proceso productivo y mantiene un enorme gasto público que suele ser el factor más dinámico del sistema.

De un país al siguiente varía el alcance y aun la naturaleza de los planes y programas económicos. Mientras en algunos casos el plan es un mero señalamiento del ritmo y dirección en que el gobierno espera que crezca la economía si se dan ciertas condiciones, en varios países, como por ejemplo Holanda y Francia, la planificación parte de modelos macroeconómicos en los que se establecen las principales relaciones funcionales del sistema, las que se complementan con cuadros y matrices de insumo-producto en que tales relaciones se expresan a nivel sectorial.

Pero como, para determinar las necesidades de inversión y producción siempre se depende de coeficientes más o menos burdos, que a su vez se combinan con la evaluación de una demanda interna y externa difícil de prever, y cuyo volumen y composición varía anárquicamente en respuesta, en última instancia, a las fuerzas del mercado, aun donde se hacen cálculos más elaborados resulta imposible hacer del plan un verdadero mecanismo de coordinación. En efecto, los objetivos no son obligatorios, las empresas pueden hacer o no lo que de ellas se espera, el comportamiento de los factores externos suele ser fuente de problemas insolubles y la coherencia interna del plan no pasa, con frecuencia, del gabinete o del papel en que se establece. Por todo ello puede afirmarse, como bien dice Bor: que "en la 'planificación' de la producción capitalista no es la economía la que sigue al plan, sino éste el que se ajusta a las imprevisibles vicisitudes de la economía..."¹⁵¹

¹⁵¹ M. Bor, *Aims and methods of soviet planning*, Nueva York, 1967, p. 234.

Las teorías del desarrollo y del subdesarrollo

Para concluir nuestro somero recuento de las principales orientaciones que se advierten en la teoría económica en las últimas décadas, haremos una breve referencia a los planteamientos que suelen hacerse en torno a los problemas del desarrollo económico, no ya en las economías planificadas sino bajo el capitalismo. El interés en tales problemas no es nuevo: estuvo presente en la obra de los economistas clásicos, en los esquemas analíticos de los fisiócratas y aun en las recomendaciones de política económica de los mercantilistas. Fue el centro del análisis teórico de Marx y, tras de un paréntesis de varios decenios, en que la economía neoclásica desterró los problemas reales del mundo armonioso del equilibrio estático, desde hace unos treinta años reapareció con fuerza en los círculos académicos, y en poco tiempo se convirtió en el centro de la investigación teórica, así como en uno de los campos económicos de mayor significación práctica.

El que los problemas del desarrollo volvieron al primer plano no fue casual. A ello contribuyeron factores tales como la severa depresión de los años treinta y la imposibilidad de renovar entonces y aun después la planta productiva de los principales países capitalistas, la necesidad a menudo imperiosa de reconstruir las enormes riquezas destruidas por la segunda guerra mundial, los espectaculares avances logrados por la Unión Soviética —y poco después por otras economías socialistas— precisamente cuando el capitalismo se debatía en la peor crisis económica de su historia, y la toma de conciencia de los pueblos del “tercer mundo” acerca de la posibilidad de liberarse del coloniaje y aun del atraso y la explotación.

El fenómeno del desarrollo económico ha sido estudiado en muy diversos planos y desde perspectivas diferentes. Adam Smith lo imaginó como un proceso prácticamente ininterrumpido que, bajo la acción conjunta de una creciente división del trabajo, una eficiencia cada vez mayor

y la aplicación del ahorro a la creación de nuevos medios de producción, se desenvolvería sin mayores tropiezos. Malthus presintió desajustes del lado de la demanda y desequilibrios fundamentales que resultarían de la imposibilidad de expandir la producción de alimentos al ritmo a que lo exigiría una población en rápido ascenso, y Ricardo y Mill entrevieron la posibilidad de que la continuidad del proceso de desarrollo se rompiera a partir del momento en que el sistema, presionado por el crecimiento de la población, comenzara a sufrir las consecuencias de una caída en la tasa de ganancias, a su vez resultante de la acción de la ley de rendimientos decrecientes en la agricultura.

Marx y Engels forjaron una teoría histórica del desarrollo que, junto a explicar cómo y por qué el capitalismo había impulsado grandemente el desenvolvimiento económico, señaló que la propia dinámica del sistema, basado en la propiedad privada de los medios de producción, en la explotación del trabajo asalariado y en la lucha de clases, lo llevaría a extremos de desigualdad e irracionalidad que acabarían por lanzar a las masas a una transformación social profunda y revolucionaria. Y lejos de que vislumbraran, como algunos de sus críticos se han empeñado ociosamente en repetirlo, una perspectiva de estancamiento o paralización del proceso de cambio, similar al "estado estacionario" previsto por Ricardo, consideraban que, al volverse el sistema un obstáculo a la expansión de las fuerzas productivas, bajo la acción de una ley general del proceso histórico y de una situación revolucionaria, que dialécticamente surgiría de tal contradicción, el desarrollo seguiría adelante incluso a un ritmo superior al conocido hasta entonces, lo que demuestra que la teoría marxista nada tiene de fatal o de catastrófica. Lo único imposible, según ella, es sostener eternamente al capitalismo, lo que, en todo caso, solamente sería grave y aun catastrófico para los capitalistas y los economistas a su servicio.

Los teóricos de la utilidad, y en general los economistas neoclásicos, introdujeron en su análisis la posibilidad

de rendimientos crecientes en el proceso económico; pero en vez de interesarse en el análisis de los factores del crecimiento a largo, o siquiera a corto plazo, se limitaron a trabajar en planos estáticos y convirtieron a la teoría económica en un ejercicio académico, a veces puramente especulativo, de optimización y elección de alternativas de combinación de los recursos disponibles, a los que se suponía como constantemente escasos, o sea como elementos fijos enclavados en un escenario socioeconómico igualmente inalterable. Si se hubieran tomado en cuenta los "hechos económicos", la economía del período post-clásico, como dice un autor, debió haber sido "una teoría de las crisis antes que una teoría del equilibrio estático", es decir, una teoría del desequilibrio, pues "en todo el último cuarto del siglo XIX el occidente conoció la paradoja de la pobreza en medio de la abundancia."¹⁵²

El interés de los economistas neoclásicos en divorciar a la economía de la realidad nunca fue puramente metafísico. Lo que algunos dieron con gracia en llamar la "revolución marginalista" no fue solamente una nueva e intrascendente moda académica: fue una verdadera contrarrevolución, una respuesta a veces abierta y a veces velada al marxismo, y un intento por cerrar el paso al análisis objetivo y científico. Al trasladar el análisis económico del plano dinámico al estático y al despojar a los factores del crecimiento de su contenido real, y desvincularlos, por consiguiente, de las clases y sectores sociales a que representaban; al divorciar al capital del capitalista y al trabajo de los asalariados, y convertir los "factores de la producción" en conceptos abstractos sólo susceptibles de combinarse en ciertas fórmulas matemáticas, el neoclasicismo volvió a la Economía una "ciencia" al servicio de una burguesía que, aunque ausente de las tesis económicas en boga seguía siendo la clase dominante, e hizo imposible la formulación de una teoría del desarrollo.

¹⁵² A. K. Das-Gupta, *Planning and economic growth*, Londres, 1965, p. 22.

La crisis de 1929 y la depresión subsiguiente convencieron en definitiva a Lord Keynes de que el *laissez-faire* no podría seguir siendo el marco del desarrollo capitalista. El funcionamiento espontáneo del sistema podía no garantizar el crecimiento más rápido ni el máximo de bienestar. Para lograr ambos era menester incorporar activamente al gobierno en el proceso económico y convertir el gasto público en un nuevo factor de impulso. Los problemas fundamentales que el desarrollo pudiera plantear no se examinaban en el esquema keynesiano. La idea misma de un proceso a largo plazo, como fenómeno continuo y a la vez desigual y contradictorio, está ausente del pensamiento de Keynes, a quien sólo interesan ciertos aspectos del crecimiento a corto plazo. Probablemente a ello obedece la unilateralidad de su teoría de la inversión, en la que se hace caso omiso de las variaciones de la capacidad productiva, así como que su teoría de la ocupación y del ingreso suponga invariable tal capacidad, y también la cantidad y calidad de la fuerza de trabajo, el estado de la técnica y en general la estructura socioeconómica.

Partiendo de Keynes, Hansen formula una teoría del estancamiento basada en la conjugación de varios factores que limitan las posibilidades de inversión, y que Kalecki y Steindl afinan y acercan a la realidad; y mientras ciertos constructores de modelos macroeconómicos se preocupan —como diría el profesor Domar, “desde un extremo del puente”— por explicar las condiciones de un proceso abstracto de crecimiento equilibrado, otros economistas —como Baran, Sweezy y Dobb— se acercan a la realidad del capitalismo monopolista y formulan a su vez planteamientos teóricos que confirman plenamente la tendencia del sistema a obstruir el crecimiento de las fuerzas productivas y a crecer en forma más lenta, desigual y, sobre todo irracional, y demuestran que el gasto improductivo, del que Keynes aconsejaba echar mano en momentos difíciles como expediente para elevar el nivel de empleo, ha llegado a ser el principal pilar en que descansa el viejo régimen capitalista.

El creciente interés alrededor de los problemas del desarrollo y el hecho en verdad dramático de que una buena parte de la humanidad siga viviendo en medio de la pobreza y el atraso económico, derivan en la búsqueda de una explicación teórica del subdesarrollo. El intento de comprender qué es lo que, a largo plazo, determina el crecimiento del ingreso, conduce al planteamiento de una cuestión aún más importante, y sobre todo más apremiante: ¿A qué obedece que la mayor parte de los países no haya podido lograr su desarrollo y elevar sus niveles de ingreso y de vida? ¿Cuáles y de qué naturaleza son los obstáculos que impiden su progreso? ¿Cómo podría acelerarse su desarrollo a fin de librarlos de la miseria lo antes posible?

La sola mención de estas cuestiones rompe, como el lector lo habrá advertido ya, con el marco mismo en que se desenvuelve la economía neoclásica y keynesiana. Aquí ya no se trata de hacer refinamientos académicos en planos estáticos o siquiera de explicar las variaciones, a corto plazo, del ingreso y la ocupación. Se trata de explicar por qué los países son pobres, e incluso de utilizar la ciencia económica para superar los obstáculos que impiden su desenvolvimiento.

Muchas son las respuestas que se han dado a estas cuestiones en años recientes. Y aunque en un primer momento los problemas del desarrollo se abordaban en planos meramente pragmáticos o a veces simplemente estadísticos¹⁵³, como si no tuviera mayor importancia el estudio teórico del fenómeno, ante la persistencia del subdesarrollo y los no pocos tropiezos sufridos por los países económicamente atra-

¹⁵³ En un estudio estadístico-comparativo del desarrollo, que revela que todavía a principios de los años cuarenta tal problema se planteaba estrictamente dentro del marco de la economía del bienestar, el profesor Colin Clark expresa: "Prívase a la Economía del concepto del bienestar y, ¿qué queda de ella? Nada, salvo posiblemente la teoría del ciclo..." *The conditions of economic progress*, Londres, 1940; p. 27.

sados, a últimas fechas ha empezado a ahondarse en el examen de sus causas y de los obstáculos que impiden el desenvolvimiento económico.

¿De qué naturaleza son tales obstáculos? Creemos que no es exagerado decir que el carácter de los mismos varía de una explicación a otra y que, por consiguiente, son tantos como las teorías del desarrollo. Podría hacerse una larga lista que incluyera desde fenómenos geográficos hasta raciales, religiosos, psicológicos y socioculturales. Tan solo en el marco relativamente estrecho de las explicaciones económicas del subdesarrollo, encontraríamos desde la supuesta escasez de capital y de ahorro, la insuficiencia y las imperfecciones del mercado o la forma peculiar en que los factores del atraso actúan en extraños círculos viciosos o en complejos procesos de causación circular acumulativa, hasta múltiples fallas institucionales, factores extremos desfavorables, situaciones duales en las que sobreviven ciertas relaciones precapitalistas o simplemente el predominio de condiciones adversas que muestran que aún no se ha llegado al momento del “despegue”, del “gran impulso” o del “esfuerzo crítico mínimo”, o sea a aquel en que una economía atrasada logra al fin liberar su potencial productivo y tomar la senda del desarrollo.¹⁵⁴

¿Qué es lo que tales teorías tienen en común? Responder a esta pregunta es difícil y aventurado, ya que en cada explicación hay ciertas modalidades propias que sería necesario examinar. Pero, aun a riesgo de una generalización demasiado simplista nos atreveríamos a afirmar que lo característico de las teorías de que hablamos es que: 1) muchas de ellas se limitan a relacionar algún factor específico con la tasa de crecimiento del ingreso, a la manera en que lo hacen ciertos modelos macroeconómicos, 2) otras se desenvuelven en planos meramente superestructurales, y atribuyen el atraso a que faltan o son inadecuados ciertos rasgos de la política económica o del marco institucional en

¹⁵⁴ El autor de este ensayo examina algunas de dichas explicaciones en *Teoría y política del desarrollo latinoamericano...*, (principalmente de la página 11 a la 79).

que esa política se desenvuelve, y 3) otras más excluyen todo análisis de fondo o sea propiamente estructural y aluden a la estructura socioeconómica como algo dado, o lo que es aún más significativo, mecánica y apologeticamente asocian el desarrollo al capitalismo y el subdesarrollo a la ausencia de este sistema.

Abundan las explicaciones supuestamente estructuralistas que, o bien se limitan a presentar algún rasgo superficial o secundario del régimen social imperante como causa del atraso, o bien vinculan éste al hecho de que los países subdesarrollados siguen viviendo al margen del capitalismo. Las diversas variantes del llamado "dualismo estructural" coinciden, en el fondo, con esta última versión.

Refiriéndose al estancamiento a que conduce el "círculo vicioso de la pobreza", C. Napoleoni comenta:

Esta tendencia sistemática a la posición estacionaria se explica aún mejor, en sus causas últimas, si se tiene en cuenta el hecho de que las economías subdesarrolladas se caracterizan por estructuras económicas que podrían definirse como *precapitalistas*. Es decir... estructuras en las que faltan... el trabajo asalariado... y (los sujetos privados independientes que tomen) las decisiones económicas fundamentales..."

Y unas líneas más adelante el propio autor señala que:

El carácter precapitalista de la mayor parte de las actividades económicas de los países desarrollados da lugar a una de las características más importantes de estos países: el paro encubierto...¹⁵⁵

Lo cierto es más bien lo contrario: los países subdesarrollados se caracterizan por estructuras capitalistas en las que predomina el trabajo asalariado, la producción para el mercado y el móvil de lucro, y es esta estructura capitalista, y no un precapitalismo supuestamente dominante, lo que determina los principales rasgos de la ocupación, del mer-

¹⁵⁵ C. Napoleoni, *Ob. cit.*, pp. 152 y 153.

cado de trabajo, del proceso de acumulación y, específicamente, del “paro encubierto”. Tan engañosa como esa explicación es aquella que, en una actitud aún más convencional, sugiere —como lo hace por ejemplo el profesor W. A. Lewis en un conocido artículo— que si la principal fuente del ahorro son las ganancias, el aumento de éstas, ligado a su vez a la extensión del sector capitalista, contribuiría a acelerar el desarrollo, tesis que en última instancia coincide con la posición burguesa tradicional de que, mientras más desigual es el reparto del ingreso, más alta es la tasa de ahorro y más rápido el aumento de la producción y del ingreso.

Si la investigación se desenvuelve en el rígido y cada vez más angosto marco de la teoría tradicional, los problemas fundamentales del desarrollo quedan sin una explicación satisfactoria y aun al margen de toda explicación. El economista tiene, en consecuencia, que enfrentarse a un dilema insoslayable: o respeta los valores académicos establecidos, las fórmulas consagradas y las limitaciones del análisis ortodoxo, y deja la problemática del desarrollo económico como algo ajeno y extraño a su ciencia, o se plantea la necesidad de renovar y enriquecer su instrumental y de rebasar las fronteras arbitrariamente impuestas por los defensores de tal análisis.

“...El reconocimiento de que existe cierta conexión entre un factor y el crecimiento económico, no basta...”,¹⁵⁶ como tampoco basta intentar “dinamizar” ciertas categorías estáticas. Las explicaciones del desarrollo y el subdesarrollo que utilizan viejos instrumentos de análisis y conceptos propios de la economía subjetiva prekeynesiana o keynesiana, más que contribuir a la comprensión de los problemas reales, comprueban qué difícil suele ser en los países subdesarrollados superar la dependencia cultural de la metrópoli y cuán cierto es aquello que alguna vez dijera Bernard Shaw, de que Inglaterra tuvo en la teoría economi-

¹⁵⁶ Everett E. Hagen, *On the theory of social change*, Illinois, 1967, p. 19.

ca tradicional uno de sus medios de dominación más eficaces.

Lo esencial en una teoría del desarrollo es el fenómeno del cambio a largo plazo. Lo que en el análisis a corto plazo es casi siempre un dato o un punto de partida, se torna un factor condicionante y aun el centro de la dinámica del desarrollo. Dentro de esta perspectiva es necesario "... tratar los *determinantes* inmediatos del nivel de producción como variables cuyos movimientos, en vez de darse por supuestos, deben ser explicados". O en otras palabras, "la teoría del crecimiento debe explicar los cambios a largo plazo en estos factores, por un lado, y por el otro la influencia de tales cambios en la producción."¹⁵⁷ El problema ya no consiste, por otra parte, en disponer de un acervo dado de recursos en las condiciones más satisfactorias; consiste en determinar las causas del atraso y en actuar sobre ellas, en ahondar en el análisis del excedente y en crear las condiciones para su mejor utilización. Como dice Baran, "el volumen y la naturaleza de la inversión neta que se efectúa en una sociedad en un tiempo dado, depende del tamaño y del modo de utilización del excedente económico generado en el proceso productivo. Mas si bien "la comprensión correcta de los factores a que debe atribuirse el tamaño y el modo de utilización del excedente... es una de las principales tareas de una teoría del desarrollo económico, (1) a economía 'pura' ni siquiera ha llegado a asomarse a este problema..."¹⁵⁸

El desarrollo y el subdesarrollo no pueden explicarse adecuadamente sin un análisis del proceso de acumulación de capital, y éste, a su vez, sólo puede emprenderse en un marco sociohistórico que desborda con mucho el campo de la teoría económica tradicional. El papel de la formación de capital y del avance técnico no se entiende, a nuestro juicio, si arbitrariamente se disocia un elemento

¹⁵⁷ M. Abramovitz, "Economics of growth", en *A survey of contemporary economics*, Vol. II, pp. 134 y 135.

¹⁵⁸ P. A. Baran, *La economía política del crecimiento...* p. 38.

del otro y aquella se hace consistir en meros incrementos cuantitativos del equipo productivo global o por hombre. Proceder así sólo conduce, o bien a una estimación numéricamente precisa pero muy discutible y aun especulativa o, lo que es aún más grave, a un concepto estrecho, formalista y unilateral de la acumulación de capital, del que se excluyen nada menos que los cambios cualitativos, o sea las alteraciones estructurales que experimenta el acervo de medios de producción.¹⁵⁹ Lo que a la postre significa inclusive olvidar que, como dice el profesor Hagen, el progreso tecnológico implica "adquirir nuevos conocimientos que permitan aumentar la productividad, e incorporar esos conocimientos al proceso productivo..."¹⁶⁰ Y esta incorporación, que desde el punto de vista económico es sin duda lo esencial, se realiza precisamente en la medida *en que las nuevas técnicas se convierten en nuevos medios de producción*, o sea en nuevos capitales.

Hace ya más de un siglo, Böhm Bawerk anunciaba la liquidación inevitable del sistema económico de Marx; pero el replanteamiento de los problemas teóricos del desarrollo y la necesidad de explicar racionalmente el atraso de los países del tercer mundo, muestra cada vez con mayor claridad que la profecía del principal exponente de la escuela austríaca se cumplió a la inversa, y que lo que está a punto de morir en la economía es la teoría margina-

¹⁵⁹ En años recientes se ha puesto de moda tratar de asignar valores numéricos precisos a la medida en que cada factor concurre al aumento de la producción y de la productividad. Esto último lo intenta el economista norteamericano R. Solow, llegando a la conclusión de que en Estados Unidos el factor decisivo ha sido el avance técnico, en tanto que la acumulación de capital ha tocado durante el presente siglo un papel del todo secundario. Véase: "Technical change and the aggregate production function", en *Review of Economics and Statistics*, agosto de 1957.

¹⁶⁰ E. E. Hagen, *Ob. cit.*, p. 11.

lista. Como dice Das-Gupta, con la Economía Moderna, "el ciclo ha concluido, y de nuevo estamos planteando, en gran medida, el mismo tipo de cuestiones que preocuparon a Marx, y al parecer buscando respuestas muy similares a las suyas..."¹⁶¹

Ello es explicable porque los problemas del desarrollo son de nuevo el centro de la investigación teórica, e incluso de la política económica. Para avanzar en su examen es indispensable abrir nuevas brechas y empezar a trabajar en disciplinas ligadas a la Economía, que hasta ahora han sido objeto de injustificado desden en los círculos académicos más conservadores. "La economía del desarrollo —nos recuerda con razón el profesor Abramovitz— es... el campo de trabajo en el que la dependencia de la Economía respecto a sus ciencias sociales hermanas se manifiesta en un grado supremo..." "El estudio del desarrollo —agrega— está más cerca de la historia que de otras materias económicas".¹⁶² En efecto, al trasladar el análisis de la estática a la dinámica económica, al ahondar en el examen de los problemas de largo alcance y no sólo en los de corto plazo, al convertir en variables lo que eran datos constantes, al llevar el estudio del proceso económico de ciertos factores aislados a un complejo de fuerzas que se desenvuelven dialécticamente, al pasar, en fin, de los planos más superficiales a los problemas de orden propiamente estructural, se abre al economista un nuevo y apasionante horizonte que lo obliga a trabajar con mejores herramientas analíticas, y compartiendo y a la vez enriqueciendo sus conocimientos con los de otros investigadores.

Concientes de ello, aunque en su pensamiento se advierten divergencias que suelen afectar planteamientos de fondo, trabajan hoy día en América Latina centenares de economistas, sociólogos e historiadores progresistas que, a partir de un estudio cada vez más sistemático del subdesarrollo latinoamericano, empiezan a hacer aportaciones sig-

¹⁶¹ A. K. Das-Gupta, *Ob. cit.*, p. 25.

¹⁶² M. Abramovitz, *Ob. cit.*, p. 177.

nificativas. A título meramente enunciativo, con la certeza de que seguramente hay muchos otros cuya obra se desenvuelve en una dirección análoga, y pensando tan solo en algunos de aquellos que trabajan en Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México y Venezuela, podrían citarse los nombres de Sergio Bagú, Celso Furtado, Caio Prado Jr., Fernando Cardoso, Enzo Falleto, Octavio Ianni, Alberto Baltra Cortés, Andre Gunder Frank, Teotonio dos Santos, Anibal Quijano, Hernán Ramírez, Ruy Mauro Marini, Osvaldo Sunkel, Tomás Amadeo Vasconi, Pedro Vuskovick, Antonio García, José Consuegra, Fernando Carmona, Pablo González Casanova, Rodolfo Stavenhagen, D. F. Maza Zavala, Salvador de la Plaza, Armando Córdova y Héctor Silva, Michelená.

En la compleja y desafiante perspectiva que abre el estudio del subdesarrollo, la forja de una teoría digna del nombre no puede consistir en determinar en planos abstractos y aun meramente especulativos cómo se produce o supera el estancamiento, ni tampoco en identificar el proceso de cambio con el tránsito del precapitalismo al capitalismo. El capitalismo, y como forma específica de éste el imperialismo, son las causas fundamentales del subdesarrollo. Por tal razón, lo que una teoría del desarrollo debe explicar es cómo se ha desenvuelto esa estructura, y de qué modo ha afectado los factores que en forma mediata e inmediata determinan el atraso latinoamericano. Si quienes estudian el subdesarrollo cumplen con esa misión, no sólo contribuirán a dar a conocer la realidad en que vivimos sino a transformarla, lo que en las condiciones históricas presentes significa ayudar al advenimiento del socialismo.

LOS METODOS, LAS TECNICAS Y LAS RESPONSABILIDADES DEL ECONOMISTA

En los capítulos anteriores hemos visto, desde luego de manera esquemática y resumida, cuáles son el objeto y los problemas que estudia la Economía, y cómo éstos varían en razón de las posiciones que se adopten frente al proceso económico y a los intereses sociales y políticos que tras de él se ocultan. Para determinar cuáles son los métodos, las técnicas y los sistemas de trabajo que el economista puede emplear con mayor provecho en su actividad, conviene recordar de qué naturaleza son las leyes, relaciones o fenómenos que interesan a la ciencia económica.

Las leyes económicas

La primera duda que surge del solo planteo de esta cuestión, es la siguiente: ¿hay en realidad leyes económicas? Los economistas clásicos, como es sabido, creyeron en ellas y aun convirtieron ciertas situaciones concretas, propias de una fase del desarrollo del capitalismo, en principios generales que supuestamente expresaban la armonía de un orden natural. Algunos de sus continuadores y, desde luego, Marx y Engels, trataron de descubrir las leyes fundamentales a través del estudio del proceso económico, abandonando principios puramente deductivos y, a consecuencia de ello, metafísicos y estáticos,

Bajo la influencia del positivismo y el historicismo el examen empírico de los hechos pasó al primer plano, y a la vez que tendieron a menospreciarse el racionalismo y sus esquemas apriorísticos se subestimó el análisis teórico, propiamente causal. Los historicistas consideraron, con razón, que de poco o nada sirve reiterar postulados que nunca se cumplen en la realidad; pero llevados de su extremo empirismo, negaron la existencia de leyes y despojaron a la ciencia de la posibilidad de construir ciertas abstracciones que pudieran explicar los aspectos esenciales del proceso social. Se cuenta al respecto que, en una ocasión, Pareto daba una conferencia ante un Congreso Científico en Ginebra, cuando lo interrumpió Gustav Schmoller, gritándole: ¿pero, hay leyes en la economía? Al salir Pareto, acercándose (a Schmoller) en la actitud de un mendigo, le preguntó: Perdone, señor, ¿puede usted decirme de algún restaurant en donde se pueda comer sin pagar? No, le respondió Schmoller, no sé de ninguno en donde pueda usted comer sin pagar, pero aquí hay uno en que puede usted pagar muy poco. ¡Ah, contestó Pareto riendo: 'entonces, sí hay leyes en la economía'!¹

El empirismo y el pragmatismo fueron una reacción explicable frente a la tendencia a convertir ciertos principios en formulaciones dogmáticas no sujetas a verificación o comprobación de ninguna clase; fue una respuesta obligada a ciertas formas extremas de doctrinarismo, cuyos esquemas se suponían válidos sin siquiera tratar de confrontarlos con la realidad.

En esencia, el empirismo o positivismo, en sus diversas manifestaciones, confía a la ciencia y en particular a la Economía una función meramente descriptiva, de recolección, de registro, clasificación y resumen de hechos

¹ Wilfredo Pareto, *The mind and society*, Cit. por Lewis S. Feuer, "Dialectics and Economic Laws," *Science and Society*, Otoño, 1941, p. 346.

que, en el mejor de los casos, se relacionan mecánicamente entre sí, con frecuencia en formas meramente cuantitativas. El empirismo niega o se desentiende de hechos fundamentales tan solo porque su existencia no es comprobable experimentalmente, y si bien subraya el valor que para el conocimiento tienen los fenómenos reales, se queda a menudo en la superficie y en la apariencia de los mismos. Lo que es más grave, al elevar "la experiencia" al primer rango en el proceso del conocimiento, cae en un instrumentalismo deleznable y en una actitud cerrada que empieza por criticar ciertas posiciones doctrinales, real o supuestamente dogmáticas, y desenlaza en un rechazo arbitrario de conceptos y métodos científicos fundamentales.

El interés de los historicistas en el proceso social no deja de ser aparente y superficial. El positivismo concibe a la sociedad, no como un complejo de relaciones de clases y grupos cuyos intereses expresen su posición en el proceso productivo, sino como un conjunto de individuos aislados, cuyas reacciones psicológicas y fisiológicas dan la pauta para comprender los acontecimientos históricos. Comte llega a decir que los fenómenos sociales y los fisiológicos son "indudablemente similares"; Rickert proclama sin reservas: "A nosotros sólo nos importa el individuo", y Meinecke, llevando el empirismo a lo que bien podría considerarse un extraño y peculiar *em purismo*, expresa que el objetivo más alto de la historia es "la contemplación pura de los hechos históricos . . .", en "un santuario íntimo . . ."² A partir de tales formulaciones la historia deja de ser una ciencia, las relaciones de causalidad son reemplazadas por un determinismo teleológico, el mundo se vuelve estacionario y el hombre es convertido en un espectador pasivo e impotente, o cuando más en un atento observador que, desprovisto de todo

² Cit. por A. Tiúmeniev, "Marxism and bourgeois historical science", en *Marxism and modern thought*, Londres, 1936, p. 272.

instrumental teórico, se limita a estudiar fenómenos concretos y aislados, sin poder jamás integrarlos en un todo coherente y sin comprender su verdadera proyección histórica. Hasta dónde tales actitudes pueden llevar en la incompreensión de cuestiones fundamentales, nos lo recuerda el simpático comentario del profesor Saline, asistente a un congreso de Historia celebrado en Zurich, en 1928: "Esta mañana, cuando venía hacia acá, yo sabía lo que debería entender por capitalismo; pero después de haber escuchado los discursos de los oradores, dudo mucho que todavía lo sepa."³

El pragmatismo "renuncia a todo intento de descubrir la naturaleza de la realidad y siempre se plantea, ante cualquier formulación o teoría el problema de *qué tan útil es*, no el de si es o no verdadero..."⁴ En este sentido no deja de ser significativo su estrecho parentesco con las posiciones de los teóricos de la utilidad; y una consecuencia de tales enfoques es "...sustraer a las instituciones sociales a la investigación científica, y limitar a la ciencia a buscar formas y medios que permitan alcanzar los fines establecidos por una sociedad que descansa en dogmas que se aceptan sin crítica alguna... Tal método deja "la solución de las cosas más importantes a la costumbre, el prejuicio, los intereses de clase y las tradiciones ligadas a instituciones que sólo sirven a una minoría."⁵

Entre quienes niegan la existencia de las leyes económicas y ponen en duda el carácter científico de la Economía hay otra corriente, igualmente idealista, pero aún más inconsistente que el pragmatismo, que en el fondo atribuye a los conceptos científicos un carácter puramente subjetivo. Schoeffler, por ejemplo, sostiene que "el error

³ *Ibid.*, p. 291.

⁴ John Lewis, *Marxism and the irrationalists*. Londres, 1955, p. 111.

⁵ *Ibid.*, p. 123.

fatal que ha conducido hasta ahora a esta ciencia por una ruta falsa es el haber tratado de descubrir leyes económicas autónomas y empíricas...”, que según él no existen. La Economía debe abandonar la pretensión de basarse en tales leyes “pues es un arte comparable a la medicina.”⁶ Otros, en cambio, atribuyen a los principios de la Economía el carácter de categorías puramente formales y abstractas del tipo de las categorías kantianas, sin conexión alguna con la realidad. Así, Von Mises considera que la Economía “es una ciencia *a priori*... que goza de una independencia respecto a la experiencia y de una generalidad abstracta semejante a la de las matemáticas y la lógica.”⁷

Conforme a esta concepción las generalizaciones que la Economía establece carecen de contenido concreto, pues todo dato histórico resulta para ellas “metaeconómico”. Llegan a tales extremos el escepticismo, el desdén a la teoría y a la práctica, incluso el cinismo en que caen ciertos autores, que recordando a Galileo alguien ha llegado a decir que, si bien: “...la inquisición fue dogmática y creyó que la tierra no se movía... Galileo fue igualmente dogmático al pensar que la tierra giraba alrededor del Sol... El sofisticado científico de hoy —piensan esos autores— no podría verse ante tales problemas, porque sabe que su ciencia existe sólo en su cabeza y no se refiere a nada objetivo o real”.⁸

En resumen, mientras algunos suponen que las leyes económicas son principios *a priori*, de validez general y cuya verificación es innecesaria, otros las menosprecian y aun niegan, sosteniendo que son meras abstracciones

⁶ Cit. por P. Hennipman, “Críticas Recientes a la Ciencia Económica”, “*El Trimestre Económico*”, No. 102, abril-junio de 1959.

⁷ Cit. por Feuer, *Ob. Cit.* p. 350.

⁸ Philip Frank, *Between physics and philosophy*, Cit. por Howard Selsam en *Philosophy in revolution*, Lawrence and Wishart, Londres, p. 105.

subjetivas, incapaces de ofrecer un conocimiento concreto de los hechos. Caen, en rigor, en un grosero y burdo factualismo, y acaban por no entender lo que, lúcida y plásticamente, explicaba Poincaré: que “el sabio debe ordenar;... se hace una ciencia con hechos como una casa con piedras; pero una acumulación de hechos no es una ciencia, lo mismo que un montón de piedras no es una casa...”⁹

¿Y cuáles son la naturaleza y el alcance de las leyes económicas? En primer lugar, son objetivas, son fenómenos reales, son rasgos característicos del proceso económico, que la ciencia sólo descubre y racionaliza a través de teorías o postulados que, en un sentido estricto, constituyen las *leyes* de la Economía Política.¹⁰ Las leyes económicas, entonces, no son meros conceptos especulativos o supuestos lógicos desprovistos de significación histórica; son caracteres fundamentales de la realidad misma, en los cuales se expresa el proceso económico. Las leyes de la Economía Política, o las “categorías económicas”, son a su vez “...expresiones teóricas de relaciones de producción históricas que corresponden a un grado determinado de desarrollo de la producción material...”¹¹ Y, precisamente por ello, “...desde el momento en que únicamente se quiere ver en esas categorías ideas, pensamientos espontáneos independientes de las relaciones reales, no queda más remedio que asignar como origen de estos pensamientos... la razón pura.”¹²

Las leyes económicas no son idénticas: las hay de di-

⁹ Cit. por José Antonio Mayobre. “Filosofía y Ciencia Económica”, *El Trimestre Económico*, enero-marzo de 1952, p. 137.

¹⁰ Véase sobre este tema el *Tratado de Economía Política* del Dr. O. Lange, pp. 49, 51 y siguientes.

¹¹ C. Marx, *Miseria de la Filosofía*. Buenos Aires, 1946, p. 197.

¹² *Ibid.*, p. 113 (Un interesante ensayo sobre las leyes económicas es el de J. R. Núñez Tenorio, *Marx y la Economía Política*, Caracas, 1969.)

verso alcance, carácter y grado de importancia. Si bien todas tienen una significación histórica, o sea una influencia restringida y aplicable a determinadas condiciones reales, unas operan en períodos de tiempo y en planos más amplios o generales que otras. Por lo que hace a su naturaleza, al igual que en otras ciencias, suelen clasificarse en causales, estructurales o concomitantes y funcionales. Y como en la Economía se trabaja en estrecho contacto con otras disciplinas científicas, es común que junto a las leyes económicas se manejen leyes propias de la psicología, la biología, la historia, la sociología y aun la física y otras ciencias exactas. El economista no investiga lo que tales leyes postulan sino que las toma en cuenta como un posible factor limitante o condicionante de su acción. Entre otras muchas leyes, o simplemente fenómenos que pertenecen a disciplinas ajenas a la Economía, podrían mencionarse la ley de los rendimientos decrecientes y aun conceptos psicológicos como la utilidad marginal y las preferencias y funciones keynesianas (propensión a consumir y función consumo, preferencia por la liquidez, etc.).

Entre unas y otras leyes hay, desde luego, rasgos comunes resultantes de la similitud de situaciones en que se expresan y de que el fenómeno de causalidad se da en todo proceso natural o social. "En un punto... [sin embargo] las leyes de las ciencias sociales difieren sin duda de aquellas que son propias de las ciencias naturales: las ciencias sociales tienen que ver con el hombre, y el hombre es un factor continuamente cambiante. Es un producto de historia..."¹³ O lo que es fundamentalmente lo mismo: el proceso económico es un proceso histórico, lo que no sólo define el carácter sino que circunscribe y limita el ámbito y el grado de generalidad de las leyes

¹³ Edwin R. A. Seligman, *Principles of economics*, Nueva York, 1914, p. 26.

económicas y de los principios y teorías que, con base en ellas, formulan los economistas. “Las ‘leyes económicas’ —señala Schumpeter— son mucho menos estables que las ‘leyes’ de cualquier ciencia física y operan de manera diferente en diferentes condiciones institucionales, hecho cuyo olvido ha sido responsable de más de una aberración.”¹⁴

Vistas en una perspectiva más amplia las leyes sociales no son ajenas a la naturaleza, como ésta no lo es a la historia de la sociedad. Las leyes generales de la dialéctica explican el desenvolvimiento de una y otra. “... La sociedad es parte de la naturaleza, pero una parte opuesta... que activamente influye sobre ella y la transforma, (que) tiene sus leyes específicas que cualitativamente difieren de las leyes del mundo inorgánico y del mundo de la biología, pero que son todo menos ‘leyes’ de carácter sobrenatural...”¹⁵

Comentando el método dialéctico que Marx emplea para descubrir “la ley económica que preside los movimientos de la sociedad moderna”, M. Bloch hace notar que “... para él no existen (las) leyes abstractas... Cada época histórica tiene sus propias leyes... Tan pronto como la vida supera una determinada fase de su desarrollo, saliendo de una etapa para entrar en otra, empieza a estar presidida por leyes distintas... Los viejos economistas desconocían el carácter de las leyes económicas cuando las comparaban a las leyes de la física y la química... Los organismos sociales se distinguen unos de otros tan radicalmente como los organismos vegetales y animales... Más aún, al cambiar la estructura general de aquellos organismos, sus órganos concretos, las con-

¹⁴ J. A. Schumpeter. *Ob. Cit.* p. 34. Sobre el mismo tema, véase: Francisco Zamora, *Tratado de teoría económica*, México, 1955, pp. 13 y sigs.

¹⁵ N. Bujarin, “Marx’s teachings and its historical importance”, *Marxism and modern thought...*, p. 37.

diciones en que funcionan, etc., cambian también de raíz las leyes que los rigen.”¹⁶

O en las propias palabras de Marx:

... En la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad... (que) corresponden a un grado... de desarrollo de sus fuerzas productivas...

En un momento dado “... las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las relaciones existentes, o... con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas evolutivas de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas... Entonces se abre una época de revolución social...”¹⁷

La importancia de las leyes económicas no sólo deriva de que si se las olvida se puede incurrir en graves errores, sino de que su conocimiento profundo es indispensable para comprender y poder influir en el curso del proceso social. O dicho de otra manera, su estudio tiene significación teórica y también eminentemente práctica, pues de él depende, en el fondo, la posibilidad de trazar una política económica adecuada y eficaz.

Pero el entender el origen, la naturaleza, el alcance y la forma en que actúan las leyes sociales no es una tarea sencilla. Es algo que reclama tiempo, esfuerzo, dedicación, una metodología adecuada y, acaso sobre todo, una buena dosis de independencia y honradez de quienes se entregan al estudio científico de los problemas sociales, para poder distinguir, como alguna vez dijo Marx, la apariencia de las cosas de su esencia.

¹⁶ Cit. por C. Marx en *El Capital*, Tomo I, Vol. I, pp. 16-17.

¹⁷ C. Marx, *Contribución a la crítica...* p. 12.

Los métodos de la Economía

La Economía, como toda disciplina a través de la cual se pretende examinar sistemáticamente fenómenos reales, utiliza métodos científicos. ¿Cuáles son estos métodos, o al menos los principales? Cuando se plantea tal cuestión se observa a menudo, por un lado la tendencia a confundir los métodos propiamente dichos con los instrumentos y técnicas que más se emplean para el examen concreto de ciertos hechos, y por otro la influencia que, explicablemente, ejercen las posiciones ideológicas tanto en la elección como en el concepto mismo del método.

De una manera muy amplia podría decirse que hay esencialmente dos métodos para el estudio de los fenómenos sociales y, en consecuencia, para el examen de los problemas económicos, a saber: el método idealista y el materialista, o, si se prefiere —aunque ello no es rigurosamente correcto—, el subjetivo y el objetivo. El lector habrá advertido que al abordar el problema a este nivel, nos interesa distinguir la naturaleza u orientación filosófica de los enfoques o métodos del conocimiento y no los procedimientos específicos que suelen utilizarse como medios auxiliares para lograr e integrar ese conocimiento, y menos aún las técnicas o instrumentos cuyo empleo pueda ser más conveniente.

¿Qué es lo que caracteriza al primero de esos métodos, o sea a la concepción idealista? Fundamentalmente, la creencia de que el motor de la historia son las ideas. En el espiritualismo de Berkley, en el agnosticismo de Kant, en la dialéctica absolutista de Hegel, en el utilitarismo inglés, en el historicismo alemán o el positivismo francés, en el individualismo de Carlyle, la teoría económica de Keynes o las más recientes versiones del pragmatismo norteamericano, a pesar de todas sus posibles diferencias, está presente esa creencia, a manera de un eje en torno al cual giran todas las concepciones idealistas. En términos generales estas concepciones tienden a

ser subjetivistas, lo que resulta explicable dada la base filosófica en que descansan. Pero en algunas de sus variantes el enfoque subjetivista se combina y aun es desplazado por ciertas nociones objetivas. Los economistas clásicos ingleses, por ejemplo, manejan tales nociones, sólo que en el marco de un racionalismo abstracto y estático que los hace concebir las leyes del desarrollo histórico como leyes naturales e inmanentes.

Por encima de sus variantes, hay ciertos rasgos comunes en las posturas idealistas dominantes en la Economía: su centro de referencia es el individuo: sus ideas, sus opiniones, su personalidad, sus intereses, gustos y necesidades. Desde el utilitarismo de Bentham y el concepto del *homo economicus* a las teorías de la soberanía del consumidor, es el individuo, como sujeto aislado, y no como elemento de un proceso social, lo que importa. Las leyes económicas, cuando no se suponen inexistentes se postulan como principios absolutos e intemporales, que en el intento de lograr una vigencia universal acaban, paradójicamente, por no corresponder a realidad alguna. El principio de la utilidad se vuelve el signo mismo de la racionalidad, y las variaciones meramente cuantitativas el rasero por el cual se mide la satisfacción. "... si queremos saber qué es útil para un perro, tenemos que penetrar en la naturaleza del perro... Aplicado [el principio] al hombre... tendremos que conocer ante todo la naturaleza humana. Y Bentham —dice Marx— no se anda con cumplidos. Con la más candorosa sequedad, toma al filisteo moderno, especialmente al *filisteo inglés*, como el *hombre normal*..."¹⁸

El utilitarismo lleva al cuantitativismo y éste al tecnocratismo más superficial. "La tarea [que el neopositivismo asigna al economista] —señala con razón el profesor Pesenti— consiste en destacar las relaciones cuantitativas..." Y esta posición conduce fácilmente a "... la exal-

¹⁸ C. Marx, *El Capital*, Tomo I, Vol. II, p. 688, n.

tación del instrumento técnico, el que deja así de ser auxiliar del conocimiento para convertirse en el conocimiento en sí... y, sobre todo, en la afirmación de que no es posible formular leyes de largo alcance... inherentes al sistema y relativas a [su] dinámica."¹⁹ Y lo que es más: en rigor no sólo se niega la existencia de tales leyes y por tanto de la Economía como ciencia, sino del movimiento histórico mismo; por lo que el sistema social, la estructura económica como suma de relaciones cambiantes surgidas del proceso productivo, se toman como datos fijos, inalterables y de los cuales caprichosamente se divorcia a la problemática económica.

El método materialista es todo lo contrario: reconoce la existencia de un mundo exterior, de una realidad objetiva, independiente, que no es un mero reflejo mental sino un conjunto de fenómenos naturales o sociales cuyo movimiento se rige por leyes de diversa naturaleza y alcance. Dentro de la corriente materialista ha habido dos posiciones fundamentales: el materialismo mecanicista primitivo, que arranca de varios pensadores de la antigüedad y que probablemente culmina en Feuerbach, y el materialismo dialéctico, que a partir de lo mejor del pensamiento occidental forjan Marx y Engels en su teoría de la historia. El materialismo de Feuerbach, como el de algunos naturalistas, es un tanto elemental. Pese a que contribuye con una nueva teoría del conocimiento en la que éste aparece como un reflejo de la propia realidad, y no a la inversa, llevado acaso por su anti-hegelianismo no logra comprender ni el papel de la abstracción en la formación del conocimiento ni, sobre todo, el carácter dialéctico del desarrollo de la materia y, en general, de la vida en todas sus formas. Corresponde a Marx y Engels superar estas limitaciones y fundir, en una nueva y magistral síntesis, el pensamiento filosófico:

¹⁹ A. Pesenti, *Ob. Cit.*, pp. 23-24.

Mi método dialéctico —explica Marx— no sólo es fundamentalmente distinto del método de Hegel, sino que es, en todo y por todo, su reverso. Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que él convierte incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo de lo real, y esto la simple forma externa en que toma cuerpo. Para mí, lo ideal no es, por el contrario, más que lo material traducido y traspuesto a la cabeza del hombre.”²⁰

El materialismo dialéctico repara en la interdependencia de los fenómenos, en su movimiento ininterrumpido, en las contradicciones internas que determinan su dinámica, en la forma en que se suceden y entrelazan los cambios cuantitativos y los cualitativos, y en el papel que en el proceso social y, en relación con la naturaleza, juega la acción humana. Según tal método, por consiguiente, el desarrollo “...no es reversible, no es un movimiento circular, simple repetición de lo ya sucedido, sino un movimiento progresivo, ascendente, un desarrollo de lo simple a lo complejo, un paso de un estado cualitativamente viejo a otro absolutamente nuevo...”²¹

Y en una crítica análoga a la hecha a Hegel, el autor de *El Capital* expresa en la primera de sus tesis sobre Feuerbach:

La falla fundamental de todo el materialismo precedente (incluyendo el de Feuerbach) reside en que sólo capta la cosa, la realidad, lo sensible, bajo la forma del objeto o de la contemplación, no como actividad humana sensorial, como práctica...

Feuerbach subestima el poder de la abstracción y cae en la contemplación pasiva, olvidando que, “para el aná-

²⁰ C. Marx, prólogo a la segunda edición alemana de *El Capital*.

²¹ A. Pesenti, *Op. Cit.*, pp. 28-29.

lisis de las formas económicas... el único medio de que disponemos... es la capacidad de abstracción..."²²

¿Y cómo trabaja el economista? ¿Cómo relaciona los hechos y los principios, el pasado y el presente, lo abstracto y lo concreto, la teoría y la práctica, el pensamiento y la acción?

Acaso uno de los principales problemas metodológicos a los que se enfrenta no solamente la Economía, sino la ciencia en general, es el de integrar sus conocimientos con base en la unidad de esas y otras categorías, unidad que si bien es difícil de lograr, aun conceptualmente, es a la vez indispensable al proceso cognoscitivo para poder descubrir el carácter profundo de cualquier fenómeno. Los historicistas, y en general el empirismo, hemos visto, tienden a poner énfasis en la importancia de los hechos, mientras el idealismo subjetivo gira en torno a principios *a priori* que se suponen meros reflejos o expresiones de una idea. Ni unos ni otros reparan en la necesidad de comprender la relación existente entre los hechos y los principios, y lo mismo acontece con la imagen del pasado y el presente. Pasado y presente no son dos entidades distintas que interesan a ramas separadas de la ciencia: son sólo dos momentos sucesivos de un mismo proceso. La historia no termina en el pasado sino que se extiende al presente, a un presente que es fruto de lo que ha quedado atrás y antesala de un porvenir que es también historia y horizonte que la ciencia económica, en particular, debe tratar de prever. Lo mismo podría decirse de las relaciones existentes entre la teoría y la práctica.

“La abstracción juega un papel particularmente importante en la Economía Política, debido a que el proceso económico es muy complejo...”²³ Y ¿cómo se cons-

²² C. Marx y F. Engels, *La ideología alemana*, Montevideo, 1968, Apéndice p. 665 y C. Marx, prólogo a la primera edición de *El Capital*.

²³ O. Lange, *Ob. Cit.* p. 102.

truyen las formulaciones abstractas con que trabaja el economista? Dos posiciones encontradas han tenido tradicionalmente a chocar alrededor de este problema: la de quienes piensan que toda abstracción es una reflexión puramente deductiva, que sólo pone de relieve la superioridad de las ideas, y la de quienes, advirtiendo la significación de los hechos, esto es de la práctica, tienden a su vez a menospreciar el conocimiento doctrinal y el proceso de racionalización que entraña. Es el marxismo, en realidad, con su concepción dialéctica del conocimiento y de todo el proceso histórico el que logra integrar esos y otros términos aparentemente antitéticos, en una síntesis de la que anteriormente no se había percatado la ciencia. Y es por eso, entre otras cosas, que "el científico de hoy no puede ya darse el lujo de ignorar el marxismo."²⁴

Consiste tal síntesis, que para el economista tiene un valor inapreciable, en comprender que la teoría y la práctica, el pensamiento y la acción, no son categorías esencialmente distintas ni menos aún excluyentes. La teoría no surge al margen de la práctica, como tampoco el pensamiento cobra vida al margen de la acción. Las abstracciones no pueden ser arbitrarias o caprichosas; "... no pueden ser construcciones mentales subjetivas sino que deben resultar y a la vez ser la expresión... del proceso económico." "De la experiencia a la abstracción y de la abstracción a la experiencia, pasando por la concretización sucesiva —expresa Lange—, tal es el camino de todo proceso cognoscitivo del que emerge un verdadero conocimiento."²⁵

Y el alcance históricamente limitado de las abstracciones empleadas en la ciencia, y en particular en la Economía, lejos de restarles importancia afirma su valor de categorías analíticas, de conceptos y formulaciones que,

²⁴ J. D. Bernal, *Science in history...* p. 616.

²⁵ O. Lange. *Ob. Cit.* pp. 105 y 101.

por abstractos que resulten, valen en tanto expresen fielmente lo esencial de ciertos fenómenos reales.²⁶

Cuando, como ocurre por desgracia frecuentemente en el campo de las ciencias sociales, la teoría se divorcia totalmente de la realidad, no es siquiera digna de tal nombre, y tampoco vale mucho, como vía para llegar al conocimiento, el contacto directo, pero a la vez primario y elemental con hechos cuyo sentido más profundo permanece oculto. Los hechos, las formas múltiples que asume la actividad económica son desde luego fundamentales. "Sin empirismo —decía Herzen— no hay ciencia, de la misma manera que no la hay en el empirismo unilateral."²⁷ O en otras palabras: "Es una paradoja de la ciencia que si bien tiene sus raíces en la observación de los hechos, también va más allá de ellos. La ciencia nunca es un catálogo de observaciones: es una interpretación de esas observaciones..."²⁸

Teoría y práctica, por consiguiente, son para la Economía dos condiciones igualmente importantes y de cuya interinfluencia deriva el conocimiento. Sin una posición teórica correcta es imposible comprender la realidad del proceso económico, y sin un conocimiento profundo de la práctica, inclusive de las cosas diarias a veces más modestas, tampoco es posible forjar una teoría económica verdaderamente científica. Con frecuencia no sólo se subestima el papel de la práctica en la formulación de la teoría sino que incluso se olvida lo que el contacto con ella significa en la formación del economista. Marshall recordaba alguna vez que su decisión de estudiar Economía Política provino de la impresión que, en sus largas

²⁶ "Hasta las categorías más abstractas... son... el producto de condiciones históricas, y no poseen plena validez sino para estas condiciones y dentro del marco de ellas mismas..." C. Marx, *Contribución a la crítica...*, p. 264.

²⁷ A. Herzen, *Obras filosóficas escogidas*, Moscú, 1956, p. 107.

²⁸ John Lewis. *Ob. Cit.* p. 104.

caminatas por los barrios proletarios de algunas ciudades inglesas, había recibido al ver las caras de los pobres²⁹ “... Corresponde al economista —decía a su vez Pigou— cuando es joven y su mente es plástica, aprovechar cualquier oportunidad que se le pueda ofrecer para adquirir el conocimiento directo de la vida de los hombres y las mujeres, en las fábricas y en los campos.³⁰ A veces olvidamos que “la ciencia no es sino un campo a ambos lados del cual discurre la vida”,³¹ y que el economista debe hallar su principal fuente de inspiración, no en el laboratorio ni en el gabinete, sino en la calle, en la plaza pública, en el campo y las ciudades, en los barrios populares y en los sitios apartados, en el diario ajetreo por sobrevivir y en el complejo de relaciones sociales entre quienes trabajan y quienes explotan a los que trabajan. Es tan importante el contacto con la realidad que, por ejemplo, Leontieff, llega a decir que las previsiones de Marx, que él considera brillantes, fueron posibles gracias a ese conocimiento de la realidad. “... ni sus realizaciones analíticas ni la superioridad metodológica que suele asignársele —escribe— pueden explicar el record logrado por el marxismo en cuanto a previsiones correctas. Su fuerza radica en el conocimiento empírico del sistema capitalista...” “... La significación de Marx para la teoría económica moderna consiste en que es fuente inagotable de observación directa.”³² Sea ello como fuere, lo que es evidente es que el estudio del proceso económico, cuando se realiza al margen de la realidad, del marco sociopolítico concreto en que ese proceso se desenvuelve, se torna inevitablemente un análisis especulativo, carente de toda significación verdaderamente social.

²⁹ J. M. Keynes, *Essays*... p. 137.

³⁰ A. C. Pigou, *Ob. Cit.* p. 19.

³¹ A. Herzen, *Ob. Cit.* p. 78.

³² Wassily Leontieff, “The Significance of Marxian Economics for Present Day Economic Theory”, *The American Economic Review*, Vol. XXVIII, Supl. 1, marzo de 1938.

¿Y en qué consiste esa realidad a la que se llama la práctica? A nuestro juicio no en meros rasgos aislados e inconexos de la estructura social sino en aquello que le es característico y que está íntimamente ligado a la actividad productiva o, en otras palabras, en los elementos que configuran la base y las notas distintivas de un sistema económico. Es esa la práctica que debe importar al economista, y no los datos concretos, reales también pero en buena medida irrelevantes, que pueden extraerse del examen particular y fragmentario de un aspecto del fenómeno económico.³³

El conocimiento surge de la práctica. En su primera fase, propiamente "perceptiva", señala en un lúcido ensayo Mao Tse-tung "... aún no se pueden formar conceptos profundos o perfilar conclusiones lógicas. Pero una vez que las imágenes de ciertas cosas se van fijando, surge la posibilidad del concepto, a través del cual "puede el hombre captar una cosa en su integridad, en su esencia y en sus relaciones internas." "Esta es la etapa del conocimiento racional".

¿Y cómo se comprueba la validez de un análisis económico? Por lo que hace al aspecto metodológico del problema, el método histórico es el instrumento más valioso de que el economista puede echar mano. Pero conviene añadir que el contexto en que ese método ha de emplearse es precisamente la práctica. Como observa Marx en su segunda tesis sobre Feuerbach:

³³ Mao Tse-tung, "El Conocimiento y la práctica" *Estudios filosóficos*, México, 1958 pp. 29 y 30. "Para reflejar una cosa en su integridad, en su esencia y en sus leyes básicas, es necesario tomar en consideración la riqueza de los datos, remodelarlos, para formar un sistema de conceptos y teorías, extrayendo lo refinado de lo crudo, cerniendo lo verdadero de lo falso, derivando lo no averiguado de lo ya descubierto y sondeando en lo fundamental desde lo superficial. Para hacer todo esto, es necesario saltar del conocimiento perceptivo hacia el conocimiento racional." *Ibid.* pp. 37-38.

... Es en la práctica donde el hombre debe demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento. La disputa en torno a la realidad o irrealidad del pensamiento —aislado de la práctica— es un problema puramente escolástico.”³⁴

Lo que, en otras palabras, equivale a señalar que el conocimiento no es un fenómeno académico de alcance individual o una información que se obtenga contemplativamente en los libros, sino un proceso social que se nutre y afirma en la práctica. Equivale a establecer, como dicen los anglosajones, que *the proof of the pye is in the eating*; o en la expresión similar de Mao, que “para conocer el sabor de una pera, hay que transformar la pera comiéndosela...”³⁵ Es decir: el conocimiento parte de la práctica y a través de la práctica alcanza el plano teórico y, entonces, ha de regresar a la práctica. “El problema de saber [en consecuencia] si la teoría corresponde a las realidades objetivas, no se encuentra enteramente resuelto en el proceso de conocimiento de lo perceptivo a lo racional... La única vía para resolverlo completamente es redirigir el conocimiento racional a la práctica social y aplicar la teoría a la práctica, para ver si se pueden lograr los resultados previstos”.³⁶

Solamente así es posible hacer en la práctica lo que se postula en la teoría, advertir lagunas y fallas en ésta o, en su caso, dar con los factores que imposibilitan su realización. El tener clara conciencia de esos obstáculos y de las situaciones que impiden que ciertos conceptos cobren vida en la práctica, no resta importancia al campo de acción del economista. Antes al contrario: “cuanto más entienda un hombre —observa Bernal— cómo fun-

³⁴ J. B. Haldane, *La filosofía marxista y las ciencias*, Buenos Aires, 1946. p. 26.

³⁵ Mao Tse-tung *Ob. Cit.* p. 33.

³⁶ *Ibid.* p. 39. Sobre este interesante tema, véase el Cap. 13 de Maurice Cornforth, *Science and Idealism*, Nueva York, 1947.

ciona la sociedad; cuanto más comprenda lo que puede hacer fácilmente y bien y lo que no es capaz de hacer, más posibilidades existen para su actividad y para su iniciativa...³⁷

Pero lo que es igualmente cierto es que, en tanto el economista y en general el científico social, más se interesan por descubrir las leyes que gobiernan el proceso económico, por llevar sus ideas a la práctica y convertir su pensamiento en acción, por tratar como trabajadores intelectuales y como hombres, de que el aprovechamiento de los recursos sea más racional y mejores las condiciones de vida del pueblo, su misión se vuelve más difícil y riesgosa, pues tarde o temprano choca con los intereses de los defensores del privilegio.

Las vidas de Bruno, Galileo, Servet, Darwin y otros científicos ilustres demuestran dramáticamente que, aun en el campo de las ciencias naturales, el progreso suele abrirse paso frente a tremendos obstáculos; "pero en el campo social... la resistencia es absoluta. (Allí) una clase explotadora no reconocerá los hechos ni las leyes, si ello perjudica inevitablemente sus intereses... A esa clase sólo le importa mantenerse en el poder, y por eso su ciencia social nunca es capaz y a la vez nunca pretende penetrar seriamente en el examen de las causas básicas y de las leyes que determinan el movimiento de la sociedad."³⁸

Lo que escribía Marx en el prólogo a *El Capital*, sobre los obstáculos que se levantan frente al economista que realmente se interesa en descubrir la verdad, tiene hoy tanta vigencia como hace un siglo:

La libre *investigación científica* tiene que luchar en la Economía Política con enemigos que otras ciencias no

³⁷ J. D. Bernal. *La libertad de la necesidad*, México, 1958, p. 38.

³⁸ Maurice Cornforth, *The theory of knowledge*, Nueva York, 1955 pp. 121 y 122.

conocen. El carácter especial de la materia... desencadena contra ella las pasiones más violentas, más mezquinas y más repugnantes que anidan en el pecho humano; las furias del interés privado... Hoy día, el ateísmo es un pecado venial en comparación con el crimen que supone la pretensión de criticar el régimen de propiedad consagrado por el tiempo.

Las técnicas e instrumentos de análisis

Aunque el economista parece requerir en ocasiones de un sexto sentido, de una capacidad de penetración especial e incluso de un poco de suerte para acertar en el diagnóstico y sentar las bases de una solución satisfactoria a sus problemas, el instrumental con que trabaja se vuelve cada vez más complejo y, definitivamente, se aleja de la improvisación, la mera intuición y las "corazonadas." A pesar de ello, a la vez, sigue siendo frecuente que algunos economistas renuncien a las exigencias que impone la ciencia y que, por intereses enteramente ajenos al propósito de descubrir la verdad, por sectarismo u oportunismo, por debilidad, o simplemente por negligencia, encajonen sus juicios en rígidos esquemas del todo divorciados de la realidad y aun utilicen sus conocimientos para tergiversar esa realidad y acomodarla a los caprichos e intereses de los altos funcionarios públicos o privados con quienes quieren congraciarse.

La falta de objetividad no sólo se aprecia en la orientación de los estudios de los economistas, sino en la evaluación del instrumental que emplean. Mientras solamente se trata de señalar que la Economía utiliza tanto la deducción como los procedimientos inductivos y se sirve del estudio teórico y del conocimiento de la realidad, todos parecen estar de acuerdo. Mas apenas se intenta establecer la importancia de las diversas técnicas con que trabaja el economista, se multiplican las discrepancias y aun suele advertirse un celo y una pasión mayores que los que

provocan las divergencias en torno a cuestiones metodológicas realmente fundamentales.

Tales reacciones no dejan de ser explicables: afloran en ellas prejuicios, deformaciones profesionales, rivalidades ideológicas, intereses poco o nada científicos y aun actitudes irracionales que, en el fondo, responden a la idea pueril de que, lo que cada quien sabe, es lo más importante. En ese contexto no es extraño que, en vez de reconocerse con modestia que tal o cual método o técnica no se emplea simplemente porque se le desconoce, se tienda a menospreciarlo y aun a declarar vanidosamente que no se le emplea porque carece de toda utilidad o importancia. La verdad es que es tan diverso, vasto y complejo el instrumental a disposición del economista, que si bien en principio y un tanto en teoría se supone que debe familiarizarse con todas las técnicas y métodos de estudio propios de su oficio, en la práctica resulta punto menos que imposible lograrlo, sobre todo si han de usarse todos ellos a un nivel académicamente satisfactorio. Y esto no hace sino contribuir, complementariamente, a abonar el terreno para la divergencia y para que cada quien subraye las deficiencias y limitaciones de los procedimientos empleados por su vecino.

“Lo que distingue al economista ‘científico’ de todas las demás gentes que piensan, hablan y escriben sobre tópicos económicos —nos dice el profesor Schumpeter en uno de los más completos y autorizados estudios en la materia— es el dominio de las técnicas...” ¿Y cuáles son estas técnicas? El propio autor considera que las más importantes son la historia, la estadística y la teoría, seguidas inmediatamente después por la sociología económica,³⁹ aunque la Economía tiene también relaciones estrechas con la psicología, la lógica, la filosofía y, desde luego, la política.

³⁹ Véase: *The university teaching of social sciences, Economics*, Editado por Unesco, Dinamarca, 1954.

¿Cuál es la principal de esas técnicas o instrumentos de análisis económico? La respuesta a esta cuestión exige, casi inevitablemente, un breve recorrido histórico. Mas empezaremos por señalar que en los últimos años ha surgido, o más bien se ha fortalecido una corriente de opinión, según la cual los métodos de análisis cuantitativo son los más importantes en el campo de la Economía.

El auge de la corriente matematicista en ciertos círculos académicos, en particular en las ciencias sociales, no deja de ser explicable: el rápido desarrollo de la física y la astronomía, los avances recientes del método estadístico en múltiples campos, la popularidad de la cibernética y la posibilidad de cuantificar fenómenos hasta hace poco prácticamente desconocidos, el impacto de la revolución tecnológica de las últimas tres décadas, el uso creciente de la programación matemática en las economías planificadas, la tendencia ya señalada a despojar a la Economía de su carácter de ciencia social y a convertirla en una mera técnica de obtención y maximización praxeológica de ciertos fines y, desde luego, el obvio interés de los grupos dominantes en los países capitalistas, de que la economía y los economistas contribuyan a preservar el presente *status* social, en vez de estudiar sus fallas más profundas y de tratar de modificar la estructura socioeconómica, son algunos de los factores que han influido para que las matemáticas se pongan de moda entre los economistas.

Seguramente fue William Petty uno de los primeros economistas que empleó la estadística como un instrumento auxiliar de la mayor importancia en la Economía. El título mismo de una de sus obras: *Aritmética Política*, deja ya sentir el interés de este autor por el empleo del método estadístico en las ciencias sociales. Smith y Ricardo, aunque en su trabajo recurren a frecuentes ilustraciones numéricas, manejaron más bien conceptos teóricos establecidos deductivamente y aspectos de la realidad económica inglesa de su tiempo, sobre los que llegaron a te-

ner una gran claridad. Los teóricos de la utilidad marginal utilizaron crecientemente el cálculo y los sistemas de ecuaciones requeridas para elaborar los modelos del equilibrio económico general y parcial. El uso de métodos cuantitativos, aunque limitado en su alcance por el carácter estático y demasiado universal y abstracto de las elaboraciones teóricas, sobre todo de Walras y Pareto, tuvo importancia; pero, a la vez, condujo a serias desviaciones que apartaban a la ciencia económica del proceso social en torno al cual debía girar. En una de sus notas sobre *El Capital*, Engels escribe al respecto:

... la Economía venía encastillándose hasta aquí en una posición científica tan abstracta y absoluta como las matemáticas. Ignoramos la suerte que habrán de correr las otras doctrinas de este libro, pero creemos que jamás podrá discutírsele a su autor el mérito de haber puesto fin a esta concepción cerrada de la ciencia económica...⁴⁰

El énfasis de Engels era comprensible, pues Jevons, por ejemplo, había afirmado: "Nuestra ciencia debe ser matemática simplemente porque trata de cantidades." En el marco positivista dominante —comenta el profesor Bernal—, tal actitud parecía ser científica y objetiva. "Pero no era ni objetiva ni políticamente neutral..."⁴¹ sino apologética. Y en cuanto a la economía walrasiana, si bien el juego de interrelaciones que manejaba se prestaba, sin duda, y aun requería un tratamiento matemático, y daba la impresión de un sistema verdaderamente armonioso, tal sistema poco tenía que ver con la realidad económica y sus desequilibrios cada vez más profundos.

Marshall, Wicksell y Wicksteed usaron también méto-

⁴⁰ F. Engels: C. Marx, *El Capital*, Vol. I, Tomo II, México, 1946 p. 952.

⁴¹ Cit. por J. D. Bernal *Science in history*, Londres, 1957, p. 753.

dos matemáticos; se interesaron con frecuencia en destacar relaciones cuantitativas entre ciertos fenómenos y aspectos del proceso de producción y alrededor del concepto de la utilidad marginal no sólo pudieron, sino que, como señala Lange, tuvieron que emplear el cálculo, ampliando así el radio de influencia de los métodos matemáticos. Algunos admiradores de Marshall tienden a subrayar la importancia científica de su preocupación matemática;⁴² en tanto que otros la estiman poco acertada y reveladora de una discutible preferencia por cuestiones meramente formales. Stigler, por ejemplo, pregunta: ¿“Qué parte de los *Principios* de Marshall es más matemática en origen y forma? Sin duda que su teoría de la utilidad. Pero ésta es precisamente la parte... que está definitivamente equivocada...”⁴³ Y es curioso que el propio Marshall emitiera un juicio análogo al comentar la aparición de la *Economía Política* de Jevons, y decir que, si bien se debían a los matemáticos ciertas sugerencias interesantes “... todo lo que ha tenido importancia en sus razonamientos y resultados, con alguna excepción si acaso, se podía haber descrito en el lenguaje ordinario... El libro que comentamos —añadía— mejoraría si las matemáticas se omitieran y se retuvieran los diagramas...” Y, unos años más tarde, volviendo sobre Jevons, escribía: “Será interesante... ver si puede evitar que las matemáticas lo arrastren y lo alejen de los hechos económicos reales”.⁴⁴

A pesar del creciente interés de algunos economistas en los métodos matemáticos, hacia 1908 todavía podía escribir Barone, a juicio de Schumpeter con razón, que “el conocimiento matemático necesario a los economistas podía adquirirlo una persona medianamente culta dedi-

⁴² Véase, por ejemplo, el prólogo de Manuel de Tórres a los *Principios* de Marshall, en la edición española ya citada en esta exposición.

⁴³ George J. Stigler, *El Método matemático en la economía*,

⁴⁴ Cit. por J. M. Keynes en *Essays in biography*, Londres, 1961, p. 159.

cando su tiempo libre durante seis meses".⁴⁵ Ese estado de cosas no cambió sensiblemente en la etapa comprendida entre la primera guerra y los años treinta.

Hasta hace poco más de una década el uso de los instrumentos matemáticos seguía siendo limitado en la enseñanza y aun en el trabajo de investigación. Según un estudio de la UNESCO, todavía en 1954, la estadística y las matemáticas ocupaban un lugar relativamente secundario y en ciertos casos opcional en los planes de estudio de la mayor parte de las universidades de Francia, Alemania, Bélgica, Italia, e incluso Inglaterra y Estados Unidos,⁴⁶ no obstante que, en estos últimos dos países, en particular, seguía predominando en buena medida el sistema de enseñanza neoclásico y el empleo de muchas de las herramientas marshalianas.

Desde la segunda guerra mundial, sin embargo, en parte bajo la influencia del empleo de nuevas técnicas de muestreo, encuestas y análisis de mercados, control de tiempos en las fábricas e investigación de operaciones, y en parte, debido a la confección de modelos macroeconómicos, a ciertas reformulaciones de la teoría del equilibrio, como las de Hicks y Von Newman, y al uso creciente de la programación lineal como medio de elección en ciertas alternativas, la economía matemática, como especialidad, y en general el uso de ciertas técnicas cuantitativas en estudios económicos de diversa naturaleza, empezaron a cobrar un auge inusitado.

Una de las técnicas que sin duda ha despertado mayor interés es la llamada de insumo-producto (*input-output*), que, a partir de los primeros intentos de análisis intersectorial hechos en la URSS, desarrolló posteriormente Wassily Leontieff en Estados Unidos.⁴⁷ Consiste, esencial-

⁴⁵ J. A. Schumpeter, *Ob. Cit.* p. 955.

⁴⁶ Véase: *The University teaching of social sciences*, Economics, Editado por Unesco, Dinamarca, 1954.

⁴⁷ Entre los muchos materiales sobre el tema podría mencionarse los trabajos del propio Leontieff: *The structure of american*

mente, esta técnica, en un cuadro o tabla —cuya composición puede ser muy simple o muy compleja, según el número de actividades consideradas— en el que, utilizando como esquema una matriz algebraica y un sistema de registro como el de la contabilidad por partida doble o de doble entrada, se muestran las relaciones existentes entre las actividades o sectores seleccionados, es decir, lo que cada uno de ellos entrega y recibe de los demás. En cada fila o renglón se descompone (horizontalmente) el producto (*output*) de la actividad en cuestión en dos grandes rubros: demanda intermedia y demanda final, que, desde luego, pueden desglosarse en otros. La primera comprende la parte de la producción absorbida por la propia actividad que la genera (por ejemplo, la parte de la producción agrícola que retiene o consume la misma agricultura), y la que utilizan como producto intermedio otras actividades. La demanda final, a su vez, es lo que resta de la producción, después de cubrir esos consumos interindustriales, o sea lo que se destina a los consumidores finales, a la inversión o que se exporta al exterior.

En las columnas del cuadro, en cambio, se registran (verticalmente) los llamados insumos (*input*), o sea los factores internos que cada actividad requiere directamente para producir lo que produce y lo que, en su caso, importa de fuera, y que, sumados a otros gastos y servicios (valor agregado), constituyen el valor bruto de la producción.

Establecidas las relaciones intersectoriales se determinan, en lo que es propiamente la matriz, los coeficientes de insumo o coeficientes técnicos, es decir, la proporción o *ratio* con que cada insumo participa en el producto del sector de que se trate, y que, por cierto, en el esquema de que hablamos aparecen como coeficientes fijos, por consi-

economy, Nueva York, 1941; su ensayo: "Dynamic analysis, contendio en *Studies in the structure of american economy*, Nueva York, 1953, y el artículo "The structure of development", aparecido en *Technology and economic development*, Nueva York, 1963.

derar el profesor Leontieff que las relaciones que expresan son relativamente constantes o invariables.

Los defensores más entusiastas de esta nueva técnica suelen atribuirle toda clase de virtudes. Consideran que es un instrumento esencial para el estudio estructural de un sistema económico, un magnífico auxiliar para estimaciones de costos por ramas, y un valioso medio para advertir y evitar desequilibrios de diferente naturaleza en el proceso económico, para orientar una política de desarrollo y para asegurar la mayor coherencia a la planificación. Pero, al menos hasta ahora, el uso que de ella se ha hecho en la práctica es bastante modesto, habiendo servido fundamentalmente para enriquecer la información estadística y estudiar ciertas interdependencias sectoriales.

Sin dejar de reconocer el interés de la técnica de que hablamos, —en la que su propio autor ve esencialmente una “herramienta analítica”— sucede con ella algo realmente paradójico: mientras en los países capitalistas, en donde no existe y, en rigor, no es posible la planificación económica, se ha puesto un gran empeño en la confección de matrices de insumo-producto, —y aun ha llegado a declararse que, en tanto no se cuente con ellas será muy difícil planificar— en los países socialistas, o sea en donde sí se emplea la planificación se ha prescindido, en general, de la técnica de Leontieff, aunque no, desde luego, del análisis intersectorial en que ésta descansa. Se ha prescindido de ella, en parte por haberse preferido utilizar medios más sencillos, flexibles y directos, como son los balances físicos y económicos, y, sobre todo, porque se pensó que, en una fase de crecimiento económico acelerado, en la que, casi por definición, tenía que producirse un rápido avance y una profunda transformación tecnológica, resultaba inaconsejable formular planes de desarrollo con base en coeficientes técnicos fijos, como los propuestos por Leontieff. Acaso más adelante se la emplee en mayor medida, pues como ha dicho Lange, se trata de una técnica que: “aunque aplicada en un principio a

una economía capitalista, se proyecta más allá de las limitaciones históricas del capitalismo y sólo podría desenvolverse plenamente bajo las condiciones de una economía planificada.”⁴⁸

Entretanto, todo parece indicar que mientras, con matrices o sin ellas, los países socialistas seguramente seguirán planificando su desarrollo, los capitalistas no lo harán, así cuenten con las más refinadas tablas de insumo-producto. En cuanto al valor de la técnica para ciertos análisis estructurales, también parece discutible, pues más que descubrir los rasgos esenciales de la estructura económica, como un complejo de relaciones sociales de producción, exhibe solamente ciertas relaciones *técnico-económicas* y ello de una manera estática. Y por último, parece asimismo exagerado pensar que con ayuda de una matriz de insumo puedan evitarse y corregirse oportunamente ciertos desequilibrios, ya que el problema de una economía de mercado no es tanto que no pueda prever o aun localizar con precisión ciertos desajustes, sino más bien que sólo puede combatirlos después de que han causado bastante daño. En la expresión de Dobb, el mercado es un mecanismo de coordinación *ex post*, o sea, *a posteriori*, y no *ex ante*.

Al margen de la utilidad del empleo de ciertos métodos matemáticos, y del hecho, sobre todo, de que el conocimiento de la realidad económica a través, entre otros medios, de la estadística, es algo de que ninguna metodología debe prescindir, es igualmente cierto que alrededor de la economía matemática han surgido con frecuencia situaciones que, lejos de contribuir a esclarecer problemas fundamentales, se vuelven un motivo más de confusión y aun entrañan un grave peligro para las ciencias sociales.

Concebido el proceso económico no como una relación social entre hombres, sino como una simple relación de medios y fines, de cantidades o, cuando más, de hombres y cosas, resulta comprensible que los problemas sociales más

⁴⁸ O. Lange, *Essays on economic planning*, Bombay, 1960, p. 41.

complejos se vuelvan fáciles de aprehender en unas cuantas fórmulas simplistas y estáticas, y el economista se convierta a su vez, para usar la expresión de Marx, en “el hombre de las fórmulas”; en un mecánico limitado y rutinario que, de hecho, renuncia al empleo combinado o alternativo de su instrumental analítico, pues en la “caja de herramientas” de que habla Joan Robinson, deja solamente una para usarla en todos los casos. Creo que esta imagen no es exagerada o sólo aplicable a economistas de tercera o cuarta fila. Stigler recuerda al respecto que, incluso un economista tan destacado como Cournot, comienza su obra principal diciendo: “He dejado a un lado puntos a los que no puede aplicarse el análisis matemático...”⁴⁹

Algunos economistas llegan a tales extremos de mecanicismo y aun de sectarismo, que, no contentos con tratar de acomodar caprichosamente la realidad a sus preconcepciones, atribuyen al fenómeno económico un carácter meramente cuantitativo y desdeñan en consecuencia todo lo que no pueden medir.

“Se está haciendo un esfuerzo —escribe uno de ellos— para construir la teoría económica como una ciencia profética cuantitativamente rigurosa...; la nueva teoría es lo que es porque comprende la verdadera naturaleza de una ciencia cuantitativa.”⁵⁰ Bajo el lema ‘la ciencia es medición’, —comenta a su vez críticamente el profesor holandés Hennipman— y apoyándose en la autoridad de la fuerte tendencia al positivismo empírico, todo recurso a fenómenos no observables ni mensurables está considerado como desprovisto de valor científico.”⁵¹

Dentro de un marco mental semejante es comprensible que el economista Fourastié declare paladinamente: “Una

⁴⁹ George J. Stigler, *Ob. Cit.* p. 546.

⁵⁰ G. Sebba, “The Development of the Concepts of Mechanism and Model in Physical Science and Economic Thought.” *The American Economic Review*, Papers and Proceedings, 1953.

⁵¹ P. Hennipman, *Ob. Cit.* p. 272.

discusión sobre el valor, sobre la plusvalía, sobre las cosas que no pueden verse . . . , no me interesa.”⁵² Lo que equivale a decir que lo que interesa al economista es la apariencia de los fenómenos y no su esencia. Y la verdad es que en ese abstracto, impersonal y enigmático mundo de meras cantidades, una de las pocas cosas concretas que se advierte es la cantidad de insensatez y vanidad de que algunos son capaces de hacer gala.⁵³

No podríamos, nosotros, evaluar rigurosamente lo que significa el empleo que hoy se hace de las matemáticas en la economía, porque, careciendo de preparación matemática, nuestro juicio sería enteramente audaz. Para situar, o por lo menos comprender mejor el alcance y la significación de la corriente matematicista, recurriremos a otras opiniones de distinguidos economistas y de otros científicos entre quienes varios podrían destacar, concretamente, por su reconocida preparación matemática.

“Si se define a la ciencia estrechamente y se limita su campo de operación —escribe el profesor Bernal— a magnitudes físicas que pueden medirse con mayor o menor precisión y a cambios que son cíclicos y siguen leyes eternas, entonces es posible excluir de la ciencia no sólo al marxismo, sino a todo el estudio de las sociedades humanas: su historia, su economía y su política; de hecho las ciencias sociales en su totalidad. . . .” “Sería absurdo [sin embargo] esperar que los precisos métodos de comprobación que son

⁵² Cit. en *Theories of regulated capitalism*, autores varios, p. 5.

⁵³ El economista Samuelson, por ejemplo, llevado de ese cuantitativismo, demuestra la objetividad de que es capaz al recordar en un artículo que, en una ocasión, le fue muy celebrada por un auditorio tejano la opinión de que: “Desde el punto de vista de la economía pura, Carlos Marx puede considerarse un postricardiano menor. . . un precursor, no carente de interés, del análisis de insumo-producto de Leontieff. . . .” “Economists and the history of ideas,” *The American Economic Review*, marzo de 1962, p. 12.

válidos en la física y en la biología . . . puedan aplicarse a los fenómenos sociales, que son mucho más complejos.”⁵⁴

A propósito de la naturaleza y de la complejidad de los fenómenos económicos, me viene a la memoria una anécdota: relata Keynes que, en una ocasión, el físico alemán Plank le contaba que, siendo joven, había pensado estudiar Economía, pero que le había parecido muy difícil. Según Keynes, el profesor Plank podía dominar el cuerpo de economía matemática en unos días, “. . . pero la amalgama de lógica e intuición y el vasto conocimiento de los hechos, la mayor parte de ellos imprecisos, que se requiere para la interpretación económica en su forma superior, es, sin duda, tremendamente difícil para aquellos cuyo talento consiste principalmente en la facultad de imaginar y seguir, hasta sus últimas expresiones, las consecuencias y condiciones previas de hechos relativamente simples que se conocen con un alto grado de precisión.” El propio Keynes, en otro pasaje de la misma obra, escribe: “Nosotros nos enfrentamos a cada momento con el problema de la unidad orgánica, de la discreción, de la discontinuidad; el todo no es igual a la suma de las partes; las comparaciones cuantitativas fallan, los pequeños cambios producen grandes efectos, el supuesto de fenómenos continuos, uniformes y homogéneos, no se satisface en la práctica.”⁵⁵ Lo que claramente sugiere que el economista se enfrenta a menudo a diferencias cualitativas —“químicas”, no mecánicas— esencialmente distintas a los pequeños cambios cuantitativos supuestos en ciertos modelos.

“Nuestra ciencia —afirma a su vez el profesor Pigou— es una ciencia nueva. No obstante los progresos que se han hecho en los métodos estadísticos, sus análisis son todavía, en su mayor parte, como observó Marshall hace casi cincuenta años, cualitativos, no cuantitativos. . . ; del proceso de cambio, del paso de una situación de equilibrio

⁵⁴ J. D. Bernal, *Ob. Cit.* pp. 599 y 600.

⁵⁵ J. M. Keynes, *Essays in biography*. . . pp. 158 y 282.

a otra, del orden de los sucesos durante ese paso, de las condiciones en que ese movimiento es acumulativo y, por así decirlo, se autopropaga, sabemos muy poco...⁵⁶

Opiniones como las transcritas se oyen también con frecuencia entre distinguidos matemáticos. Así, el profesor Wiener señala al respecto:

... He encontrado que la sociología y la economía matemática o la econometría sufren bajo un malentendido de lo que es el uso adecuado de las matemáticas en las ciencias sociales y de lo que puede esperarse de las técnicas matemáticas...

... Los economistas han desarrollado el hábito de vestir sus muy imprecisas ideas con el lenguaje del cálculo infinitesimal... Las matemáticas que emplean los científicos sociales y la física matemática que usan como patrón son la matemática y la física matemática de 1850.

El juego económico es un juego en el que las reglas están sujetas a importantes revisiones... En tales circunstancias no hay perspectivas de que pueda lograrse una medida muy precisa de las cantidades involucradas. El asignar a esas cantidades esencialmente vagas una significación para que tengan un valor preciso no es útil ni honesto, y cualquier pretensión de aplicar una formulación precisa a esas cantidades negligentemente definidas es una impostura y una pérdida de tiempo... por ello las ciencias sociales son un mal campo de demostración de las ideas de la cibernética...⁵⁷

Es ocioso preguntarse si el instrumental matemático puede o no usarse con provecho en la Economía. Es obvio que puede y debe emplearse. Pero igualmente obvia debiera ser la proposición inversa, es decir: que son pocos los fenómenos económicos susceptibles de mediciones ri-

⁵⁶ A. C. Pigou. *Teoría y Realidad Económica*, México, 1946, p. 27.

⁵⁷ Norbert Wiener, *Dios y Golem*, S. A., México, 1967, pp. 95, 98 y 99.

gurosas, y que a nada conduce, por lo tanto, ir de una posición extrema, en la que se pretende que las matemáticas de nada sirven a la Economía, a otra no menos infundada, en la que los números se vuelvan una nueva forma de la magia. El ingenioso juego de palabras del profesor francés Villey, debiera poner en guardia a quienes caen en este extremo: “Contar —nos dice— contar siempre, contar todas las cosas: ¿No es eso exponerse a no tener en cuenta y a no dar cuenta de aquello que no se cuenta y que es sólo lo que cuenta?”⁵⁸

Las matemáticas son necesarias para determinar magnitudes y por ello son “especialmente importantes como un instrumento de inferencia deductiva de la economía política.”⁵⁹ Con su ayuda es posible, como dice el profesor noruego L. Johansen, dar mayor precisión a ciertos argumentos, resolver problemas difíciles de abordarse con procedimientos no matemáticos, utilizar más eficientemente la estadística en ciertas cuantificaciones y usar métodos susceptibles de desarrollarse a través de las computadoras electrónicas. El que las matemáticas “no sean muy útiles para dar respuesta a los problemas básicos de la economía política... , no es razón para no aplicar los métodos matemáticos a problemas más restringidos, en los que pueden aplicarse provechosamente. Es sólo razón para dejar que el análisis matemático *suplemente*, en vez de *reemplazar*, los métodos básicos de la economía política.”⁶⁰

Las matemáticas, como la economía psicológica y la sociología económica, tienen un campo de acción importante, pero a la vez limitado.⁶¹ ¿Cuál es ese campo? Si

⁵⁸ D. Villey, “Examen de conscience de l'economie politique”, Cit. por P. Hennipman, *Ob. Cit.* p. 267.

⁵⁹ A. Lange, *Political Economy...*, p. 138.

⁶⁰ L. Johansen, “Marxism and mathematical economics”, *Monthly Review*, enero de 1963, pp. 505 y 507.

⁶¹ “...los defensores de las matemáticas ... olvidan con frecuencia —escribe Seligman— que el radio de cuestiones con

recordamos que la Economía estudia leyes económicas, y que, como ya vimos, éstas pueden ser causales, concomitantes o funcionales, podríamos decir que el campo natural de los métodos matemáticos es el de éstas últimas, el de aquellas leyes que operan “cuando hay una conexión o relación entre hechos que son cuantitativamente mensurables, [y] por ello pueden formularse como funciones matemáticas.”⁶²

¿Son las leyes funcionales las más importantes en el proceso económico? Desde luego que no. Las principales son las causales, entendiendo por éstas, aquellas que expresan relaciones y aun contradicciones entre fenómenos cuya expresión cuantitativa resulta imposible o por lo menos muy difícil. En otras palabras, si bien las leyes funcionales son causales por naturaleza, éstas, en cambio, adoptan pocas veces la forma de leyes funcionales. No obstante lo cual, por cierto, no faltan economistas dados a asignar, casi siempre “a ojo de buen cubero”, “...un peso numérico o porcentaje a la ‘influencia’ de los diversos ‘factores’, olvidando que, “...a menos que podamos discernir el nexo causal de las cosas no conoceremos el modo en que se copertenecen o no, no conoceremos los sistemas más próximos o más amplios que constituyen sus propiedades o los caminos que siguen en sus relaciones cambiantes.”⁶³

Es decir, “...en la medida —como señalaba el distinguido economista mexicano Juan F. Noyola— en que las matemáticas sirven para manejar eficazmente relaciones funcionales o relaciones de causalidad entre magnitudes... son un instrumento útil de análisis y trabajo, (aun-

el que trabajan es esencialmente limitado, porque los procesos sociales no se prestan a ser reducidos a formas cuantitativas exactas.” Edwin R. A. Seligman, *Principles of Economics*, Nueva York, 1914, p. 31.

⁶² O. Lange, *Ob. Cit.* p. 49.

⁶³ R. Mac Iver, *Causación social*, México 1949, pp. 66 y 68-69.

que) al mismo tiempo, nunca debe olvidarse que las matemáticas no dicen *nada* sobre la esencia de esas relaciones.”⁶⁴

¿Y si las matemáticas pueden ser un instrumento útil en la Economía, a qué obedecen las reservas y aun las críticas que a menudo se advierten entre muchos economistas, quizás principalmente de izquierda? En parte, sin duda, a prejuicios y aun a cierto injustificado desdén de quienes tienen una formación no matemática, semejante a aquel con que los economistas matemáticos ven a quienes peyorativamente llaman economistas “literarios”. En parte debido a que el “matematicismo” en la Economía se ha ligado tradicionalmente a posiciones reaccionarias⁶⁵ y en parte, por último, a que, paradójicamente, un método que se usa o por lo menos debiera usarse para conocer con mayor objetividad los complejos fenómenos sociales, acaba con frecuencia sirviendo intereses inconfesables y contribuyendo sólo a crear mayor confusión y a divorciar a la Economía de la realidad.

Los métodos matemáticos —señala al respecto Magdoff— generalmente “...no conducen a una mayor comprensión de los problemas fundamentales de la sociedad capitalista e incluso muy a menudo se usan para evadirlos...”⁶⁶ O, como dicen Baran y Sweezy, los modelos

⁶⁴ “Los métodos matemáticos en la planificación económica y sus perspectivas de aplicación en Cuba”, *Publicaciones*, No. 1, La Habana, 1962, p. 7.

⁶⁵ “...Las formulaciones matemáticas no sólo reflejan la posición idealista y el origen de clase de sus autores, sino que se ha pretendido utilizarlas como un instrumento político (y militar) de lucha contra el socialismo. Aun la obra de dos matemáticos tan eminentes como Von Newman, y Morgenstern, sobre la teoría de los juegos, estaba sin duda inspirada en los planteamientos bélicos del imperialismo norteamericano durante el período de guerra fría.” Juan F. Noyola. *Ob. Cit.* pp. 8-9

⁶⁶ Harry Magdoff, *The achievement of Paul Baran*, *Monthly Review*.

matemáticos en que con frecuencia se excluyen elementos fundamentales de la realidad, "...no sólo no contribuyen a ampliar nuestra comprensión de los principios conforme a los cuales funciona el sistema sino que contribuyen a oscurecerlos... Tales modelos sustituyen a la economía capitalista por un sistema racional imaginario, cuyo nombre es lo único que tiene de común con el capitalismo." "Y así, los elaborados modelos matemáticos que se usan en la macroeconomía, sirven para ocultar la irracionalidad de la organización económica que pretenden explicar."⁶⁷ Y es que "...en tanto que la técnica matemática esté al servicio de un modo particular de pensamiento, los conceptos que formule estarán calculados para ocultar, más que para descubrir, la realidad." El modo de pensar que se oculta en la teoría subjetiva del valor —comenta al respecto Dobb— primero crea un reino imaginario y, después, olvidando la enorme distancia que separa a ese mundo abstracto de la realidad, se atribuyen a ésta relaciones aparentemente universales. "Esto es confundir el pensamiento y adulterar la realidad. Es poner de cabeza todas las cosas..."⁶⁸

Si ello puede decirse de ciertos modelos macroeconómicos y de algunos planteamientos generales, con mayor razón aún podría afirmarse del uso que frecuentemente se hace de las matemáticas a nivel microeconómico, no con el fin de aprovechar mejor, desde el punto de vista de la sociedad en su conjunto, los recursos disponibles, sino primordialmente de obtener cada vez mayores ganancias en las grandes empresas privadas.

En resumen, la confección de modelos matemáticos entraña una forma de abstracción que, en principio, puede desde luego contribuir a esclarecer ciertas relaciones. La cantidad y la calidad no son datos independientes entre

⁶⁷ "Economics of two worlds", *Monthly Review*, marzo de 1967 pp. 16 y 17.

⁶⁸ M. Dobb, *Economía Política y capitalismo...*, p. 179.

sí: entre ellos hay una relación estrecha e indisoluble, que los vuelve en rigor dos aspectos esenciales de un mismo fenómeno, como son, por ejemplo, la forma y el contenido. Entre cantidad y calidad hay, sin embargo, una interacción dialéctica, que en el campo de las ciencias sociales suele adoptar caracteres especialmente complejos, pues el límite de la abstracción está en ellas señalado, no por la lógica interna de un razonamiento, sino sobre todo por su validez histórica. Es esta situación la que, de hecho, vincula entre sí los diversos métodos con que trabaja el economista. En efecto, sin un planteo teórico riguroso en el cual se sustente, y con mayor razón, si se asocia a una postura teórica inconsistente y errónea, el instrumental matemático pierde todo o al menos gran parte de su valor. Y a la vez, si tanto ese instrumental como el marco teórico en que se utilice no tienen una clara y bien definida dimensión histórica, su papel se vuelve enteramente secundario.

La abstracción, en otras palabras, adopte o no una forma matemática, sigue siendo el medio de que esencialmente debe echarse mano para el estudio de los fenómenos económicos. Pero esa abstracción, si bien supone con frecuencia un alto nivel de generalidad, reclama también un contacto estrecho con la realidad, pues desprovista de ese contacto la teoría deja de tener valor práctico, y a la postre, significación teórica.

Es "...por ello —señala el profesor Lange— que la comprobación histórica es el principal método de verificación de las leyes y teorías económicas... [y por lo que tal] comprobación es necesaria para delimitar el alcance histórico de la validez de esas leyes y teorías."⁶⁹

El rango que Lange asigna al método histórico no es exagerado ni obedece solamente a su posición materialista. Schumpeter, por ejemplo, coincide con él, y si bien reconoce a la estadística un papel fundamental en el análisis

⁶⁹ O. Lange, *Ob. Cit.* p. 129.

económico, no titubea al decir que el método histórico es "...con mucho, el más importante".

A riesgo de hacer una cita demasiado larga, creo que vale la pena reproducir la opinión de este autor, ya que, sobre todo entre algunos jóvenes economistas que se han formado o quizá más bien deformado en alguna universidad norteamericana o bajo su influencia tecno-pragmática, priva a menudo la opinión de que la teoría, y aun en mayor medida la historia, son secundarias frente a las técnicas estadístico-matemáticas y al conocimiento numérico o en el mejor de los casos puramente empírico de ciertas relaciones económicas, lo que inevitablemente lleva a un metodologismo estrecho y mecanicista, que en poco tiempo convierte a un mal economista en uno peor.

"Deseo declarar desde el principio —escribía Schumpeter en la obra a que dedicó los últimos años de su vida; que si tuviera que empezar de nuevo mi trabajo en el campo de la economía, y sólo pudiera estudiar —pero a la vez elegir uno de los tres métodos (teoría, estadística e historia) escogería la historia económica por tres razones:

- Primera, porque el objeto de la economía es esencialmente un proceso único ... y nadie puede esperar entender los fenómenos económicos de ninguna época, incluyendo el presente, si no tiene un dominio adecuado de los *hechos históricos* y un volumen satisfactorio de *sentido* histórico, (lo que, aclara el autor, no supone desde luego dejar de utilizar la teoría);
- Segunda: el informe histórico no puede ser puramente económico sino que debe reflejar, inevitablemente, hechos 'institucionales ... y por ello proporciona el mejor método para entender cómo los hechos económicos y no económicos *se* relacionan entre sí y cómo *deberían* relacionarse las diversas ciencias sociales unas a las otras;
- Tercera: ...el hecho de que la mayor parte de los errores fundamentales que actualmente se cometen en el análisis económico, se deben con mayor frecuencia a

la falta de experiencia histórica que a cualquiera otra falla en el equipo del economista... ”⁷⁰

Frente a los teóricos que, como Schumpeter, subrayan la importancia del método histórico, hay muchos otros que tienden a desdiseñarlo. Toda la corriente subjetivista que desenlazó en la escuela neoclásica podría ser un buen ejemplo de esta posición, a la que habría que asociar a Lord Keynes, quien siempre supuso al capitalismo como algo *dado*, preexistente, externo, desligado del proceso histórico y sus leyes objetivas, y cuyo comportamiento, en todo caso, sólo tiene relación con ciertas propensiones subjetivas del individuo, como la “ley psicológica fundamental” que él atribuye a la naturaleza humana. La economía tradicional utiliza, en realidad, un método ahistórico y categorías conceptuales que pretenden tener valor absoluto. “Su interés en los sistemas sociales —como dice Sweezy— es puramente incidental, su relación con el entendimiento de la historia no es algo que interese al economista *qua* economista.” “Si los keynesianos (en particular) poseen alguna teoría coherente de la historia, lo cierto es que han tenido mucho éxito para impedir que aparezca en sus escritos económicos... pero lo más probable es que la mayoría de ellos no haya pensado siquiera en el problema [de las relaciones entre la economía y la historia] y que considere que ocuparse de él es una pérdida de tiempo.”⁷¹

La historia no es, desde luego, como podría pensarse a partir de sus versiones más convencionales, una crónica superficial, a veces rutinaria, de hechos secundarios cuya interrelación y esencia nunca logran comprenderse a fondo: es un estudio metódico de procesos dinámicos, cuya comprensión es necesaria para entender y para actuar en el presente y también para entrever el futuro y anticipar

⁷⁰ J. A. Schumpeter, *Ob. cit.*, p.

⁷¹ Paul M. Sweezy, “Marxian and orthodox economics”, en *The present as history*, Nueva York, 1953, p. 312.

y poder influir en la dirección del proceso social. La historia no sólo aporta elementos para conocer escuetamente los hechos sino para comprender su significado y para configurar y poner a prueba la validez de una explicación teórica "...Los principios no son —decía Engels— el punto de partida de la investigación, sino su resultado final, y ... no son aplicables a la naturaleza y a la historia del hombre, sino que, al contrario, son abstraídos de éstas."⁷²

La Economía, ¿ciencia o "vaca lechera"?

Después de un largo recorrido, en el que hemos tenido que ocuparnos de cuestiones acaso demasiado áridas, pero a nuestro juicio fundamentales, podemos ahora volver al punto de partida con ideas más claras que en un principio. ¿Cómo orientar el estudio de la Economía en países como los nuestros? ¿Cómo formar a los economistas de modo que tengan perspectivas cada vez más amplias en su trabajo profesional y que, sobre todo, sirvan mejor los intereses nacionales? ¿Qué misión esencial confiar a quienes trabajan en el campo económico en naciones pobres, cuyos pueblos viven aún en medio del atraso y el abandono?

Cuando se plantean tales cuestiones, surge con frecuencia una opinión superficial, sintomática del deseo de ciertas personas de no enfrentarse a los problemas de fondo, que sugiere dar a los economistas una formación que responda a las exigencias del mercado de trabajo, mercado que, al parecer, demanda profesionistas eficientes que sirvan los intereses de la empresa privada y el gobierno. Menos conocimientos generales, teóricos e históricos; menor preocupación por la problemática social y más y mejores instrumentos técnicos concretos, podría ser la divisa de esta corriente pragmática y oportunista, que de modo inevitable desemboca en un metodologismo que convierte a

⁷² Cit. por Pesenti, *Ob. Cit.* p. 27. Véase, además, E. H. Carr. *What is History.*

la técnica —tomada en su acepción más pobre y estrecha y no en el amplio concepto schumpeteriano— de medio auxiliar para entender una realidad social compleja, en centro y fin de la actividad del economista. Conforme a tal criterio las escuelas universitarias no debieran ser veneros de inquietud juvenil ni escenarios abiertos en que se discutan con pasión los problemas sociales y los movimientos ideológicos de nuestro tiempo, sino tranquilos laboratorios, disciplinados y eficientes talleres, en que maestros y estudiantes se desentiendan del mundo que los rodea y sólo se ocupen de conocer las técnicas del oficio.

Que el economista debe conocer y dominar esas técnicas, en parte en la escuela y en parte en la vida después de egresar de la Universidad, es incuestionable. Mas el problema medular no consiste en decidir si un economista debe o no aprender los trucos de su profesión, sino en si debe o no enfrentarse a los problemas económicos fundamentales de la sociedad en que vive.

Nuestras escuelas de Economía, no sólo la de la Universidad Nacional, sino de hecho todas las que hay en el país y seguramente muchas otras de Latinoamérica, adolecen de graves fallas que es preciso empezar a corregir. En una interesante ponencia presentada a la III Reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina, los profesores Gunder Frank y Bonilla señalan entre algunas de esas fallas, que a la vez son obstáculos al desarrollo de la enseñanza y la investigación económica en nuestros países: la "enseñanza indiscriminada y acrítica de teorías originadas en una realidad ajena", la existencia de programas que exhiben grandes lagunas, la disposición de cátedras y planes "que impiden el examen científico y didáctico..." de fenómenos fundamentales y de sus interrelaciones, "el examen descriptivo y superficial de la realidad latinoamericana, confundiendo sus manifestaciones institucionales con su naturaleza y carácter estructural...", la falta de atención al fenómeno del monopolio, y en fin, "la insuficiente iniciativa y audacia para revisar los programas

de estudio que están recargados del análisis microeconómico y keynesiano, el primero ya superado y útil sólo para aspectos particulares, y el segundo que no se ajusta a nuestra realidad".⁷³

Podrían mencionarse muchos otros problemas no resueltos: la clase de tipo magisterial en la que el profesor habla y los alumnos escuchan pasivamente, sigue siendo el sistema predominante en la enseñanza de la Economía; el trabajo de seminario y de biblioteca es indudablemente pobre y más pobre aún la investigación directa; las materias teóricas carecen de vertebración entre sí y de contacto estrecho con el proceso histórico; el conocimiento de la realidad es casi siempre fragmentario, superficial, y a veces, inclusive, el estudiante sale de la Escuela sin tener idea de las condiciones concretas en que ha de actuar y de los problemas a que ha de enfrentarse.

¿Cómo superar tal estado de cosas? ¿Cómo pertrechar mejor al economista y asegurarle una formación más adecuada, que le permita comprender tanto el proceso económico como el medio en que ha de moverse, e influir a la vez sobre uno y otro?

En los sistemas académicos tradicionales se parte habitualmente de la teoría, y aun de categorías doctrinales demasiado abstractas y difíciles de comprender, acompañándose el estudio teórico del manejo gradual de ciertos instrumentos propiamente técnicos y dejando para el fin la aplicación de los conceptos a la realidad. A veces, sin embargo, la realidad no es siquiera objeto de un examen sistemático y los principios se formulan al margen de ella y se discuten en planos puramente especulativos; en otras ocasiones la teoría se desenvuelve por su lado, divorciada totalmente de la práctica. Gracias a esa pe-

⁷³ André G. Grank y Arturo Bonilla, "Necesidad de nuevos enfoques en la enseñanza e investigación de la ciencia económica en América Latina", México, junino de 1965.

culiar secuencia, que en el fondo se aparta de lo que es esencial al proceso cognoscitivo en cualquier disciplina científica, los estudiantes se confunden fácilmente, se pierden durante largos tramos de su carrera, aprenden en forma mecánica y sin mayor interés, les resulta difícil llegar a emplear y combinar el uso de los instrumentos de que la Universidad los provee y casi siempre acaban por menospreciar la realidad y, al propio tiempo, por desdeñar una teoría que no les sirve para nada concreto y positivo.

Sin dejar de reconocer que ciertos conocimientos pueden adquirirse simultáneamente y no por fuerza en fases sucesivas que se ordenen de una manera lógica, en el caso de los economistas y de quienes trabajan en otras ciencias sociales, tendría quizá un valor inapreciable empezar por definir al menos los contornos y caracteres fundamentales de la realidad que, a partir de allí, debiera ser el centro principal de atención, referencia y estudio. El conocimiento parte siempre de la práctica, y la formación del economista debiera, a nuestro juicio, fincarse también en un mínimo contacto con la realidad, que desde el primer momento permitiera al estudiante, incluso como estímulo para su desarrollo ulterior, ubicar la economía de su país en la compleja estructura de la economía mundial y obtener una información inicial y esquemática, pero básica a la vez, de lo que es esa economía y de lo que son sus problemas fundamentales.

El familiarizar desde un principio al estudiante con aspectos fundamentales de la realidad que ha de constituir el objeto de su carrera, no debiera desentlar, naturalmente, en un practicismo superficial y rutinario, sino servir para hacer ver al economista en ciernes que, para entender esa realidad, para penetrar en sus tejidos más íntimos, para conocer su funcionamiento y mejorar sus condiciones y, desde luego, los patrones de vida de quienes producen con su esfuerzo la riqueza social, es menester contar con instrumentos científicos. Los estudian-

tes piensan a menudo, lo que se explica en razón del tipo de educación teórica que suelen recibir, que la teoría es por definición algo ajeno y hasta contrario a la realidad y que de nada sirve para entender los problemas como son. Lo cierto es lo contrario: sin una teoría correcta y objetivamente válida no es posible entender la realidad económica, o sólo pueden comprenderse aspectos parciales, aislados y secundarios de ella; sin esa teoría, el empleo de las técnicas estadísticas y matemáticas y aun del método histórico, tiene un alcance sumamente limitado, lo que no implica que tales instrumentos no puedan aportar datos concretos o conocimientos del proceso económico, necesarios a su vez para una buena formulación teórica.

“Para que pueda rectificar y completar su formación y desarrollarse a base de su propia experiencia, el economista —señala con razón Furtado— debe tener una idea clara de lo que es la economía como ciencia. Debe saber que toda ciencia trabaja con esquemas conceptuales, pero elabora y prueba esos esquemas a base de la observación del mundo objetivo . . .” “Saber observar metódicamente el mundo real —añade—, esto es, retirar de la realidad, con los medios disponibles, los elementos necesarios a la representación de la misma en términos económicos es más importante que un refinado conocimiento de los más sutiles modelos estadísticos”.⁷⁴

Comprender que la Economía es una ciencia tiene importancia decisiva. Significa que es una rama del conocimiento que trata de descubrir las leyes o fenómenos objetivos que explican el proceso económico, o en otras palabras, que tiene un campo propio bien definido y no un objeto impreciso y un valor meramente instrumental. Significa que, dado su carácter de ciencia social, su objeto consiste en relaciones sociales, en relaciones entre hom-

⁷⁴ Celso Furtado, *Consejos a los jóvenes economistas*. *La Gaceta*, Fondo de Cultura Económica, México, octubre de 1962.

bres en cuya acción se expresan factores estructurales e institucionales. "...El economista sin preocupaciones sociales, sin un sentido social de la Economía —escribe Jesús Silva Herzog—, es un mutilado que se mueve en ámbito estrecho, sin alas en el pensamiento y sin capacidad constructiva y creadora".⁷⁵ Y la naturaleza social de la Economía y el interés que quien trabaja en ella debe tener en los problemas sociales, no riñe, naturalmente, con la legítima aspiración de que el trabajo profesional sea una manera digna de ganarse la vida. Simplemente supone que la realidad social es el terreno en que la economía se desenvuelve y que el economista no debe encastillarse en su gabinete ni menos hacer de su oficio un anzuelo para pescar en aguas turbias. "El móvil del economista no debe ser su propio enriquecimiento porque entonces se transformaría...en un simple y vulgar mercader. El economista debe ser investigador social, vasallo de la verdad porque sólo con la verdad se sirve de verdad al hombre..."⁷⁶ O como decía Engels: "...la Economía no es precisamente una vaca lechera para ordeñarla, sino una ciencia que impone a quien la profesa un culto serio y celoso".⁷⁷

¿Pero cómo llegar al conocimiento de la verdad? Sería ocioso subrayar que sin el cotejo constante, dialéctico, creador de la teoría y la práctica no es posible el conocimiento y menos aún la determinación científica de la verdad. Y aquí es, precisamente, donde se exhibe una de las fallas más graves en la formación del economista y en los sistemas de enseñanza de la Economía, una contradicción que es preciso superar y que esencialmente consiste en que, mientras de un lado se va conociendo la realidad lenta, fragmentaria y en buena medida empíricamente, o incluso no se la estudia en forma metódica y

⁷⁵ J. Silva Herzog, Homilía para futuros economistas, México, 1961, pp. 24-25.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 27.

⁷⁷ F. Engels, *El Capital*, Vol. I, Tomo II (apéndices) p. 944.

dinámicamente a la vez, del otro se familiariza al estudiante con una teoría, o más bien con una serie de teorías o de meros esquemas conceptuales inconexos y desconectados entre sí, surgidos de situaciones históricas distintas, con frecuencia contradictorios y totalmente superados, y que en general poco sirven para comprender nuestras realidades y mucho menos para actuar sobre ellas a través de una política económica eficaz.

¿Cuál es, en efecto, la utilidad —inclusive la posibilidad— de referir el cuadro teórico surgido de la fase competitiva del desarrollo del capitalismo, el marco doctrinal y los refinamientos microeconómicos del marginalismo, o aun las categorías keynesianas y postkeynesianas y la mayor parte de las teorías del desarrollo que se elaboran en los grandes países industriales de occidente, a los problemas fundamentales del subdesarrollo? ¿A qué conduce importar teorías de fuera, que no sólo no han surgido del examen objetivo y científico de nuestras realidades, sino que a menudo han sido desde hace tiempo descartadas en los propios países de los cuales proceden, o aun se han formulado tendenciosamente, al parecer para que nadie entienda las causas del atraso?

¡Bien que se conozca lo que se hace y piensa en otros países, incluso lo que se piensa sobre nosotros! Los economistas deben trabajar con espíritu abierto y en la actitud receptiva de quien sabe que siempre se puede aprender de los demás. Pero la exigencia indeclinable que se les plantea es ahondar en el complejo fenómeno del subdesarrollo, conocer su estructura y funcionamiento, precisar las causas que lo han determinado y contribuir a superarlo. Y apenas se trabaja seriamente en esa dirección, se vuelve evidente que no es fácil avanzar con el instrumental teórico convencional; es menester construir nuevas hipótesis, volver la cara a nuestras realidades, advertir que el subdesarrollo es un fenómeno esencialmente distinto, aunque íntima y a la vez dialécticamente ligado al desarrollo de otros países, y reparar en fenómenos complejos

que ni siquiera se introducen en los planteos teóricos tradicionales.

“...La Economía como ciencia —afirma el profesor Maza Zavala— se nutre de la realidad social, del complejo de las relaciones humanas”. Es un “sistema de interpretación de la trama social en función del modo de producción...” “La materia propia de la Economía es la realidad vital, en tiempo y espacio determinados y concretos; pero... esta realidad no constituye una isla en medio del océano, sino parte a su vez de una realidad más amplia...” “La realidad en América Latina es el subdesarrollo...”, [y] “...el subdesarrollo no existe *per se*, de manera autónoma, sino que existe y es lo que es porque existe el capitalismo monopolista con sus tentáculos enclavados en el seno de nuestros países...”⁷⁸

Pero el afán de copiar, a veces servilmente, lo que se hace y dice en las universidades extranjeras, vuelve difícil estudiar la realidad. Como señala Silva Michelena, refiriéndose a Venezuela, —y el juicio valdría para otras naciones latinoamericanas: “el contenido de nuestra enseñanza universitaria no guarda ninguna relación con la estructura socio-económica del país, ni con sus características geográficas y de recursos naturales. El divorcio entre lo que se enseña y el país suele ser notable.”⁷⁹

La alternativa del economista

Desde luego, no todos los economistas han de dedicarse a estudiar los mismos problemas. En una época como la presente, en la que es imposible saber de todo, las especialidades son necesarias aun en el ámbito relativamente limitado de una disciplina científica. O trabaja-

⁷⁸ D. F. Maza Zavala, “La crisis de la Universidad latinoamericana y la enseñanza de la Economía”, *Desarrollo*, Colombia, enero de 1970.

⁷⁹ Héctor Silva Michelena, *Dependencia y universidad*, (edición en mimeógrafo), Caracas, 1970, p. 75.

mos en campos específicos, en busca de que nuestros conocimientos sean más profundos, o caeremos en un extemporáneo enciclopedismo económico, conforme al cual se pretenda que el economista conozca teoría económica, historia, estadística y matemáticas, sociología, psicología, teoría política, cibernética, geografía, idiomas, para terminar a la postre sabiendo nada de todo.

Urge contar con buenos especialistas que conozcan a fondo la estructura de la economía mundial y el papel que en ella juegan nuestros países; se necesita que, sin dejar de tener una perspectiva de conjunto, ciertos economistas dispongan de una preparación mayor en torno a la economía de la producción y al funcionamiento del sector público, que cada día es más importante bajo el capitalismo de estado. Se requieren, en fin, maestros e investigadores que no deben seguir improvisándose en condiciones premiosas y aun de emergencia. Todo ello puede y debe hacerse, en tanto no se pretenda evadir las grandes y graves responsabilidades del economista,⁸⁰ porque si algo es inseparable de la economía son los problemas sociales y las luchas políticas que alrededor de ellos se libran. Las ciencias sociales no pueden divorciarse de la lucha política, porque es en el contexto de esta lucha, no en el gabinete o en el laboratorio, donde realmente se desarrollan. El economista no puede ver la vida social como un espectador que cómodamente se instala en un teatro en que otros son los protagonistas: él es también actor, porque la economía no es una ciencia contemplativa. El economista debe explicar las cosas como son, evaluarlas críticamente, determinar sus causas y contribuir a mejorarlas, indagar en torno a los factores que impiden el progreso y, cuando realmente se interesa en "el mejoramiento del nivel de vida y del bienestar del pueblo, ...señalar cuáles son ...las condiciones sociales más favorables para lograr tales fines..."⁸¹

⁸⁰ "Lo que la ciencia social necesita es menos uso de técnicas elaboradas y más valor para afrontar, en vez de evadir, las cuestiones centrales". J. D. Bernal, *Science in history*, p. 707.

Cierto que algunos asignan al economista y a su ciencia una supuesta neutralidad moral, que para otros es atributo de la ciencia en general. En nuestro campo, tal postura respondería esencialmente a este planteamiento: lo que no sea puramente económico no me concierne; corresponde en todo caso a los políticos y a ellos toca decidir lo que ha de hacerse.⁸¹ Las pugnas sociales alrededor del problema económico no son relevantes para el economista, como tampoco lo son los caracteres básicos del sistema social. “No hay una economía para los patrones y otra para los obreros”, diría el profesor Samuelson. El economista, en síntesis, debe ser neutral, permanecer al margen y por encima de la contienda. Pero, “¿permanece éticamente neutral —pregunta un autor— el sociólogo o el especialista en ciencia política que aborda el problema de la posibilidad de exterminio de la especie humana, por la guerra nuclear, o que estudia los problemas del hambre...? Y responde: “El hombre moderno, y en primerísimo lugar el científico, sabe que no puede colocarse más allá del bien y del mal, porque el bien y el mal son de factura humana...” ¿“Y quién que tenga todo esto en cuenta podrá sostener que la ciencia es éticamente neutral y que, por consiguiente, el científico no tiene, *qua* investigador, problemas morales y éticos?”⁸²

En los países económicamente atrasados la responsabilidad del economista es, quizá, aún más ideclinable. Allí, menos que en ninguna otra parte, podría aceptarse la opinión del profesor Robbins en el sentido de que “...la racionalidad de la elección consiste, ni más ni menos, en elegir con pleno conocimiento de las soluciones rechazadas...”⁸³ ¿Cómo aceptar que, por ser supuestamente

⁸¹ Charles Bettelheim, Cit. por J. D. Bernal en *Science for a developing world*, Londres, 1962, p. 79.

⁸² Véase, sobre este tema, C. P. Snow, “The moral un-neutrality of science”, *Monthly Review*, Febrero de 1961, así como Mario Bunge, *Ética y ciencia*, Buenos Aires, 1960, pp. 32, 33 y 35.

“deliberadas” las decisiones que mantienen a esos pueblos en la miseria y el abandono, sean racionales? ¿Cómo aceptar la autonomía y preexistencia de los fines, frente a los que el economista debe mantener una actitud puramente pasiva? ¿Cómo aceptar, sobre todo, la estructura socioeconómica como un dato *dado*, invariable, en países en que es precisamente esa estructura lo que determina el atraso y el subdesarrollo? Adoptar la actitud ahistórica y en el fondo estrictamente apologética, de suponer que la ciencia económica nada tiene que ver con el análisis crítico del capitalismo, porque el marco de una formación social rebasa el campo de acción propio del economista, equivale a castrar al economista y a sostener que éste nada tiene que hacer frente al problema del subdesarrollo, salvo construir modelos inaplicables a la realidad y limitarse a exhibir su impotencia frente a hechos tales como la dilapidación de los recursos productivos y la dependencia y el dominio del imperialismo.

El verdadero estructuralismo, no el simple institucionalismo seudorrevolucionario que, en rigor, se mueve más cerca de la cúpula que de la base del edificio social, implica estudiar las relaciones sociales de que algunos economistas de moda aíslan a la economía, como si se tratara de la peste.

Creer que frente al capitalismo y frente a la lucha social que ha desatado es posible adoptar la habilidosa y cómoda postura de no comprometerse, de no estar ni con él ni en su contra, todo ello al amparo de un deleznable neutralismo moral que casi siempre tiene su contrapartida en un eclecticismo cobarde, academizante y estéril, que no logra, sin embargo, ocultar las verdaderas posiciones y los obvios compromisos de quienes lo defienden, es, aparte de todo, enteramente pueril. “La posteridad decidirá —escribía Ingenieros hace cerca de medio siglo— el sentido de la evolución social; pero, mientras tanto, los

⁸⁸ Lionel Robbins. *Ob. Cit.*, p. 202.

contemporáneos tendrán que colocarse en uno u otro platillo de la balanza, a riesgo de gravitar en el vacío o de renunciar a toda gravitación". "El espíritu revolucionario —añadía el ilustre argentino— es hoy un estado de fe colectiva en la posibilidad de vivir en un mundo mejor que el presente; el espíritu reaccionario es falta de esa fe, adhesión a los intereses materiales creados por la inmoralidad capitalista... El privilegio y la justicia son incompatibles... [y] ningún optimismo autoriza a suponer que el pasado cederá sin resistencia al porvenir..."⁸⁴

Del positivismo económico y de la tesis de la neutralidad política ha surgido una escuela que, como expresa ingeniosamente Roll, "dan tentaciones de bautizar con el nombre de "economía esquizofrénica", [porque] pide el economista que divida su personalidad...: hablar de política es hablar como ciudadanos, no como economistas..." "Se arguye que el economista sólo se ocupa del análisis de lo que es... y que se le debe excusar del estudio de lo que debe ser..., y que, como es inevitable que se comprendan mal [sus] juicios..., por mucho que afirme que habla... (como) ciudadano, lo mejor que puede hacer es callarse..."⁸⁵

Intentar sustraerse a la política es como querer vivir al margen de la realidad. Más que una postura supuestamente apolítica y neutral, es una actitud que sólo conduce a servir los intereses creados o, en el mejor de los casos, a aislarse estérilmente en una torre de marfil. Los estu-

⁸⁴ José Ingenieros. *Los tiempos nuevos*, Buenos Aires, 1921, pp. 231 y 232.

⁸⁵ Erich Roll, *Ob. Cit.*, pp. 12 y 14. "...La renovación universitaria (en particular) tiene entre nosotros, los latinoamericanos —señala Silva Michelena— un claro contenido político; reducir el problema únicamente a sus aspectos académicos, que los tiene, es cerrar los ojos irresponsablemente. La acción no puede orientarse por tanto a la integración de la universidad al país; esto es lo que buscan las clases dominantes. El movimiento de renovación tendrá pues que buscar fórmulas de acción para cambiar las estructuras internas de la universidad y estimular su capacidad crítica". *Ob. cit.*, p. 87.

diantes, profesores e investigadores no pueden permanecer a la expectativa ni pretender ser jueces de los demás; deben conocer a fondo y vivir con pasión los grandes problemas políticos de su tiempo. La vida académica y la vida política no riñen entre sí: se complementan y requieren recíprocamente. Sin una profunda comprensión de la política la enseñanza de las ciencias, y en particular de las ciencias sociales, cae en el más vulgar e intrascendente academismo, del mismo modo que sin un estudio riguroso, disciplinado y serio la política se torna fácilmente en deleznable politiquería. Y deleznable politiquería es, a propósito, considerar que en la Universidad sólo "hacen política" quienes critican el estado de cosas existentes, y no quienes lo defienden con no otro argumento que sus prejuicios y sus intereses.

La posición formalista, según la cual los fenómenos económicos y los políticos son diferentes y pueden y deben tratarse por separado, es una posición evasiva y escapista que no se compadece con la realidad. Los problemas económicos más importantes, aquellos que, en particular, son esenciales en un país subdesarrollado, tienen implicaciones políticas evidentes. Decidir, por ejemplo, a qué ritmo ha de incrementarse el ingreso nacional, cuánto ha de invertirse, en qué proporción han de participar el estado y la empresa privada en la vida económica, cómo ha de canalizarse la inversión, qué ha de producirse, qué niveles de consumo han de corresponder a los ricos y a los pobres; qué política ha de adoptarse frente a la inversión extranjera; todo ello, al igual que determinar las causas del atraso económico y tratar de superarlo; todo el problema del desarrollo económico, en última instancia, es un problema fundamentalmente político, que debe interesar al economista *como* economista y como ciudadano.

Sea con su palabra o con su silencio, el economista toma posiciones, las toma, inclusive, cuando a la sombra de una extraña y sospechosa neutralidad, se ostenta vanamente como imparcial en la defensa del *statu quo*.

El economista no puede ser imparcial en una sociedad de clases. Lo único que puede hacer es tomar partido: asirse al pasado o abrir su espíritu a los tiempos nuevos; ceñirse a viejos prejuicios o utilizar sin temor los medios que la ciencia y la razón ponen en sus manos; defender la explotación y el privilegio de unos cuantos o luchar por el bienestar de los más; colocarse del lado de la oligarquía o entregarse generosamente a la causa del pueblo; enajenar su inteligencia, su voluntad y su vida misma, o llegar a la verdad por el camino de la libertad y de la acción.

En los días en que el macartismo asolaba los medios culturales de Estados Unidos, en que se desataba una violenta cacería de brujas y atribuían a todo intelectual de izquierda propósitos subversivos y antipatrióticos, el profesor Einstein escribió algo cuya vigencia no es hoy menor que entonces y en lo que, sobre todo los jóvenes economistas que sinceramente desean servir a su pueblo, debieran meditar.

“El intelectual debe estar preparado para la cárcel y para afrontar las mayores dificultades económicas, para sacrificar su bienestar personal en aras del bienestar cultural de su país... Si suficientes personas se resuelven a dar un paso de tanta gravedad, a la postre tendrán éxito. Si no es así, los intelectuales... no merecerán nada mejor que la esclavitud que pretende imponérseles.”⁸⁶

⁸⁶ A. Einstein, *Carta a Monthly Review*, Nueva York, julio de 1953.

Se terminó de imprimir este libro de la EDITORIAL NUESTRO TIEMPO, S. A., el día 2 de abril de 1970, en los talleres de la EDITORIAL LIBROS DE MÉXICO, S. A., Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F. La edición estuvo al cuidado de su autor. La impresión quedó a cargo de Cayetano Pérez Camacho, y se imprimieron 4 000 ejemplares.

Nº 3057